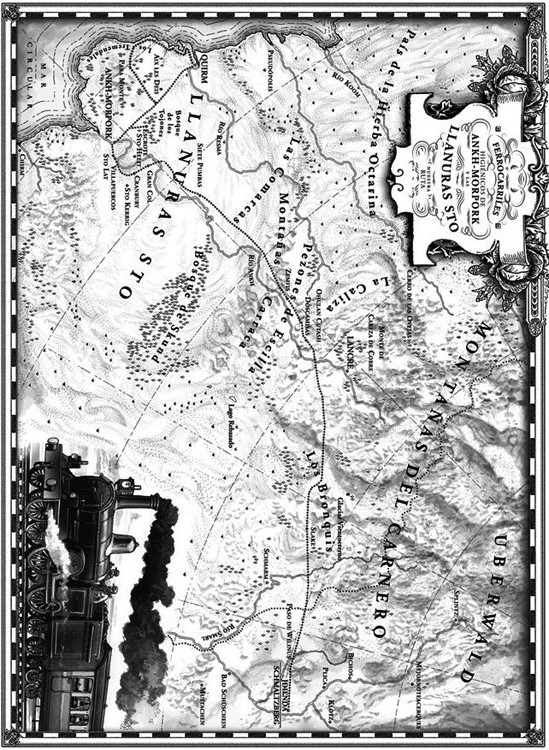
A todo vapor

Terry Pratchett

Traducción: Gabriel Dols Gallardo

Para David Pratchett y Jim Wilkins, dos buenos

ingenieros que enseñaron a sus hijos a ser curiosos



Es difícil entender la nada, pero el multiverso está lleno de ella. La nada viaja a todas partes, siempre por delante del algo, y en la gran nube del desconocimiento la nada anhela convertirse en algo, liberarse, moverse, sentir, cambiar, danzar y experimentar; en pocas palabras, ser algo.

Y entonces se le presentó una oportunidad mientras vagaba por el éter. La nada, por supuesto, sabía lo que era el algo, pero ese algo era diferente, muy diferente, y así la nada se coló con sigilo en el algo, descendió flotando y aspirando a todo y, por suerte, aterrizó en el lomo de una tortuga, una muy grande, y se apresuró a convertirse en algo más rápidamente si cabe. Era elemental y no podía haber nada mejor, ¡y de repente el elemental estaba preso! El señuelo había funcionado.

\* \* \*

Cualquiera que haya visto deslizarse alguna vez el río Ankh sobre su lecho de porquería variada comprenderá por qué el abastecimiento de pescado de los habitantes de Ankh-Morpork depende hasta tal punto de las flotas pesqueras de Quirm. Para prevenir trastornos gástricos espantosos en la ciudadanía, los pescaderos de Ankh-Morpork deben asegurarse de que sus proveedores obtengan sus capturas lejos, muy lejos de la ciudad.

Para Bowden Jeffries, vendedor de marisco selecto, los más de trescientos kilómetros que se extendían entre el puerto pesquero de Quirm y los clientes de Ankh-Morpork suponían una distancia lamentable en invierno, otoño y primavera y un auténtico calvario en verano, porque la carretera, por llamarla de alguna manera, se convertía en un horno lineal a lo largo de todo su recorrido hasta la Gran Ciudad. Quien compartía viaje alguna vez con una tonelada de pulpos recalentados no lo olvidaba jamás; el olor duraba días y seguía a la víctima a todas partes, casi hasta el dormitorio. Era imposible sacarlo de la ropa.

La clientela era exigente, y la élite de Ankh-Morpork y, a decir verdad, todo el mundo, quería pescado, aunque fuese el punto más cálido de la temporada. Incluso habiendo construido una fresquera con sus propias manos y una segunda por encargo a medio camino del trayecto, le daban unas ganas tremendas de echarse a llorar.

Y eso estaba diciendo a su primo, Alivio Jeffries, horticultor, que contempló su cerveza y respondió:

—Siempre lo mismo. Nadie quiere ayudar al pequeño empresario. ¿Tú sabes lo poco que tardan las fresas en convertirse en bolitas pochas cuando hace calor? Yo te lo digo: nada. Te despistas un segundo y adiós, justo cuando todo el mundo quiere fresas. Y si no, pregúntales a los que tratan con berros si cuesta mucho traerlos hasta la ciudad antes de que los condenados se queden mustios perdidos. ¡Tendríamos que presentar una petición al gobierno!

—No —replicó su primo—. Ya me he cansado de eso. ¡Escribamos a los periódicos! Así se consiguen las cosas. Todo el mundo se queja de la fruta, la verdura y el marisco. Hay que hacerle entender a Vetinari lo mal que lo pasamos los empresarios modestos. Si no, ¿para qué pagamos nuestros impuestos de vez en cuando?

\* \* \*

Dick Simnel tenía diez años cuando, allá en la herrería familiar de Cerro de las Ovejas, su padre desapareció sin más en una nube de fragmentos de horno y metal volador, todo envuelto en un vapor rosado. No hallaron ni rastro de él en aquella espantosa neblina húmeda y abrasadora, pero aquel mismo día el pequeño Dick Simnel juró a lo que quedara de su padre en aquella nube hirviente que pondría el vapor a su servicio.

Su madre tenía otros planes. Era comadrona y, como decía siempre a sus vecinos: «En todas partes nacen bebés. Nunca me quedaré sin clientes». Así, en contra de los deseos de su hijo, Elsie Simnel decidió alejarlo de lo que ella había pasado a considerar un lugar maldito. Recogió los bártulos y juntos regresaron al hogar de su familia, cerca de Sto Lat, donde la gente no desaparecía inexplicablemente en nubes calientes y rosadas.

Al poco de llegar, a su hijo le sucedió algo importante. Un día, mientras esperaba a que su madre regresara de un parto difícil, Dick topó con un edificio de aspecto interesante, que resultó ser una biblioteca. Al principio le pareció que estaba llena de chorradas, que si reyes, que si poetas, que si amantes, que si batallas… pero en un libro crucial encontró algo llamado matemáticas y el mundo de los números.

Y fue por eso que, un buen día, diez años más tarde, se armó con todo el valor de su ser y dijo:

—Madre, ¿sabes el año pasado, cuando te dije que me iba de excursión a las montañas de Uberwald con mis amigos? Pues bueno, fue una especie de… así como… una especie de mentira, pero pequeña, cosa de nada. —Dick se ruborizó—. Verás, encontré las llaves del viejo cobertizo de papá y, en fin, volví a Cerro de las Ovejas para hacer unos experimentos y… —Miró a su madre con nerviosismo—. Creo que sé lo que hizo mal.

Dick iba preparado para objeciones férreas, pero no contaba con las lágrimas y mucho menos con tantas, de modo que, mientras intentaba consolarla, añadió:

—Madre, tú y el tío Flavius me disteis una educación, me habéis dado el saber de los números, incluida la aritmética y las cosas raras que inventaron los filósofos de Efebia, donde hasta los camellos saben hacer logaritmos con las pezuñas. Papá no sabía nada de todo eso. Tenía buenas ideas, pero le fallaba la… tec-no-logía.

En ese momento, Dick permitió que hablara su madre, quien dijo:

—Sé que a nuestro Dick no hay quien le pare; eres igualito de cabezón que tu padre. ¿Es eso lo que has estado haciendo en el granero? ¿«Tesnología»? —Lo miró con aire acusador y luego suspiró—. Ya veo que no puedo mandarte lo que tienes que hacer, pero dime tú: ¿cómo van a impedir tus «gorgoritmos» que acabes como tu pobre padre?

La mujer arrancó de nuevo a llorar. Dick se sacó de la chaqueta algo que parecía una varita pequeña, como si estuviera diseñada para un mago en miniatura, y dijo:

—¡Esto me mantendrá a salvo, madre! ¡Poseo el saber de la regla de cálculo! ¡Puedo dar órdenes al seno, y lo mismo al coseno, y averiguar la tangente de las cuaderáticas! Vamos, madre, deja de preocuparte y acompáñame al granero. ¡Tienes que verla!

La señora Simnel, a regañadientes, dejó que su hijo la arrastrara hasta el granero abierto y grande que el joven había equipado como el viejo taller de Cerro de las Ovejas, con la esperanza infundada de que su hijo hubiera encontrado novia por accidente. Dentro del granero contempló resignada un gran círculo de metal que cubría la mayor parte del suelo. Sobre esa superficie, algo metálico giraba sin parar, con un zumbido como el de una ardilla enjaulada, a la vez que desprendía un olor muy parecido al del alcanfor.

—Aquí la tienes, madre. ¿Verdad que es la pera? —dijo Dick con voz alegre—. ¡Yo la llamo Traviesa de Hierro!

—Pero ¿qué es, hijo?

Dick sonrió de oreja a oreja y respondió:

—Es lo que llaman pro-to-ti-po, madre. Para ser ingeniero hace falta tener un pro-to-ti-po.

Su madre sonrió con desgana, pero Dick era imparable. De su boca manaba un torrente de palabras.

—La cuestión, madre, es que antes de intentar nada hay que tener una mínima idea de lo que quiere hacerse. En la biblioteca encontré un libro que iba de cómo hacerse arquitecto. Y en ese libro, el hombre que lo escribió decía que, antes de construir su siguiente casa grande, siempre montaba unas maquetas diminutas para hacerse una idea de cómo funcionaría todo. Decía que suena complicado y tal, pero que ir poco a poco y ser concienzudo es la única manera de avanzar. Por eso la estoy probando poco a poco, para ver lo que funciona y lo que no. Y la verdad es que estoy bastante orgulloso. Al principio fabriqué los raíles de madera, pero calculé que la máquina que buscaba sería muy pesada, o sea que hice leña del circuito original y volví a la forja.

La señora Simnel observó el pequeño mecanismo que daba vueltas y más vueltas sobre el suelo del granero y dijo, con la voz de quien hace un esfuerzo sincero por comprender:

—Ya, hijo, pero… ¿qué es lo que hace?

—Bueno, me acordé de la historia de papá sobre aquella vez que, mirando cómo hervía la tetera, se fijó en que la tapa subía y bajaba con la presión, y me dijo que algún día alguien construiría una tetera más grande y que levantaría algo más que una tapa. Y creo que he descubierto cómo construir una tetera como debe ser, madre.

—¿Y eso para qué sirve, hijo mío? —insistió su madre.

—Para todo, madre. Para todo —respondió el joven con los ojos brillantes.

Aún sumida en una neblina de leve incomprensión, la señora Simnel observó cómo Dick desenrollaba un papel bastante mugriento.

—Se llama diseño, madre. Hay que tener un diseño. Enseña cómo encajan todas las piezas.

—¿Esto forma parte del pro-to-ti-po?

El chico miró a la cara de su amante madre y comprendió que sería menester explicarse un poco más. La cogió de la mano y le dijo:

—Madre, ya sé que a ti solo te parecen líneas y círculos, pero, para quien tiene el saber de los círculos, las líneas y demás, esto representa una máquina.

La señora Simnel le apretó la mano.

—¿Qué crees que vas a hacer con ella, Dick?

El joven Simnel sonrió y respondió con alegría:

—Cambiar lo que necesite cambiarse, madre.

La señora Simnel dedicó a su hijo una curiosa mirada durante unos instantes, hasta que pareció alcanzar a regañadientes una conclusión y le dijo:

—Pues acompáñame, muchacho.

Lo llevó a la parte de atrás de la casa, donde subieron por la escalera que conducía al desván. Allí señaló a su hijo un recio cofre de marinero cubierto de polvo.

—Tu abuelo me dio esto para que te lo diese yo a ti cuando me pareciera que lo necesitabas. Toma la llave.

La satisfizo ver que su hijo no agarraba la llave sin más, sino que, al contrario, observaba el cofre con detenimiento antes de abrirlo. Cuando por fin alzó la tapa, de repente el aire se tiñó de un resplandor dorado.

—Tu abuelo era un pelín pirata, aunque luego descubrió la religión y le entró un poco de canguelo, y las últimas palabras que me dijo en su lecho de muerte fueron: «Ese jovencito llegará lejos algún día, ya lo verás, querida Elsie, pero que me aspen si sé adónde».

\* \* \*

Los vecinos del pueblo estaban más que acostumbrados al repiqueteo y el martilleo que surgían a diario de las diversas herrerías por las que era famosa la región. Daba la impresión de que, aunque también había montado una forja, el joven Simnel había decidido no meterse a herrero, posiblemente a causa de aquel desagradable incidente por el que el señor Simnel padre dejó el mundo de manera tan abrupta. Los herreros locales pronto se acostumbraron a fabricar los objetos misteriosos de los que el joven señor Simnel les llevaba meticulosos bocetos. No les reveló lo que estaba construyendo, pero, como les hacía ganar un montón de dinero, no les importaba.

La noticia de su herencia acabó por saberse, claro está —el oro siempre acaba saliendo a relucir de alguna manera— y entre los vecinos se extendió una curiosidad ejemplificada por el más anciano de todos cuando, sentado en un banco delante de la taberna, dijo:

—¡En fin, hay que joderse! ¡Al chico le cae del cielo una fortuna en oro y va y la convierte en una pila de hierro viejo!

El anciano se reía, igual que todos los demás, pero aun así seguían observando cómo el joven Dick Simnel entraba y salía por el portillo de su viejo y casi ruinoso granero, que mantenía cerrado con dos candados en todo momento.

Simnel había encontrado a un par de muchachos de fiar del pueblo que le ayudaban con la fabricación y a mover trastos. Con el tiempo, el granero se amplió por medio de una serie de cobertizos añadidos. Simnel contrató más mozos y los martillos empezaron a sonar todo el día y todos los días, a la vez que, poco a poco, un goteo de información se iba filtrando hasta lo que podría denominarse la consciencia local.

Al parecer el joven había fabricado una bomba, una curiosa bomba que bombeaba el agua muy arriba. Después lo había tirado todo a la basura mientras decía cosas del estilo de: «Necesitamos más acero que hierro».

Circulaban habladurías sobre grandes resmas de papel tendidas sobre varios escritorios, que el joven Simnel usaba para trabajar en su maravilloso «emprendimiento», como lo llamaba él. Cierto era que las explosiones habían provocado que prendiera alguna que otra cosa, y luego la gente oyó hablar de algo que los mozos llamaban «El Búnker», que se había demostrado útil para saltar dentro en las diversas ocasiones en las que se había producido un pequeño… incidente. Y después estaba aquel resoplido, aquel «chucuchú» rítmico, inaudito pero a la vez, por algún motivo, acogedor. En realidad era un ruido bastante agradable, casi hipnótico, lo cual resultaba extraño porque la criatura mecánica que lo emitía sonaba más viva de lo que cabría esperar.

Los lugareños cayeron en la cuenta de que los dos colaboradores principales del señor Simnel, o «Hierro Loco» Simnel, como le llamaban algunos a esas alturas, parecían cambiados de alguna manera, más maduros y conscientes de sí mismos; los jóvenes acólitos del misterio que se ocultaba tras aquellas puertas. Y no había soborno tabernario, ya fuera mediante cerveza o mediante mujeres, capaz de hacerles desvelar los valiosos secretos del granero[[1]](#footnote-1). Habían pasado a comportarse como correspondía a unos maestros del horno llameante.

También estaban, por supuesto, los días soleados en los que el joven Simnel y sus adláteres excavaban largos surcos en el campo contiguo al granero y los llenaban de metal, mientras el horno resplandecía día y noche y todo el mundo movía la cabeza y decía: «Locuras». Y aquello siguió, se diría que por siempre, hasta que terminó ese siempre y cesaron el martilleo, el repiqueteo y la fundición. Entonces los lugartenientes del señor Simnel retiraron las puertas dobles del enorme granero y llenaron el mundo de humo.

En aquella parte de Sto Lat sucedían muy pocas cosas, y aquello bastó para atraer corriendo un gentío. La mayoría de ellos llegaron a tiempo para ver que algo salía y se dirigía hacia ellos, jadeando y echando vapor, con unas ruedas que giraban deprisa y unas varas oscilantes que aparecían y desaparecían fantasmagóricas entre el humo y la neblina; y por encima de todo aquello, como una especie de rey del humo y el fuego, estaba Dick Simnel con un rictus de esfuerzo y concentración en la cara. Resultaba reconfortante hasta cierto punto que aquel algo pareciera estar bajo el control de un ser humano, aunque los testigos más reflexivos podrían haber añadido «¿Y qué? Una cuchara también», mientras se aprestaban a huir corriendo de aquella máquina humeante, danzarina, giratoria y oscilante que, ya fuera del granero, empezó a avanzar por los raíles tendidos en el campo. Y los vecinos patitiesos, la mayoría de los cuales empezaban a ser patimóviles y en algunos casos paticorredores, se apartaban y se quejaban, con la excepción obvia de todos los niños de todas las edades, que seguían el artefacto con los ojos como platos, jurando en el acto que algún día ellos serían capitanes de la temible máquina tóxica, por estas que sí. ¡Príncipes del vapor! ¡Maestros de las chispas! ¡Cocheros de los Truenos!

Y en el exterior, libre por fin, el humo empezó a ascender con decisión por encima del cobertizo, rumbo a la ciudad más grande del mundo. Al principio flotaba despacio, pero fue cobrando velocidad.

Ese mismo día, más tarde y después de varias vueltas triunfales al breve circuito del campo, Simnel se sentó acompañado por sus ayudantes.

—Wally, Dave, empiezo a estar desplumado, muchachos —dijo—. Que vuestras madres os preparen el equipaje, nos hagan unos bocadillos y saquen los caballos. Nos llevamos la Traviesa de Hierro a Ankh-Morpork. Dicen que ahí es donde se corta el bacalao.

\* \* \*

Por supuesto, lord Vetinari, tirano de Ankh-Morpork, se encontraba de vez en cuando con lady Margolotta, gobernadora de Uberwald. ¿Por qué no iba a hacerlo? Al fin y al cabo, también se veía de vez en cuando con el Rey Diamante de los trolls, cerca del valle del Koom, y también con el Bajo Rey de los enanos, Rhys Hijoderhys, en sus cavernas de debajo de Uberwald. En eso consistía la política, como todo el mundo sabía.

Sí, la política. El pegamento secreto que impedía que el mundo cayera en la guerra. En el pasado se habían librado muchísimas guerras, demasiadas, pero, como sabía todo colegial —o por lo menos lo sabían en los tiempos en que los colegiales leían algo más complicado que una bolsa de patatas fritas—, no hacía mucho que había estado a punto de estallar una guerra auténticamente espantosa, la última guerra del valle del Koom, y a partir de entonces los enanos y los trolls habían logrado conseguir no del todo la paz, pero sí un entendimiento sobre el que, con un poco de suerte, podría construirse la paz. Se habían producido apretones de manos, apretones fervorosos de manos importantes, de modo que había esperanzas, aunque fueran tan frágiles como un pensamiento.

En verdad, pensó lord Vetinari mientras su diligencia traqueteaba rumbo a Uberwald, en la oleada de rosado optimismo que había seguido al famoso Acuerdo del Valle del Koom, hasta los trasgos habían sido reconocidos por fin como criaturas inteligentes, que debían ser tratados como metafóricos hermanos, aunque no necesariamente hermanos políticos. Lord Vetinari caviló que, desde lejos, cabía la posibilidad de que el mundo pareciese en paz, un estado de cosas que siempre termina en guerra, tarde o temprano.

Hizo una mueca cuando su carruaje pilló otro bache de aúpa en la carretera. Había encargado que rellenasen los asientos con acolchado adicional, pero no había nada en el mundo que pudiese convertir el trayecto a Uberwald en algo que no fuera un calvario que, bache a bache, inducía una incomodidad fundamental. El avance había sido muy lento, aunque las paradas en las torres de clacs que jalonaban la ruta habían permitido que su secretario, Drumknott, recogiese el crucigrama diario sin el que lord Vetinari consideraba incompleta la jornada.

Se oyó un golpe en el exterior.

—¡Pero bueno! ¿Es necesario que nos metamos en todos los baches del camino, Drumknott?

—Lo lamento, señor, pero parece que ni siquiera en los tiempos que corren la gobernadora puede controlar a los bandidos del paso de Wilinus. De vez en cuando hace purga, pero me temo que esta es la ruta menos peligrosa.

Sonó un grito fuera, seguido de más golpes. Vetinari apagó de un soplido la lámpara que estaba usando para leer, momentos antes de que un individuo de aspecto feroz pegara la punta de un virote de ballesta al cristal del carruaje, que había quedado a oscuras, y dijera:

—¡Salid con todos los objetos de valor o acabaréis mal, vale! ¡Y nada de trucos! ¡Somos asesinos!

Lord Vetinari cerró con calma el libro que iba leyendo y se dirigió a su secretario:

—Parece, Drumknott, que hemos sido asaltados por asesinos. Qué… bien.

Drumknott lucía una sonrisilla.

—Ah, sí, qué bien, señor. Siempre le ha gustado encontrarse con asesinos. No me interpondré, señor.

Vetinari se envolvió con la capa mientras salía del carruaje y decía:

—No hay motivos para la violencia, caballeros. Les daré todo lo que tengo…

No habían pasado ni dos minutos cuando su señoría volvió a subir al carruaje e indicó al cochero que siguiera adelante como si nada.

Al cabo de un rato, por pura curiosidad, Drumknott preguntó:

—¿Qué ha pasado esta vez, milord? No he oído nada.

A su lado, Vetinari respondió:

—Ellos tampoco, Drumknott. Madre mía, menudo desperdicio. Uno se pregunta por qué no aprenden a leer. Así reconocerían el emblema de mi carruaje. ¡Eso les habría prevenido!

Mientras el vehículo aceleraba hasta lo que podría considerarse una velocidad errática, y después de una breve reflexión, Drumknott dijo:

—Pero su emblema, señor, es negro sobre un campo negro, y la noche es muy oscura.

—Ah, sí, Drumknott —replicó lord Vetinari, con lo que pasaba por ser una sonrisa—. ¿Sabes? No había pensado en eso.

\* \* \*

El castillo de lady Margolotta tenía algo de inevitable. Cuando las grandes puertas de madera se abrían con lentitud, chirriaban todas las bisagras. Al fin y al cabo, había que cuidar las apariencias y la ambientación. ¿Qué clase de vampiro viviría en un castillo que no chirriase y crujiera cuando se esperaba? Cualquier otra cosa habría puesto en pie de guerra a los Igors, como el que en ese momento dio la bienvenida a lord Vetinari y su secretario a un salón enorme con telarañas colgando péndulas del techo. Flotaba la sensación, solo la sensación, de que abajo, en algún lugar del sótano, algo estaba gritando.

Pero claro, pensó Vetinari, allí vivía una dama maravillosa, que había hecho comprender a los vampiros que pasarse la no-vida volviendo de la tumba cada dos por tres era una tontería y de algún modo había logrado convencerles de que por lo menos moderasen sus actividades nocturnas. Además de eso, había introducido el café en Uberwald, con lo que al parecer había cambiado un ansia terrorífica por otra.

Lady Margolotta siempre era breve y concisa, como lo fue la conversación que siguió a una espléndida cena unos días más tarde.

—Son los grags. Los grags otra vez, ¿verdad, Havelock? ¡Después de tanto tiempo! ¡Porr todos los cielos, es peor incluso, tal y como tú profetizaste, querido! ¿Cómo pudiste preverlo?

—Bueno, mi señora, el Rey Diamante de los trolls me hizo la misma pregunta, pero lo único que puedo decir es que va aparejado con la naturaleza infatigable de las criaturas inteligentes. En pocas palabras, no se puede satisfacer a todas al mismo tiempo. ¿Creíste que con las banderolas, los fuegos artificiales, los apretones de manos y los juramentos de después del Valle del Koom se había acabado la cosa? Yo, personalmente, siempre lo he considerado un mero entreacto. En pocas palabras, Margolotta, la paz es lo que sucede mientras se incuba la guerra siguiente. Es imposible satisfacer a todo el mundo, y el doble de imposible complacer a todos los enanos. Verás, cuando hablo con el Rey Diamante de los trolls, él actúa de portavoz de los trolls, habla por todos los trolls. Como son sensatos, dejan en sus manos todo lo relativo a la política.

»Después, por otro lado, te tengo a ti, mi querida señora: hablas por todos tus… congéneres de Jdienda y[[2]](#footnote-2) contigo casi todos los convenios son, bueno, convenientes. Pero los enanos son una calamidad. Justo cuando uno cree que habla con el líder de los enanos, aparece de la nada un grag exaltado y de repente todo queda en el aire, los tratados se convierten en papel mojado al instante, ¡y no se puede confiar en nadie! Como sabes, hay un «rey», un dezka-knik que[[3]](#footnote-3) dicen ellos, en todas las minas del Disco. ¿Cómo hacer negocios con un pueblo así? Todo enano es su propio tirano interior.

—Bueno —dijo lady Margolotta—, Rhys Hijoderhys se defiende bastante bien, dadas las cirrcunstancias, y aquí en el alto Uberwald… —Bajó la voz hasta reducirla casi a un susurro—. Somos muy parrtidarios del progreso. Pero sí: ¿cómo vencer de una vez porr todas? Eso querría saber.

El patricio dejó su copa con parsimonia y dijo:

—Eso, por desgracia, nunca es del todo posible. Las estrellas cambian, la gente cambia y lo único que podemos hacer es ayudar al futuro con cuidado, cabeza y decisión, para ver un mundo en paz, aunque eso signifique enterrar antes de tiempo a algunas de sus peores amenazas.

»Aunque debo decir que la sutileza y un concienzudo interrogatorio a los elementos que el mundo nos pone delante me dan a entender que el Bajo Rey, a quien visité antes de venir a verte, como manda el protocolo, está pergeñando un plan ahora mismo; y cuando haga su jugada nosotros pondremos toda la carne en el asador para apoyarle. Está apostando muy fuerte por el futuro. Cree que es el momento adecuado, sobre todo a estas alturas ya es conocimiento general que Ankh-Morpork posee la mayor comunidad enana del mundo.

—Pero creo que a su pueblo no le gustan las ideas demasiado moderrnas. Debo reconocer que entiendo por qué. El progreso es un incorrdio cuando una intenta mantener la paz en el mundo. Es tan… impredecible. Deja que te recuerde, Havelock, que hace muchos, muchos años, un filósofo efebiano constrruyó una máquina muy potente, tanto que daba miedo. Si aquella gente hubiera perseverado con la máquina propulsada por vapor, la naturaleza de la vida actual podría haber sido muy distinta. ¿No te parrece prreocupante? ¿Cómo vamos a orrientar el futuro cuando cualquier idiota puede construir un mecanismo capaz de cambiarlo todo?

Lord Vetinari dejó caer una última gota de coñac en su copa y respondió, con voz alegre:

—Mi señora, solo un necio intentaría detener el progreso de la multitud. Vox populi, vox deorum, guiada con cautela por un príncipe sensato, claro está. Por eso opino que, cuando sea tiempo de máquinas de vapor, las máquinas de vapor llegarán.

\* \* \*

—¿Tú que te crees que haces, enano?

El joven Magnus Hijodemagnus al principio no prestó mucha atención al enano más mayor cuya expresión, en la medida en que podía distinguirse, era sin lugar a dudas malhumorada; era de la clase de enano que daba la impresión de no haber sido nunca joven, y por tanto Magnus se encogió de hombros y dijo:

—Sin ánimo de ofender, venerable anciano, pero lo que creo que hago es caminar ocupado en mis asuntos, con la esperanza de que los demás se ocupen de los suyos. Espero que eso no le ratee.

Se d[[4]](#footnote-4)ice que la respuesta amable calma la ira, pero esa afirmación tiene más de esperanza que de realidad y en esos momentos se estaba demostrando manifiestamente imprecisa, ya que incluso una respuesta educada, meditada y amable podía encolerizar a la clase equivocada de persona si esta venía con la ira entre ceja y ceja, como saltaba a la vista que era el caso de aquel enano de avanzada edad.

—¿Por qué llevas el casco hacia atrás, joven?

Magnus era un enano de trato fácil y tomó la decisión errónea, que era apelar a la lógica.

—Verá, oh venerable anciano, el casco lleva mi insignia de Explorador, ya sabe. ¿Exploración? ¿Fuera, al aire libre? ¿Todo eso de no meterse en líos y hacer un servicio a la comunidad?

Aquella letanía de buenas intenciones no pareció granjear ningún amigo a Magnus, cuya percepción del peligro empezó a funcionar con algo de retraso pero muy deprisa. El viejo estaba muy, pero que muy contrariado con él, y durante su breve conversación se les había acercado un puñado de enanos más, que a ojos de Magnus tenían ganas de pelea.

Era la primera vez que Magnus visitaba a solas las ciudades gemelas de Jdienda y Schmaltzberg, y no esperaba que lo recibieran así. Aquellos enanos no se parecían a los que conocía de toda la vida en la calle de la Mina de Melaza, y empezó a retroceder, mientras decía atropelladamente:

—Vengo a ver a mi abuelita, ¿vale?, si no os importa, está un poco pachucha y vengo desde Ankh-Morpork, parando carros a dedo y durmiendo todas las noches en pajares y graneros. Es mucha distancia…

Y entonces sucedió todo.

Magnus era rápido de piernas, como buen miembro de la Tropa Rata de Ankh Morpork, y mien[[5]](#footnote-5)tras corría intentó comprender qué era lo que había hecho mal. A fin de cuentas, realmente había tardado una eternidad en llegar a Uberwald con distintos medios de transporte, y era un enano, y ellos también y…

Recordó de repente que, antes de partir, había visto algo en los periódicos sobre que todavía quedaban un puñado de sociedades enanas que no querían saber nada de ninguna organización que aceptara a los trolls, el enemigo tradicional y visceral. Bueno, en su agrupación desde luego había trolls, y eran buenos chavales, todos ellos; un poco lentos, vale, pero de vez en cuando iba a merendar a casa de alguno de ellos y viceversa. Hasta ese momento no había recordado que, de vez en cuando, los trolls viejos y los enanos más mayores se sulfuraban con solo pensar que, después de siglos intentando matarse, mediante un simple apretón de manos se supusiera que ya eran amigos.

Magnus siempre había entendido que la Ciudad Baja del Bajo Rey era un lugar tenebroso, algo que no molestaba a los enanos porque ellos y las tinieblas siempre se habían entendido, pero allí intuía una oscuridad más profunda. En aquel momento de angustia, había experimentado la sensación de que allí no tenía más amigos que su abuela, y todo indicaba que iban a interponerse más obstáculos entre él y el otro lado de la ciudad, donde ella vivía.

Ya jadeaba, pero aún oía a sus perseguidores, aunque estaba dejando atrás los pasajes y túneles más profundos en dirección a la salida de la ciudad subterránea de Schmaltzberg, habiendo concluido que tendría que volver otro día… o de otra manera.

Cuando paró un instante para recuperar el aliento, un guardia apostado a la puerta de la ciudad se cruzó en su camino con inconfundible expresión de avaricia.

—¿Y adónde se cree que va con tanta prisa, señor Ankh-Morpork? De vuelta a la luz con sus amigos los trolls, ¿eh?

El guardia barrió los pies de Magnus con un golpe de alabarda y empezó a patearlo con saña en el suelo. Magnus se apartó rodando mientras, como por acto reflejo, gritaba:

—¡Tak no quiere que pensemos en él, pero sí que pensemos!

Gimió y escupió un diente mientras veía cómo se le acercaba otro enano que, para su horror, parecía entrado en años y adinerado, lo que sin duda significaba que no encontraría ninguna amistad en él. Sin embargo, en vez de propinarle un puntapié, el enano más mayor le gritó, con una voz que parecía un coro de martillos:

—Escúchame, joven enano, nunca tienes que bajar la guardia como has hecho…

El recién llegado tumbó al agresor original de un bofetón asestado con encomiable ferocidad y un alarde gloriosamente innecesario de violencia; mientras el guardia gemía en el suelo, el viejo tiró de Magnus para ponerlo en pie.

—Bueno, sabes correr, chico, mucho mejor que la mayoría de los enanos que conozco, pero un muchacho como tú debería saber que los enanos de Ankh-Morpork no están bien vistos ahora mismo, al menos por estos lares. Para serte sincero, yo tampoco estoy muy contento con vosotros, pero, si hay pelea, tiene que ser justa.

Dicho eso, pateó con mucha fuerza al guardia caído y dijo:

—Me llamo Tímiedo Hijodetímiedo. Y tú, muchacho, será mejor que te vistas con micromalla si piensas visitar a tu abuelita con esas pintas de venir de Ankh-Morpork. Y si algo siento es vergüenza de que mis paisanos enanos traten tan mal a un joven congénere solo por cómo viste. —El punto y seguido de aquella diatriba fue otro golpe al centinela postrado—. Lo reconozco, muchacho, ¡de verdad que nunca he visto a un enano capaz de correr tan deprisa como tú! Sabes correr, ya lo creo, pero ahora quizá sea el momento de aprender a esconderse.

Magnus se sacudió el polvo y miró con ojos muy abiertos a su salvador, mientras decía:

—¡Tímiedo Hijodetímiedo! Pero ¡si es usted una leyenda! —Dio un paso atrás—. ¡He leído mucho sobre usted! ¡Se hizo grag porque no le gusta Ankh-Morpork!

—Puede que no, joven enano, pero no apruebo que se mate en la oscuridad como hacen esos cabrones de los profundos y los cavadores. A mí las peleas me gustan de pie.

Dicho eso, Tímiedo Hijodetímiedo arreó una patada final al guardia caído con su enorme bota acorazada.

Y uno de los enanos más famosos y respetados del mundo tendió la mano al joven Magnus, y le dijo:

—Ahora, aprovecha tu talento y ponte a salvo. Como decías, Tak no nos exige que pensemos en él, pero recuerda que sí nos pide que pensemos, y a ti no te vendría mal un pensamiento o dos sobre ajustar tu vestimenta cuando vuelvas a visitar a tu abuela. Además, puede que a ella no le hagan gracia las modas de Ankh-Morpork. Ha sido un placer conocerle, señor Veloz, y ahora váyase de aquí perdiendo su lamentable culo; puede que la próxima vez no me tenga cerca para ayudarle.

\* \* \*

Muy lejos de Uberwald en dirección dextro, sir Harry Rey cavilaba sobre los negocios de la jornada. Todo el mundo le conocía como el Rey del Río de Oro a causa de la fortuna que había amasado ocupándose de los asuntos de los demás.

Harry era en general un hombre alegre y de buenas digestiones, pero ese día no. También era un amante esposo, que se desvivía por Eufemia, su esposa desde hacía muchos años, pero por desgracia ese día no. Y Harry era un buen patrón, pero ese día tampoco, porque ese día tenía fatal el estómago por culpa de un fletán al que no se podía aplicar la expresión «cuánto tiempo sin verte». Ya no le había gustado su aspecto al verlo en el plato, porque el fletán es un pescado que tiende a devolver la mirada con cara de reproche, y Harry llevaba unas horas imaginando a ese maldito bicho mirando el interior de su estómago.

El problema era, pensó, que Eufemia todavía recordaba los viejos tiempos, cuando eran pobres como las ratas y en consecuencia frugales con el dinero, y esos hábitos calan hondo, como el pescado desaconsejablemente digerido que llevaba un tiempo nadando cerca de los intestinos de Harry y amenazaba con nadar mucho más allá.

Por desgracia, Harry era un hombre al que habían educado para comerse todo cuanto le ponían delante, y eso significaba acabárselo todo. Cuando por fin hubo salido del retrete, donde había imaginado al dichoso pez mirándolo desde la taza, tiró de la cadena con tanta vehemencia que se rompió, lo que hizo que la mujer a la que a veces llamaba la Duquesa tuviera unas palabras con él. Y como las palabras tienden a engendrar más palabras, volaron de un lado a otro palabrillas desagradables y maliciosas, palabrillas que, si Harry hubiera podido contenerse, habrían ido dirigidas al condenado fletán que lo había empezado todo. Pero en lugar de eso su esposa y él habían emprendido lo que durante toda su vida habían llamado una enganchada. Y claro, Efi, nacida en el arroyo vecino del de Harry, no era manca ni mucho menos en semejantes situaciones, sobre todo cuando iba armada con un jarrón decorativo y bastante valioso. Tenía un vozarrón que, en ocasiones, podía sacarle los colores a un carretero, y había tachado a Harry de «Rey de la Mierda», lo que le había llevado a lo que nunca, jamás, había querido hacer, levantar la mano enfurecido, sobre todo porque el jarrón con el que iba armada su esposa también era bastante pesado.

Por supu[[6]](#footnote-6)esto, se les pasaría el enfado, como siempre, y una genuina armonía conyugal se aposentaría de nuevo en su lugar de costumbre. Pero aun así, durante toda la tarde, sir Harry merodeó de un lado a otro de sus instalaciones como un viejo león. «Rey de la Mierda»; bueno, pues sí, y gracias a él las calles estaban limpias, o por lo menos bastante más limpias que antes de lo que podría llamarse la dinastía Harry Rey. Pensó, mientras deambulaba, que su trabajo giraba en torno a esas cosas inimaginables que la gente quería dejar atrás. En consecuencia, nadie se moría de ganas de verlo sentado a la mesa de honor de la sociedad. Sí, bueno, ahora le llamaban sir Harry, pero él sabía que Efi en el fondo deseaba que dejase atrás aquel negocio apestoso.

«Al fin y al cabo —le decía siempre—, ya eres más rico que Creosoto. ¿No puedes buscarte otra cosa que hacer, algo que la gente quiera y no solo necesite, para variar?».

En términos generales, a Harry no se le daba muy bien la filosofía. Se enorgullecía de lo que había logrado, pero una minúscula parte de su ser estaba de acuerdo con Efi en que tenía que haber una ocupación mejor para él que andar detrás de la canina y asegurar [[7]](#footnote-7)que las poco fiables fosas sépticas de la ciudad no se desbordaran. Alguien tenía que hacerlo, por supuesto, y tampoco era que lo hiciese Harry en persona, por lo menos desde hacía muchos años; para eso pagaba a los poceros, los estercoleros y últimamente a todo un ejército de trasgos para que se ocuparan del trabajo sucio. Aun así, lo que necesitaba en ese momento, pensó, era una ocupación que fuese viril sin resultar despreciable.

Distraído, despidió a su abogado más reciente, un enano al que habían sorprendido con sus sucios dedillos en la caja, y consiguió hacerlo sin tirar al cabroncete escalera abajo.

Presa de un abatimiento inusual, Harry siguió con su deambular, tratando de calmar sus nervios. Al llegar al límite de su recinto olisqueó el aire, en la medida en que se atrevió. Soplaba el viento del Eje, y al volverse de cara a él captó un olor seductor: un olor viril, un olor resuelto, un olor que quería llevarlo lejos y que estaba cargado de promesas.

\* \* \*

La relación entre Húmedo von Mustachen y Adora Belle Buencorazón era estable y feliz, muy posiblemente porque no se veían durante períodos sustanciales de tiempo, ya que ella andaba inmersa en la dirección del Gran Tronco y él se las veía con el Banco Real, la Oficina de Correos y la Casa de la Moneda. A pesar de lo que opinara lord Vetinari, Húmedo cumplía una labor real en esas instituciones, la que él llamaba en su cabeza «mantenerlo todo a flote». Las cosas funcionaban, y muy bien, a decir verdad, pero a ojos de Húmedo funcionaban porque él siempre estaba a la vista en el Banco, la Casa de la Moneda o la Oficina de Correos, actuando de don Banco, don Correos y don Moneda.

Charlaba con la gente, los escuchaba hablar del trabajo y les preguntaba por la salud de sus cónyuges, habiendo memorizado de antemano el nombre de todos los familiares de cada persona con la que conversaba. Era un don que tenía, un don maravilloso que funcionaba de perlas. Él se interesaba por todo el mundo y ellos ponían interés en su trabajo, y era crucial que Húmedo estuviera siempre cerca para que la magia fluyera.

En cuanto a Adora Belle, llevaba los clacs en la sangre; eran su legado y ay de quien se interpusiera entre ellos, aunque fuera[[8]](#footnote-8) su marido.

De alguna manera, el sistema trabajaba tan duro como ellos y por eso podían permitirse a Malaire, el mayordomo, y también a la señora Malaire. Su casa de la [[9]](#footnote-9)avenida Pastelito también tenía un jardinero, que parecía que viniera de serie. Galano también era todo [[10]](#footnote-10)un manitas y un hombre bastante hablador, aunque Húmedo nunca entendía una sola palabra de lo que decía. Procedía de algún punto de las Comarcas y hablaba usando un vocabulario que en teoría era morporkiano, pero en realidad llevaba dentro mucha paja, como la sílaba «aah», que cobraba protagonismo en todas las conversaciones. Hacía sidra en el cobertizo del fondo del jardín, aprovechando los manzanos que el anterior propietario había cuidado con amor. También limpiaba las ventanas sin que nadie se lo pidiera y, con la ayuda de una caja enorme llena de toda clase de martillos, sierras, taladros, destornilladores, escoplos, bolsas de clavos y diversos objetos más que Húmedo ni reconocía ni tenía el menor interés en reconocer, facilitaba la vida de Húmedo a la vez que, posiblemente, se convertía en el manitas más rico del barrio.

Húmedo von Mustachen había probado el trabajo duro una vez y no le veía ningún futuro, pero podía mirarlo durante horas, siempre que lo llevara a cabo algún otro, por supuesto, y estaba claro que a algunos les gustaba lo que hacían, por lo que él se encogía de hombros y se alegraba de que Galano estuviese contento siendo manitas mientras él estaba contento no levantando nada más pesado que una copa. A fin de cuentas, su trabajo pasaba desapercibido y dependía de las palabras, que por fortuna no eran muy pesadas y no necesitaban aceite. En su carrera de granuja les había sacado gran provecho, y de algún modo estar empleándolas ahora en beneficio de la ciudadanía le hacía sentir un poco vanidoso.

No era lo mismo ser banquero que granuja, de verdad que no, y aunque la diferencia era muy, pero que muy pequeña, Húmedo consideraba su deber señalar que en efecto existía; además, lord Vetinari nunca lo perdía de vista.

De modo que todo el mundo estaba contento y Húmedo iba a trabajar con la ropa muy limpia y la conciencia más limpia todavía.

Después de lavarse y vestirse con dicha ropa en su baño particular, Húmedo fue a ver a [[11]](#footnote-11)su esposa, practicando la sonrisa por el camino hasta lograr una apariencia jovial. Con Adora Belle nunca se sabía. Podía ser muy cáustica[[12]](#footnote-12). No en vano dirigía el sistema entero de clacs.

A Adora Belle también le gustaban los trasgos, motivo por el cual tenían a unos cuantos viviendo detrás de los paneles de madera de la casa y a otros en el tejado. Olían, pero el olor, una vez superada la impresión, tampoco era para tanto. La contrapartida era que los trasgos se habían enamorado de los clacs con todo su escuálido corazón, desde el primero hasta el último de ellos. Las ruedas y palancas los fascinaban. Húmedo sabía que, en general, los trasgos se escondían en cavernas y lugares insalubres que los humanos despreciaban, pero ahora que de repente los trataban como a personas, habían descubierto su elemento, que por lo común era el cielo. Podían encaramarse a una torre de clacs más deprisa de lo que corría cualquier hombre, y el vaivén de la incansable maquinaria traqueteante los tenía embelesados.

En los pocos meses que llevaban en la ciudad, los trasgos habían triplicado la eficacia de los clacs a lo largo y ancho de las llanuras Sto. Eran criaturas de la oscuridad, pero su percepción de la luz era notable. En el tejado vivía toda una malignidad de trasgos, pero nadie lo [[13]](#footnote-13)llamaba así en voz alta si quería que sus clacs volasen rápidos. Los malos de los cuentos habían encontrado un lugar en la sociedad, por fin. Lo único que hacía falta era tecnología.

\* \* \*

Cuando Dick Simnel entró en las instalaciones de sir Harry Rey, no estaba nada seguro de cómo se hablaba a la gente de postín. A pesar de todo, consiguió convencer al personal de la oficina exterior, una gente de aspecto tirando a amarillento que por lo visto consideraba su deber asegurarse de que nadie llegara a ver nunca a sir Harry Rey, y mucho menos los jóvenes de aspecto grasiento y ojos desorbitados que se desvivían por parecer respetables pese a una vestimenta extremadamente vieja que, en opinión de esos cancerberos, dejaba mucho que desear, por ejemplo una hoguera. Pero Dick tenía la perseverancia de una avispa y la agudeza de una cuchilla de afeitar, por lo que al final terminó depositado enfrente del escritorio del pez gordo para presentarle su petición.

Harry, colorado e impaciente, miró al otro lado de la mesa y le dijo:

—Muchacho, el tiempo es oro y yo soy un hombre ocupado. Le has dicho a Nancy, de recepción, que tienes algo que podría interesarme. Ahora deja de menearte y mírame a la cara. Si eres otro cantamañanas con ganas de estafarme te tiraré por la escalera de los Tojones en un visto y no visto.

Dick [[14]](#footnote-14)contempló mudo a Harry durante un momento, y luego habló:

—Señor sir Rey, he creado una máquina que puede transportar personas y mercancías más o menos a cualquier parte y que no necesita caballos porque funciona con agua y carbón. Es mi máquina, yo la construí y puedo mejorarla aún más si usted tiene a bien adelantarme una inversión.

Harry Rey metió la mano en el bolsillo y sacó un pesado reloj de oro. Dick no pudo evitar fijarse en los famosos anillos dorados que, según le habían contado, sir Harry llevaba siempre, tal vez a modo de nudilleras socialmente aceptables para la sociedad y de extremado valor.

—¿Le he oído bien? Señor Simnel, ¿verdad? Le doy cinco minutos para engatusarme y, si me parece que no es usted más que otro robaperas oportunista, saldrá de aquí bastante más deprisa de lo que ha entrado.

—Mi anciana madre siempre decía que hay que ver para creer, señor Rey, y por eso he venido preparado. Si me concede un poco de tiempo para traer a los muchachos y los caballos… —Dick tosió antes de continuar—. Debo decirle, señor sir Harry, que me he tomado la libertad de aparcarlos justo delante de su complejo, porque hablé con la gente y todo el mundo me dijo que, si Harry Rey quiere ver algo, más vale que empiece pronto. —Vaciló. ¿Era un destello eso que asomaba al ojo de Harry?

—Bueno —gruñó el magnate con aire más bien teatral—. Joven, aunque el tiempo es oro, hablar es barato. Saldré dentro de cinco minutos y más le vale tener algo bueno que enseñarme.

—Gracias, sir Rey, es muy amable de su parte, señor, pero antes tendremos que calentar la caldera, señor, o sea que la tendremos latiendo en no más de dos horas, señor.

Harry Rey se sacó el puro de la boca y dijo:

—¿Cómo? ¿Latiendo?

Dick sonrió con nerviosismo.

—Ya lo verá, señor, ya lo verá.

Al cabo de muy poco, justo a tiempo, el humo y el vapor inundaron el recinto y Harry Rey vio y se maravilló.

\* \* \*

Harry Rey estaba maravillado de verdad. El artilugio mecánico, que recordaba un poco a un insecto, tenía partes que daban vueltas sin parar, aunque el aparato entero estaba envuelto en la nube de humo y vapor que él mismo creaba. Harry Rey vio en aquel ingenio la determinación personificada. Una determinación que, además, sería muy poco dada a pedir jamás un día libre por el funeral de su abuela. Gritó para hacerse oír por encima del ruido.

—¿Cómo has dicho que se llama este trasto, chaval?

—Traviesa de Hierro, señor. Un motor que utiliza la expansión o la rápida condensación del vapor para generar potencia. Potencia para la locomoción, o lo que es lo mismo, el movimiento, señor. Y si nos permite tender sus raíles, señor, podremos enseñarle de verdad lo que es capaz de hacer.

—¿Raíles?

—Sí, señor. Verá, se desplaza sobre un camino de hierro.

De repente se oyó el sonido de una banshee en celo cuando Wally movió una palanca.

—Lo siento, señor, hay que dejar que salga el vapor. La clave de todo es dominar el vapor. Ya la ha oído cantar, señor, pero quiere moverse; la energía se está echando a perder si la tenemos aquí parada. Deme tiempo y permítame montar un circuito de prueba que rodee su recinto. La pondremos en marcha en un periquete, se lo prometo.

Harry guardó un silencio poco propio de él. El traqueteo de la máquina era como una especie de hechizo. Una vez más, la voz metálica del vapor resonó en el recinto como un alma en pena y Harry se sintió incapaz de marcharse. No era un hombre dado a la introspección y todas esas zarandajas, pero pensó que aquella… bueno, aquello era algo que merecía la pena ver más de cerca. Y entonces reparó en las caras de la multitud que rodeaba el recinto, los trasgos que trepaban para contemplar boquiabiertos aquel nuevo demonio furioso que, pese a todo, estaba bajo el control de dos jovenzuelos de gorro plano y dentadura maltrecha.

Tras ordenar sus pensamientos como era debido, Harry se volvió hacia Dick Simnel y dijo:

—Señor Simnel, le doy dos días, ni uno más. Ya tiene su oportunidad, caballero, no la desperdicie. Soy, como digo, un hombre ocupado. Dos días para enseñarme algo que me asombre. Adelante.

\* \* \*

Enanos y hombres escuchaban con atención al abuelete sentado en la esquina del Minero de Melaza, posiblemente humano pero con un[[15]](#footnote-15)a barba que sería la envidia de cualquier enano cabal, que había decidido compartir con ellos su conocimiento del mundo de la minería de melaza.

—Acercaos, muchachos, llenadme el tiesto y os contaré una historia siniestra y pegajosa. —Echó un vistazo cargado de sentido a su jarra vacía que algún benefactor reemplazó, entre risas de la concurrencia. Tras un sorbo de cerveza, el viejo empezó con su historia.

Años atrás, se habían descubierto unas inesperadas reservas de melaza debajo de Ankh-Morpork, a muchas brazas de profundidad, y como sabía todo buen minero, cuanto más baja la melaza, mejor la textura y por ende el sabor. En realidad, y sobre todo para ser Ankh-Morpork, hubo muy pocas desavenencias entre clanes enanos acerca de aquel asunto, y la cuestión de a quién se permitiría explotar el hallazgo se resolvió amistosamente entre compañeros, enanos y humanos.

Todo el mundo reconocía que para el trabajo subterráneo no había nadie como los enanos, pero, para horror de los mineros más mayores, muy pocos de los jóvenes enanos de Ankh-Morpork mostraban el menor interés por la minería bajo ninguna circunstancia. Y así, los curtidos veteranos aceptaron a mineros locales de cualquier especie para trabajar bajo las venerables calles de Ankh-Morpork, por el puro placer de ver cómo se producía de nuevo melaza como era debido, y los mineros de toda condición arrimaron el pegajoso hombro en busca de la profunda y resplandeciente melaza.

Y algo pasó, en algún lugar cercano a las Comarcas, donde los mineros enanos llevaban un tiempo trabajando en una veta aceptable, parte de la cual pasaba por debajo de unos terrenos que en aquel momento pertenecían al Bajo Rey de los enanos. En aquellos tiempos, no tan lejanos, las relaciones políticas entre humanos y enanos eran algo tensas.

El día en que estalló la crisis se había producido un desprendimiento repentino de tofe oscuro, una sustancia sumamente valiosa y muy inusual, pero temida por todo minero de melaza por su tendencia a derrumbarse sin previo aviso por los túneles. Según los testigos oculares, tanto humanos como enanos trabajaban en la mina mientras los políticos de ambos bandos discutían. El desprendimiento había ocurrido principalmente en el lado humano de la veta, y había dejado a muchos hombres atrapados en un aluvión pegajoso e implacable.

El abuelete vaciló por un instante y dijo:

—O quizá fuera en el lado enano, ahora que lo pienso… —Parecía avergonzado, pero prosiguió—: Bueno, en realidad no importa quién fuera, de todos modos sucedió hace mucho tiempo. Los mineros que trabajaban en la veta desde el otro lado del desprendimiento oyeron que había muchos compañeros allí abajo, atrapados y ahogándose en derivados de azúcar refinado, y dijeron: «Venga, muchachos, traed las herramientas y saquémoslos de allí».

El abuelete vaciló una vez más, tal vez con fines dramáticos, antes de seguir.

—Pero claro, para eso tenían que entrar en un territorio que exigía atravesar dos putos controles de seguridad con guardias armados. Unos guardias a los que, además, les importaban poco los mineros y no tenían ninguna intención de permitir que ningún enemigo bajara a su suelo soberano.

Otra pausa efectista y luego la narración ganó ritmo. Todos los mineros se habían amontonado contra las barreras. Alguien dijo: «¡No podemos con ellos, tienen armas!», y entonces los mineros se miraron entre ellos con lo que se conoce como un fiero estupor, y otra voz exclamó: «¡Pero nosotros también y, si os fijáis bien, las nuestras son más grandes!». Y el dueño de esa última voz levantó su enorme puño y añadió: «Y nosotros picamos piedra a diario, en vez de estar quietos luciendo palmito».

Y así, todos a una como un solo enano, o quizá humano, asaltaron en tropel la barricada; los guardias, comprendiendo que habían dejado de asustar a la gente, corrieron para ponerse a salvo mientras los mineros armados de picos y palas se les echaban encima, y así fue como sesenta mineros se salvaron de un pegajoso apuro a ambos lados de la veta.

Después de aquello no hubo ninguna consecuencia oficial, porque la oficialidad no quería verse salpicada por la vergüenza.

El abuelete miró a su alrededor, ufano como si él mismo hubiera sido uno de aquellos mineros, algo que no había que descartar, y alguien volvió a rellenarle la jarra mientras él decía con nostalgia:

—Claro que aquello eran los viejos tiempos. Ojalá todavía lo fueran.

\* \* \*

Rayaba el final del segundo día cuando Simnel y sus hombres pusieron la Traviesa de Hierro a recorrer, con decisión y entre lentos resoplidos, un breve circuito circular instalado en el complejo de Harry.

Y Harry no pudo evitar fijarse en que el aspecto de la máquina había cambiado, porque de alguna manera parecía más… elegante que antes. En realidad, pensó, había estado a punto de decir «estilizada», aunque costaba calificar así a lo que parecían cincuenta toneladas de acero; pero sí, pensó, ¿por qué no? No debería ser bella, pero lo era. Tartamuda, apestosa, gruñona, humeante, pero bellísima.

—Ahora vamos tranquilitos, don Harry —explicó Dick con alegría—. Tendríamos que ponerle balasto de verdad antes de dejar que se suelte, pero uno le va cogiendo cariño, ¿no cree? Y cuando la tengamos mejorada y le añadamos vagones y demás, no habrá quien la pare.

Y ahí estaba otra vez, pensó Harry. De alguna manera resultaba inevitable pensar en la máquina como en una mujer.

Y entonces el ceño ya de por sí marcado de Harry se arrugó aún más. Está claro que este chaval sabe lo que se hace, pensó, y ha dicho que su máquina podría transportar personas y mercancías… pero ¿quién querría viajar en este monstruo enorme y ruidoso?

Por otro lado, el recinto olía a vapor, carbón y grasa caliente, olores viriles y sanos… Sí, les daría un poco más de tiempo. Quizá otra semana. Al fin y al cabo, el carbón no era caro y no les estaba pagando nada. Harry Rey descubrió que sentía una inusual felicidad. Sí, que tuvieran un poco más de tiempo. Y el olor estaba bien, no era como los que Efi y él habían tenido que aguantar a lo largo de los años. Claro que sí, que trabajaran sin prisa, aunque tendría que asegurarse de que también fuese sin pausa. Alzó la vista y, en el parpadeo incesante de las torres de clacs, Harry Rey vio el futuro.

\* \* \*

Sobre las torres de clacs soplaba un viento del Eje, fresco y decidido, y Adora Belle Buencorazón imaginaba que podía ver el borde del mundo desde allí. Disfrutaba de los momentos como aquel. Le recordaban a cuando era joven, muy joven, cuando su madre colgaba su cuna de la punta de una torre mientras ella codificaba mensajes y dejaba a su hija haciendo alegres ruiditos de bebé a muchas decenas de metros sobre el suelo. En realidad, según su madre su primera palabra había sido «clave».

En ese momento distinguió, asomando entre la niebla, la cima de Cori Celesti, resplandeciente como un gran carámbano verde. Se puso a cantar mientras apretaba los giradores de la galería superior. Estaba fuera de la oficina, tan lejos de ella como era posible, y se sentía fenomenal. A fin de cuentas, desde allí arriba alcanzaba a ver su oficina. En realidad, desde de allí arriba probablemente alcanzaba a ver la oficina de todo el mundo, pero en aquel momento Adora prefería ajustar los delicados y pequeños mecanismos y saborear un mundo en el que tenía el sol al alcance de la mano; bueno, por lo menos metafóricamente. Interrumpió su ensueño uno de los trasgos de la torre.

—Traigo veinte giradores y termo de café, muy higiénico, he lavado taza yo mismo con mi propia mano. Yo, Del Crepúsculo la Oscuridad —afirmó con orgullo.

Adora Belle bajó la vista para contemplar un rostro que solo un batallón de madres frenéticas podría amar, pero aun así sonrió y dijo:

—Muchas gracias. Debo decir que os habéis aclimatado muy bien para haber pasado casi toda la vida en una cueva. No me puedo creer que ni siquiera os preocupen las alturas, es algo que no deja de asombrarme. Y gracias de nuevo, es verdad que es un buen café y además todavía está caliente.

Del Crepúsculo la Oscuridad se encogió de hombros como solo podía hacerlo un trasgo. El efecto visual era el de un paquete de serpientes bailando.

—Doña Jefa, trasgos acostumbrados a aclimatar. ¡No aclimatas, no vives! Y además, cosa va bien ahí abajo, no hay problemas. ¡Trasgos tienen rexpeto! ¿Y cómo está don Algo Mojado?

—Húmedo está bien, amigo mío, y ya sabes que a mi marido no le gusta el nombre que le habéis puesto los trasgos. Cree que lo hacéis a propósito.

—¿Tú quiere que paremos?

—¡No, ni hablar! Así aprende humildad. Creo que necesita ir a la universidad en este particular.

El trasgo sonrió con aires de conspirador y vio que Adora Belle hacía un esfuerzo por no reír, mientras por encima de ellos la torre de clacs seguía mandando sus mensajes al mundo.

Adora Belle casi podía leer los mensajes con solo observar las torres, pero había que ser muy, muy rápida. Los trasgos eran más rápidos todavía. ¿Quién habría pensado que tuvieran una vista tan aguda? Usando las nuevas cajas obturadoras de color cuando se hacía de noche, la mayoría de los observadores de clacs humanos podían separar cuatro, cinco o con suerte hasta seis colores si hacía una noche muy despejada, pero ¿quién habría imaginado que los trasgos, recién salidos de sus cuevas, tendrían la pasmosa capacidad de diferenciar hasta el burdeos del rosa, cuando casi ningún humano tenía ni la más remota idea de qué demonios era un burdeos?

Adora Belle miró de reojo a Del Crepúsculo la Oscuridad y una vez más reconoció para sus adentros que los trasgos eran el motivo de que el tráfico de clacs fuese más rápido, preciso y fluido que nunca. Y aun así, ¿cómo podía recompensarles por ese aumento de la eficacia? Los trasgos a veces ni siquiera se molestaban en recoger su paga. Les gustaban las ratas, que nunca escaseaban, pero como ella era, en efecto, la jefa, consideraba su deber convencer a a[[16]](#footnote-16)quellos pequeños empollones de que había muchísimas más cosas que hacer aparte de codificar y descifrar mensajes de clacs. Casi se estremeció. A los trasgos les gustaba trabajar, activa y obsesivamente, todo el día y toda la noche si era posible.

Adora Belle sabía que, si el nombre de la puerta decía «jefa», en teoría tenía que pensar en el bienestar de los trasgos, pero la cuestión era que a ellos no les interesaba su bienestar. Lo que querían era codificar y descifrar, y solo paraban cuando pasaba la señora troll con su carrito de las ratas. ¡En serio! Su trabajo les gustaba, y no solo eso: lo vivían. ¿Cuántos jefes tenían que pasearse por el lugar de trabajo diciendo a la gente que parase de trabajar de una vez y se fuera a casa? Pero es que tampoco se iban a casa, querían trasnochar en sus torres de clacs y charlar de madrugada vía clacs con trasgos de otros lugares. Preferían charlar que comer, se diría, y hasta dormían en la torre, a la que subían a rastras camitas de paja para cuando la naturaleza les obligaba a echar una cabezada.

Adora Belle había insistido a los consejeros en que debía crearse una fundación, por si algún día los trasgos y sus hijos deseaban integrarse más en la sociedad. Qué poco tiempo había pasado desde que Lágrimas del Champiñón revelase sus asombrosas aptitudes musicales ante la alta sociedad de Ankh-Morpork y los trasgos pasaran a ser personas; personas extrañas, sí, pero personas aun así. Por supuesto, quedaba el asunto del olor, pero no se puede tener todo.

\* \* \*

Las novedades se extendían por Ankh-Morpork como una enfermedad embarazosa, pensó sir Harry Rey la tarde siguiente mientras contemplaba desde arriba el complejo, donde la gente escudriñaba a través de las puertas y las vallas entre numerosos susurros especulativos. Harry conocía a sus conciudadanos de arriba abajo, o más bien de abajo arriba, y eran unos esclavos rendidos a lo novedoso y lo exótico, unos mirones del primero al último. La muchedumbre entera volvía la cabeza como un solo hombre para seguir el movimiento de la Traviesa de Hierro, como una bandada de estorninos, y la máquina resoplaba y avanzaba sin parar mientras Dick saludaba desde la cabina, cruzando un aire todavía cargado de tizne y olores. Y aun así, pensó Harry, todo es aprobación. Nadie discrepa, nadie está asustado. Una bestia salida de ninguna parte. Un dragón llameante, todo humo y ascuas, ha aparecido entre ellos y lo que hacen es levantar a sus hijos para que lo miren y le saluden al pasar.

¿Qué extraña magia…? Se corrigió: ¿qué extraña mecánica podía haber conseguido algo así? Ahí tenían a la bestia, y les encantaba.

Tendré que aprenderme estas palabras, pensó Harry mientras salía de su despacho: «cabina», «caldera», «recíproco», «disulfuro de molibdeno» y todo el agotador pero fascinante le[[17]](#footnote-17)nguaje del vapor.

Al ver que Harry los miraba, Dick Simnel dejó que la Traviesa de Hierro perdiese velocidad poco a poco hasta detenerse con una sacudida casi imperceptible. Dick bajó de la cabina y fue hacia él con paso tranquilo, y Harry captó un destello triunfal en sus ojos.

—Bien hecho, muchacho —le dijo—, pero ten cuidado, ten mucho cuidado. De ahora en adelante ve con cuidado en todo momento. Me he fijado en la cara de todos esos que tienen la nariz apretada contra mi valla, en todas esas mejillas estriadas, por así decirlo. Están fascinados, y la gente fascinada gasta dinero.

»Lo más importante en los negocios es aclarar quién se lleva ese dinero y la cosa funciona así, chaval: esto es una jungla y yo soy más que multimillonario, mucho más. Sé que, aunque los apretones de mano amistosos son muy agradables y simpáticos, para hacer negocios no vas a ninguna parte sin los malditos abogados, ¡porque en esta jungla yo soy un gorila! Lo mejor será que me digas el nombre del tuyo y haré que el mío se ponga en contacto con él para que puedan hablar de abogado a abogado mientras van consumiendo dólares. Que no se diga que Harry Rey esquilmó al chaval que domó el vapor.

»Pero la idea es que te financiaré hasta cierto punto, eso seguro, porque creo que esta máquina tuya tiene auténticas posibilidades, enormes posibilidades. Con esto me has interesado, y para cuando los periódicos se enteren habrás interesado a todo el mundo.

Dick se encogió de hombros y dijo:

—Bueno, sir Harry, me alegro mucho de que me dé una oportunidad, así que cualquier cosa que proponga me parecerá bien.

Harry Rey casi gritó:

—¡No, no, no! Me caes bien, me caes muy bien, pero los negocios son, en fin, ¡los negocios son los negocios! —A esas alturas Harry tenía la cara de color burdeos por la ira—. ¡No puedes decirle a la gente que aceptarás lo primero que te ofrezca! Hay que negociar, muchacho. ¡No pongas esa cara! Aquí se negocia. Se negocia fuerte.

Se produjo un momento de silencio antes de que el joven hablara.

—Señor Rey, antes de que decidiera venir a Ankh-Morpork tuve una charla con mi madre, que es una mujer muy inteligente; no tuvo más remedio que serlo, con mi padre perdido en el éter, ya me entiende. Y ella me dijo: «Si alguien quiere hacer negocios contigo en la gran ciudad, Dick, hazte el bobo y mira cómo te trata. Si te trata como es debido aunque te tenga por tonto, es fácil que puedas confiar en él. Y entonces puedes enseñarle lo listo que eres de verdad». Y bueno, señor, a mí me parece que es usted recto como el palo de una escoba. Iré a buscar un abogado ahora mismo. —Vaciló—. Ejem, ¿dónde puedo encontrar un abogado que sea de fiar? Quizá no sea tan listo como me creo.

Sir Harry soltó una sincera risotada.

—No es tarea fácil, muchacho, y es una pregunta que casualmente he tenido que plantearme yo mismo hace poco. Mi amigo Mustrum Ridcully, de la universidad, ayer mismo me habló de uno: un abogado tan recto que podría usarse de palanca. ¿Por qué no dejas a tus chicos enseñando la Traviesa de Hierro al público y me acompañas en mi carruaje, aunque no llegue a la altura de los zapatos al que has traído tú aquí, eh? ¡Ja! ¡Venga, chico, en marcha!

\* \* \*

En su oficina del edificio del Gremio de Abogados, Harry Rey y Dick Simnel conocieron al señor Rayo, sorprendentemente grande y sorprendentemente troll. Un troll cuya voz era como una suave corriente de lava.

—Desearán conocer mis credenciales, caballeros. Soy miembro del Gremio de Abogados de Ankh-Morpork e hice la pasantía aquí, bajo la tutela del señor Slant —explicó el señor Rayo—. Además de mi despacho en Ankh-Morpork, soy el único troll acreditado para ejercer la abogacía en el reino del Bajo Rey. Hablando de todo un poco, sir Harry, también soy sobrino del Rey Diamante de los trolls, aunque claro, debo añadir que la naturaleza de nuestras familias es tal que la mera palabra «sobrino» no hace justicia a la situación.

La voz era la de un profesor, pero uno que hubiese decidido hablar en una caverna con eco. Los rasgos eran más o menos como los de todos los trolls, hasta que uno buscara detalles reveladores y reconociera la cuidadosa mampostería, la riqueza de la vida vegetal que ocupaba las cavidades visibles y, cómo no, esa esquiva pátina, casi brillo, que reflejaba la luz con tanta delicadeza; no era algo descarado, pero estaba allí.

—Y sí, soy diamante de la cabeza a los pies y por tanto no puedo mentir por si me hago pedazos. Además, no tengo ninguna intención de intentarlo. A mí me parece, caballeros, que por lo que me dicen los dos están de acuerdo, puesto que ninguno desea cometer una injusticia y ambos quieren ser razonables con el otro. Por todo ello, en esta ocasión, y aunque mis colegas del Gremio quizá lo desaprueben, propongo que yo actúe de mediador y abogado de los dos. La justicia troll es notablemente directa; ojalá sucediera lo mismo en todas partes. Sin embargo, si en algún momento tuvieran una disputa, a partir de entonces yo dejaría de aceptar trabajo de ninguno de los dos.

Rayo sonrió y los pequeños destellos iluminaron la habitación como un espectáculo de fuegos artificiales.

—Redactaré un breve documento que, en otros lugares, podría llamarse un acuerdo para ponerse de acuerdo. Y yo no representaré los intereses de cada lado individualmente, sino los de ambos a la vez. Soy diamante y no puedo permitir que sucedan injusticias. Sugiero, caballeros, que sigan adelante con su proyecto, que me parece notable, y me dejen a mí el papeleo. Será un placer reencontrarme mañana con ustedes en el complejo.

Harry y Dick guardaron silencio en el carruaje, hasta que el joven dijo:

—¿Verdad que era majo? Para ser abogado, digo.

\* \* \*

Cuando el carruaje se acercó al complejo encontraron al trasgo Billy Lacio, que llevaba muchos años trabajando para Harry, presa de la desazón (aunque eso él no lo sabía, porque no conocía la palabra), esperándolos junto a la puerta. Hecho un manojo de nervios, dijo:

—He cerrado la puerta, sir Harry, pero parece que son capaces de subirse a lo que sea para ver esa… esa… ¡esa cosa! Yo no paro de decirles que esto no es un circo.

Empezaba a anochecer y aun así las miradas de los curiosos seguían a la Traviesa de Hierro en su recorrido por el circuito, mientras el equipo de Simnel hacía sus comprobaciones y ella rociaba el crepúsculo de chispas que parecían indicar al universo que el vapor había llegado para quedarse. Y cuando la mayoría de los mirones hubo partido hacia casa a regañadientes para cenar, varios de los trasgos de Harry entraron a hurtadillas en el complejo para contemplar aquella maravilla de la modernidad. «A hurtadillas» no era una exageración, pensó Harry, no porque se movieran del todo como ladrones, sino porque en términos generales los trasgos ya nacían a hurtadillas. Sin embargo, tan pronto como estuvieron dentro empezaron a rondar alrededor de la Traviesa de Hierro como polillas, y los chicos se las vieron y se las desearon para impedir que metieran sus escuálidos dedos de trasgo en lugares peligrosos.

La Traviesa de Hierro descansaba y de vez en cuando soltaba una bocanada de vapor o de humo mientras en todo momento, a media luz, Harry oía finas voces entrecortadas que interrogaban a los ingenieros:

—¿Esto para qué sirve, señor?

—¿Qué pasa si aprieto esto, señor?

—Veo, señor, que esto conecta con el armazón del cilindrete.

Harry y Dick se unieron a Dave y Wally, que estaban junto a la Traviesa de Hierro respondiendo al aluvión de preguntas. Para sorpresa de Harry, en vez de las quejas que esperaba oír de labios de los muchachos, los encontró sonriendo de oreja a oreja.

—¡Parece que lo entienden, señor! ¡Anda que no! —dijo Wally—. ¡Se quedan con todo! No podemos perderlos de vista, pero parece que lo entienden sin que nadie se lo explique, ¿se lo puede creer?

Y Harry se maravilló. Le gustaban bastante aquellos cabroncetes, como gustaba a cualquier patrono un empleado muy trabajador, pero ¿de dónde sacaba un trasgo la comprensión de los motores de vapor? Debían de llevarlo en la sangre. Sus carillas desaliñadas se deshacían en sonrisas al ver algo metálico y complicado. Así eran los tiempos que corrían, y parecía que corrían para los trasgos.

Simnel guardó silencio un momento, como si acumulara vapor interno para su próximo pensamiento, y luego dijo con tono cauto:

—¡Cualquiera diría que han nacido para esto!

—No puedo decir que me sorprenda, Dick —señaló Harry—. La gente de los clacs cuenta lo mismo. Es increíble, pero parece que entienden los mecanismos con solo verlos, o sea que ve con cuidado porque a la primera de cambio desmontan las cosas para ver cómo están hechas. Eso sí, una vez entienden cómo funciona algo, lo vuelven a montar. No es malicia, solo les gusta trastear con lo más complicado que encuentran y, mira por donde, a veces mejoran las cosas. ¿Cómo se explica eso? Pero yo en tu lugar dejaría a uno de vosotros tres durmiendo esta noche debajo de la Traviesa de Hierro, por si se ponen creativos.

\* \* \*

Al día siguiente, Húmedo von Mustachen fue despertado con delicadeza por Malaire, quien todavía no alcanzaba a comprender la actitud de su señor hacia el sueño, un hecho que se vio confirmado cuando Húmedo dio media vuelta en la cama y dijo:

—¡Murmullo murmullo gruñido murmullo gemido murmullo fuera!

La secuencia se repitió tres minutos más tarde, con la misma respuesta, esta vez con énfasis en la última palabra, pronunciada tres veces con volumen creciente.

A continuación —en realidad, para ser precisos, quince minutos más tarde— Húmedo von Mustachen fue arrancado de los brazos de Morfeo por el poco amable aguijoneo de una espada perteneciente a un guardia del palacio de Ankh-Morpork, una especie que ya de por sí no le gustaba mucho, porque eran impasibles y tontos. Claro que lo mismo podía decirse de la Guardia de la Ciudad, en opinión de Húmedo, pero al menos ellos eran creativos a grandes rasgos y graciosos en su estupidez, lo que los volvía mucho más interesantes. Al fin y al cabo, se podía hablar con ellos y por tanto confundirlos, mientras que los guardias de palacio… en fin, lo único que sabían hacer era pinchar, pero se les daba muy bien. Era prudente no buscarles las cosquillas, de modo que Húmedo, muy versado ya en el funcionamiento de esa clase de situaciones, se vistió malhumorado y los siguió hasta el palacio, donde sin duda le esperaba una audiencia con lord Vetinari.

El patricio, en contra de su costumbre, no estaba sentado a su escritorio, sino prestando atención a algo que había sobre la gran mesa abrillantada que ocupaba la mitad del Despacho Oblongo. Bien mirado, estaba jugando. Parecía ridículo, pero era innegable: observaba con toda su atención un juguete infantil, una especie de carrito o pequeño carruaje de algún tipo al que un estrecho raíl de metal permitía desplazarse en círculo sin pausa ni motivo aparente. Al oír un fuerte carraspeo de Húmedo, el patricio enderezó la espalda y dijo:

—Ah, señor Mustachen. Muy amable por venir… a su ritmo. Dígame, ¿qué le parece esto?

Algo perplejo, Húmedo respondió:

—Parece un juguete para niños, señor.

—En realidad es una maqueta muy fidedigna de algo más grande y mucho más peligroso. —Lord Vetinari alzó la voz y dijo, como si hablara no solo con Húmedo sino para el mundo en general—: Hay quien diría que me habría resultado fácil impedir que esto sucediera. Un estilete discreto por aquí, un veneno en una copa de vino por allá, muchos problemas resueltos de un plumazo. Diplomacia aguda, por decirlo de alguna manera, deplorable y desafortunada, por supuesto, pero indiscutible.

»Alguien podría decir que no estaba prestando atención y, por dejación de mis responsabilidades, permití que el veneno calara en la imaginación del mundo hasta cambiarlo de forma irrevocable. Quizá podría haber tomado alguna medida cuando vi por primera vez que Leonardo de Quirm dibujaba un garabato muy parecido a este juguetito en los márgenes de su boceto para «La condesa Quatro Formaggio en su toilette», pero, por supuesto, antes haría añicos el jarrón antiguo más valioso del mundo que permitir que nadie tocara un pelo de esa cabeza tan útil y venerable. Pensaba que acabarían imponiéndose sus máquinas voladoras, que no son más que un juguete.

»Y así hemos llegado hasta aquí. La cuestión es que uno no puede fiarse de los artesanos: inventan cosas terribles por el puro gusto de hacerlo, sin prudencia, previsión ni responsabilidad, y la verdad, me gustaría verlos encadenados donde no pudieran hacer ningún daño.

En ese momento, lord Vetinari hizo una pausa, antes de continuar:

—Y podría haberlo hecho realidad en un periquete, de no ser porque, señor Mustachen, los muy desgraciados son utilísimos.

Suspiró, cosa que preocupó a Húmedo. Nunca había visto a su señoría tan turbado, con la vista clavada en el carrito que giraba y giraba sobre sus pequeños raíles y llenaba la sala de olor a alcohol de quemar. Tenía cierto efecto hipnótico, por lo menos para Vetinari.

Una mano silenciosa se posó ligera y escalofriante en el hombro de Húmedo. Se volvió con rapidez y a su espalda vio a Drumknott, que sonreía con educación.

—Le sugiero que finja que no ha oído nada, señor Mustachen —susurró—. Es lo mejor, sobre todo cuando sufre uno de sus, ejem, momentos sombríos… —Sin dejar de susurrar, Drumknott continuó—: Esto tiene mucho que ver con el crucigrama, por supuesto. Ya sabe cómo se lo toma. Pienso escribir personalmente al director. Su señoría considera que terminarlo con elegancia constituye una prueba de buena forma. Se supone que un crucigrama debe ser un pasatiempo entretenido e instructivo.

Y entonces, con un enrojecimiento de su cara ya por lo general rosada, Drumknott añadió:

—Estoy seguro de que no está pensado para ser una variedad de tortura, igual que estoy convencido de que no existe la palabra «boiserie». Sin embargo, su señoría posee una capacidad de recuperación extraordinaria y, si no le molesta esperar mientras le preparo un café, apuesto a que volverá a ser el de siempre en menos de lo que tarda en decirse «pena de muerte».

Y en efecto, lord Vetinari solo contempló la pared durante ocho minutos más antes de que pareciera que volvía en sí. Miró radiante a Drumknott y, con algo menos de entusiasmo, reconoció la presencia de Húmedo, que llevaba un rato mirando de reojo el crucigrama inacabado que destacaba encima de la mesa.

Húmedo dijo, animado pero con la mejor de las intenciones:

—Milord, estoy seguro de que sabe que «boiserie» no se escribe como se pronuncia. Solo es una observación, claro, por ayudar nada más.

—Sí. Lo sé —dijo lord Vetinari con tono sombrío.

—¿Puedo ayudarle en algo más, milord? —preguntó Húmedo, que imaginaba que no lo habían sacado a pinchazos de la cama por un crucigrama a medias o para admirar un juguete.

Lord Vetinari miró a Húmedo con dureza por un momento y luego habló con voz gélida:

—Dado que por fin ha decidido venir a vernos en estos momentos difíciles, señor Mustachen, le contaré que hubo una vez un hombre llamado Ned Simnel que fabricó un artilugio mecánico, impulsado por alguna fuerza misteriosa, para recoger la cosecha. Las actuales dificultades podrían haber empezado en aquel momento, pero el azar quiso que su aparato no funcionase, pues al parecer tendía a explotar e incendiarse, y así se preservó el equilibrio del mundo. Pero por supuesto, los trasteadores nunca dejan de trastear con cosas en sus pequeños cobertizos. Y no solo eso, sino que encuentran mujeres, mujeres buenas y sensatas que por motivos inexplicables acceden a casarse con ellos, con lo que engendran una raza de pequeños trasteadores.

»Parece que uno de ellos, un vástago del susodicho Simnel, se dedicó a hurgar en el cobertizo de su padre y sin duda acabó preguntándose si él, en su infinita curiosidad, podía lograr lo que su padre por desgracia no había conseguido. Y ahora este joven ha creado una máquina que devora madera y carbón para escupir llamas, que contaminan el cielo y sin duda asustan a todos los seres vivos en varios kilómetros a la redonda, además de meter un ruido de todos los dioses. O eso tengo entendido.

»Al final, el joven señor Simnel ha ido a dar con nuestro buen amigo sir Harry Rey. Y al parecer ahora andan los dos fantaseando con una empresa, que según creo se llama… ferrocarril.

Vetinari hizo tan solo una breve pausa antes de continuar:

—Señor Mustachen, noto la presión del futuro y en este mundo cambiante debo acabar con ella o dominarla. Tengo buen olfato para estas cosas, tal y como lo tuve con usted, señor Mustachen. Por lo tanto, tengo la intención de imitar a la gente de Cuatroequis y subirme a la ola del futuro. Hacerle algún ajuste suelto aquí y allá siempre me ha funcionado, y mi instinto me dice que este condenado ferrocarril, que parece suponer un problema, quizá podría acabar siendo una asombrosa solución.

Húmedo observó la expresión cenicienta del patricio. Había pronunciado el término «ferrocarril» con algo parecido a la voz de una anciana duquesa al encontrar algo innombrable en la sopa. Alrededor de la palabra flotaba un absoluto desdén. Pero si uno sabía identificar por dónde soplaba el viento de lord Vetinari, y Húmedo era un experto en la meteorología del patricio, podía reparar en que a veces un chaparrón metafísico podía dar paso en muy poco tiempo a un día brillante. Casi podía oler cómo el patricio iba aclimatándose a la realidad que tenía delante: unos minúsculos gestos de la cara, unos cambios de postura y el resto de la letanía de Havelock Vetinari cuando pensaba desembocaron de pronto en una de esas sonrisas que, como bien sabía Húmedo, sugerían que la suerte estaba echada y que la mente de lord Vetinari estaba en marcha y bien engrasada. El patricio, más alegre con cada palabra que pronunciaba, dijo:

—Mi carruaje espera abajo, señor Mustachen. Vamos.

Húmedo sabía que cualquier clase de discusión sería inútil, y sabía también que Vetinari lo sabía mejor aún; pero uno tenía su orgullo, y por eso dijo:

—¡Milord, debo protestar! Tengo mucho trabajo que hacer. No me diga que no lo sabe.

Lord Vetinari, cuya túnica ondeaba a su espalda como un estandarte, ya estaba a medio camino de la puerta. Era un hombre de huesos largos y Húmedo tuvo que correr para no quedarse atrás, y saltar algún tramo de escalones de dos en dos, con Drumknott a su espalda.

Por delante de él, su señoría dijo por encima del hombro:

—Señor Mustachen, lo cierto es que no tiene mucho trabajo que hacer. En realidad, como director general de Correos, vicepresidente del Banco Real de Ankh-Morpork y, por supuesto, maestre de la Real Casa [[18]](#footnote-18)de la Moneda, emplea en nuestro nombre a una cantidad enorme de personas inteligentísimas, que sí que trabajan muy duro, eso es verdad. Su extraña camaradería, señor Mustachen, su habilidad para caer en gracia a la gente contra toda evidencia y, lo más sorprendente, seguir cayéndoles bien después del primer encuentro, le convierten en un jefe excelente que despierta la lealtad en sus empleados, todo hay que decirlo. Pero en último término, el único trabajo de oficina que tiene que hacer usted en realidad es inspeccionar un poco las cuentas de vez en cuando.

Lord Vetinari apretó el paso y continuó:

—¿Y qué lección podemos aprender de todo esto, no le oigo preguntar? Bueno, se lo diré. Lo que el sabio aprendería es la certeza de que a un buen jefe vale la pena hacerle cualquier favor, y yo, señor Mustachen, soy un patrono sumamente ejemplar y comprensivo. Lo demuestra la circunstancia de que su cabeza todavía repose bien visible sobre sus hombros, a pesar de que podría estar en, bueno, en tantísimos otros lugares, ya me entiende.

\* \* \*

El país de Nellofselek se enorgullecía de ser sensatamente enano. En realidad, lo habitaba el mismo número de humanos que de enanos, pero como la mayoría eran mineros y, por norma general, o eran bajitos o padecían traumatismos craneales casi constantes, hacía falta fijarse mucho para distinguir a las especies. En consecuencia, dado que prácticamente nadie era más grande que los demás, en la zona reinaba la concordia, sobre todo —aunque no era algo de lo que se hablaba en general— porque el hechizo de la diosa del Amor caía sobre todos por igual. Y como nadie hablaba del tema, pues eso, nadie hablaba del tema y la vida seguía su curso extrayendo el poco oro que quedaba a esas alturas, hierro y todo el zinc y el arsénico que podía arrancarse a la inclemente roca, además de carbón, por supuesto. Todo esto se complementaba con la pesca de bajura. El mundo exterior se dejaba notar solo de tanto en tanto, cuando ocurría algo importante de verdad.

Así había sido hasta la víspera. Al día siguiente, ocurrió.

El barco arribó al puerto de Pantyfajín, la ciudad más grande de Nellofselek, justo después de comer. Los grags que iban a bordo, que acudían a pregonar la verdad de la enanidad pura a los habitantes de la ciudad, habrían sido bienvenidos si no hubieran llegado acompañados por cavadores, las tropas de choque de los grags, a los que nunca se había visto al aire libre. Hasta entonces, la gente de Nellofselek vivía feliz pensando que los grags desempeñaban su labor, cualquiera que fuese, en el ámbito de lo espiritual y sus correspondientes observancias, velando por que todo se hiciera como era debido para que los demás pudieran seguir ocupándose de cosas menos importantes, como la minería, la pesca y la cantería en las colinas.

Pero ese día todo salió fatal, porque Blodwen Partepiés se casaba con Davy Cuentas, un minero y pescador excelente que además, detalle importante, era humano, aunque la importancia de ese dato a la mayoría de los lugareños no les parecía… bueno, importante. Casi todos los habitantes de Pantyfajín los conocían y consideraban que hacían buena pareja, sobre todo porque se conocían desde pequeñitos. Y a medida que fueron creciendo la gente se preguntó, porque la gente es así, por las posibilidades de que una enana y un humano engendrasen un hijo, y las consideraban como mucho remotas, pero se contentaron diciéndose unos a otros que la pareja se tenía amor a raudales y además, ¿quién era nadie para opinar? La pareja era compatible, se querían y, como las minas y las barcas se cobraban su peaje de mineros y pescadores, nunca faltaban huérfanos que anhelasen un nuevo hogar en su propia tierra. Y en Pantyfajín todos coincidían en que la situación, aunque podría haber sido otra, era satisfactoria para la gente que no se metía en los asuntos de los demás, por lo que desearon lo mejor a los felices novios, que por cierto eran casi del mismo tamaño.

Por desgracia, los grags y los cavadores debían de ver las cosas de otro modo, porque echaron abajo las puertas de la capilla y, como los habitantes de Nellofselek no iban armados a las bodas, se salieron con la suya. Y podría haberse producido una masacre total de no ser por el viejo Fflergant, que hasta ese momento había pasado desapercibido en una esquina y que, mientras todo el mundo huía para ponerse a salvo, retiró su capa y demostró que era la clase exacta de enano que sí llevaba armamento pesado a las bodas.

Blandió a la vez una gruesa espada y un hacha en un prodigioso unísono destructivo, un remolino de combate, y al final solo hubo dos víctimas entre los invitados a la boda. Por desgracia, una de ellas fue Blodwen, que murió a manos de un grag agarrada al brazo de su marido.

Cubierto de sangre, Fflergant miró a los atónitos invitados que lo rodeaban y dijo:

—Ya me conocéis. No me gustan los matrimonios mixtos, pero en esto opino como vosotros: ¡no soporto a esos cabrones de los grags! ¡Al Abismo con ellos!

\* \* \*

El carruaje de lord Vetinari rodaba por las calles de Ankh-Morpork y Húmedo observó el tráfico apartándose de su camino hasta que llegaron a la Puerta del Río y salieron de la ciudad propiamente dicha. El vehículo avanzó por la carretera a toda velocidad, siguiendo río abajo el curso del Ankh en dirección al Complejo Industrial de Harry Rey, un mundo de humos, vapores y, por encima de todo, olores indeseables.

Ankh-Morpork había decidido enmendarse. Y había mucho que enmendar, toda una historia llena de especias, plagas, inundaciones y demás entretenimientos. Pero en los últimos tiempos el dólar de Ankh-Morpork estaba al alza, y con él el precio del suelo. Por asombroso que pareciera, muchísima gente quería vivir en Ankh-Morpork, en lugar de en cualquier otra parte (o muy posiblemente en lugar de morir en Ankh-Morpork, lo que siempre era un extra opcional). Pero como todo el mundo sabía, la ciudad estaba atenazada por su antiguo corsé de piedra, y nadie quería estar delante cuando, metafóricamente hablando, las hebillas cedieran.

La población rebosaba, y rebosaba a base de bien. El suelo rústico que rodeaba los terrenos de la ciudad, siempre muy cotizado, se había vuelto pasto de la especulación inmobiliaria. Era un juego maravilloso al que Húmedo, en [[19]](#footnote-19)una vida anterior, sin duda se habría apuntado y habría ganado una fortuna, o mejor dicho varias fortunas. Y en verdad, mientras lord Vetinari miraba por la ventanilla, Húmedo escuchó a las sirenas y sus seductores cantos sobre el dinero que podría ganar el hombre adecuado en aquel lugar adecuado, y la tentadora visión flotó en el aire durante un hipnótico momento.

Ankh-Morpork estaba rodeada de arcilla, fácil de excavar, de modo que había material para ladrillos al alcance de cualquiera por si se terminaba la mierda de vaca, y además se disponía de la madera que los enanos podían hacer llegar con facilidad hasta la obra por vía fluvial. En un santiamén podían levantarse unos flamantes adosados, listos para una población creciente, con aspiraciones y ansiosa por comprar, y después lo único que faltaría sería un cartel bien vistoso y, desde luego, una estrategia de salida.

El carruaje pasó por delante de muchos edificios de esa clase, que sin duda serían palacetes para sus ocupantes, huidos de la calle Cockbill, la colina de la Pocilga y todos los demás barrios donde la gente aún soñaba que podía «llegar a algo», logro que tal vez consiguieran el día feliz en que tuviesen «una casita en propiedad». Era un sueño inspirador, si no se prestaba demasiada atención a palabras como hipoteca, amortización, desahucio y bancarrota, y las clases medias bajas de Ankh-Morpork, que se consideraban pisoteadas por la clase superior y hostigadas por los robos ilegales de la inferior, hacían cola para adquirir a plazos su pequeño Oi Dong particular. Mientras el vehículo rodaba por delante de las[[20]](#footnote-20) urbanizaciones, conocidas en conjunto como Nueva Ankh, Húmedo se preguntó si en esa ocasión Vetinari, al permitir que se colonizara de ese modo todo aquel terreno, había sido muy tonto o muy, pero que muy listo. Optó por «listo». Era una apuesta razonable.

Al final llegaron al primer puesto de avanzada del laberíntico, alambrado, apestoso pero en definitiva rentable complejo de sir Harry Rey, alcantarillero y ropavejero en sus tiempos y considerado en la actualidad el hombre más rico de la ciudad.

A Húmedo le caía bien sir Harry, le caía muy bien, y de vez en cuando intercambiaban un guiño propio de hombres que lo habían pasado mal para llegar a donde estaban. Harry Rey desde luego lo había pasado mal, y quien se interponía en su camino lo pasaba peor todavía.

La mayor parte de la superficie que tenían delante estaba llena de los productos del fétido oficio de Harry Rey, cintas transportadoras que iban y venían de lugares ignotos, cargadas, descargadas y clasificadas por trasgos y gólems libres. También circulaban carros y caballos que transportaban más grano para aquel particular molino. En la parte opuesta del complejo había un conjunto de grandes barracones y, delante de ellos, un tramo de terreno sorprendentemente despejado. Húmedo reparó de pronto en la muchedumbre que se agolpaba ante la valla del complejo, apretándose contra cada palmo de alambrada, y sintió su expectación.

Cuando el carruaje se detuvo, le llegó un olor acre a humo de carbón que se imponía a la fetidez general, y oyó lo que parecía un dragón con problemas para dormir, una especie de bufido muy repetitivo, y entonces sonó un brusco alarido, como si la tetera más grande del mundo se hubiera enfadado muchísimo.

Lord Vetinari le dio una palmadita en el hombro.

—Sir Harry me cuenta que el trasto es muy dócil si se maneja con cuidado. ¿Vamos a echar un vistazo? Usted primero, por supuesto, señor Mustachen.

Señaló hacia los cobertizos y, a medida que se acercaban a ellos, el olor a humo de carbón se fue volviendo más intenso, igual que aquellos resoplidos casi líquidos. Húmedo pensó que al fin y al cabo era un mecanismo, porque era un mecanismo, ¿verdad? Un ingenio parecido a un reloj, sí, solo un mecanismo, y por eso enderezó la espalda y caminó sin miedo, al menos por fuera, hacia la puerta ante la cual un joven vestido con un gorro grasiento y un mono aún más grasiento le hacía señas con una sonrisa grasienta, como un zorro que mirase a unas gallinas con gesto calculador. Al parecer los esperaban.

Harry salió como un torbellino y dijo:

—Saludos, señoría… Señor Mustachen. Permitan que les presente a mi nuevo socio, el señor Dick Simnel.

Detrás de ellos, dentro del cobertizo, estaba el monstruo metálico asmático, y estaba vivo. ¡Estaba vivo de verdad! La idea se instaló de inmediato en el cerebro de Húmedo, que olía su aliento y oía su voz. Sí, vida, una vida extraña pero aun así vida de alguna clase. Todos sus componentes se sacudían y estremecían con sutileza, casi como si bailara consigo misma: era una cosa viva, viva y a la espera.

Tras la bestia, en el cobertizo, vio vagones, supuso que listos para que los remolcaran, y pensó: sí, es un caballo de hierro. A su alrededor había acólitos, hombres que trabajaban en tornos, templaban metal a martillazos y corrían de un lado a otro cargando cubos de lubricante, latas de aceite y algún que otro madero que, en esos momentos, parecía fuera de lugar entre tanto hierro. Reinaba un potente aire de determinación que significaba: «Queremos hacer una cosa y queremos hacerla rápido».

Dick Simnel sonreía de oreja a oreja tras una máscara de grasa, y dijo:

—¿Cómo estamos, señores? Bueno, ¡aquí la tienen! ¡Nada que temer! Su nombre oficial es Número Uno, pero ¡yo la llamo Traviesa de Hierro! Es mi máquina. La hice yo toda entera: tuercas, tornillos, pestañas y hasta el último remache, que se dice rápido. ¡Hay miles! Y también toda la cristalería. Muy importantes, las mirillas y los indicadores de nivel. Tuve que diseñarlo todo yo mismo, porque nadie lo había hecho antes.

—Y cuando le ponen raíles mueve más mercancía que un batallón de trolls, y por si fuera poco llega a su destino mucho antes —dijo sir Harry, plantado detrás de Húmedo. Luego añadió—: Es verdad. Les juro que el joven Simnel no para de hacerle retoques a la Traviesa de Hierro, retoque, retoque, retoque. Salimos a una reforma diaria. —Se rió—. No me extrañaría que acabe haciéndola volar.

El señor Simnel se limpió las manos con un trapo grasiento, lo que las embadurnó aún más de aceite, y luego le ofreció otro a lord Vetinari, que lo rechazó con un gesto educado y respondió:

—Preferiría que tratase con el señor Mustachen, señor Simnel. Si decido permitir su fascinante… experimento, será él ante quien responda al principio. Personalmente, valoro mucho mi ignorancia sobre el funcionamiento de la maquinaria, aunque soy muy consciente del gran interés que reviste para algunas personas —añadió, con un tono de voz que insinuaba que se refería a personas extrañas y secretas… personas ocupadas, personas emocionables, personas inquietas, personas curiosas y volátiles. Una clase de gente que por desgracia decía cosas tan inocentes como: «No pasará nada por intentarlo, ¿verdad? Siempre podemos escondernos debajo de la mesa».

»Lo que a mí me interesa —prosiguió lord Vetinari— son los métodos, la oportunidad, el peligro y las consecuencias, ¿comprenden? Me ha sido dado a entender que su fascinante máquina está propulsada por vapor, calentado hasta que la caldera está a punto de estallar, aunque no llegue a hacerlo. ¿Me equivoco?

El señor Simnel dedicó al patricio una alegre sonrisa y respondió:

—Viene a ser eso, jefe, y no crea que no me han estallado un porrón de veces mientras hacía pruebas, no me importa reconocerlo. Pero ahora ya le tenemos pillado el tranquillo, señor. ¡Válvulas de escape, ahí está el truco! Válvulas de seguridad hechas de plomo, tapones que se funden si la caja de fuego se calienta demasiado para que caiga el agua y apague las llamas antes de que vuelen la caldera.

»El vapor vivo es muy peligroso para quienes no lo dominan, claro —prosiguió Simnel—, pero para mí, en fin, jefe, es juguetón como un cachorrillo. Sir Harry me ha permitido construir un circuito de pruebas, señor. —Señaló con un gesto los raíles que salían del cobertizo y recorrían todo el perímetro del complejo—. Caballeros, ¿puedo preguntarles si les apetece dar una vueltecita?

Húmedo se volvió hacia Vetinari.

—Sí, ¿qué le parece… jefe? —preguntó con gesto impasible, y recibió a cambio una mirada como un estilete, que decía: «Ya hablaremos de esto después».

Vetinari se volvió hacia Simnel y dijo:

—Gracias, señor Simnel. Creo que esta vez cederé ese honor al señor Mustachen. Y me atrevo a decir que Drumknott estará encantado de acompañarle.

Lo dijo con tono animado, pero Drumknott parecía muy poco entusiasmado por la oportunidad, y la verdad es que Húmedo tampoco rebosaba felicidad, pues recordó demasiado tarde que se había puesto una chaqueta nueva y cara.

—Señor Simnel —dijo Húmedo—, ¿por qué necesita su artilugio avanzar sobre raíles, por favor?

Dick Simnel esbozó la sonrisa radiante de quien se muere de ganas de hablar de su maravilloso proyecto favorito y arde en deseos de iluminar a todo el que se ponga a tiro hasta reducirlo al aburrimiento más extremo y, en los peores casos, el suicidio. Húmedo reconocía a esa clase de personas; eran siempre útiles, de trato amable y sin apenas ninguna clase de malicia, pero aun así suponían un peligro implícito.

Y en ese momento, el señor Simnel, contento como unas castañuelas y grasiento como un kebab, dijo con vehemencia:

—Bueno, señor, al vapor le gusta el llano, señor, y el campo está lleno de baches, y el vapor y el hierro son pesados, de manera que, al montar todo esto allá en Villapuercos, nos pareció mucho más sensato tender lo que nosotros llamamos «vía imperecedera», que es una especie de carril con vías, o raíles, para que la locomotora vaya por encima, dicho en pocas palabras.

—«Ferrocarril» entrará mejor a los clientes, de todas formas —dijo Harry—. Se lo tengo dicho al muchacho: corto y con gancho, la clase de nombre que la gente recuerda. No van a montarse en algo que no saben escribir.

Simnel estaba radiante, y de pronto su rostro jovial pareció llenar el mundo.

—Bueno, la Traviesa de Hierro está engrasada, tiene vapor y está lista para ustedes, caballeros. ¿Quién quiere dar un paseo?

Drumknott no había pronunciado una sola palabra ni apartado la vista de la máquina goteante, como un hombre que contemplara su perdición. Húmedo, apiadándose por una vez del pequeño secretario, medio le ayudó, medio le arrastró hasta subirlo a la cabina abierta de la bestia metálica, mientras Simnel manipulaba extraños artilugios de latón y cristal que avivaron el fuego de la panza de la bestia y llenaron el cobertizo de más humo todavía.

Y de repente apareció una pala en la mano de Húmedo, puesta allí por Simnel con tanta rapidez que no pudo esquivarla. El ingeniero sonrió y dijo:

—Puede hacer de fogonero, señor Mustachen. Si la Traviesa necesita carbón, tendrá que abrir la caja de fuego cuando yo se lo diga. ¡Ya verán qué bien lo vamos a pasar! —Simnel miró al desconcertado Drumknott y añadió—: Ejem, en cuanto a usted, señor, bueno, ya verá lo que haremos. Usted puede tocar el silbato, usando esta cadena de aquí. Y como ven, caballeros, esto viene a ser un prototipo de pruebas, que aún no tiene todas las comodidades, pero si se agarran no pasará nada, siempre que no saquen demasiado la cabeza. Hoy remolcaremos unas buenas toneladas. Sir Harry estaba interesado en ver de lo que era capaz, o sea que, hum, ¡señor Drumknott, toque el silbato, por favor!

Mudo, Drumknott dio un tirón a la cadena y se estremeció cuando la máquina emitió un alarido de banshee. Y luego… bueno, pensó Húmedo, tampoco pasó gran cosa, apenas un resoplido, una sacudida, otro par de resoplidos, y otra sacudida, otro resoplido y de repente se movían; no solo eso, sino que aceleraban como si el final de la Traviesa de Hierro intentara colocarse delante.

A través de las turbulentas nubes de vapor, Húmedo miró hacia atrás y vio los cargamentos que llevaban a remolque en los chirriantes carros, y sintió su peso, pero aun así la locomotora tiraba de su tren sin parar de cobrar velocidad e impulso. El señor Simnel daba golpecitos a los indicadores y movía los mandos con toda placidez, y entonces llegó una curva y la máquina y los vagones la fueron tomando como patitos que siguieran a su querida madre, con un leve traqueteo y un claro chirrido, pero aun así como un solo gran objeto móvil.

Húmedo había viajado deprisa antes. En realidad un caballo gólem, esa extraña creación, los habría adelantado con facilidad. Pero aquello, bueno, aquello era maquinaria, hecha a mano por hombres: ruedas, tuercas, pomos metálicos, mirillas, diales, vapor y el hogar con sus gruñidos y chisporroteos, junto al cual se encontraba en ese momento Drumknott, hipnotizado y tirando de la cadena que hacía sonar el silbato como si ejecutara un deber sagrado, mientras todo temblaba y retemblaba como un manicomio al rojo vivo.

Lord Vetinari y Harry aparecieron de nuevo cuando el tren regresó disparado hacia ellos tras su primera vuelta. Luego desaparecieron detrás de Húmedo en la nube de humo y vapor que quedó flotando en el aire. Después, mientras la Traviesa de Hierro seguía adelante, penetró en la consciencia de Húmedo la idea de que aquello no era magia, ni tampoco fuerza bruta, sino que era, en realidad, ingenio. Carbón, metal, agua, vapor y humo, en gloriosa armonía. Rodeado del tórrido calor de la cabina, observándolo todo pala en mano, especulaba sobre el futuro mientras el tren de vagones se curvaba de nuevo para tomar con un leve chirrido la segunda curva. Por último, con un ruido de metal torturado, la máquina se deslizó hasta detenerse a pocos metros de los espectadores, delante de la cochera de la Traviesa de Hierro.

El señor Simnel se volvió un torbellino de brazos y eficacia para cerrar y apagar componentes mientras la prodigiosa máquina moría. Húmedo se corrigió: no moría. Estaba dormida, pero aún babeaba agua y expulsaba bocanadas de vapor; estaba, inexplicablemente, muy viva.

Simnel se apeó de la cabina a una improvisada plataforma de madera, sacó su gigantesco cronómetro, echó un vistazo a la esfera y dijo:

—No está mal, pero no he podido abrirla a tope aquí dentro. En el circuito de pruebas de Villapuercos la puse a casi veintisiete kilómetros por hora, y les juro que correría mucho más si pudiera montar un circuito más largo. Y ha dado gusto ver cómo se movía, ¿o no, caballeros? Con toneladas de carga. —Lo último iba dirigido a los otros ingenieros—. Sí, ¿qué quieres? —Y aquello otro se lo preguntó a un golfillo con los ojos como platos que había aparecido por arte de magia a un lado de la vía. Simnel observó con seriedad cómo el chico sacaba una libreta muy pequeña del bolsillo de su chaqueta y apuntaba con trazos meticulosos el número «1» como si fuera un mandamiento divino.

Y Húmedo, por algún motivo, no pudo contenerse y dijo:

—Bien contado, joven, y ¿sabes qué? Me da la impresión de que no tardará en hacerte falta un cuaderno mucho más grande. —Y le asaltó la certeza de que, aunque el rostro de lord Vetinari estaba tan impasible como siempre, los de Harry Rey y algunos de los espectadores resplandecían a la luz ahumada del futuro que llamaba a la puerta. A juzgar por el gentío que ya bordeaba la valla y estiraba el cuello para observar el tren en sus recorridos por el complejo, la noticia ya estaba en boca de todo el mundo.

—Bueno, caballeros —dijo Harry Rey—, ¿no es asombrosa esta yegua de hierro? Parece capaz de cargar lo que le echen, se lo aseguro. En fin, en mi sala de juntas nos espera un buen almuerzo, caballeros. ¿Subimos? Hay una ternera espectacular.

Lord Vetinari abandonó su silencio.

—Por supuesto, sir Harry, y a lo mejor, entre tanto, alguien podría localizar a mi secretario.

Se volvieron hacia la máquina, que se había parado de una manera casi humana, no de golpe sino aposentándose como una anciana que se pusiera cómoda en su sillón favorito, solo que en ese momento la Traviesa de Hierro soltó un sibilante chorro de vapor resplandeciente, cosa que no suele ocurrir con las ancianas, por lo menos en público.

Drumknott, todavía en la cabina, seguía tirando de la cadena como un desesperado para emitir un pitido más, y parecía sollozar como un niño privado de su juguete favorito al tiempo que el chisporroteo perdía potencia. Vio que lo miraban, soltó con delicadeza la cadena, se apeó de la cabina y cruzó casi de puntillas la plataforma entre el crepitar del vapor y algún que otro chirrido mecánico inesperado a medida que se enfriaba el metal. Al llegar delante de Dick Simnel, le dijo con voz ronca:

—¿Podemos repetir, por favor?

Húmedo observó la cara del patricio. Vetinari parecía absorto en sus pensamientos, pero luego dijo, como si nada:

—¡Muy bien hecho, señor Simnel, una demostración excelente! ¿Hago bien en creer que podría transportarse a muchos pasajeros y toneladas de mercancías gracias a esta… cosa?

—Bueno, sí, señor, no veo por qué no, señor, aunque por supuesto llevará algo más de trabajo: una suspensión decente y asientos tapizados como es debido. Estoy seguro de que lo haríamos mejor que las diligencias, que te dejan destrozado el culo, señor… si disculpa mi klatchiano.

—Lo disculpo, lo disculpo, señor Simnel. El estado de nuestras carreteras y, por tanto, de nuestros carruajes con tiro de caballos deja mucho que desear. Viajar hasta Uberwald supone un calvario innecesario, que no mejora por muchos cojines que se usen.

—Sí, milord, y viajar sobre raíles de acero lisos en un vagón que tenga buenos muelles sería el colmo del confort. ¡Qué suavidad! —dijo Húmedo—. A lo mejor la gente hasta podría dormir en un coche, si existiera alguno acondicionado para ello —añadió.

Le sorprendió haberlo dicho en voz alta, pero, a fin de cuentas, era un hombre que veía las posibilidades, y en esos momentos las veía a carretadas. También vio que el rostro de lord Vetinari se animaba de forma considerable. La Traviesa de Hierro había recorrido sus vías con mucha más soltura que los caballos de posta cuando se las veían con las piedras y baches de las carreteras. Sin caballos, pensó Húmedo, no había nada que se cansara, nada que precisara alimento, solo carbón y agua, y la Traviesa de Hierro había remolcado toneladas de peso sin una sola protesta.

Y cuando Harry abrió la marcha hacia su despacho, Húmedo pasó la mano por el metal caliente y vivo de la Traviesa de Hierro. Esto va a ser la maravilla de nuestra época, pensó. ¡Lo huelo! Tierra, aire, fuego y agua. Todos los elementos. Aquí hay magia, pero ¡sin magos! Algo bueno habré hecho en mi vida para encontrarme en este lugar, hoy y aquí, en este preciso instante. La Traviesa de Hierro soltó un silbido final y Húmedo salió al trote detrás de los demás, rumbo al almuerzo y el futuro del vapor.

En la mullida comodidad de la sala de juntas de Harry Rey, repleta de caoba, dorados y camareros solícitos hasta el extremo, lord Vetinari tomó la palabra:

—Dígame, señor Simnel, ¿su máquina podría llegar, por ejemplo, hasta un lugar como Uberwald?

Simnel pareció cavilar durante unos instantes, antes de responder.

—No veo por qué no, señoría. La cosa podría complicarse a la altura de Skund y, por supuesto, más adelante empiezan las pendientes, pero diría que los enanos sabrán abrir unos boquetes bien hermosos en el paisaje si se lo proponen. O sea que sí, señor, estoy seguro de que es posible, a la larga y con una locomotora lo bastante grande. —Sonrió de oreja a oreja y añadió—: Si tenemos carbón y agua, y las vías puestas, una máquina locomotora puede llevarle a donde usted quiera.

—¿Y está al alcance de cualquiera construir una? —preguntó Vetinari, suspicaz.

Simnel se animó y respondió:

—Ah, ya lo creo, señor, pueden intentarlo, pero no conocen ninguno de mis secretos y los Simnel llevamos años trabajando con el vapor. Hemos aprendido de nuestros errores. Que ellos aprendan de los suyos.

El patricio esbozó una leve sonrisa.

—Veo que piensa usted como yo, ¡aunque laminarse contra el techo del propio taller es una lección muy poco aprovechable!

—Sí, lo sé, pero si me permite el atrevimiento, señor —prosiguió Simnel—, me gustaría optar a la contrata de la Oficina de Correos ahora mismo. «Golpea cuando el hierro está caliente», ese ha sido siempre el lema de los Simnel. Sé que los clacs pueden enviar un mensaje con la velocidad del rayo, pero no mandan paquetes ni personas.

La expresión de lord Vetinari no dejó entrever nada.

—Oh, ¿de verdad? Yo golpeo cuando quiero, pero da lo mismo, señor Simnel. No pondré trabas a que explore las posibilidades con el señor Mustachen, pero sugiero que también debemos tener en cuenta el porvenir de los cocheros y herradores en estos tiempos de cambio.

Sí, pensó Húmedo, habría cambios. Todavía circularían caballos por la ciudad y la Traviesa de Hierro no servía para arar, aunque seguro que el señor Simnel podría ingeniárselas para que lo hiciera.

—Algunos saldrán perdiendo y otros se beneficiarán, pero ¿no es lo mismo que lleva ocurriendo desde el principio de los tiempos? —dijo en voz alta—. Al fin y al cabo, al principio estaba el hombre que sabía fabricar herramientas de piedra, y entonces apareció el hombre que trabajaba el bronce, así que el primero tuvo que elegir entre aprender a crear bronce también o cambiar de profesión por completo. Y el hombre que sabía trabajar el bronce se quedó luego sin empleo por culpa del que sabía trabajar el hierro. Y justo cuando este se felicitaba por ser tan listo, llegó el hombre que sabía fabricar acero. Es una especie de baile, en el que nadie se atreve a parar porque el que pare se queda atrás. Pero ¿no es como funciona el mundo, en pocas palabras?

Vetinari se volvió hacia Simnel.

—Joven, debo preguntarle qué pretende hacer a continuación.

—Hay tanta gente que quiere ver la Traviesa de Hierro de cerca que había pensado que a lo mejor podía enganchar los vagones, poner unos asientillos y darles a todos la oportunidad de viajar detrás de ella. Si a sir Harry le parece bien, claro.

—Está el asunto de la seguridad pública, por supuesto —observó Vetinari—, le he oído decir antes que le han explotado calderas… ¿«un porrón de veces», creo que ha sido la expresión que ha usado?

—Esas las hice explotar adrede, para ver exactamente cómo pasaba. Así es como se logra el conocimiento, señor.

—Se toma su trabajo muy en serio, señor Simnel. ¿Ha evaluado sus hallazgos algún otro ingeniero? Lo que le pregunto, señor Simnel, es ¿cuál es la opinión de sus compañeros?

Simnel se animó.

—Ah, claro, señor, si se refiere a los problemillas de lord Runcible, señor, que es nuestro terrateniente allá en Sto Lat. Cuando le pregunté le dio mucha risa y me dijo que era asombroso lo que se le podía ocurrir a la gente, y solo me advirtió que no paseara la Traviesa de Hierro durante la temporada de faisanes, mientras se apareaban.

—Ya veo —dijo Vetinari—. Permita que reformule mi pregunta: ¿cuál es el veredicto de los otros ingenieros que han visto en funcionamiento su maravillosa máquina?

—Ah, no creo que nadie que se haga llamar ingeniero, aparte de mis chicos y yo, haya visto nunca la Traviesa de Hierro, aunque tengo entendido que allá por Nadalandia un par de chavales han fabricado una bomba de vapor buenísima para sacar aguas subterráneas de las minas y tal. Todo muy interesante, pero no tanto como la Traviesa de Hierro en sí. Me gustaría hacerles una visita para charlar y tomar una cerveza, pero como verá estoy ocupado, ocupadísimo todo el rato.

—Señoría —dijo Harry—, yo respeto al señor Simnel porque he visto que es uno de esos hombres que se meten la camisa dentro de los pantalones y eso a mí me dice que es de fiar. Ahora bien, hay una cola de gente ahí fuera que se muere de ganas de moverse a toda velocidad detrás de la… esto… locomotora del chico. Imagino que se rascarán los bolsillos para dar una vuelta en la primera de su especie. Y la gente de Ankh-Morpork está tan sedienta de novedades que la ciudad entera, por decirlo de alguna manera, está metiendo prisas al futuro por el puro placer de verlo avanzar. O sea que pienso que todo hombre y todo niño, y es posible que toda mujer incluso, querrá dar una vuelta en esta máquina prodigiosa.

—¿Y debemos considerar siquiera los riesgos, cuando solo vivir en Ankh-Morpork ya es estrechar la mano del riesgo a diario? —murmuró su señoría—. Señor Simnel, sepa que cuenta con toda la buena voluntad que tengo, sea cuanta sea, y veo un destello en la mirada de sir Harry que indica, si me permite decirlo, que pretende meterse a inversor, aunque, por supuesto, eso depende por completo de él y de usted. No soy ningún tirano…

Hubo un momento de silencio reverencial en torno a la mesa, y lord Vetinari continuó:

—Iba a decir que no soy ningún tirano lo bastante idiota para posicionarse en contra del espíritu de los tiempos, pero, como saben, si alguien puede encauzar ese espíritu con cuidado y consideración, soy yo. Por eso pienso hablar con el director del Times esta misma tarde para meterlo, como diría él, en el ajo. Siempre le ha gustado que le consulten, le hace sentirse importante. —Su señoría sonrió—. En verdad es asombroso lo que se le puede ocurrir a la gente. Me pregunto qué vendrá a continuación.

\* \* \*

La atrocidad del ataque contra la torre de clacs de Sto Kerrig, que hacía tan poco había sido una preciada vía de contacto con el mundo para sus habitantes, horrorizó a todos. Mientras Adora Belle Buencorazón examinaba los restos a la luz del atardecer, no la sorprendió ver que un lobo muy grande y gallardo se acercaba a gran velocidad y que, a diferencia de la mayoría de los lobos, llevaba un paquete entre las fauces. El lobo desapareció tras un almiar y, poco después, del almiar salió una mujer gallarda, solo un poco desaliñada, vestida con el uniforme de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork.

La capitana Angua, la mujer lobo más conocida de la Guardia, dijo:

—Vaya, vaya, desde luego lo han dejado hecho un desastre, ¿verdad? ¿Y está segura de que solo salió herido un empleado suyo?

—Dos trasgos, capitana, pero se recuperan enseguida. Y además son avispados. Fíjese que se las ingeniaron para enviar un último mensaje antes de salir por patas, avisando de que unos enanos habían incendiado la torre. Muy concienzudos, los trasgos, para todo lo relacionado con la maquinaria. Siempre trabajan mejor en el turno de noche. Déjeme que le diga, capitana, que cuando ustedes averigüen quiénes han hecho esto, los llevaré a los tribunales, pero los llevaré a rastras, hasta el punto de que una agente de la ley como usted debería mirar hacia otra parte, no vaya a ser que vea algo que no quiere.

—Yo no me preocuparía por eso, señorita Buencorazón. Su señoría opina que interferir con los clacs es interferir con el debido funcionamiento del mundo. Traición no solo al propio estado, sino a todos.

—Ahora mismo mi amigo Resquebrajar del Carámbano, el jefe de trasgos de esta torre, tiene un brazo algo magullado, pero seguro que ayudará a encontrar a los enanos responsables. Lo que no sé es dónde se ha metido Brillo en la Luna.

—Rondaré la zona hasta que lleguen mis refuerzos. Tienen que traer el carro y a Igorina para el análisis forense —dijo Angua—. Si oye un grito, quizá sea cosa mía, pero no se preocupe. El comandante Vimes no tolera a los saboteadores indiscriminados.

Hubo una pausa, y Adora Belle habló con gravedad:

—Hay algo que creo que debería ver. Mire bajo este montón de maderos: este enano parece muy, muy muerto y horriblemente mutilado. Supongo que debió de tropezar y caer mientras prendía fuego a la torre. ¿Qué le parece, capitana?

Con cautela, la capitana Angua examinó el cadáver y dijo:

—Ha perdido una oreja.

—Bueno, sin que esto que voy a comentar venga a cuento de nada —dijo Adora Belle—, tengo entendido que cuando los trasgos están muy enfadados, se ponen juguetones y buscan recuerdos que llevarse.

—Pero estoy convencida de que, por supuesto, ninguno de los trasgos de su plantilla haría nada parecido, ¿verdad? —preguntó Angua.

Adora Belle respondió con aire distante:

—Sí, seguro que estar a punto de morir abrasado por culpa de unos extremistas enanos les parece algo que va con el oficio, nada digno de comentar.

Miró con aire socarrón a la capitana, que dijo:

—Muy cierto. Sin duda cualquier lesión fue fruto de la incompetencia de los propios terroristas.

—Sí, claro, cierto, sí —corroboró Adora Belle.

—¿No es asombroso que uno lograra arrancarse su propia oreja a mordiscos? —observó Angua.

—Entonces ¿Brillo en la Luna puede salir ya de su escondite?

—Disculpe —dijo Angua midiendo las palabras—, pero no he oído nada de lo que me decía con los chirridos de la torre.

\* \* \*

En el estudio de lord Vetinari reinaba un silencio absoluto. Aun así, los pasos de Drumknott al acercarse lograron hacerlo más silencioso todavía. El secretario entregó a su señoría un papelito y le explicó que una segunda torre de clacs había sido incendiada por un colectivo que se hacía llamar, en su traducción, «Los Únicos Enanos Verdaderos».

Drumknott esperó mientras lord Vetinari no movía ni un músculo de la cara.

—Que se sepa que cualquier acción enemiga contra el sistema de clacs —dijo por fin— irá seguida por la muerte no solo de los responsables, sino de quienes les dieron la orden, quienesquiera que sean. Envíalo a todas las embajadas, consulados y jefes de estado. Esta misma noche, por favor. —Sin perder la calma, Vetinari continuó—: También va siendo hora, creo, de permitir que los secretarios oscuros se ocupen de los sospechosos menos habituales. Seguro que tu concludium te ha dado algunas pistas, Drumknott, y por supuesto nosotros ayudaremos en todo lo posible. El Bajo Rey debe de estar… contrariado con esto. Aunque la torre de clacs derribada era nuestra, sabemos que el impacto de este problema lo sufre, en última instancia, el propio rey. Por lo tanto, mándale un mensaje por clac negro y hazle saber que yo y, sin duda, lady Margolotta apoyaremos cualquier nuevo plan que decida adoptar. Los grags han roto de nuevo un acuerdo solemne y eso, Drumknott, sacude los pilares del mundo, y no poco. A fin de cuentas, si no puede confiarse en los gobiernos, ¿de quién va a fiarse uno?

Drumknott carraspeó con sutileza y su sonrisa a esas alturas era más bien una mueca. Antes de devolver al secretario a su despacho particular y sus demás intrigas, lord Vetinari pescó un poco más en la corriente de su pensamiento y dijo:

—Rara vez me enfado, Drumknott, como sabes, pero ahora estoy enfadado. Te agradecería que mandaras a alguien a buscar al comandante Vimes, pero en su calidad de delegado de clase Vimes. Preciso su ayuda y no creo que vaya a ponerse muy contento, lo cual, desde mi punto de vista, no tiene nada de malo dadas las circunstancias. Y haz también el favor de comunicar al señor Dispuesto que no es momento de ser amable.

»Esto no es una guerra —concluyó—. Esto es un crimen. Habrá castigo.

\* \* \*

Rhys Hijoderhys, Bajo Rey de los enanos, poseía una inteligencia despierta, pero a veces se preguntaba por qué iba alguien tan inteligente a meterse en la política enana, por no hablar ya de hacerse rey. ¡Lord Vetinari lo tenía tan fácil que apenas debía de saber que había nacido! El rey opinaba que los humanos eran, en fin, sensatos dentro de un orden, mientras que un viejo proverbio enano decía, traducido, que «Tres enanos cualquiera que mantengan una conversación seria acabarán siempre teniendo cuatro puntos de vista».

Tampoco era tan exagerado, aunque últimamente el proverbio se acercaba bastante a la realidad, se dijo mientras observaba a los miembros reunidos de su consejo, dentro del cual las normas dictaban que él era el primero entre iguales. Había leído en algún pasaje de los pergaminos que los otros le debían pleitesía, fuera eso lo que fuese. Sonaba a plato regional.

Cuando su secretario, Aeron, había regresado de una visita reciente a Ankh-Morpork, le había descrito un partido de balompié que había presenciado, en cuyo centro había un árbitro. En esos momentos, Rhys sentía algo parecido a lo que debía de experimentar el árbitro, porque le tiraban todos los balones a él. ¿Cómo se podía ser Bajo Rey en un reino donde hasta las facciones tenían facciones, que a su vez tenían otras facciones microscópicas? Envidiaba de mala manera al Rey Diamante de los trolls, quien, al parecer, ofrecía instrucción y consejo a sus innumerables súbditos. Después de lo cual ellos decían «gracias», algo que el Bajo Rey no oía muy a menudo. El Rey Diamante hablaba por todos los trolls de todas partes. La especie enana, en cambio, a esas alturas estaba fracturada casi hasta el punto de la desbandada, y todo aquello acababa siendo un problema del que tenía que ocuparse el Bajo Rey.

Había un programa para aquella reunión, como es obvio, o más bien una cantidad lamentable de programas, porque cada facción tenía el suyo. Rhys, taciturno, se preguntó cómo se llamaría a una gran cantidad de programas, y decidió que la expresión debería ser «muerte en vida por programitis». Eran los grags profundos quienes le daban pesadillas, porque, bueno, porque había algo ofensivo en aquella ropa y aquellos conos de cuero grueso que llevaban por sombrero. Al fin y al cabo, pensó, somos enanos todos juntos, ¿o no? Tak nunca mencionó que los enanos debieran cubrirse la cara cuando estaban en compañía de sus amigos. Esa práctica a Rhys le parecía intencionadamente provocadora y, por supuesto, despectiva.

Volviendo al programa interminable, los enanos de todas las minas estaban despotricando acerca del éxodo de los jóvenes a las grandes ciudades. Y por supuesto, todos tenían sus razones para explicar el fenómeno, todas ellas erróneas. Cualquiera que no fuese un enano resuelto a vivir en tinieblas, en todos los sentidos de la palabra, sabía que el motivo de que los jóvenes hubieran invadido Ankh-Morpork, por ejemplo, eran sencillamente esos mismos despotricadores y sus actividades. Por otro lado, los que Rhys consideraba enanos progresistas, los que no tenían problema en hacerse amigos de un troll, le presionaban a él, el rey, para que combatiese la tendencia de su especie a aislarse del mundo.

Flotaba una gran nube de malentendidos en la sala del Bajo Rey, que por parte de todos los bandos parecía casi voluntaria, como si cualquier discrepancia, por insignificante que fuese, debiera discutirse como si les fuera la vida en ello. Era algo propio de la psique enana. Pasamos demasiado tiempo encerrados, pensó Rhys. Suspiró al darse cuenta de que Ardiente, que había subido la voz hasta extremos insoportables, tenía la palabra en ese momento.

Ardiente era un enano al que al rey habría gustado ver presenciando un accidente minero, a ser posible desde debajo. Sin embargo, tenía seguidores, seguidores estúpidos, y también amigos poderosos. Y esa era la cuestión. Política. La política era como esos juguetitos en los que había que deslizar piezas de madera con dibujos: era necesario mover todas las piezas con la esperanza de encontrar un punto en el que cuadrara la imagen entera.

En ese momento Ardiente insinuaba que, en realidad, la minería de grasa en las minas graseras de Schmaltzberg no era genuinamente enana, comentario que llevó a un enano muy mayor, al que el rey reconoció como Sulien Heddwyn, a ponerse en pie. Tras colocar las manos sobre su hacha, dijo:

—Mi padre fue minero de grasa. Mi abuelo fue minero de grasa. También mi abuela, que fue una minera de mucha grasa, y yo fui minero cuando era menor de edad. Mi madre me dio un pico diminuto en cuanto tuve edad para levantarlo. Todos y cada uno de mis antepasados desde la caída del Quinto Elefante han sido mineros de grasa y dejad que os diga que los ingresos de exportar a las llanuras nuestras grasas más puras son lo que mantiene en pie esta ciudad. O sea que no pienso aceptar insultos como estos de un b’zugda-hiara demasiado miedoso para mirar el sol.

Resonó en tod[[21]](#footnote-21)a la sala un eco de metal contra metal, seguido por el silencio de todos los que esperaban a ver qué sucedía a continuación. Y eso significaba que Rhys Hijoderhys debía romper ese silencio. Al fin y al cabo, ¿no era el Bajo Rey, el Bajo Rey de todos los enanos?

Sonrió, muy consciente de que una palabra equivocada salida de sus labios provocaría una onda expansiva en toda la caverna cuyo resultado, cualquiera que fuese, sería culpa suya. Tal es la suerte de quienes trabajan solo por la propagación de la paz sobre la guerra, y el camino del facilitador aplicado está cubierto de espinas.

Observó a los furiosos consejeros que blandían sus armas en torno a la enorme mesa. Era como si ser enano conllevara vivir en un estado permanente que el término «malhumor» no acababa de transmitir. Una conferencia de enanos era, en su idioma, una confusión de enanos.

Rhys habló sin alzar la voz:

—¿Para qué sirve que sea rey? Os lo diré: en un mundo en el que reconocemos formalmente a los trolls, los humanos y, hoy en día, a toda clase de especies, incluidos los trasgos, hay elementos recalcitrantes de la enanidad que insisten en su campaña para que los grags sigan juzgando qué es enano y qué no.

Lanzó una mirada severa a Ardiente antes de continuar.

—Ha habido enanos de todas las zonas donde vivimos en cantidades suficientes que han intentado modernizarse, pero no ha servido de nada salvo en Ankh-Morpork, y la lástima es que, a menudo, quienes están decididos a mantener al género enano en la oscuridad han inculcado de algún modo a sus rebaños la creencia de que cualquier cambio es una blasfemia; no una blasfemia específica, sino una blasfemia de por sí, que recorre el cosmos agria como un océano de vinagre. ¡Esto no puede ser!

Alzó la voz y dio un puñetazo sobre la mesa.

—He venido a deciros, amigos y sonrientes enemigos, que si no hacemos causa común contra las fuerzas que desean mantenernos en las tinieblas, el género enano decaerá. Tenemos que trabajar juntos, hablar entre nosotros, tratar como es debido a nuestros congéneres y no pasarnos la vida gruñendo a viva voz porque el mundo ya no es nuestro y solo nuestro, porque al final lo echaremos a perder para todos. A fin de cuentas, ¿quién querría saber nada de alguien como nosotros en un mundo lleno de nuevas opciones? ¡En verdad, tendríamos que actuar como seres inteligentes! Si no avanzamos con el futuro, el futuro nos pasará por encima.

Rhys hizo una pausa para dar cabida al inevitable estallido de «¡Qué vergüenza!» y «¡De ningún modo!» y demás detritos del debate putrefacto, y luego habló de nuevo:

—Sí, tienes la palabra, Albrecht Hijodealbrecht.

El venerable enano, que en un tiempo había sido el favorito para ganar las últimas elecciones a Bajo Rey, habló con tono cortés:

—Majestad, sabéis que no me gusta demasiado la dirección que está cogiendo el mundo ni algunas de vuestras ideas más modernas, pero me ha espantado descubrir que varios de los grags más obstinados siguen organizando atentados contra el sistema de clacs.

—¿Se han vuelto locos? —exclamó el rey—. Dejamos claro a este consejo y a todos los enanos, después del mensaje que recibimos de Ankh-Morpork sobre los ataques a sus clacs, que esa estupidez debía cesar de inmediato. Es peor incluso que los nugganitas, que estaban completa y absolutamente chalados, y aún[[22]](#footnote-22) me quedo corto.

Albrecht tosió y dijo:

—Majestad, en este asunto estoy de vuestra parte. Me horroriza que se haya llegado tan lejos. Qué somos sino criaturas de comunicación, y la comunicación bien transmitida es una bendición que deben apreciar las especies de todo el mundo. Jamás pensé que diría esto, pero las noticias que me llegan últimamente, que se supone que tendrían que encantarme, hacen que me avergüence de llamarme enano. Tenemos nuestras diferencias y es bueno y correcto que las tengamos, porque el diálogo y los compromisos son piedras angulares en el mundo de la política cabal, pero aquí y ahora, majestad, tenéis mi pleno e inequívoco apoyo. En cuanto a aquellos que se interponen en nuestro camino, yo les deseo una plaga. ¡Una plaga, digo!

Hay alborotos y alborotos, y aquel alboroto duró mucho rato.

Al final Albrecht Hijodealbrecht clavó su hacha en la mesa y partió la madera de arriba abajo, lo que impuso un silencio aterrorizado a los enanos reunidos. Entonces habló:

—Apoyo a mi rey. Para eso están los reyes. Una plaga, he dicho. Una plaga. Y el Ginnungagap para quienes digan lo contrario.

Rhys Hijoderhys saludó con la cabeza al anciano.

—Te doy las gracias, viejo amigo, por tu apoyo. Cuentas con mi eterna gratitud y estoy en deuda contigo.

En ese momento, a algunos testigos el Bajo Rey podría haberles parecido un poco más alto. Por encima del barullo, y no hay barullo más bullicioso que el de unos enanos embarullados, el rey tuvo la extraña sensación de que flotaba, se elevaba, como los extraños gases que rodeaban el cráter del Quinto Elefante. Le parecía que algunos de sus consejeros de repente estaban pensando, pensando de verdad, y que habían escuchado, escuchado de verdad. Y ahora intentaban pensar de forma creativa. Rhys prosiguió:

—No por nada en Ankh-Morpork residen más enanos incluso que aquí en Uberwald, y ahora sabemos que una cantidad bastante grande de nuestros congéneres están emigrando a las tierras del Rey Diamante de los trolls. Así vemos que nuestro enemigo tradicional se ha convertido en amigo para los muchos que huyen de los agentes de los grags.

Como esperaba, el barullo bulló con más bulla si cabe: un terco odio bullente, bullentes malentendidos, bullentes rencores.

—Yo os digo ahora —prosiguió— que la historia pasará sin contemplaciones por encima de los enanos y nuestras riñas, ¡y no pienso quedarme de brazos cruzados y permitir que la historia acabe con nuestra especie, reducida a la condición de furiosos b’zugda-hiara! Yo soy el rey, por derecho, legítimamente elegido con todas las observancias debidas. Fui proclamado sobre el Bollo del Destino en cumplimiento de las tradiciones que se remontan a los tiempos de B’hrian Hachasangrienta y cumpliré mi deber sagrado por todos los medios necesarios. Declaro que estos grags y sus títeres son d’hrarak y no toleraré más sus perniciosas doctrinas. ¡Soy el rey, y rey seré!

Volvió el alboroto, como siempre hacía, pero Rhys creyó ver cierto consuelo en las caras que bordeaban la mesa, y entonces su mirada fue a dar en Ardiente y la sensación de triunfo se tambaleó un poco, y pensó quedamente: tarde o temprano, amigo Ardiente, tendré que ocuparme de ti.

\* \* \*

Lord Vetinari no alteró su expresión mientras leía el titular del Ankh-Morpork Times: «EL PROYECTO DE LA LOCOMOTORA ES PELIGROSO PARA LA SALUD», seguido en letra mucho más pequeña por «DICEN ALGUNOS». Y no la alteraría hasta que hubiera tenido unas palabras con el director. Por supuesto, el patricio sabía que cualquier cambio era una afrenta para alguien, y era evidente que la empresa de la locomotora que se estaba gestando no podía esperar sino servir de diana para las críticas.

—Al parecer —comentó Vetinari a Drumknott—, el ritmo machacón de los vagones del ferrocarril propiciará la inmoralidad. Lo dice un tal Reginald Stibbings de Hermanas Dolly. —Hizo una señal a un secretario oscuro presente en la sala—. Geoffrey, ¿qué sabemos del señor Stibbings? ¿Es alguna clase de experto en inmoralidad?

—¿El de Gravilla Suelta, milord? Sé de buena tinta que tiene una amante muy joven, señor. Una señorita que antes trabajaba en el Conejito Rosa, donde estaba muy bien considerada, creo.

—¿En serio? Todo un experto, pues. —Vetinari suspiró y continuó—: Aunque por supuesto, no creo atribución mía supervisar la vida privada de mi pueblo.

—Milord —señaló Drumknott—, como tirano eso es exactamente lo que hacéis.

Vetinari le dedicó una mirada que no llegaba a emplear una ceja alzada pero que daba a entender que podía llegar a darse si el receptor de la mirada forzaba su suerte. Sacudió el periódico que tenía delante y continuó.

—Una tal señora Baskerville de la calle de la Tarta de Melocotón dice que las señoritas que viajasen en el tren podrían encontrarse a cualquier clase de caballero sentado a su lado. —Reflexionó durante unos instantes—. En esta ciudad, hay que ser optimista para esperar encontrarse con cualquier clase de caballero. Pero quizá tenga algo de razón. Puede que sea prudente instalar compartimentos solo para damas. Me da la impresión de que Efi Rey lo verá con buenos ojos.

—Excelente idea, como siempre, señor.

—¿Y qué tenemos aquí? Un tal capitán Pendiente está muy preocupado por los gases nocivos que rodearán las vías de tren. —Lord Vetinari cerró el periódico de golpe y exclamó—: El pueblo de Ankh-Morpork ya está acostumbrado a los gases nocivos. Son su derecho de nacimiento. No solo están acostumbrados, sino que insisten discretamente en emitir más. Me parece que el capitán Pendiente es una de esas personas a las que no les gustará el ferrocarril bajo ninguna circunstancia. Insinuar que las ovejas abortarán y los caballos galoparán hasta morir de agotamiento… La verdad es que parece que el capitán Pendiente opina que el ferrocarril será el fin del mundo. Bueno, Drumknott, ya conoces mi lema: vox populi, vox deorum.

Era curioso, pensó el patricio mientras Drumknott salía disparado para enviar un clac al director del Times, que la gente de Ankh-Morpork se declarase opuesta al cambio, a la vez que se obsesionaba por cualquier nuevo entretenimiento o diversión que se le pusiera delante. Nada gustaba más a la plebe que las novedades. Lord Vetinari suspiró otra vez. ¿Pensaban de verdad? En aquellos tiempos todo el mundo usaba los clacs, hasta las ancianitas que los empleaban para enviarle mensajes en los que se quejaban de todas esas ideas de nuevo cuño, sin apreciar lo irónico de la situación. Y llevado por ese estado de ánimo lúgubre, se aventuró a preguntarse si el pueblo recordaba alguna vez los tiempos en que las cosas eran de viejo cuño o directamente sin acuñar, y si los comparaban con la época moderna, en que los cuños habían llegado a su apogeo. El acuñamiento estaba allí para quedarse, pensó. Luego se preguntó si alguien se habría visto alguna vez a sí mismo como acuñador.

Sin embargo, por otro lado, su señoría entendía a la perfección las quejas de los cocheros y demás personas que verían hundirse sus negocios ante sus narices, según el Times, si se introducía el ferrocarril, y caviló: en tales circunstancias, ¿qué debe hacer el príncipe prudente?

Pensó: ¿cuántas vidas han salvado los clacs? Y no solo vidas, sino matrimonios, reputaciones y posiblemente tronos. Las torres de clacs cubrían ya todo el continente desde el Eje hasta allí, y Adora Belle Buencorazón había aportado pruebas de que los claqueros habían avistado varios incendios incipientes y una vez, frente a las costas de Quirm, un naufragio a poca distancia de la orilla; habían avisado por clacs al capitán del puerto más cercano y habían salvado a todos los tripulantes.

No quedaba más remedio que seguir la ola. Los nuevos inventos, las nuevas ideas llegaban, se pavoneaban, eran vilipendiadas por algunos y ¡tachán!, lo que había sido un monstruo de repente era de suma importancia para el mundo. Los acuñadores y artesanos ideaban sin tregua un sinfín de cosas útiles que nadie había previsto y que de la noche a la mañana se volvían esenciales. Y los pilares del mundo permanecían firmes.

Como tirano responsable, lord Vetinari examinaba sus acciones de forma continua, implacable e imparcial. Hacía tiempo que casi nadie hablaba de los trolls de Ankh-Morpork porque, asombrosamente, la gente apenas pensaba ya en ellos como en trolls, sino como, bueno, personas grandes. Muy parecidas, aunque diferentes. Después estaba la situación de los enanos, los de Ankh-Morpork. Enanos, sí, pero ahora a su propia manera. El Bajo Rey desde luego era consciente de que en Ankh-Morpork vivía una nutrida población de enanos que había echado un vistazo al futuro y decidido que quería un pedazo del pastel. ¿La tradición?, habían pensado; bueno, de vez en cuando organizaremos un desfile con toda la parafernalia enana, si nos viene bien. Seremos hijos e hijas de nuestros padres, pero también algo más, por decirlo de alguna manera. Hemos visto la ciudad. La ciudad donde casi cualquier cosa es plausible, si no posible, incluida una lencería mejor para las damas.

\* \* \*

Muy lejos, en una pequeña mina de Cabeza de Cobre, el zapatero Maelog Hijodejovial soltó su martillo y sus tachuelas.

—Mira, hijo mío —dijo a su chico, que estaba apoyado en su banco de trabajo—, te he oído decir que los grags fueron la salvación de los enanos, y esta mañana he encontrado esto: es una iconografía mía en el valle del Koom. La última vez. Oh, sí, estuve allí, casi todo el mundo estuvo allí. Los grags nos habían dicho que los trolls eran nuestros enemigos ¡y yo los veía como feos montones de roca decididos a aplastarnos, nada más! Pues bueno, estábamos todos formando una hilera frente a aquellos cabrones cuando alguien gritó: «¡Trolls, soltad las armas! ¡Enanos, soltad las armas! ¡Humanos, soltad las armas!».

»Y allí estábamos, y todos oíamos otras voces, en lenguas distintas, y justo delante de mí tenía a un puto troll enorme, ¡madre mía! Llevaba un martillo gigante listo para pulverizarme. Eso no quita que mi hacha estuviera dispuesta a cortarle las condenadas rodillas al mismo tiempo, pero las voces eran tan fuertes que todo el mundo paró para mirar a su alrededor, y él me miró y yo le miré, y me dijo: “¿Qué pasa aquí, amigo?”, y yo le contesté: “¡No tengo ni puñetera idea!”.

»Pero veía el otro lado del valle y allí se había armado un follón tremendo entre los mandamases, todos chillando no sé qué de tirar las armas, y miré al troll y él me miró a mí y dijo: “¿Aquí vamos a montar una guerra o qué?”, y yo le dije: “Ah, por cierto, encantado de conocerte, me llamo Maelog Hijodejovial”, y él sonrió, más o menos, y dijo: “A mí me llaman Talegazo, y me alegro de conocerte”.

»Y la gente deambulaba de un lado para otro preguntándose entre ellos qué demonios pasaba y si íbamos a pelear o no y, si peleábamos, en nombre de qué lo hacíamos. Así que algunos se sentaron y encendieron una hoguera para preparar té, mientras al otro lado del valle los estandartes ondeaban y todo el mundo se paseaba como si aquello fueran unas vacaciones o algo así.

»Y entonces un enano se nos acercó y dijo: “Buena suerte, muchachos, vais a ver algo que no ha visto nadie desde hace millones de años”, y supongo que así fue. Estábamos algo alejados de la delantera de la cola, porque de la cueva salían trolls, humanos y enanos y todos los que pasaban a nuestro lado parecían como hipnotizados.

»Bueno, ya te he hablado otras veces del milagro del valle del Koom, hijo mío, pero no has visto esta iconografía donde salimos Talegazo y yo. Nos la sacaron justo después de que comprendiéramos que aquel día no habría pelea y todos acudiésemos, solos o de dos en dos, a aquella caverna donde vimos a los dos reyes: ¡el rey de los enanos y el de los trolls, sepultados en una roca brillante, jugando a zas! ¡Y lo vimos! ¡Era cierto! Habían sido amigos en la hora de su muerte. Y eso nos indicó que no teníamos por qué ser enemigos en vida.

»Y eso fue todo, hasta que más tarde Talegazo y yo intentamos encontrar algo que los dos pudiéramos beber. Mucha gente andaba en lo mismo, pero la poción que me dio estuvo a punto de reventarme la cabeza. Desde luego hizo que me quemaran las botas. Ahora Talegazo ya ha tenido su segundo hijo, ¿sabes? No le va mal, trabaja en Ankh-Morpork. A los trolls no se les da muy bien escribir, pero pienso en él y en el valle del Koom todos los días.

El viejo zapatero miró de reojo la cara de su hijo y añadió:

—Eres un chico inteligente. Más listo de lo que era tu hermano… y supongo que tienes una pregunta que hacerme.

El joven carraspeó y dijo:

—Si los viste jugar a zas, papá, ¿recuerdas cuál de los dos iba ganando?

El viejo enano se rió.

—Eso pregunté cuando me presentaron al comandante Vimes, pero no quiso responderme. Supusimos que probablemente había arrancado unas cuantas piezas para que nadie supiera quién iba a ganar y no apareciera ningún mequetrefe curioso como tú que intentase empezar la dichosa guerra de nuevo.

—¿El comandante Vimes? ¿El delegado de clase?

—Sí, en persona. Me dio la mano. Nos la dio a los dos.

De repente el chico adoptó un tono reverencial.

—¿En serio le diste la mano al auténtico comandante Vimes?

—Claro —respondió su padre con desenvoltura, como si conocer al célebre delegado de clase Vimes fuese lo más normal del mundo—. Sospecho que tienes otra pregunta, hijo mío.

Y el chico arrugó la frente.

—Entonces, papá, ¿qué le va a pasar a mi hermano?

—Lo siento, no lo sé. Envié una petición a lord Vetinari diciéndole que Llevelys es un buen chico que se juntó con malas compañías. Y recibí una respuesta, en la que su señoría decía que un joven enano había prendido fuego a una torre de clacs mientras había gente trabajando en ella. Y su castigo quedaría a discreción de su señoría. Y entonces le mandé otra carta para explicarle que yo había luchado en el valle del Koom. Y recibí otra respuesta, donde su señoría decía que a su entender yo no había luchado en el valle del Koom porque, por suerte, nadie lo había hecho, pero que comprendía que era mi deber hacer todo lo posible por mi primogénito y que él, en sus propias palabras, «cogitaría».

El viejo enano suspiró.

—Sigo esperando, pero es lo que dice tu madre: mientras no oigamos nada significa que aún está vivo. Así que no me digas, hijo mío, que los grags extremistas están de nuestro lado, porque no es verdad. Son ellos los que van contando por ahí que los reyes muertos fueron una invención de Ankh-Morpork y que eran muñecos y nosotros unos cretinos por creerlos reales. ¡Lo malo, hijo mío, es que hay idiotas que les hacen caso! Pero yo estuve allí. Lo que toqué lo sentí, como todos los demás que estuvieron allí aquel día, y por eso me enfado cuando los grags se ponen a predicar sobre los horribles humanos y los espantosos trolls.

»Quieren que nos tengamos miedo unos a otros, que pensemos que debe haber un enemigo, pero el único enemigo ahora son los grags y los pobres insensatos como tu hermano, que incendió una torre de clacs y encima acabó con quemaduras de las graves. Ellos son las víctimas de los cabrones que se esconden en la oscuridad.

\* \* \*

Lejos, en el Despacho Oblongo, Drumknott dejó la edición de mediodía del Times delante de lord Vetinari y contempló la última petición frenética del señor Hijodejovial, mientras decía:

—Han incendiado dos torres de clacs más, milord, pero hasta ahora no ha muerto nadie. Salvo en su bando, por supuesto. Jóvenes enanos, mal aconsejados. Tendrían que haber sido más sensatos.

El silencio envolvió a lord Vetinari.

—Cierto —dijo su señoría—, pero es fácil ser idiota cuando tienes diecisiete años, y apostaría a que los grags que los incitaron a hacerlo son mucho mayores. No tiene sentido romper la flecha cuando, actuando con sensatez, puede capturarse al arquero. Dejaré que el joven Hijodejovial reflexione sobre su fortuna en el Rapapolvo durante una temporada y tomaré nota de que me lo traigan para que tengamos una charla dentro de un mes o dos. Si es listo, sus padres no se pondrán de luto y yo obtendré una serie de nombres y, sobre todo, el aprecio de sus progenitores. Es algo que siempre conviene tener en cuenta, ¿no te parece, Drumknott?

—Daños a la propiedad —respondió el secretario con tono especulativo.

—Sí —dijo lord Vetinari—. Eso es.

\* \* \*

Al cabo de unos días, Malaire entró sin hacer ruido en el dormitorio principal de la casa de la avenida Pastelito, zarandeó un poco a Húmedo y, cuando eso no surtió efecto, pasó a pellizcarle la oreja para obtener su atención. Entonces le susurró:

—Disculpe, señor, pero su señoría requiere su inmediata presencia en palacio, y estoy seguro de que ninguno de los dos querríamos molestar a la señora a estas horas, ¿verdad?

Adora Belle Buencorazón, que estaba en casa y por una vez en la cama a la misma hora que Húmedo, roncaba con placidez, aunque ella estuviera segura de que no.

Húmedo gimió. Rondaban las siete de la mañana y era alérgico al concepto de dos sietes en punto en un mismo día. Pese a todo, se vistió con una celeridad y un sigilo afinados por la experiencia, bajó en silencio por la escalera, salió de casa y cogió un trollebús hasta el palacio. Subió corriendo la escalera que llevaba al Despacho Oblongo, pensando que nunca lo había visto vacío, ni de día ni de noche. Esa vez lord Vetinari estaba ante su escritorio y presentaba un aspecto más alegre, si tal adjetivo podía aplicarse al patricio.

—¡Buenos días, buenos días, señor Mustachen! Ha sido bastante más rápido que la última vez, ¿no? Supongo que no habrá tenido tiempo de leer el periódico todavía. Ha sucedido algo bastante curioso.

—¿Algo interesante relacionado con el ferrocarril, tal vez, milord?

Lord Vetinari pareció perplejo por un momento y luego dijo:

—Bueno, algo viene sobre eso, en efecto, ya que lo pregunta.

Bufó como si el asunto no fuera tan importante en el devenir general de la vida y prosiguió:

—Me cuentan que todo el mundo acude al complejo de Harry Rey para ver la maravilla del tren que echa vapor, que parece la última moda entre el público. Entiendo que sir Harry, con su habitual olfato para los negocios, ya está convirtiendo el fenómeno en una empresa comercial.

»Por supuesto, eso es noticia, pero cuando eche mano usted de un periódico quizá repare en una pequeña disculpa firmada por el director del Times en la que explica que se ha eliminado el crucigrama, ya que la autora se toma una temporada de descanso motivada por las presiones que supone mantener un estándar de pasatiempos resolubles pero aun así lo bastante exigentes. Por supuesto, tengo por norma no regodearme, pero me temo que esa mujer ha encontrado la horma de su zapato. Encargaré a Drumknott que le haga llegar una caja de bombones, de parte de un admirador secreto. ¡Al fin y al cabo, soy generoso en la victoria! —Lord Vetinari carraspeó otra vez y adoptó un tono solemne—. Por desgracia, Drumknott se ha tomado la mañana libre para ir a echar otro vistazo a la máquina. Una mañana libre. ¿Dónde iremos a parar? Debo reconocer que estoy algo sorprendido, ya que la única otra vez que solicitó un permiso fue para asistir al simposio sobre clips, grapadoras y complementos de escritorio que se celebró hace tres años. Ahí también se emocionó mucho. Es sorprendente la capacidad de atracción que puede tener esa máquina. ¿A usted no le parece un poco extraño?

A Húmedo le inquietó un poco el uso de las palabras «extraño» y «Drumknott» juntas, y en lugar de responder se ofreció a visitar el complejo para acompañar al secretario de vuelta al palacio.

—De paso que va, señor Mustachen, me complacerá escuchar sus… impresiones sobre las oportunidades económicas que pueden surgir para mi ciudad.

Ajá, pensó Húmedo, para eso me ha sacado a rastras de la cama… una vez más. No tiene nada que ver con el crucigrama ni con Drumknott, pero sí mucho con los intereses que pueda tener su ciudad en el ferrocarril.

Su señoría se despidió de Húmedo con un gesto enérgico de la cabeza y agitó el periódico, insinuando que ya era hora de que se pusiera en camino.

\* \* \*

Húmedo tardó mucho en abrirse paso entre la muchedumbre ansiosa por ver el milagro moderno de su época. El complejo empresarial de Harry Rey estaba al final de una cola que parecía prolongarse hasta medio camino de la ciudad. Drumknott no estaba a la vista, cosa que no sorprendió a Húmedo. Hasta cuando Drumknott estaba plantado delante de él, era tan retraído que parecía que no estuviera.

Había centinelas ante las puertas de todo el perímetro del complejo, hombres de Harry y también de la Guardia de la Ciudad, que observaban como halcones mientras, uno por uno, los ciudadanos de la cola apoquinaban un dólar entero por cabeza para subirse detrás de la locomotora. Y un dólar era un dólar, más o menos un día de comida para una familia, y aun así, por lo que veía Húmedo, volar sobre los raíles del maravilloso tren hacía que valiese la pena apretarse el cinturón. Era mejor que el circo, mejor que cualquier otra cosa: avanzar a toda velocidad con el viento en la cara y motas de hollín que hacían llorar los ojos pero que eran, bueno, la insignia de quienes habían viajado en el tren, que de todas formas no parecían darse ni cuenta, dada la cantidad de asquerosidades que podían golpear, chocar, escupir o volar contra la cara de un viandante en la calle o incluso en su propia casa, si vivía cerca de las Sombras.

Húmedo conocía al dedillo el amor de la gente de Ankh-Morpork por las novedades, y tenía que reconocer que la Traviesa de Hierro, tirando de su tren como la reina que era, rebosaba novedad por los cuatro costados. Dobló ruidosamente la esquina mientras los ocupantes de los coches de detrás gritaban y saludaban con la mano a los amigos que aún estaban en la cola. Y, como buen conocedor de las locuras de las muchedumbres, observó con detenimiento y vio que algunos pasajeros salían disparados tan pronto como se apeaban hacia el hombre que entregaba fichitas a cambio de otro dólar y luego corrían hasta el final de la larga, larguísima cola para subirse otra vez.

Oyó un chasquido a su lado y luego vio un fogonazo, y se volvió para encontrarse con la cara perpetuamente jovial de Otto Alarido, iconografista principal del Ankh-Morpork Times, quien le dedicó un amable saludo.

—Vaya, vaya, señor Mustachen, segurro que detrás de este asunto anda usted con su habitual actitud descarrada.

Húmedo se rió y dijo:

—No, no es cosa mía, Otto, pero sí que es muy popular, ¿verdad? —Y me encantaría estar metido hasta las trancas en el asunto, pensó para sí.

Se fijó en que, a intervalos periódicos, el hombre que recogía el dinero se alejaba a toda prisa cargado con enormes bolsas de cuero, con un guardaespaldas troll delante y otro detrás, para ser reemplazado en el acto por otro maestro de ceremonias dispuesto a recibir el dinero del gentío. Y Húmedo se dijo que, con su habitual actitud descarada, debía seguir el dinero. Lo siguió por entre los grandes montículos hediondos y las apestosas lagunas del imperio de Harry, hasta que el hombre cargado con las grandes bolsas de monedas entró en un gran cobertizo. Lo siguió a su interior y se quedó petrificado, porque lo rodearon de inmediato la clase de hombres que tienen la nariz aplastada contra un lateral de la cara, poca conversación y, como Húmedo constató en ese momento, una halitosis muy grave.

Por suerte, el cobertizo también contenía a sir Harry, que estaba lo bastante contento para agitar una mano en el aire y decir:

—Vale, chicos, relajad esos esfínteres. Solo es el señor von Mustachen, mi viejo amigote y director de banco. Es prácticamente uno de nosotros, ¿eh, Húmedo?

Húmedo sonrió, agradecido de que los esfínteres no entraran en acción en ese preciso instante, y contestó:

—Bueno, Harry, ya sabes que, como director de tu banco, por supuesto considero mi deber cuidar de tus intereses, y deduzco que tú por tu parte cuidas de los intereses del señor Simnel, ¿no es así?

Aquello flotó en el aire como una hoz, y de las afiladas, y Húmedo observó que en el rostro de Harry no se había movido un solo músculo. Entonces, de golpe, Harry prorrumpió en carcajadas y dijo:

—¡Caramba, señor Mustachen, siempre he dicho que era usted muy vivo y no solo eso, sino muy vividor!

Hizo un gesto con la cabeza a sus guardaespaldas y les dijo:

—Tomaos un descanso, chicos. Mi viejo amigo y yo queremos charlar un rato, como hacen los viejos amigos. Hala, a tomar por culo todos.

Y eso hicieron, todos menos uno, el más grande, un troll que emitía un extraño centelleo y que observaba a Húmedo con suma atención, pero no tanta como la que circulaba en sentido inverso. Además, pensó Húmedo, el troll era… un caballero. No se le ocurría otra manera de definirlo; para empezar iba bien vestido, algo que resultaba de por sí llamativo cuando la mayoría de los trolls consideraban la ropa como algo opcional.

Algo abochornado ante ese interés, Húmedo se sintió lo bastante maleducado para decir:

—De acuerdo, Harry, pero aquí aún queda un guardaespaldas. ¿Crees que voy a intentar algo?

Harry Rey soltó una risotada.

—Este, señor Mustachen, es mi abogado. Le presento al señor Rayo, tiene un despacho con su nombre en la puerta y todo, ¿a que sí, Rayo?

¡Abogado! ¡Bingo!

Las carcajadas de Harry ya arrancaban de su barriga.

—¡Señor Mustachen, vaya cara que pone! No te preocupes, hombre. El señor Rayo pone así a todo el mundo. Eso no quiere decir que no me alegre de verte, pero podrías venirnos bien a mí y a nuestro amigo el ingeniero. ¿Vamos a algún sitio un poco más discreto? ¿Un café?

Harry hizo una seña a un secretario, que se alejó a paso ligero, y luego acompañó a Húmedo y a Rayo a su despacho, que dominaba el complejo desde la planta superior. Una vez allí, se sentó e indicó a sus invitados que hicieran lo mismo.

—Bueno, a ver, usted me conoce, señor Mustachen, igual que yo le conozco a usted. Vaya un par estamos hechos, ¿eh? No somos exactamente unos sinvergüenzas, no exactamente, bueno, por lo menos ahora, porque hemos crecido y ahora sabemos hacer negocios como es debido, ¿verdad? —Lo remató con un guiño—. Y los dos reconocemos una ocasión única cuando la vemos, estoy seguro. Ya me corregirás si me equivoco, ¿eh?

En la sala había alguien que era abogado, y para colmo un abogado que presumiblemente era capaz de matar a alguien de un puñetazo. Siempre convenía pensar bien cualquier cosa que fuera a decirse delante de un abogado porque nunca se sabía si aquellas comadrejas eran de fiar, pero Húmedo saludó al señor Rayo con la cabeza y dijo, con cuidadosa enunciación:

—Sir Harry, lord Vetinari me ha encomendado la tarea de estudiar este nuevo invento maravilloso en nombre de la ciudad.

Harry Rey abrió una caja de grandes puros, los olió y escogió uno antes de ofrecer la caja a Húmedo y a Rayo. El troll rechazó la oferta, por supuesto, pero nadie iba a decir nunca que Húmedo había rechazado uno de los mejores puros de Harry Rey. Procedían de lugares remotos y eran insuperables. Harry exhaló una gran nube de humo, que por un momento le dio un aspecto idéntico al de la Traviesa de Hierro, y a Húmedo se le ocurrió que su anfitrión, conocedor de la importancia de los símbolos, sin duda esperaba convertirse en el primer barón del ferrocarril.

—Señor Mustachen, la Traviesa de Hierro transporta por su circuito a todos los ciudadanos que lo desean pacíficamente, a falta de una palabra mejor, y con la regularidad de un reloj. Dan vueltas y más vueltas encantados de la vida, en eso estaremos de acuerdo. El señor Simnel dice que la construyó como prueba de concepto y que necesita un montón de dinero para montar una versión de tamaño real que pueda transportar más gente y, sobre todo, mercancías, porque prevé que ahí es donde está el dinero, aunque mirando por la ventana todas esas caras sonrientes yo no estoy tan seguro.

Sir Harry echó a flotar otra columna de humo y puso cara de estar encantado consigo mismo, como probablemente fuera el caso, pensó Húmedo. Luego siguió hablando.

—Puesto que le conozco, señor Mustachen, y sé que puede adivinar mis intenciones, sí, estoy dispuesto a financiar al muchacho a cambio de una tajada de los beneficios, una tajada grande y justa. Si no me equivoco, ahora no tiene prácticamente donde caerse muerto, vamos, que está sin blanca, pelado como el culo de un mono, y si quiere ver cumplida alguna vez su ambición de llevar trenes más grandes aquí, allá y a todas partes, necesita un socio con experiencia del mundo, y yo me conozco el mundo de abajo arriba, por así decirlo.

»Pero ya saben cómo es esto, caballeros… cuando un hombre se hace mayor y ha reunido un colchón, empieza a preocuparse un poco más por lo que la gente piensa de él, y yo no soy ningún enano, no pienso aprovecharme de un joven prometedor. Por eso me alegro de decir que, con la ayuda del señor Rayo, aquí presente, he cerrado un acuerdo justo con el muchacho. ¿No es así, señor Rayo?

El aire pareció resplandecer cuando el troll se puso en pie, brillando mientras hablaba. Su voz parecía surgir de unos cañones crepusculares muy lejanos. Más que mero sonido, tenía presencia por derecho propio.

—Sí, es así. Sir Harry, aprovecho la ocasión para sugerir que, aunque tiene un pacto de caballeros con el señor Simnel, debería haber tres participaciones en esta empresa, para evitar empates, para lo cual una tercera parte muy pequeña debería quedar en manos de la ciudad, o sea, de lord Vetinari. El objeto del arreglo es que, en caso de que el señor Simnel y usted, sir Harry, sean incapaces de ponerse de acuerdo acerca de algún asunto relacionado con lo que todos hemos dado en llamar «ferrocarril», lord Vetinari dispondrá del voto de calidad para desbloquear la situación. Pero la ciudad no recibirá dividendo alguno; su renta procederá, como siempre, directamente de los impuestos, que estoy seguro que lord Vetinari considerará una parte importante de esta empresa.

»La letra pequeña será un poco más complicada y, por supuesto, si las locomotoras del señor Simnel triunfan, surgirán oportunidades de vender participaciones adicionales en el futuro. Si los dos están de acuerdo, caballeros, yo me ocuparé de ese aspecto y ustedes pueden estar seguros de que, en cumplimiento de las instrucciones de sir Harry, el señor Simnel y su familia dispondrán de una participación significativa en el negocio.

Con la misma lentitud con la que se había levantado, el señor Rayo volvió a sentarse, y Húmedo von Mustachen y sir Harry Rey se miraron. Este último, radiante, dijo:

—Será mejor que haga llamar al chaval, entonces. —Hizo un gesto a Rayo para que abriera la puerta.

Al cabo de unos minutos, un incómodo Dick Simnel ocupaba su asiento e intentaba no manchar nada de grasa, con pocas esperanzas y menos éxito.

Harry no pareció darse ni cuenta, y dijo de buen humor:

—Vamos a ver, muchacho, te cuento: tú calculas que con el dinero suficiente podrías construir máquinas más grandes y potentes que la Traviesa de Hierro, ¿verdad? Y que con unos, esto… raíles lo bastante largos, podrías llegar a todas las demás ciudades. Bueno, chico, yo te financiaré en esta empresa hasta que estés en condiciones de demostrar que eso es posible. —Dejó de hablar por un momento, miró al techo y preguntó—: ¿Cuánto crees que tardarás?

El ingeniero adoptó una expresión meditabunda y algo perpleja.

—No sabría decirle exactamente, señor —respondió—, pero cuanto más tintinee el dinero, más rápido girarán las ruedas. Quiero decir que, si puedo contratar a los mejores trabajadores cualificados y… bueno, señor, que he hecho mis cálculos, he hecho muchas pruebas y calculo que podría tener lista una máquina nueva por…

Húmedo contuvo la respiración.

—Mil dólares.

Húmedo miró a la cara de sir Harry, que tiró un poco de ceniza de su puro y dijo, sin inmutarse:

—¿Mil dólares? ¿Y cuándo podrías tenerla sobre los raíles, chico?

Simnel sacó de un bolsillo su pequeño artilugio deslizante, jugueteó con él durante un minuto y respondió:

—¿Qué tal dentro de dos meses? —Manoseó el aparato otra vez y añadió—: Sobre la hora de la merienda.

Húmedo ya se estaba revolviendo en el asiento a esas alturas, y decidió intervenir.

—Perdone, ya sé que ha dicho que los Simnel llevan años trabajando en el vapor y que es posible que otra gente lo haya estado haciendo también, pero ¿sabe si hay alguien más que tenga algo parecido a esto? ¿Podrían ganarle por la mano aunque no tengan sus secretos?

Para su sorpresa, Simnel respondió con jovialidad:

—Oh, sí, señor, habrá unos cuatro o cinco, pero ninguno ha producido todavía un concepto que funcione como la Traviesa de Hierro. Están cometiendo todos los errores que cometió mi padre, y algunos otros de su propia cosecha, por lo que tengo entendido. El vapor vivo no perdona. Un mal cálculo y te arranca la carne de los huesos. Lo que tengo yo, señor, en fin, es que soy un maniático de las mediciones, mediciones muy pequeñas, minúsculas, ínfimas. No son muy emocionantes, pero justo en ellas está la clave de ser un artesano ingeniero.

»Por desgracia, mi abuelo y mi padre eran un poco chapuceros con ellas, porque tampoco las conocían como es debido, pero las medidas son la salvación de quien quiere domar el vapor. Mi madre me pagó una educación mejor, aprovechando que su rama de la familia tenía dinero gracias a… —Hizo una pausa—. A la pesca, y uno de mis tíos fabricaba teodolitos y otros instrumentos delicados, y yo me dije: oye, esto es muy útil, sobre todo porque me enseñó a soplar el cristal, y el cristal lo necesito para mi secretito particular… —Simnel puso cara de preocupación por un momento—. Necesitaré hierro a patadas, sobre todo para las vías. Y por supuesto también está la cuestión de tender raíles que crucen terrenos privados… Alguien tendrá que hablar con los propietarios. Yo soy ingeniero y siempre lo seré, y no estoy seguro de cómo regatear con la gente de la alta sociedad.

—Ah, pero resulta que tenemos entre nosotros ahora mismo a un regateador nato —señaló Harry—. ¿Qué me dice, señor Mustachen? ¿Quiere participar?

Húmedo abrió la boca para hablar.

—Perfecto, ahí lo tienes, Dick. De las negociaciones se ocupará el señor Mustachen. Es la clase de hombre que entraría detrás de ti en una puerta giratoria y aun así saldría primero. Además, sabe hablar en finoli, cuando es necesario. Claro que también es un poco sinvergüenza, pero ¿no lo somos todos en este negocio?

—Yo no creo que lo sea, señor —observó Simnel con tacto—, pero entiendo lo que quiere decir. Si no le importa, me gustaría proponer que mi primera vía llegue hasta Sto Lat. Bueno, no exactamente Sto Lat, sino un pueblecillo de las afueras llamado Villapuercos, porque hay muchos cerdos en la región. Es donde tengo almacenado el resto de mi equipo y la maquinaria.

Simnel echó un vistazo nervioso a sir Harry, que tenía los labios fruncidos.

—Eso queda muy lejos, chico, deben de ser cuarenta kilómetros o más, y está en mitad de la nada.

Húmedo no pudo contenerse.

—¡Sí! Pero no sería la nada por mucho tiempo, ¿verdad? Intenten conseguir leche fresca en la ciudad… para cuando llega al cliente siempre se ha convertido en queso del malo. Y luego hay cosas como fresas, berros, lechuga, ya saben, ¡todo lo que se echa a perder! ¡Las zonas que tengan ferrocarril serán más prósperas que las otras! Pasó lo mismo al principio con los clacs. Todo el mundo decía que no quería las torres, y ahora no hay nadie importante que no quiera una al final de su jardín. La Oficina de Correos también estará de su lado, moviendo los envíos más deprisa y todo eso, y puedo asegurarles que tendrán todo el apoyo del Banco Real; y en verdad, señor Simnel, le invito a que pase por mi despacho lo antes posible para explicarle nuestros servicios bancarios especiales…

Harry Rey se dio una palmada en el muslo y dijo:

—Señor Mustachen, ya lo decía yo: ¡es usted un hombre que reconoce una oportunidad cuando la tiene delante!

Húmedo sonrió.

—Bueno, Harry, creo que ahora mismo la tenemos todos delante.

En verdad, en su imaginación Húmedo veía montones de oportunidades, y sitio de sobras para los problemas, y allí, en pleno centro de todo, estaba Húmedo von Mustachen. ¡No podía haber nada mejor! Su sonrisa se ensanchó, por dentro y por fuera.

No era una cuestión de dinero. El dinero nunca había sido lo más importante. Incluso cuando era cuestión de dinero, no era del todo cuestión de dinero. Bueno, un poco sí, pero más que nada era cuestión de lo que los enanos llamaban craic. El puro placer de lo que se hacía y de dónde se hacía. Húmedo sentía el futuro tirando de él, haciéndole señas. Lo malo era que, por supuesto, tarde o temprano alguien intentaría matarle. Era algo que pasaba a menudo, pero había que arriesgarse. Se diría que formaba parte de todo el asunto, fuera lo que fuese aquel asunto. Siempre había que correr el riesgo. Cualquier riesgo.

Harry miró a Húmedo de reojo y dijo, por encima del hombro:

—Señor Simnel, si tiene una buena parte de su valioso equipo en un cobertizo de Gorrinoburgo o como se llame, ¿le importaría que enviase a un par de mis…? —Harry hizo una pausa, buscando una expresión amable—. ¿De mis capaces caballeros para que le vigilen el local?

Simnel parecía desconcertado.

—En realidad es un pueblecito muy tranquilo, señor.

Harry adoptó el que podría calificarse como su talante paternal y dijo:

—Es muy posible, muchacho, pero creo que tú y yo vamos a ir juntos a un lugar donde habrá mucho dinero, y allá donde hay mucho dinero también hay mucha gente que intenta quitártelo. Prefiero pensar que, si alguien fuerza la entrada de tu gran cobertizo para revolver en busca de piezas de maquinaria interesantes o pistas sobre cómo construyes tus locomotoras, podría tener que explicar tanto interés a Tirones, Dave el Estilete y Bob Molienda. Son buenos chicos, atentos con sus ancianas madres, no le harían daño a una mosca. Llámalo, bueno, llámalo… un seguro. Y si tienes la bondad de dejarles la llave, los enviaré hacia allí ahora mismo. Ojo, que si no encuentras la llave, seguro que se las apañan para entrar. Son muy versátiles, en ese aspecto.

El joven Simnel sonrió y dijo:

—Es muy considerado por su parte, sir Harry. A lo mejor debería darles un mensaje para que lo lleven a mi madre. Ella les enseñará dónde está todo. Mi padre decía que siempre había que poner un puñado de trampas con mala idea antes de cerrar el taller y que, después de eso, que se llevasen todo lo que pudieran robar, si aún tenían brazos, se entiende.

Harry soltó una carcajada.

—Por lo que cuentas, tu padre veía las cosas igual que yo. Lo que es mío es mío y lo que es mío es solo mío.

\* \* \*

Cuando salió con el señor Rayo al complejo, Húmedo vio que la gente seguía haciendo cola para subirse al tren, que esperaba como una reina mientras los chicos del señor Simnel llenaban la carbonera y engrasaban y lubricaban otra vez todos los componentes, incluidos ellos mismos. Revisaron las ruedas y dieron lustre a todo lo que podía lustrarse, incluidos una vez más ellos mismos, mientras todos los niños de la ciudad y, asombrosamente, la mayoría de las niñas, la contemplaban sobrecogidos como fieles en un santuario. Y entonces le asaltó de nuevo su idea anterior: ¡tierra, aire, fuego y agua, la suma de todo! La diosa había encontrado a sus adoradores.

Se oyó algo parecido a un trueno, pero solo era el señor Rayo, que carraspeó antes de decir:

—Fascinante, ¿verdad, señor Mustachen? Cualquiera diría que aquí hay lo que solo puede llamarse una especie de presencia, un indicio de que la vida adopta muchos ropajes distintos, por así decirlo, ¿no le parece? Tampoco me haga mucho caso, solo pensaba en voz alta.

Húmedo nunca había oído a un troll que pronunciase tan bien, y debió de notársele, porque Rayo se echó a reír y dijo:

—El truco es un toque de diamante, señor Mustachen. Y me esforzaré por redactar contratos que convengan a todas las partes, no se preocupe.

En ese preciso instante Húmedo avistó a Drumknott, que, grasiento, alegre y cubierto de hollín, se apeó de la locomotora y devolvió a regañadientes un gorro y una chaqueta muy sucia a uno de los muchachos del señor Simnel. Húmedo agarró al menudo secretario de un brazo.

—¿Dónde se había metido, señor Drumknott? Le he buscado por todas partes —mintió—. Su señoría espera que vuelva de un momento a otro.

Húmedo no estaba seguro de que Drumknott le cayera bien, pero no le interesaba tenerlo como enemigo, estando tan cerca como estaba del motor que movía Ankh-Morpork. Por eso adecentó lo mejor que pudo al hombrecillo y paró un carruaje para que los llevase de vuelta a la ciudad. Durante el trayecto por el concurrido camino se fijó en que la mayor parte del tráfico todavía circulaba en sentido contrario.

Húmedo conocía el espíritu de los tiempos, lo saboreaba en el viento, y a veces el espíritu le dejaba jugar con él. Húmedo sabía captar su intención, y en esos momentos sugería velocidad, huida, algo maravillosamente nuevo, el despertar de los huesos mismos de la tierra, y de repente pareció gritar pidiendo movimiento, nuevos horizontes, lugares remotos, ¡cualquier sitio que no sea este! No cabía duda, el ferrocarril iba a convertir el carbón en oro.

\* \* \*

—Disculpe, joven.

El sargento Colon y el cabo Nobby Nobbs, que se habían impuesto la tarea de patrullar la cola de curiosos que esperaban impacientes para subir al tren, miraron a su alrededor algo confundidos. Hacía mucho que el sargento Colon no era joven, y en cuanto a Nobby Nobbs, aunque en general se aceptaba que era el más joven de los dos, existían ciertas dudas sobre si podía aplicársele la etiqueta de Homo Sapiens; el jurado de Ankh-Morpork estaba deliberando. En teoría Colon y Nobby tendrían que haber estado patrullando las Sombras, pero Colon había delegado esa tarea en un par de nuevos reclutas. «Será una buena experiencia para ellos, Nobby. Y este asunto de la máquina de vapor tiene toda la pinta de ser peligroso. Alguien tiene que echarle un vistazo… una pareja de policías veteranos, pongamos, dispuestos a jugarse el tipo por el bien común».

—Joven… disculpe —dijo la voz una vez más.

Quien hablaba era una dama de aspecto atribulado a quien pisaban los talones, metafórica y literalmente, dos niños que desahogaban la frustración de tener que esperar para el prometido viaje en tren con las tácticas de irritación suprema exclusivas de los niños pequeños. En un intento desesperado de distraerlos de su competición para molestar al máximo número posible de las personas que hacían cola delante de ellos, su madre se había abalanzado sobre las primeras personas de aspecto oficial que le habían parecido capaces de entretener a sus retoños con algunos datos interesantes.

—Nos preguntábamos si podrían explicarnos cómo funciona esta locomotora —preguntó.

Fred Colon respiró hondo.

—Bueno, señora, está la caldera, claro. Viene a ser como una tetera.

Al niño más pequeño no le bastó con aquello.

—Mamá tiene una tetera —dijo—. La suya no se mueve.

Su madre volvió a intentarlo.

—¿Y cómo funciona esa «caldera»?

—Bueno, verá, envía el agua caliente al motor —se apresuró a decir Nobby.

—Muy bien —dijo la señora—, ¿y luego qué pasa?

—Luego el agua caliente pasa a las ruedas.

El niño mayor no parecía muy convencido.

—¿De verdad? ¿Y eso cómo se hace?

Nobby, acorralado, dijo:

—Creo que eso puede explicártelo el sargento.

Una gotita de sudor apareció en la cara de Colon, consciente de que ambos niños lo miraban como si fuese una especie de pieza de museo.

—Esto… Bueno, el agua es magnética, ¿vale?, por todas esas vueltas que da —dijo.

—No creo que funcione así —replicó el niño mayor.

Pero Colon estaba lanzado y no le hizo caso.

—Las vueltas causan el magnetismo y eso es lo que hace que el agua se quede allí dentro. Las ruedas de tren tienen un montón de hierro, es de cajón. Y eso es lo que mantiene al tren sobre el camino de hierro, el magnetismo.

El niño más pequeño cambió de enfoque.

—¿Por qué hace «chu-chu»?

—Eso es porque al principio está chuchurrío —respondió Colon en un súbito arrebato de inspiración—. Sabes lo que significa «chuchurrío», ¿verdad? Pues de ahí viene.

Nobby miró a su amigo con admiración.

—¿Es por eso, sargento? ¡Jamás lo habría pensado!

—Y cuando ya ha perdido bastante chuchurrismo, tiene el magnetismo suficiente para que el tren se quede encima del camino de hierro, ¿comprendes?

Lo dijo a toda velocidad con la esperanza de que no surgieran más preguntas. Pero los niños no funcionan así. El mayor ya se había hartado y decidió alardear de los conocimientos que había obtenido gracias a los amigos que habían pasado antes por allí.

—¿No tiene que ver con el movimiento alternante? —preguntó, con un destello en los ojos.

—Ah, bueno, sí —farfulló Colon aturullado—. Hacen falta movimientos alter-nati-ciantes para liberar el chuchurrismo correcto. Y cuando todo está deschuchurrizado y alternatizado, para allá que va.

El menor aún parecía desconcertado, como no era de extrañar.

—Sigo sin entenderlo, señor.

—Bueno, a lo mejor es que aún eres demasiado pequeño —dijo Colon, refugiándose en la excusa milenaria de los adultos exasperados—. Es un asunto muy técnico, esto del chuchurrimiento Probablemente no tendría ni que intentar explicárselo a unos niños.

—Me parece que yo tampoco lo entiendo —intervino la madre.

—¿Sabe los mecanismos de relojería? —sugirió Nobby, de nuevo al rescate—. Pues esto viene a ser lo mismo, solo que más grande y más rápido.

—¿Cómo se le da cuerda? —preguntó el niño.

—Ah, sí —dijo Colon—, ese chu-chu que se oye, por supuesto, es cuando se le da cuerda. Y cuando ya tiene bastante, alternatiza y se mueve.

El niño más pequeño alzó una locomotora de juguete y dijo:

—Es verdad, mamá, si les das cuerda salen hacia delante.

La señora aún parecía desconcertada.

—Vale… bueno, gracias, caballeros, por esta charla tan instructiva. Estoy segura de que a los niños les ha fascinado. —Y entregó a Colon varias monedas.

Colon y Nobby observaron cómo la alegre familia se subía al carro de detrás de la Traviesa de Hierro.

—Da gusto, ¿verdad, sargento? —dijo Nobby—. Ayudar a la gente.

\* \* \*

El carruaje paró delante del palacio y Húmedo ayudó a subir las escaleras a un exhausto Drumknott. Le sorprendió descubrir que empezaba a sentir lástima de aquel hombrecillo, que parecía necesitar la concentración de los ciempiés para mover las piernas.

Llamó con mucha delicadeza a la [[23]](#footnote-23)puerta del despacho del patricio y le abrió uno de los secretarios oscuros. El hombre miró fijamente a Drumknott y con suspicacia a Húmedo, mientras el propio lord Vetinari se levantaba sorprendido y dejaba a Húmedo empalado entre dos suspicacias. De modo que hizo un saludo elegante y dijo:

—Permítame informar, señoría, de que el señor Drumknott, con mucha gallardía y bravura y cierto riesgo para su integridad física, me ha ayudado a formarme una opinión acerca de los aspectos prácticos del novedoso tren, jugándose la vida repetidamente en el intento. Yo por mi parte me he ocupado de que su gobierno pase a tener un control adecuado sobre los ferrocarriles. Sir Harry Rey piensa financiar más investigaciones y ensayos, pero personalmente, milord, creo que esto del ferrocarril es el futuro. Estoy convencido de que este prototipo puede transportar más carga que varias docenas de caballos. El señor Simnel parece muy concienzudo en su trabajo, meticuloso hasta decir basta y, lo más importante, parece que la gente se ha enamorado del tren.

Húmedo esperó. Lord Vetinari podía sostener la mirada a una estatua, e incluso hacer que empezara a ponerse nerviosa y confesara. El contraataque de Húmedo fue una atractiva sonrisa que sabía que sacaba al patricio de sus casillas, y se hizo un silencio absoluto en el Despacho Oblongo mientras la mirada impasible y la sonrisa jovial batallaban por la supremacía en alguna dimensión diferente. El momento terminó cuando su señoría, sin dejar de mirar fijamente a Húmedo, se dirigió al secretario oscuro más cercano.

—Señor Pupilo, tenga la bondad de acompañar al señor Drumknott a sus aposentos y asearlo, si es tan amable.

Cuando hubieron partido, lord Vetinari se sentó y tamborileó con los dedos sobre su mesa.

—Entonces, señor Mustachen, usted cree en el tren, ¿no es así? Desde luego parece que mi secretario está impresionado. Nunca lo he visto tan emocionado con algo que no estuviera escrito en un papel, y al parecer la edición vespertina del Times coincide con él.

Vetinari caminó hasta la ventana y contempló en silencio la ciudad durante unos instantes. Después siguió hablando:

—¿Qué puede lograr un simple tirano eventual ante ese tirano más grande y de múltiples cabezas que es la opinión pública y una prensa lamentablemente libre?

—Disculpe, señor, pero si quisiera podría cerrar los periódicos, ¿verdad? Igual que prohibir el tren y meter a quien le apetezca en la cárcel, ¿no?

Lord Vetinari respondió sin apartar la vista de la ciudad.

—Querido señor Mustachen, usted es inteligente y sin duda avispado, pero aún le falta por encontrar la virtud de la sabiduría, y la sabiduría le dice a un príncipe poderoso que, en primer lugar, no debe meter a quien le apetezca en la cárcel, porque ahí es donde mete a la gente que no le apetece; y en segundo lugar, le dice que el mero desagrado irreflexivo hacia algo, alguien o alguna situación no es motivo de acciones drásticas. En consecuencia, aunque les haya dado a ustedes permiso para continuar, el tren no tiene mi aprobación sin reservas. Tampoco tiene mi condena. —El patricio pareció reflexionar durante un momento antes de añadir—: Todavía.

Caminó adelante y atrás durante unos instantes y luego, como si acabara de ocurrírsele la idea, dijo:

—Señor Mustachen, ¿de verdad ve factible que un tren pueda llegar hasta, pongamos, Uberwald? Ese trayecto no solo es extremadamente largo, tedioso e incómodo en carruaje, sino que además está erizado de numerosos… bueno, peligros… y trampas para el viajero desprevenido. —Hizo una pausa y añadió—: Y también para el bandido desafortunado, por cierto.

—Ah, sí, allí es donde vive lady Margolotta, ¿verdad, señor? —dijo Húmedo como quien no quiere la cosa—. Pero eso significaría atravesar el paso de Wilinus, señor. ¡Aquello es muy peligroso! Se sabe que hay bandidos que tiran rocas desde arriba y destrozan los carruajes.

—Pero no hay otro camino sin dar un rodeo muy largo, señor Mustachen, como supongo que sabe.

—En ese caso, milord… Creo que sería posible construir algo parecido a un tren acorazado —dijo Húmedo, inventando a toda velocidad. Le satisfizo ver que lord Vetinari se animaba al oír aquello y repetía las palabras «tren acorazado» una o dos veces en voz baja. Después su señoría preguntó:

—¿De verdad es posible?

Y en la jaula de ardillas que era la mente de Húmedo, este pensó: ¿Lo es? ¿De verdad lo es? ¡Debía de haber más de dos mil kilómetros! En carruaje se tardaba bastante más de dos semanas, y eso si no había atracos por el camino, pero ¿quién iba a atracar un tren acorazado? La máquina precisaría agua con frecuencia y estaba por ver si podía transportar carbón para todo el trayecto. Las cifras desfilaban por su cabeza. Paradas, depósitos para el agua, montañas, cañadas, puentes, pantanos… Tantas cosas, cualquiera de las cuales podía echar por tierra el proyecto…

Pero llegar a Uberwald significaría pasar de camino por muchos otros lugares, y todos ellos podían ofrecer oportunidades de ganar dinero. Los demonios del análisis de ruta crítica revolotearon en su cerebro. Siempre había algo que había que hacer antes de poder hacer lo que se quería hacer e incluso entonces podía salir mal. Para Vetinari adoptó un tono desenfadado:

—Bueno, señor, no veo por qué no. Y por supuesto, para un trayecto tan largo debería ser posible dormir en el tren y que los jefes de estado ocupasen un juego completo de vagones, si no el tren entero. Eso podrá arreglarse, digo yo. —Húmedo contuvo el aliento.

Su señoría tardó unos segundos en responder.

—Sería lo apropiado, pero, señor Mustachen, no estoy sobornado del todo. El tren debe responder tanto económica como mecánicamente. Sin embargo, le deseo que tenga éxito. Da la impresión, señor Mustachen, de que está empleando su voz extrajovial y que por tanto, una vez más, se encuentra en su salsa, en pleno centro del torbellino. Pero dígame: ¿cuál cree que será el destino del primer tren comercial? ¿Quirm?

—En realidad, señor, ya se ha hablado del tema y parece que va a ser Sto Lat, porque allí es donde el señor Simnel tiene sus herramientas y muchísimo material que necesita que se transporte a Ankh-Morpork. Además, el pueblo es un nexo para las llanuras Sto, y nexo significa…

Lord Vetinari alzó una mano y dijo:

—Gracias, señor Mustachen. Ya sé lo que es un nexo.

Húmedo sonrió y se dirigió hacia la puerta, dejando traslucir su pánico solo por dentro, y cuando su mano tocó el picaporte, la voz de Vetinari dijo a su espalda:

—Señor Mustachen, seguro que entiende que un príncipe prudente, un príncipe que desee conservar su trono durante cierto tiempo y conozca bien cómo es la gente, no viajaría en un emocionante tren acorazado… Metería a algún otro en ese tren, alguien prescindible, porque él habría viajado el día anterior con un disfraz conveniente. Al fin y al cabo, existen los peñascos muy, muy grandes, y sin duda existe una gran abundancia de espías. Pero recapacitaré sobre su idea. Tiene algo que cautiva.

\* \* \*

A lo largo de las semanas siguientes la Traviesa de Hierro llegó a oídos de cada vez más gente, de modo que pasaron por Ankh-Morpork muchedumbres más nutridas si cabe para ver la nueva maravilla que haría historia, con presencia de delegados, embajadores y representantes de la mayoría de las poblaciones de las llanuras Sto. Por supuesto, también acudieron otros artesanos e inventores independientes, que inspeccionaron todo lo que estaba a la vista e intentaron descubrir todo lo posible sobre lo que no les permitían ver.

Todas las noches llevaban a la Traviesa de Hierro por un juego de raíles hasta una cochera cerrada con candado dentro del complejo, donde quedaba a salvo de intrusos gracias a la presencia de los perros guardianes más temibles de Harry y también de dos gólems, que el empresario había hecho traer porque, a diferencia de los perros, a ellos no los podía matar un aperitivo envenenado que alguien metiera por debajo de la puerta. Los gólems patrullaban el enorme cobertizo, a veces acompañados por miembros de la Guardia de la Ciudad, para guardar las apariencias.

Húmedo pasaba mucho tiempo en el complejo y sus inmediaciones, en su papel no muy oficial pero más o menos asumido de lubricante para el buen funcionamiento del proyecto, tan esencial como los cubos de grasa que parecían exigir todas las actividades relacionadas con el ferrocarril. Al fin y al cabo, tenía un interés particular en el tren como director del Banco Real de Ankh-Morpork, donde empezaba a entrar y salir dinero con rapidez de puerta giratoria a medida que Harry extendía cheques para pagar remesas de hierro, madera y contratar los servicios de más herreros, muchos de los cuales procedían de la compañía Gólems Libres, compuesta por hombres de ideas propias aunque estuviesen hechos de barro.

Y allí sí que hacía falta lubricante. El ferrocarril ya estaba generando una cantidad enorme de papeleo. Húmedo lo desviaba con destreza a Drumknott, cuya pasión por la burocracia aún no había sido eclipsada del todo por su nuevo amor por el ferrocarril. El hombrecillo rosado estaba feliz como un cochino en un charco.

Se había contratado a agrimensores para que trabajasen en una ruta. Estaban por todas partes con sus pequeños teodolitos. Trataban a Dick Simnel como a uno de ellos, pero diferente. Eso a Húmedo le complacía. Dick había hecho amigos y, aunque no entendían del todo su idioma, por lo menos lo reconocían como un idioma serio y emparentado con el de ellos, y por lo tanto le respetaban. Al fin y al cabo, esas otras personas hacían a su manera lo mismo que él, solo que referido a diferentes formas, presiones, curvas, cargas, tolerancias y sustancias, y por eso en el fondo eran como hermanos. Al igual que Dick, los agrimensores trabajaban con números, conocían la acuciante necesidad de cuadrarlos bien y sobre todo hacían suya la exigencia absoluta de precisión.

En el complejo, el sonido de metal contra metal flotaba en el aire, y en todas las superficies planas de las oficinas de Harry Rey había mapas extendidos, buenos mapas.

«Muchachos —había dicho Dick Simnel a los hombres de los teodolitos—, Harry Rey es buen patrón y paga sueldos de primera por un servicio de primera. Lo está arriesgando todo para poner las locomotoras en marcha, así que quiero que le facilitéis las cosas. La Traviesa de Hierro puede remontar un poco de pendiente, y ya veréis que subirá mejor antes de que haya acabado con ella, pero de momento lo que os pido es que mantengáis la vía imperecedera lo más llana posible. Y ya sé que para algo están los túneles y los puentes, pero ¡llevan mucho tiempo y cuestan un ojo de la cara! De vez en cuando un pequeño desvío puede ahorrarnos un montón de dinero, es decir, vuestros sueldos. Pero dad un par de vueltas a las cosas y, aunque sé que es obvio, ni os acerquéis a pantanos y demás terrenos inestables. Una locomotora con su ténder de carbón, sus vagones y la tripulación pesa que no veas, pero que no veas ni con catalejo, y si algo no queremos aprender es cómo sacar una locomotora empantanada en arenas movedizas».

Y con eso presente, habían partido. Los hombres que llevaban camisa limpia todos los días. Los hombres de la regla de cálculo. A Húmedo le caían bien porque eran todo lo que él no era. Aunque quizá tendría que enseñarles un poco de sinvergonzonería. A ver, no quería que aprendieran a estafar a viudas y huérfanos, sino que entendieran que muchas personas no eran tan rectas como un teodolito.

Los agrimensores coincidieron encantados en que la zona que rodeaba Sto Lat era la puerta de entrada a las llanuras Sto, por lo que ya solo hacía falta que lo entendiera también la gente que tenía las llaves de esa puerta, por decirlo así, una tarea que todo el mundo dejó de mil amores en manos de don Húmedo von Mustachen.

Resultó que entre Ankh-Morpork y Sto Lat había una gran cantidad de terratenientes, y una infinidad de arrendatarios. A nadie le importaba que le levantaran una torre de clacs cerca. En realidad, no era raro en aquellos tiempos que las exigieran, pero claro, un trasto mecánico que atravesara sus trigales y sus sembrados de coles resoplando y escupiendo humo y cenizas, en fin, eso era harina de otro costal, la clase de problema que solo podría solventarse aplicando el maravilloso lubricante que todo negociador conoce como «un buen aliciente».

Los aristócratas, si podían llamarse así, en general odia[[24]](#footnote-24)ban sin matices el concepto del tren, con el argumento de que animaría a las clases inferiores a desplazarse y no estar siempre disponibles. Por otro lado, algunos se ajustaban a un perfil que Húmedo reconocía: vejetes taimados que se hacían pasar por inofensivos y hasta quizá un poco gagás hasta que se les veía una chispilla en los ojos y ¡zas!, te exprimían más dinero que una serpiente sin dejar de chispear.

Lord Sotovalle, uno de esos caballeros, había ablandado a Húmedo con una cantidad indecente de ginebra y coñac mientras enumeraba sus condiciones:

—Veamos, joven. —Chispilla, chispilla—. Sus vías pueden pasar por mis tierras siempre que convengamos una ruta, y además no les costará ni un penique si, en primer lugar, transportan mis mercancías gratis y, en segundo lugar, instalan una estación de carga justo donde yo le diga, para que yo también pueda viajar a donde quiera con solo parar una de sus locomotoras. ¿Lo entiende, joven? —Chispilla, chispilla—. Yo no cobro y mi mercancía no paga. ¿Tenemos un trato?

Húmedo observó a través de los preciosos ajimeces el humo que se elevaba más allá de los venerables árboles y preguntó:

—¿Y cuál es exactamente su mercancía, señor?

El anciano, con su hermosa melena blanca y su barba a juego, respondió:

—Bueno, ya que lo pregunta, es mineral de hierro con cierta cantidad de plomo y zinc. Huy, veo que su copa vuelve a estar vacía. Debo insistir en que se tome otro coñac, que hoy hace mucho frío, ¿no cree? —Chispilla, chispilla.

Húmedo sonrió.

—Bueno, caballero, es usted un negociador de los duros, eso está claro. —Chispilla, chispilla, CHISPA—. Como en nuestro proyecto tenemos un consumo de metal muy pesado, ¿no cree que podríamos hacer negocio? Eso siempre que nuestros agrimensores no topen con ningún problema, como terrenos pantanosos y demás.

—Bueno, don Húmedo, como se ha bebido hasta la última gota del coñac que le he servido sin dar la menor muestra de embriaguez, veo que es usted de los míos. —Chispilla, chispilla. Y entonces Húmedo detectó a las claras los sutiles síntomas de la embriaguez cuando el anciano añadió—: Debo decirle que ayer se puso en contacto conmigo un hombre que decía representar a la prometedora Compañía Ferroviaria de Gran Col.

Húmedo había oído hablar de ellos, sí, y de verdad eran una compañía, pero aún no tenían una sola máquina ni a nadie tan diestro como Simnel para domar el vapor salvaje. Húmedo sospechaba que sacarían mucho dinero a los crédulos y después, cuando tuvieran suficiente, la deslumbrante oficina se vaciaría y los caballeros en cuestión, con unos bigotes diferentes, saldrían pitando a otra parte para fundar otra compañía ferroviaria. Una parte de él anhelaba ser uno de ellos, y luego pensó: es que soy uno de ellos, solo que la mía tiene que funcionar.

—Al parecer —prosiguió lord Sotovalle—, van a construir una máquina muy superior a la que se exhibe en Ankh-Morpork. —El anciano se rió al ver la ausencia casi total de expresión de Húmedo—. Me decía usted que representa a una compañía ferroviaria, señor Mustachen. Pues bien, ahora su compañía tiene… ¡compañía!

Húmedo eructó con precisión quirúrgica, eligiendo el momento con gran cuidado.

—Puede ser, señor, pero nosotros tenemos… ¡hip! Tenemos una máquina que funciona, por la que Ankh-Morpork… ¡bebe los vientos! —Llegado ese momento, Húmedo dejó que su voz se volviera algo pastosa—. Y ahora, como buenos caballeros, ¿por qué no hacemos un trato y lo sellamos con un apretón de manos como buenos caballeros para que los dos sepamos dónde estamos?

Se levantó, dio un pequeño traspiés, vio redoblarse la chispilla en los ojos del anciano y se regocijó.

Más tarde, en la cuadra, mientras ensillaba el caballo para irse a casa, Húmedo repasó el trabajo de aquella tarde. Aquel era un juego que conocía muy bien. Había previsto la trampa y había acudido a la cita preparado, por lo cual el acuerdo secundario sobre los cargamentos de mineral de hierro y el acceso al tren era sensato pero un poco decantado a favor del ferrocarril, en honor al hecho de que los caballeros ancianos no deberían intentar emborrachar a jóvenes impresionables, y menos cuando poseían más tierras de las que cualquier persona razonable podría necesitar jamás. ¿Qué tal esos principios éticos?, pensó Húmedo, y sonrió.

Antes de montar, se despegó con cuidado del cuerpo dos bolsas de agua caliente y un tubo de goma. Guardó con mucho tiento los dos recipientes en una gran alforja acolchada, sin dejar de sonreír. No, señor, el abuelo no tendría que haber intentado emborracharle. Era tan… poco ético.

\* \* \*

Cuando Húmedo regresó por fin a la ciudad, fue derecho al centro del complejo de Harry Rey, subió corriendo la escalera que llevaba a su inmenso despacho y dejó caer la enésima carpeta preparada por el señor Drumknott con todos los contactos con los que había negociado y los arriendos y rutas pactados.

—Esto es para tus muchachos, Harry, y esto es para ti. —Dejó con mucho cuidado una gran caja cargada de botellas.

Harry lo miró de arriba abajo y dijo:

—¿Y esto a qué demonios viene?

Húmedo se encogió de hombros y se dio un golpecito en la nariz con el dedo.

—Bueno, Harry, es lo que hay. Buena parte de la gente con la que tengo que negociar son ancianos que se creen muy astutos y me intentan llenar de alcohol caro porque creen que así pueden llevarse el gato al agua en las negociaciones. ¡Y yo me bebo todo lo que me ponen delante, faltaría más! ¡No! ¡No me mires así! Aguanto la bebida de maravilla. Es decir, puedo llevar encima un montón de bebida, y te alegrará saber que la goma no afecta al sabor del whisky, el coñac más selecto ni la mejor ginebra de Jimkin Abrazodeoso.

—Así me gusta, señor Mustachen. Siempre he sabido que eras un hombre al que había que vigilar con muchísima atención, y además me encanta ver… la obra de un maestro. Y ahora sígueme y procura no chapotear, ¿quieres?

\* \* \*

En unas semanas el complejo había cambiado hasta quedar irreconocible: las grandes prensas de estampar que antes martilleaban detrás del camino de la Cantera se habían trasladado enteras desde el centro de la ciudad y habían acelerado su tasa de golpeo para acompasarla a los frenéticos ritmos de la fábrica ferroviaria.

Harry parecía muy orgulloso; consideraba que, si la mugre era dinero, cada golpe de martillo eran peniques caídos del cielo. Mientras recorrían el estruendo, gritó:

—¡Unos muchachos estupendos, los gólems! Siempre son puntuales y nunca se ponen enfermos. ¡Lo mejor de todo es que les encanta trabajar! Y a mí me gusta cualquiera al que le encante trabajar: trasgos, gólems, me da igual lo que sean si son buenos trabajadores. —Reflexionó durante unos instantes—. Siempre que no babeen demasiado. Mira cómo baten esos de ahí con los puños. Ojalá pudiera contratar más, pero ya sabes cómo es esto.

Húmedo echó un vistazo al infierno ardiente que era la fundición. En el aire satánico apenas alcanzaba a distinguir a los gólems de los obreros humanos con sus monos de cuero, y si los diferenciaba era porque los gólems se paseaban con piezas de hierro al rojo en las manos desnudas. Los hornos iluminaban el cielo gris y el repiqueteo nunca cesaba. Y el montón de raíles nuevos crecía y crecía.

Asintió, ya que hablar como una persona normal era inconcebible con tanto martilleo. Desde luego que sabía cómo era aquello. En pocas palabras, los ciudadanos de Ankh-Morpork de los que podía esperarse que hicieran los trabajos más duros, como los gólems y los trolls, eran cada vez más conscientes de que ser enormes y duros no significaba que tuvieran que aceptar un trabajo enorme y duro si no querían. Aquello era, al fin y al cabo, Ankh-Morpork, donde todo hombre era libre aunque no fuese, estrictamente, un hombre.

El problema, si así podía llamarse, llevaba un tiempo gestándose. Húmedo se había fijado en lo que pasaba por primera vez cuando Adora Belle le había explicado que su nuevo estilista era un troll, Bouffant Fornacita, que no cortaba nada mal el pelo, según ella y sus amigas. Y a[[25]](#footnote-25)llí estaba la nueva realidad. Si todas las especies inteligentes eran iguales, pasaba aquello: amas de llaves gólems, doncellas trasgas y abogados trolls, ahora que lo pensaba.

Harry Rey seguía perorando cuando salieron a cielo abierto.

—¡Es una putada! ¡Ahora que son libres, no hay quien encuentre gólems! ¡Pregúntale a tu parienta si no! Andan todos haciendo paisajismo y bobadas finolis por el estilo, y eso que me parece que pago a todos los herreros humanos de la condenada ciudad el doble de lo normal, y solo hay veintiuno que sean grandullones. Me parece una vergüenza, de verdad.

—No sé qué decirte, Harry, a mí me parece que esto avanza a toda velocidad.

Harry le dio un codazo y adoptó un tono de complicidad.

—¡Haré que te tiren al río si cuentas esto a alguien, pero me lo estoy pasando bomba! Casi toda mi vida ha sido, por no andarme con rodeos, una vida de mierda, de mierda honrada y bien ganada. Bueno, y de meados, claro, que también han sido grandes amigos para mí. Pero el caso es que todo eso es solo mover cosas de un lado a otro, no crear algo de verdad. Y la cosa aún mejora, porque verás, esto es algo de lo que la Duquesa y yo podemos hablar cuando estamos con gente fina. Hombre, desde luego pienso seguir con el negocio de los residuos y demás… A fin de cuentas, es lo que me da de comer, por decirlo de alguna manera, aunque en realidad hoy en día me da también para cenar, desayunar y merendar, pero ahora mismo estoy volcado en el hierro. Y no me digas que no es bonito, Húmedo. A ver, los narcisos están muy bien y me gustan bastante, pero mira el brillo del acero, el sudor de los hombres, el futuro que se forja martillazo a martillazo. Hasta la escoria es bella a su manera.

La Traviesa de Hierro les pasó por delante en su interminable recorrido alrededor del complejo y Harry exclamó:

—¡Lo que necesitamos es la clase adecuada de poeta! —Extendió una mano hacia los admiradores con sus cuadernos y todo el público que se agolpaba contra las vallas—. ¡Míralos! Buscan milagros. ¿Y sabes qué? Los van a tener.

Empezó a llover, pero los curiosos, sobre todo los observadores de trenes, con sus libretas y su vestimenta práctica, se quedaron donde estaban, observando cómo la Traviesa de Hierro levantaba un manto de niebla.

A Húmedo le dio la impresión de que por un instante Harry Rey era otro, más vivo incluso de lo normal, y eso que Harry era bastante vital ya de por sí, todo había que decirlo. Harry Rey, don Fosa Séptica, se estaba metamorfoseando en un tesoro nacional.

\* \* \*

Bedwyr Hijodebedd intentó quitarse las botas. Después de una noche en las minas era asombroso lo que uno encontraba dentro de su calzado, a veces con vida. Cuando salieron las botas, no sin pelea, quitó los arreos a Daisy y observó cómo la poni del pozo olisqueaba el aire puro y salía al trote hacia el campito cercano a la entrada de la mina. Verla alegraba el corazón. Había ocasiones en las que a Bedwyr le habría gustado hacer lo mismo. Su madre le había dicho que nadie podía cambiar su estrella, lo que significaba, cabía suponer, que esta es la vida que te ha tocado vivir y punto. En esos momentos, mientras entraba en sus habitaciones, Bedwyr se preguntó si Tak no podría dejarle probar otra vez.

Amaba a Bleddyn, su esposa desde hacía muchos años, y a sus hijos no les iba mal en la escuela de Lancre, pero ese día estaba preocupado. Los grags habían ido a verle y esa vez se habían mostrado amables, aunque ni él ni Bleddyn se preocupaban demasiado por la política. ¿Qué importancia podía tener cuando uno se pasaba la vida sudando en las minas? Su poni era libre en aquel momento, pero él estaba atado de pies y manos. Solo quería lo mejor para su familia. ¿Qué otra cosa iba a querer un enano?

Bedwyr deseaba que sus hijos llegaran más lejos que él, y daba la impresión de que sería así. A su padre no le había hecho gracia. Bedwyr lamentaba que el viejo hubiera muerto, pero el mundo seguía girando y la Tortuga se movía. Se hacían cosas nuevas de maneras nuevas. Y ya no era que los grags se aferrasen al ayer con todas sus fuerzas, es que ni siquiera habían cambiado de siglo.

Bleddyn había preparado una buena cena de rata, y al verle la cara se enfadó y exclamó:

—¡Esos malditos grags otra vez! ¿Por qué no les dices que se metan sus chorradas donde la luz brilla demasiado?

Bedwyr se sorprendió, porque Bleddyn solía moderar mucho el leng[[26]](#footnote-26)uaje. Luego su mujer prosiguió:

—En su momento tuvieron razón de ser. Dijeron que los humanos y los trolls se nos estaban tragando, y ya sabes que eso es verdad; lo que pasa es que es la clase equivocada de verdad. Los niños tienen amigos humanos y también uno o dos trolls, y nadie se fija, nadie se para a pensarlo. Todos somos personas y ya está.

Bedwyr la miró a la cara y replicó:

—Pero ¡no somos lo que éramos, somos menos importantes!

Pero Bleddyn se mostró categórica.

—Serás bobo. ¿No crees que los trolls también se ven menos importantes? ¡La gente se mezcla y mezclarse es bueno! Tú eres un enano, con tus grandes botas enanas tachonadas y todo lo demás que te hace ser enano. Y recuerda que no hace tanto que los enanos escaseaban fuera de Uberwald. ¿Preguntas si debemos conocer nuestra historia? Eso no puede quitárnoslo nadie, y quién sabe, a lo mejor ahora mismo hay unos trolls diciendo: «¡Oh, vaya, los enanos ser mala influencia para mis pequeños guijarros! ¡Es pecado!». La Tortuga se mueve para todos y todo el rato, y esos grags montan cismas tan a menudo que consideran que cada cual es un cisma andante por sí solo. Búscalo en el diccionario. Te he preparado una rata estupenda, rica y tierna, o sea que ¿por qué no te la comes y sales al sol? Sé que no es muy propio de enanos, pero va bien para secar la ropa.

Al ver que su marido se reía, Bleddyn sonrió y añadió:

—Lo único que el mundo tiene de malo es que nos pasa por encima como si fuéramos guijarros de río, y acabará por dejarnos atrás. Te acuerdas de cuando tu abuelo te contó que fue a combatir contra los trolls en el valle del Koom, ¿no? Y luego tú le explicaste a tu hijo que tú también fuiste al valle del Koom, y descubriste que todo aquello había sido un dichoso malentendido. Y gracias a todo eso, nuestro Brynmor ni siquiera tendrá que pelear a no ser que alguien sea estúpido con ganas. Di «no» a los grags. De verdad, son como el coco. He hablado con todas las mujeres de por aquí y dicen exactamente lo mismo. Eres un enano. No dejarás de serlo hasta el día en que te mueras. Eso sí, puedes ser un enano listo o un enano tonto, como los que derriban torres de clacs.

Bedwyr disfrutó mucho de su rata, que estaba muy bien condimentada, y, como marido prudente que era, recapacitó.

Dos días más tarde, volviendo de comprar un cargamento de velas en Cristal Negro, Bedwyr encontró a dos enanos oscuros prendiendo fuego a la base de una torre de clacs. Lo único que llevaba eran sus herramientas, pero era asombroso lo útiles que podían resultar unos simples instrumentos de minero. Unos cuantos claqueros humanos y trasgos se le unieron en el empeño de apagar el fuego lo antes posible, y tuvieron que impedir a Bedwyr que usara sus botas pesadas para expresar el desdén que le inspiraban los incendiarios, pero sí les dijo:

—La hija de mi hermano, nuestra Berwyn, trabaja en los clacs en Quirm… Son las típicas cosas en las que no te fijas hasta que llaman a tu puerta, pero creo que ya he despertado.

Bedwyr no mató a los cavadores y se conformó con inhabilitarlos, por decirlo de alguna manera. Pero cuando salió disparado hacia casa, vio que los trasgos estaban… ocupados. Desde el punto de vista de los empleados de una torre de clacs indefensa en mitad de la nada, el mundo era blanco y negro, y para aquellos cavadores se puso negro del todo.

\* \* \*

La fiebre ferroviaria, que ya estaba al rojo, empezaba a ponerse incandescente, por lo menos a lo largo y ancho de las llanuras Sto. Los aspirantes a inversor clamaban por una participación en Ferrocarriles Higiénicos de Ankh-Morpork y las Llanuras Sto. Había pantanos que drenar y puentes que reforzar, de modo que los t[[27]](#footnote-27)eodolitos centellaban al sol.

Sin embargo, incluso con el apoyo de Vetinari y los millones de Harry, el proyecto avanzaba despacio. Había que instalar y probar con esmero cada tramo de vía antes de que pudiera circular por encima cualquier cosa, ya no digamos un tren. Húmedo esperaba que Harry quisiera hacer las cosas deprisa y corriendo, a cualquier precio, sin prestar demasiada atención a la seguridad. Y bueno, sí que gritaba un poco cuando los agrimensores tardaban demasiado, pero la sangre no llegaba al río. Húmedo no paraba de ver la misma imagen: Harry Rey ya tenía dinero, a paletadas, pero el ferrocarril iba a ser su legado. Se acabó el Rey de la Letrina. «Señor del Humo» sonaba mucho mejor, dónde iba a parar, por lo que aunque se desgañitaba diciendo que le estaban dejando sin blanca, no dejaba de firmar todos los documentos que le ponían delante.

Para Efi, que ya era toda una dama, su marido el empresario del ferrocarril por fin tenía un empleo del qu[[28]](#footnote-28)e ella podía hablar a gusto. Y a Efi no solo le gustaba hablar de él, sino que se implicó y empezó a presentarse cada vez más a menudo en el despacho de Harry. De hecho, fue ella a quien se le ocurrió la idea de las cuadrillas móviles. Y así, recorrían el campo caravanas y más caravanas de carretas en las que obreros y agrimensores podían dormir y comer allá adonde la empresa del ferrocarril los enviase, en vez de perder tiempo volviendo a casa por las noches.

La vanguardia de las vías ya pisaba los talones de Húmedo, que seguía negociando con el sinfín de terratenientes que jalonaban la ruta. Y eso también iba dolorosamente despacio, porque todos ellos sufrían el mismo dilema interno: si se hacían de rogar demasiado, quizá algún vecino de la zona sería lo bastante tonto para quedarse con el tren por una miseria; pero claro, quizá en realidad el vecino fuera inteligente por haber sacado al mercado un producto perecedero antes que tú, y con eso te quedarías: con todo el polvo y todo el ruido y todo el humo, pero con nada del dinero.

\* \* \*

En aras de que todo avanzara lo más deprisa posible, el patricio había permitido que Húmedo empleara uno de los pocos caballos gólem de la ciudad. Eran monturas famosas por su galope infatigable y también por convertir en gelatina la pelvis de todo aquel que no fuera acolchado hasta las cejas, pero incluso con sus múltiples capas Húmedo ya empezaba a sufrir temblores continuos cuando volvió a la ciudad tras semanas de negociaciones.

Agotado, desafiando la costumbre, la práctica, la salud y la seguridad (aunque por otro lado, con toda la gloria de los dioses del estilo), para horror de los guardias de palacio subió a lomos del caballo gólem la escalera que llevaba hasta la puerta del Despacho Oblongo. Allí le complació ver a Drumknott, que abrió la puerta con destreza y se apartó con tanta rapidez que Húmedo, agachándose, logró entrar al trote hasta detenerse limpiamente a menos de dos palmos del escritorio de lord Vetinari.

Sin inmutarse, el patricio bajó su taza de café y dijo:

—Señor Mustachen, es costumbre llamar antes de entrar en mi despacho. Incluso, y sobre todo, cuando se entra a caballo. Puede agradecer a los dioses que Drumknott tuviera la presencia de ánimo suficiente para desactivar nuestro… pequeño sistema de alarma. ¿Cuántas veces tengo que decírselo?

—Todas las veces, señor, y lo lamento porque verá, señor —respondió Húmedo—, si quiere que le sirva para algo, tengo que ser Húmedo von Mustachen, señor, y mucho me temo, señor, que eso significa que debo encontrar el límite del sobre y poner mi sello ahí, o la vida no valdría morir por ella.

Húmedo vio que Drumknott se estremecía ante la idea de que alguien quisiera mancillar cualquier tipo de artículo de papelería, y continuó:

—Lo llevo en la sangre y la verdad, señor, estoy harto de negociar con vejestorios listillos que se creen que pueden camelar a Húmedo von Mustachen, y los astutos, los desagradables, los tontos, los inteligentes y los avariciosos… a veces todo a la vez en un solo hombre. Después de todo esto, creo que mi alma necesita un lavado y un cepillado, señor.

—¡Ah, el alma! —exclamó lord Vetinari—. No pensaba que tuviera, señor Mustachen. Bueno, vivir para ver. —Formó un caballete con los dedos—. Señor Mustachen, las actividades del señor Simnel han atraído las miradas del mundo. Por supuesto, no era razonable esperar que todos los países, pueblos de cierto tamaño y grandes ciudades no empezaran a pensar en el ferrocarril. Es un arma, señor Mustachen, un arma mercantil. Puede que usted no lo sepa porque no vive en mi mundo. El joven señor Simnel vino a Ankh-Morpork porque esta vieja y sucia ciudad, con todos sus defectos, es el punto exacto sobre el que gira este mundo, el lugar donde se cambia la historia, donde gracias a un gobierno ilustrado y atento, es decir, yo, todo hombre, niño, enano, troll, licántropo, vampiro y hasta zombi, y sí, trasgo, puede considerarse libre; libre de cualquier servidumbre salvo la de la ley, que se aplica a todos por igual con independencia de su especie o condición: ¡Civis Ankhmorporkianus sum! —Sonó un golpe cuando lord Vetinari dio un puñetazo en la mesa.

»¡Nadie debe superar a Ankh-Morpork, señor Mustachen! En fin, sé que últimamente ha pasado mucho tiempo asegurándose de que el primer tren plenamente comercial y maduro tenga una vía por la que desplazarse, y cuando lo haga será la maravilla del mundo. Pero las cosas nunca paran de moverse y nuestro deber es mantener nuestra ciudad a la cabeza de ese movimiento.

»Sin duda usted, señor Mustachen, sir Harry y el señor Simnel ya están pensando en el futuro. Quisiera sugerir que un servicio de tren diario de ida y vuelta a Quirm no haría sino corroborar la utilidad del ferrocarril. Por muy deseable que resulte un modo más eficaz de llegar a Uberwald, me temo que tendrá que esperar. Como es natural, todos los gobiernos me insisten en que lleve el ferrocarril hasta ellos, pero Quirm es nuestro vecino y un importante socio comercial, y —añadió bajando la voz— a lo mejor así recibimos el marisco fresco antes de que llegue caminando solo a Ankh-Morpork. ¿Estamos de acuerdo?

»Puede dejarle a Drumknott los detalles finales de las negociaciones para la línea de Sto Lat —prosiguió Vetinari—. Tiene mi permiso para recurrir a los servicios de uno de los secretarios oscuros. Los talentos del señor Smith serían los ideales para ocuparse de cualquier… propietario recalcitrante, en mi opinión.

Húmedo reparó en que los ojos de Drumknott emitían un brillo inusual, aunque el menudo secretario no dijo nada.

—Puede irse, señor Mustachen, y sepa que entrar otra vez aquí montado en ese caballo gólem sería un acto muy peligroso que podría tener gato encerrado para usted. —Su señoría esbozó una desagradable sonrisa antes de añadir—: Cedric espera visitas. —Chispilla, chispilla.

Mientras sacaba al caballo gólem del despacho, Húmedo pensó: ¿Chispilla, *[[29]](#footnote-29)*chispilla? Ay, dioses, se contagia.

\* \* \*

Mustrum Ridcully, archicanciller de la Universidad Invisible, fue detenido en pleno paseo a través de la Gran Sala de la universidad por Granerostablo, uno de los canceleros.

El hombre se tocó el ala del bombín para hacerle el saludo tradicional, carraspeó educadamente y dijo:

—Don archicanciller, señor, hay una… persona que quiere verlo, y no hay manera de quitarle la idea de la cabeza. Un tipo muy demacrado, señor, cualquiera diría que no ha probado una comida decente en la vida, señor. Personalmente, señor, para mí que solo busca limosna. Parece un indeseable, señor, y lleva una especie de vestido. ¿Le echo, señor?

El archicanciller reflexionó durante un momento y preguntó:

—¿Ese hombre huele como un tejón?

—¡Pues sí, señor, ha dado en el clavo!

Ridcully sonrió.

—Señor Granerostablo, el anciano al que se refiere es un maestro de todas las artes marciales jamás concebidas. Es más, las concibió él casi todas, y es el único maestro conocido de déjà-fu. Puede dar un puñetazo al aire que te sigue hasta casa y te atiza en la cara [[30]](#footnote-30)cuando abres la puerta para entrar. Se llama Lu-Tze, un nombre que siembra el miedo en aquellos que no saben pronunciarlo, por no hablar ya de escribirlo. Mi consejo es que le sonría y, con inmensa cautela, lo acompañe a mi despacho.

\* \* \*

Lu-Tze echó un detenido vistazo a la selección de coñacs del combado y chirriante carrito de las bebidas del archicanciller y luego se reclinó en el asiento. Ridcully, cuya pipa humeaba como la chimenea de la Traviesa de Hierro, dijo:

—Cómo me alegro de verte, viejo amigo. Vienes por el asunto de la locomoción, ¿verdad?

—Por supuesto, Mustrum; ¿acaso hay otra cosa de que hablar? Los Postergadores rechinan y en Oi Dong todo el mundo teme el Ginnungagap… la oscuridad que llegará al final del mundo antes de que el nuevo ocupe su lugar, ¿eh? Aunque a mí, personalmente, me parece una idea estupenda, porque este mundo está hecho polvo, descuidado y desatendido. El único problema que me queda pendiente por resolver es cómo pasar del mundo agonizante al nuevo. Eso sí que es un enigma. Pero hasta el abad está inquieto por la llegada de las máquinas de vapor cuando no es tiempo de máquinas de vapor.

Ridcully dio unos golpecitos a su pipa con un limpiapipas y dijo:

—Sí, sí, es todo un misterio. Supongo que la máquina de vapor no puede llegar antes de que sea tiempo de máquinas de vapor, ¿verdad? Si vieras un cerdo creo que te dirías: «Anda, esto es un cerdo, o sea que debe de ser tiempo de cerdos». No te cuestionarías su derecho a estar allí, ¿verdad?

—Desde luego que no —respondió Lu-Tze—. Aunque a mí el cerdo me da unos gases horrorosos. Lo que sabemos es que el universo es una historia interminable que, por suerte, se escribe a sí misma sin cesar. El problema de mis hermanos en Oi Dong es que se empeñan en creer que el universo puede entenderse por completo, de cabo a rabo.

Ridcully se echó a reír.

—¡Madre mía! ¿Sabes? Mi compañero Ponder Stibbons parece haber caído en el mismo engaño. Parece que hasta los más sabios pasan por alto una diosa bastante importante: Camuesa, la dama de la Manzana de la Discordia. Ella sabe que el universo, aunque requiere normas y estabilidad, también precisa aunque sea una pizca de caos, de lo inesperado, lo sorprendente. Si no, sería un mecanismo; un mecanismo maravilloso que marcaría el paso de siglos y más siglos, pero sin que sucediera nada diferente. Digo yo que podemos dar por sentado que por una vez se pasará por alto la pérdida de equilibrio y que la benevolente dama decretará que este mecanismo puede ofrecer cosas maravillosas, si se le da la oportunidad.

—A mí me gustaría darle una oportunidad —dijo Lu-Tze—. Ya vivo en un mundo de casualidades. Sé que los monjes pastorean el mundo con prudencia, pero tengo la impresión de que no entienden que a veces las ovejas tienen mejores ideas que ellos. La incertidumbre siempre es incierta, pero quienes dependen de los sistemas tienen la pega de que empiezan a creer que casi todo es algún tipo de un sistema y por lo tanto, tarde o temprano, se convierten en burócratas.

»Y por eso, amigo mío, creo que honraremos a Camuesa y a que de vez en cuando haya discordancias. Estoy seguro de que el resto del círculo opinará lo mismo, a juzgar por sus actividades. Al fin y al cabo, está más claro que el agua: hay una máquina de vapor, ergo es tiempo de máquinas de vapor.

—¡Hurra! —exclamó Ridcully—. Brindo por eso.

—Ahora que lo dices, échame unas gotas de coñac en el té para entrar en calor, si no te importa —dijo Lu-Tze.

\* \* \*

Húmedo se sentó ante su escritorio rumiando el mejor modo de plantear el asunto de Quirm a sir Harry. Ensimismado, cayó en la cuenta de que tenía delante a un… caballero robusto que estaba hablando.

—¿El señor Mustachen? Tengo una propuesta que…

Húmedo se rió.

—Amigo, cualquiera que tenga una propuesta que hacerme últimamente recibe un máximo de cinco minutos, de los que ya ha pasado uno. ¿De qué se trata?

—Yo no soy cualquiera, señor Mustachen —replicó el hombre, irguiéndose en toda su estatura, que en realidad era algo inferior a toda su anchura—. Soy un chef. Quizá haya oído hablar de mí: Todo Jolson. He sabido de ciertas fuentes que el día menos pensado sus maravillosas locomotoras empezarán a viajar entre A[[31]](#footnote-31)nkh-Morpork y Sto Lat. ¿Se ha planteado qué comerán los viajeros? Me gustaría optar a la concesión para vender comida en los trenes y posiblemente también en las salas de espera. Tentempiés y raciones más consistentes para el pasajero de larga distancia. No hay nada como un puchero de mi picadura de buey para levantar el ánimo del viajero cansado. O la Sopa Primordial, que quita el frío que da gusto. Estoy experimentando con servirla en tazas con tapa, porque esa sopa lleva cosas con las que, para serle franco, nadie querría mancharse.

Húmedo captó las palabras esenciales como una trucha atrapando una cachipolla recién nacida. ¡Comida en los trenes! ¡Salas de espera, sí! Lugares donde la gente querría gastar dinero. Una vez más, recordó que el ferrocarril no consistía solo en raíles y vapor.

Y mientras Jolson le entregaba una tarjeta de visita algo manchada de manteca, Húmedo dejó que su cabeza se poblara de posibilidades complementarias. Sí, estaba claro que haría falta un lugar donde esperar el tren, un sitio seco y calentito donde hubiera cosas de beber y quizá incluso lo nunca visto, una salchicha en panecillo que para variar hubiera tenido algún trato con un cerdo. Y ya puestos, dado que Dick había dicho que las locomotoras podían viajar perfectamente de noche, en el punto de destino podían montarse hoteles de ferrocarril, tan elegantes como los vagones de tren y muy animados, porque habría gente entrando y saliendo a todas horas del día y de la noche. Parecería que el mundo entero estaba en marcha.

Inquieto también él, salió al complejo y cruzó hasta la gran cochera. Como pensaba que el joven Simnel andaba encantado viviendo su sueño de toda la vida, le sorprendió encontrar al ingeniero sentado junto a la palpitante Traviesa de Hierro, solo y cabizbajo.

Húmedo adoptó al instante su papel de aceite lubricante de las ruedas del progreso y dijo:

—¿Pasa algo, Dick?

Como si lo asediaran unos demonios invisibles, Simnel respondió con tono lúgubre:

—Bueno, sí que pasa una cosa, señor Mustachen. Me invitaron al Gremio de Artesanos Habilidosos la semana pasada, para hablar con el señor Pony, ¿y sabe qué? ¡Me dijo que tendría que entrar de aprendiz con alguien! ¡Yo! Los muchachos rinden bien y deberían constar como mis aprendices, pero resulta que, como no soy maestro, tengo que firmar un contrato de aprendizaje de cuatro años con un maestro de verdad y así, con suerte, llegaré a oficial al cabo de un tiempo. Pero yo les dije que nunca había sido aprendiz, nunca había tenido maestro, ¿sabe por qué? Porque no había nadie que pudiera enseñarme todo lo que sé. ¡Tuve que averiguar las cosas yo solo!

»Y luego leí sobre unos viejos de Efebia que una vez construyeron un pequeño motor de vapor que funcionaba… y luego les explotó en la cara, aunque nadie salió herido, y de todas formas se salvaron porque su máquina de vapor era una especie de barco y acabaron todos en el agua con las togas empapadas. Y entonces pensé: caramba, esos antiguos debían de ser gente muy espabilada, y por eso saqué otro libro sobre ellos de la biblioteca de Sto Lat, ¿y sabe qué, señor Mustachen? ¡Todos aquellos viejos con sus togas y sus sandalias también inventaron el seno y el coseno, por no hablar ya de la tangente! Toda esa matemática, que me encanta. Y luego están las cuaderáticas. Sin las cuaderáticas no se va a ninguna parte, ¿sabe?

»Y de todas formas, parecían un hatajo de abuelos que cualquiera diría que se pasaban el día haciendo el vago y hablando sobre filosofía, y luego va y resulta que siempre lo supieron todo sobre, bueno, sobre todo, y además lo escribieron. ¿Se lo puede creer? Lo tenían en las manos. Podrían haber construido un motor de vapor como es debido, y barcos de vapor que no explotasen. Así son los teóricos. Todo ese conocimiento y lo dejaron para ponerse otra vez a discutir sobre la belleza y la verdad de los números, y se les pasó que habían descubierto algo la mar de importante. Lo que es yo, si quiero belleza y verdad, miro a la Traviesa de Hierro. —Dick dio un puñetazo en la plancha de metal—. Aquí hay belleza. Aquí hay verdad, aquí mismo. Y tenían todo ese conocimiento guardado en un cajón. ¡Mírela! ¡Mi máquina! ¡Yo la construí! ¡Yo! ¡Y ni siquiera valgo para aprendiz!

Hizo una pausa para tomar aliento.

—En fin, no me malinterprete, don Húmedo, ya sé que son solo palabras, pero verá, acabo de comprender que, como no he entrado de aprendiz de nadie, nunca podré ser maestro, porque no hay nadie que sepa más sobre lo que hago que… bueno, que yo. He mirado en todos los manuales y he leído todos los libros y no se puede ser maestro si los demás maestros no dicen que lo eres.

Húmedo escuchaba con la boca metafóricamente abierta cómo el meticuloso señor Simnel, más agobiado todavía que al principio, se culpaba de ser un genio.

—Los muchachos, como les llamo yo, tampoco podrán llegar a maestros nunca, ¡porque no les habrá enseñado ingeniería un maestro! ¡Es que es ridículo!

Húmedo se echó a reír y puso las manos sobre la grasienta frente de Dick para girar con cuidado la cabeza del muchacho y hacerle ver el complejo en toda su extensión, con las omnipresentes colas interminables para montar en el tren, y luego le dijo con voz queda:

—Esos de ahí saben todos que eres un maestro y que la Traviesa de Hierro es tu obra maestra. ¿Qué niño no querría ser como tú, Dick, que ya eres una obra maestra del genio humano? ¿Lo entiendes?

Simnel no parecía muy convencido, posiblemente porque todavía anhelaba un reconocimiento oficial y un certificado que su anciana madre pudiera colgar en la pared.

—Sí, pero con el debido respeto, esos de ahí no son autoridades en la doma del vapor. Sin ánimo de ofender ni nada, pero ¿qué saben ellos?

Húmedo se impacientó.

—Dick, en algunos aspectos, allí abajo en alguna parte está el alma del mundo, y lo saben todo. Habrás oído hablar de Leonardo de Quirm. Hay maestros que se hacen a sí mismos y ese es tu caso, te has hecho ingeniero tú solo y todo el mundo lo sabe.

Simnel se animó un poco.

—No pienso fundar mi propio gremio, si es lo que está pensando, pero en caso de que algún joven acuda a mí y quiera aprender los secretos de la regla de cálculo, se los enseñaré. Le haré aprendiz a la vieja usanza y nunca volverá a tener las manos limpias. Y le daré contratos hasta que le salgan por las puñeteras orejas, todos bien escritos en papel de vitela, si lo encuentro en alguna parte. Así tendría que funcionar, y trabajará para mí hasta que me parezca que ha hecho suficiente para ser oficial. Así se gana uno un oficio.

»Cuando le vi por primera vez, señor Mustachen, me dio la impresión de que era un charlatán. Pero luego le he visto correr de un lado a otro engrasando la maquinaria del ferrocarril. No está usted tan mal, señor Mustachen, no está nada mal, pero estaría mejor con un gorro más plano.

La Traviesa de Hierro soltó un repentino bufido de vapor y los dos hombres, con una carcajada, se volvieron para mirarla. La máquina tenía algo nuevo. Espera, pensó Húmedo, su forma ha cambiado, ¿no? Parece… más grande. Sé que es el prototipo y que Simnel no para de hacer retoques, pero da la sensación de que nunca veo la misma máquina dos veces. Siempre es más grande, más elegante, mejor.

Mientras Húmedo recapacitaba sobre eso, reparó en que a su lado Simnel iba cambiando su peso de un pie a otro. Al final habló, vacilante:

—Señor Mustachen, ¿sabe aquella chica del pelo largo y rubio y la sonrisa bonita que a veces viene al complejo? ¿Quién es? Se porta como si fuera la dueña de todo esto.

—Esa —explicó Húmedo— es Emily, la sobrina favorita de Harry Rey, que todavía está soltera.

—Ah —dijo Simnel—. El otro día me trajo té… ¡y un bollo!

Húmedo observó el rostro preocupado de Dick Simnel, que de pronto se encontraba en un lugar al que no llegaba la regla de cálculo. No, allí imperaban otras reglas muy distintas, y por eso le dijo:

—¿Te apetecería dar un paseo con ella, Dick?

Simnel se ruborizó, si en verdad podía detectarse un rubor bajo toda aquella grasa.

—Sí, me encantaría, pero ella es fina y toda mona y yo…

—¡Para ahora mismo! —interrumpió Húmedo—. Si piensas decir que solo eres un tipo vestido con un mono grasiento, me gustaría recordarte que posees una porción muy gorda de todos los ingresos que vaya a tener jamás el ferrocarril. O sea que no vayas por ahí diciendo: «Vaya, hombre, soy demasiado pobre para pensar siquiera en hacerle proposiciones a una jovencita simpática», porque eres el mejor partido que podría encontrar una joven de Ankh-Morpork, y supongo que ni siquiera Harry, dadas las circunstancias, te tiraría por la escalera como hacía con los pretendientes de sus hijas. Si quieres ir a dar un paseo con Emily, yo te digo que adelante y que estoy seguro de que su tío y sus padres estarán encantados.

Para sus adentros, Húmedo pensó: en realidad, Harry firmaría ya mismo, porque así el dinero se quedaría en la familia. Anda que no conozco yo a Harry Rey.

—Es más —dijo—, ella va para abogada, así que entiende los tecnicismos legales de llevar un negocio. Haríais una pareja tremenda.

Con la voz de quien se adentra en territorio nuevo, Dick dijo con cuidado:

—Gracias por la información y el consejo, señor Mustachen. Puede que algún día que vaya limpio me atreva a llamar a su puerta.

—Bueno, no esperes demasiado, Dick. La vida no se acaba en la regla de cálculo.

\* \* \*

La gran inauguración de Ferrocarriles Higiénicos de Ankh-Morpork y las Llanuras Sto atrajo en tropel a la prensa internacional.

Dick Simnel siempre había pretendido que el primer trayecto público serio del tren partiese de Sto Lat, por poner la pequeña localidad en el mapa, como decían. Al principio la idea horrorizó un poco a sir Harry: como buen ciudadano de Ankh-Morpork, tendía a desorientarse un poco cuando lo saca[[32]](#footnote-32)ban de la ciudad. Aun así, como había señalado Húmedo, después de un viaje por carretera, los invitados encontrarían el trayecto de vuelta en tren y con refrigerios más impresionante todavía.

Cuando los carruajes llegaron por fin a lo que la invitación con filete de oro había descrito como la «terminal de Sto Lat», los periodistas y demás invitados descubrieron que «terminal» al parecer significaba «en construcción»: la mayor parte aún no existía (estaba llena de obreros humanos, trolls y trasgos que se entorpecían unos a otros, como sucede en todas las grandes obras de todas partes), pero si se miraba con buenos ojos podía concluirse que allí se estaba edificando algo bastante imponente.

Condujeron a los invitados hasta un largo andén que se elevaba sobre unos resplandecientes raíles de acero que se perdían en la distancia, jalonados por curiosos a los lados de las vías. En la otra dirección los raíles llegaban hasta una cochera muy grande, donde los aprendices de Dick, recién lavados, formaban en fila a ambos lados de las puertas cerradas, junto con una banda de metales cuya música apenas podía oírse por encima del ruido de los obreros.

Húmedo von Mustachen, por supuesto, oficiaba de maestro de ceremonias para dar la bienvenida a los invitados, con Harry y Efi Rey a su lado. También estaba allí lord Vetinari, en calidad de titular de la participación bisagra del ferrocarril, acompañado por Drumknott, que no habría dejado escapar aquella oportunidad por nada del mundo. Y la reina Keli de Sto Lat había acudido para conceder al evento su regia aprobación, mientras a su lado el alcal[[33]](#footnote-33)de parecía atónito por el circo que se había adueñado de su ciudad.

Como sucede siempre en estos casos, no podía empezar nada hasta que todo lo demás estuviera preparado. Era algo que en apariencia estaba previsto, a juzgar por la puerta señalizada con un cartelito que ponía SALA DE ESPERA, cercana a la entrada al andén.

Y entonces se acabó la espera. A instancias de Húmedo, la reina Keli dio un paso al fren[[34]](#footnote-34)te para colocar el clavo de oro, el último de la línea, y así señalar que quedaba inaugurada para el servicio. Los bufidos que componían la melodía característica del ferrocarril ganaron volumen y cuerpo, la muchedumbre que se agolpaba a los lados de las vías hizo ondear sus banderitas de colores y animó con redoblado entusiasmo y dos aprendices abrieron las puertas de la cochera. Acompañado por un metafórico redoble de tambor, Húmedo anunció:

—¡Damas y caballeros, don Dick Simnel y la Traviesa de Hierro!

Desde su lugar privilegiado en la pasarela, Dick Simnel encabezaba el sueño del vapor e irradiaba una inconfundible expresión de «Os lo dije».

Detrás de la locomotora avanzaban dando tumbos diez vagones y, vivir para ver, ¡algunos hasta tenían techo! Estallaron los fogonazos de los iconógrafos y, con mucha delicadeza, la Traviesa de Hierro avanzó por la vía y se detuvo junto al andén.

Húmedo esperó a que amainaran los aplausos y dijo:

—Damas y caballeros, pueden subir a bordo con total seguridad. Se servirá un refrigerio, pero antes les invito a que inspeccionen los vagones.

En adelante Húmedo necesitaba estar en todas partes a la vez. Todo lo relacionado con el vapor y las locomotoras era noticia, y las noticias podían ser buenas o malas, y en ocasiones maliciosas. A Dick le encantaba hablar de la Traviesa de Hierro y todo lo relacionado con la locomoción, pero era un hombre directo y la prensa de las llanuras Sto podía merendarse a alguien como él si no iba con cuidado. En cambio Húmedo, cuando se hallaba en las inmediaciones de la prensa tenía de directo lo que un saco de calidoscopios. Entre el barullo de las conversaciones, hizo todo lo posible por rondar a Dick Simnel como una nodriza.

El Ankh-Morpork Times no estaba mal, y el Clarín del Rapapolvo se interesaba sobre todo por los asesinatos espantosos y los aspectos más salaces de la condición humana, pero a Húmedo se le cayó el alma a los pies al darse cuenta de que Dick se le había escapado un momento y estaba hablando con Mechadura, del Diario de Pseudópolis, que tenía por costumbre coger el rábano por las hojas con toda la intención del mundo y luego atizar a la gente con él. Y Pseudópolis odiaba a Ankh-Morpork con un rencor huraño y celoso.

Mientras Húmedo ejecutaba el paseo despreocupado más rápido del mundo, oyó que Mechadura preguntaba:

—¿Qué les diría, señor Simnel, a las personas molestas porque el ruido y el humo harán que sus caballos se desboquen y sus vacas y ovejas aborten?

—No sé muy bien —respondió Simnel—. Nunca he tenido ningún problema aquí en las llanuras. Cuando hacía mis pruebas, los caballos del vecino intentaban correr más deprisa que la Traviesa de Hierro, como si le echasen una carrera, vamos, ¡y a mí me parecía que lo encontraban divertido!

Pero Mechadura no se dejaba amilanar.

—Reconocerá, señor Simnel, que el tren es inherentemente peligroso. ¡Hay quien dice que las caras se derriten si se alcanzan velocidades superiores a los cincuenta kilómetros por hora!

A Húmedo le pareció que todos los parloteos cesaban en las inmediaciones y todas las orejas escuchaban como una sola, y supo que, si intervenía en aquel momento, no haría sino empeorar las cosas. Lo único que pudo hacer fue contener la respiración, como todos los demás, y ver qué respondía el solemne chico de pueblo.

—Verá, señor Mechadura —dijo Simnel metiendo los pulgares tras el cinturón como hacía siempre que acometía una frase larga—. Creo que hay muchas cosas que son inherentemente peligrosas, como los magos y los árboles. Son todo un peligro, los árboles, pueden caerse encima de la cabeza de cualquiera en el momento menos pensado. Y los barcos son peligrosos y tal, y las demás personas pueden ser peligrosas también, y usted, señor Mechadura, usted lleva ya cinco minutos hablando conmigo para ver si a un chaval de campo como yo se le escapa algo que no debería decir.

»O sea que le diré una cosa: la Traviesa de Hierro es mi máquina, yo la hice, del primer al último pedazo. La he probado y, cada vez que encuentro una manera de hacerla mejor y más segura, la aplico. Pero usted, señor Mechadura, ¡usted sí que podría ser peligroso! El poder es peligroso, todo el poder, el suyo incluido, señor Mechadura, y la diferencia es que el poder de la Traviesa de Hierro es controlable, mientras que usted puede escribir todo lo que le sale de las narices. ¿Se cree que no leo? He leído la basura que escupe en su diario y, señor Mechadura, buena parte de lo que escribe es bazofia de la peor calaña, señor Mechadura, pura bazofia inventada con la que intenta asustar a la gente que no sabe nada de vapor, potencia, cosenos, cuaderáticas, tangentes o ni siquiera de la regla de cálculo… Pero espero que disfrute del viaje de todas formas, señor Mechadura. Y ahora, si no le importa, tengo que volver a la cabina. Ah, y he puesto a la Traviesa de Hierro a más de cincuenta kilómetros por hora y lo único que he sufrido han sido quemaduras del sol. Que tenga un buen día, señor Mechadura. Disfrute del viaje.

Y entonces, ruborizándose al darse cuenta del silencio que se había hecho a su alrededor, Simnel añadió:

—Mis disculpas a todas las damas presentes por mi lenguaje directo. Les ruego que me perdonen.

—No tiene que disculparse, señor Simnel —alzó la voz Sacharissa Cripslock, reportera del Times—. Creo que hablo por todas las damas presentes cuando digo que agradecemos su franqueza.

Y como Sacharissa no solo era respetable del mismo modo en que otra gente es religiosa, sino que iba siempre armada con lápices muy afilados, los demás invitados descubrieron de pronto que también ellos sentían la mayor de las admiraciones por el señor Simnel y su sinceridad.

A bordo había muchas maravillas de las que jactarse, entre ellas los elegantes aseos, que al parecer eran otra idea de Efi, lo que sorprendió incluso a Húmedo. Se preguntó cómo cubriría la prensa el regalo de Efi al transporte ferroviario. A veces el redactor jefe de Cultura del Ankh-Morpork Times podía ser muy creativo.

—No tienen nada que envidiar a los que hay en los hoteles más lujosos —dijo Húmedo a sir Ha[[35]](#footnote-35)rry en privado, cuando lo vio salir del cubículo rebosante de orgullo.

—¡Tendría que echar un vistazo al de señoras, señor Mustachen! —replicó Harry, radiante—. Perfumes, cojines y flores de verdad. ¡Es como un tocador!

—Supongo que los, ejem, residuos pueden dejarse caer directamente en las vías, ¿no, Harry?

El empresario parecía escandalizado.

—¡Bah, habrá quien haría eso, pero Harry Rey no! Donde hay mugre hay dinero, muchacho, pero no se lo digas a la Duquesa. Hay una gran cisterna debajo de uno de los vagones. Quien guarda, halla.

Diluviaban preguntas a diestro y siniestro. Quienes aún no habían montado detrás de la Traviesa de Hierro en las instalaciones de Harry Rey se las veían con la cuestión de la etiqueta ferroviaria: ¿se podía sacar la cabeza por la ventana? ¿Podía uno llevar a su dragón de pantano mascota si se lo sentaba sobre la rodilla? ¿Se podía ir a hablar con el maquinista? A eso último, Húmedo respondió que sí de mil amores; el agraciado fue el director del Ankh-Morpork Times. La sonrisa que exhibió el señor de Worde al subir del andén a la cabina de la locomotora aseguraba un hueco en portada siempre que el viaje fuera un éxito, claro que también llegaría a la primera plana si el motor estallaba. El periodismo era, a fin de cuentas, periodismo.

El tren arrancó con un pitido y una nube de humo, y todo fue avanzando sin contratiempos, sobre todo cuando el carrito de los refrigerios traqueteó por los vagones. Harry y Todo Jolson tenían el mismo concepto de lo que constituía una buena comida, las calorías, y no habían escatimado. La picadura llevaba mantequilla suficiente para volver a lubricar la Traviesa de Hierro de arriba abajo. El paisaje desfilaba a toda velocidad, para admiración de los bien engrasados huéspedes, que emitían exclamaciones de asombro, hasta que el tren se acercó al primer puente.

Húmedo contuvo la respiración mientras el convoy frenaba hasta casi detenerse. Los esperaba un troll, que ondeó una gran bandera roja mientras anunciaba con desenfado que él y su cuadrilla habían trabajado en aquel puente, que era un gran placer ve[[36]](#footnote-36)rlo usado y que gracias por la visita, damas y caballeros. Hubo risas, espoleadas sin duda por el alcohol, pero aun así las hubo y fueron genuinas. Húmedo respiró de nuevo. Supuso que pocos de los pasajeros recordaban los tiempos en los que ver un troll significaba asustarse (o, si se era enano, querer hundirle los tobillos a patadas). Y ahora allí estaban, construyendo el ferrocarril con toda la naturalidad del mundo.

Húmedo miró al otro lado del vagón de primera clase, donde estaba sentado lord Vetinari. Había alabado públicamente a Efi por su participación en la planificación y el diseño y había ofrecido sus consabidas respuestas corteses y anodinas a los periodistas que buscaban una cita, pero Húmedo no pudo evitar fijarse en que el patricio sonreía, como un abuelo con un nieto recién nacido. Húmedo cruzó una mirada con él y creyó ver que su señoría le guiñaba un ojo con la velocidad de un ciclón. Húmedo asintió y ahí quedó la cosa, pero esperaba que aquello significara al menos el perdón de un pecado. Tres muertes en una sola vida sin duda serían demasiadas.

Pero hacía buen día, brillaba el sol y, mientras la Traviesa de Hierro corría por las vías, un par de caballos del campo vecino intentaron atraparla. Así aprendería el señor Mechadura, y que se jorobara otra vez porque la Traviesa de Hierro descendió resoplando por suaves pendientes hasta la localidad de Sobrebajo, donde hicieron una parada para que los pasajeros disfrutaran de la espléndida hospitalidad de aquella tierra de crucíferas.

Después de aquella parada solo faltaba un trecho corto hasta Ankh-Morpork en sí, que ya saludaba con sus largos dedos de humo. Cruzaron el nuevo puente de hierro sobre el Ankh y llegaron resoplando al complejo de Harry Rey, donde otra banda de metales estaba interpretando el himno nacional, Podemos gobernarte al por mayor, entre los vítores de la muchedumbre que esperaba.

En el banquete que se celebró aquella noche, se unieron a los viajeros del tren varios otros dignatarios de Ankh-Morpork y las llanuras Sto. Y en pleno discurso, sir Harry anunció que la siguiente ciudad que recibiría el espléndido ferrocarril sería Quirm, muy pronto a ser posible. Entre una atronadora ovación, Harry brindó por el embajador de Quirm, monsieur Cravat, a lo que siguieron más brindis, entre ellos uno por la propia Traviesa de Hierro. Lord Vetinari dejó traslucir su opinión de que había sido un día muy provechoso, y una cantidad indeterminada de esfínteres apretados se relajaron un poco otra vez.

Cuando la fiesta terminó, algunos de los invitados caminaban de lado o prácticamente no caminaban. Dick, que vio aparecer flotando una cara conocida en su alegre mundo de luces de colores, dijo:

—¡Eh, ha salido la leche de bien, señor Mustachen! Todos esos pueblecillos que se veían a lo lejos durante el recorrido… Estaba pensando que el ferrocarril podría ser como un árbol, ya sabe, un tronco gordo y luego muchas ramas… Las haríamos baratas y pequeñas, pero yo creo que a la gente le gustarían…, Les haría la vida más fácil poder coger un tren desde cualquier parte…

Húmedo, desoyendo con determinación la llamada de las posibilidades, lo atajó.

—Tranquilo, Dick. Antes tenemos que llegar a Quirm.

Y luego montar esa ruta de tren exprés a Uberwald, añadió para sus adentros… Su señoría era muy partidario de las relaciones internacionales.

\* \* \*

Esa misma noche, más tarde, Fred Colon y Nobby Nobbs procedían con andares de policía por el complejo ferroviario. Al fin y al cabo, eran portadores de la Majestad del Cuerpo y por lo tanto tenían derecho a estar donde les viniera en gana, mirando lo que les apeteciese. Mientras sus botas oscilaban al unísono, Fred Colon dijo:

—He oído que quieren llevar el ferrocarril hasta Quirm. La parienta no para de darme la lata con que vayamos allí de vacaciones. Ya sabes cómo es eso, Nobby, ahora que estás prácticamente casado y tienes responsabilidades. Pero tú me conoces, soy alérgico al dichoso avec, y dicen que allí no hay manera humana de conseguir una buena pinta de cerveza.

—En realidad —replicó Nobby—, tampoco está tan mal. La semana pasada, cuando me tocó turno en el almacén, un cajón de quesos se rompió y se abrió por puro accidente. Ya no podíamos devolverlos, claro, y no veas lo que Brillo del Arco Iris sabe preparar con el queso. Está rico, sobre todo con caracoles. —Nobby cayó en la cuenta de que sus palabras constituían traición y se apresuró a añadir—: La cerveza que tienen sigue siendo meado, eso sí.

Fred Colon asintió. Todo estaba en su sitio. Miró de reojo a su amigo y dijo:

—Si esto del ferrocarril acaba saliendo bien, las cosas van a cambiar mucho. Dicen que el tren será muy rápido, o sea que, si un fulano roba algo y luego va y se sube al tren, a lo mejor pone tierra de por medio mucho antes de que podamos atraparlo. Igual hacen falta policías para el ferrocarril. ¡Nunca se sabe! Como dijo el viejo Carapiedra, allá donde hay gente, hay delito, y entonces hay policía.

Nobby Nobbs rumió cual cabra sobre esa información y dijo:

—Vale, pues vete a contarle al viejo Vimesito que quieres ser el primer policía ferroviario, ¿eh? ¡A ver qué cara te pone!

\* \* \*

Billy Lacio examinó a la persona corpulenta que ocupaba el primer lugar de la cola y suspiró.

—Mira —dijo—, no podéis ser todos maquinistas. Ahora mismo tenemos muchos maquinistas y hay que echarle tiempo trabajando para llegar a ese puesto. ¿No hay nada más que sepas hacer?

—Bueno —respondió el abatido muchacho que tenía delante—, mi madre dice que algún día seré muy buen cocinero.

Billy sonrió.

—Pues a lo mejor tenemos algo para ti, porque necesitamos cocineros. —Señaló hacia otra mesa de reclutamiento a cierta distancia y dijo—: Ve a hablar con Mabel. Busca personal para el servicio de comidas y esas cosas.

Al joven se le iluminaron las facciones y salió trotando hacia un futuro que, casi con toda certeza, incluiría horarios intempestivos y trabajo duro en espacios estrechos, pero también, y eso era lo más importante, viajes gratuitos e ilimitados en la maravilla de su época.

—Soy pintor, señor —anunció el siguiente hombre de la cola de Billy.

—¡Excelente! No me diga que quiere ser maquinista.

—No, la verdad es que no. Siempre he sido buen pintor y me imagino que las locomotoras habrá que pintarlas.

—¡Genial! —exclamó Billy—. Contratado. ¡Siguiente!

Cuando Billy alzó la vista de su portapapeles, encontró la figura rocosa de un joven troll que se alzaba sobre él.

—Hombre dijo hay trabajo con pala y carbón a porrillo. Sé hacerlo —explicó el troll, que luego añadió un esperanzado—: ¿Por favor?

—¿De fogonero? —dijo Billy—. Vaya, eres un poco grande para la cabina, pero no nos vendría mal tenerte por aquí, eso está claro. Haz tu marca aquí.

La mesa osciló cuando el troll apretó el pulgar contra el impreso e hizo una grieta en el portapapeles.

—Así me gusta, hombre; quiero decir, troll —dijo Billy.

—Tú tranquilo. Pasa mucho.

El troll partió ruidosamente en dirección a la carbonera y una señorita elegante con aire de autoridad ocupó su lugar a la cabeza de la cola de Billy.

—Señor, creo que el ferrocarril va a necesitar una traductora. Conozco todos los idiomas y dialectos del Disco.

Tenía la voz firme, pero los ojos le brillaban de emoción al contemplar la Traviesa de Hierro y el resto de locomotoras del complejo, y Billy supo que estaba enganchada. También sabía que «traductor» no figuraba en su lista de vacantes y la mandó al despacho de sir Harry, mientras él retomaba su búsqueda de guardagujas, visitadores y otros empleados. Y así la cola avanzó de nuevo. Se diría que todo el mundo quería participar en el ferrocarril.

\* \* \*

A Húmedo le daba la impresión, mientras rebotaba en la silla del caballo gólem que lo transportaba de vuelta a Ankh-Morpork, de que llevaba años hablando con terratenientes codiciosos que pedían arriendos desorbitados, aunque fuese más que evidente que el ferrocarril beneficiaría a toda la región. Además, para el nuevo proyecto de llegar a Quirm tendrían que cubrir una distancia ocho veces superior. Y cuando no estaba hablando con los terratenientes, tenía que entenderse con los agrimensores, que no eran codiciosos pero sí horriblemente precisos. Rechazaban las rutas propuestas por ser demasiado inclinadas o demasiado pantanosas, inestables, inundables o, en un caso, plagada de zombis. Las rutas aceptables parecían dibujadas por una serpiente que se deslizara por el paisaje de un terreno favorable a otro. Y todo el mundo quería que el ferrocarril le pasara cerca, huy, sí, por favor, pero no tanto que pudieran oírlo u olerlo.

Y eso condensaba el meollo, o más bien el cogollo, de lo que eran las llanuras Sto. Todo el mundo, en todas partes, quería los beneficios del vapor pero sin ninguna de sus pegas. Y ninguna ciudad de las llanuras quería que la Gran Wahooni se quedara con más que su parte justa del pastel.

Hizo falta el talento diplomático del patricio para ponerlas en su lugar y recordarles que, aunque el ferrocarril lo estaba construyendo en un principio Ankh-Morpork, si las demás ciudades y pueblos querían beneficiarse de sus servicios, en cierto sentido sería suyo, porque todo lo que sube a la ida tiene que bajar a la vuelta.

¿La política? A Vetinari le encantaba. Era el océano en el que nadaba. Pero no alardeando, sino mostrando al mundo el rostro cansado de un funcionario concienzudo, que hacía las cosas por poco dinero y con el mínimo de jaleo. Había perfeccionado hacía mucho el arte de aparentar que cedía con una sonrisa cuando estaba enfrascado en negociaciones complejas, pero la sonrisa de lord Vetinari era la de un hombre que sabe que sus oponentes aún están por enterarse de que, metafóricamente hablando y a pesar de su inteligencia, llevan los calzoncillos por los tobillos y tienen el trasero al aire.

El trayecto de Ankh-Morpork a Sto Lat se estaba convirtiendo en un viaje habitual, y ya se observaban resultados. Húmedo había escrito el eslogan «No hay que vivir en Ankh-Morpork para trabajar en Ankh-Morpork» y el metro cuadrado de Sto Lat empezaba a estar muy cotizado. La idea de tener una casita en el campo, lejos de la gran ciudad pero bien comunicada con Ankh-Morpork, de repente parecía muy tentadora.

Las horas de viaje a lomos de caballo gólem se estaban demostrando propicias para el pensamiento creativo. La imaginación de Húmedo se llenaba de posibilidades para el ferrocarril a la velocidad de un hámster muy, muy cabreado con su rueda. Se encendió otra sinapsis en su cabeza: ¡los trenes eran solo el principio! Sabía que el ferrocarril ya era algo que flotaba en el éter sobre el mundo entero. Una idée fixe, si se disculpaba su propio quirmiano.

Pese a todo, las locomotoras seguían siendo importantes. Los talleres de Dick Simnel en Villapuercos estaban produciendo muchas maravillas, que después se cargaban con cuidado en vagones enganchados a la incansable Traviesa de Hierro. La primera máquina compartía ahora la cochera grande con otras dos recién llegadas a las que Simnel llamaba Voladoras, que cubrían el trayecto regular de ida y vuelta a Sto Lat mientras la propia Traviesa de Hierro había vuelto a los recorridos alrededor del complejo de Ankh-Morpork, ampliados con un breve circuito junto al río para lucir el nuevo puente. La pequeña pero creciente pandilla de pacientes observadores de trenes había escrito un «2» en sus cuadernillos, y luego un «3».

Minutos después de su llegada a Ankh-Morpork, un efervescente Harry se llevó a Húmedo para enseñarle la última novedad. Esquivando chispas, llegaron al umbral de la monstruosa nave custodiada por uno de los matones de Harry, que miraba con mala cara incluso a su patrón. Parecía humano, o al menos humanoide, y Harry lo presentó como «Disgusto», sin más. Disgusto, después de mirar a Húmedo con cara de pocos amigos, se apartó de la puerta para que pudieran entrar.

Húmedo sintió la mirada malcarada de Disgusto en la nuca mientras pasaba, y preguntó:

—Harry, ¿Disgusto tiene antecedentes policiales?

Harry Rey se quedó mirando a Húmedo unos instantes y dijo:

—¡Pues claro que tiene antecedentes! ¡Es guardia de seguridad! Y lo necesito. Ha habido gente merodeando con ganas de colarse, sobre todo de noche, y la seguridad oficial, la Guardia, los gólems y los perros, genera un montón de papeleo, mientras que Disgusto me quita disgustos. No des disgustos a Disgusto y tendrás menos disgustos, como decía siempre mi abuelita. —Harry soltó una risilla—. No se preocupe, señor Mustachen, tiene instrucciones expresas de no matarle… hoy.

Húmedo tomó buena nota y se volvió para echar un último vistazo rápido a Disgusto, que inventó una mala cara nueva solo para él, un recordatorio de que había muchas, muchísimas cosas dolorosas que podían hacérsele a una persona sin llegar a matarla.

Harry hizo un gesto con la cabeza al gigantón, que empezó a tirar de una gran lona que ocupaba el centro de la sala —y desde luego, cuando Disgusto tiraba de algo, ese algo permanecía tirado— para revelar una locomotora mucho más grande que la Traviesa de Hierro o cualquiera de las creaciones de Simnel que Húmedo había visto hasta el momento.

Harry le dio una palmada en la espalda y dijo:

—Bueno, señor Mustachen, mientras vuesa merced andaba dándose homenajes con los nobles y sisándoles sus fortunas, yo, y por supuesto el señor Simnel, hemos estado la mar de ocupados. ¡Ya lo creo que sí! El muchacho ha subido a la oficina técnica para ultimar los detalles, pero esta nueva máquina es el no va más, tal cual te lo digo.

—Lo que he estado haciendo no es exactamente divertido —empezó a objetar Húmedo, indignado, pero Harry le interrumpió.

—Sí, lo sé, todos estamos poniendo nuestro granito de arena para que Vetinari llegue bien deprisa a Quirm, aunque personalmente los langostas me caen un poco gordos. Pero entiendo que hay que hacer patria y tal, y claro, si de verdad podemos traer pescado y marisco frescos a la ciudad, miel sobre hojuelas, o avec sobre caracoles, que dirían ellos. Y según Dick, esta nueva preciosidad —añadió dando una palmada al resplandeciente costado de la nueva locomotora como si fuera un caballo de carreras premiado— transportará más mercancías y en menos tiempo que cualquiera de las demás.

Húmedo meditó aquello un momento y dijo:

—¿Sabes qué? Apuesto a que nuestro Simnel, apenas termine esta nueva Voladora, se asegurará de que la Traviesa de Hierro sea un poquito más rápida. No dejará que la eclipsen, Harry, aunque tenga que quitarse de dormir para retocarla hasta que dé la talla. Hay tantos trabajadores en plantilla últimamente que, en cualquier caso, ya le dedica casi todo su tiempo. Es el prototipo de todas las demás, y no para de cambiar el prototipo.

—¡Y quiere salir a dar un paseo con mi Emily! En fin, es un chico espabilado y ella siempre sabrá dónde encontrarlo.

A Húmedo se le pasó por la cabeza la idea: me pregunto qué le parece eso a la Traviesa de Hierro. Y a la vez que desechaba esa ocurrencia ridícula, creyó oír un leve siseo.

Harry seguía admirando la locomotora más reciente.

—Me imagino que los langostas se pondrán como un enfant con zapatos nouvelles por ser los primeros extranjeros auténticos que disfruten del famoso ferrocarril. Y mi Emily me cuenta que «ferrocarril» en quirmiano significa «juego de cartas», o sea que a ti te vendrá como anillo al doigt, ¿o no? Asegúrate de tener siempre un as en la manche, Húmedo, ¿de acuerdo?

—¿Manche?

—Efi está enseñándome a hablar en langosta, le parece que es una lengua encantadora y romántica.

Húmedo se sintió obligado a señalar que él a duras penas había visto a su esposa en el último mes, mientras completaba más de cincuenta negociaciones complicadas solo para llegar a la frontera con Quirm.

—Perfecto, porque ahora ya le tendrás pillado el tranquillo, ¿verdad? Piensa que Quirm no está tan lejos y que al llegar podrás disfrutar del solecito. Y mira lo que te digo, cógete un día in lieu antes de irte. Y eso no se lo digo a mucha gente.

Húmedo carraspeó.

—En realidad, hum, Harry, la cuestión es que no trabajo para ti. Trabajo para la ciudad.

—Entonces ¿no puedo despedirte?

—Eso me temo, Harry.

El empresario se rió con un bufido.

—Odio andar con gente a la que no puedo despedir. Es antinatural.

\* \* \*

Había sido un día largo después de varias semanas largas y unos cuantos meses más largos todavía, y esa noche Húmedo dio gracias al entrar en su propia casa, con la perspectiva de su gran cama con dosel, con su colchón cuyo relleno no era de paja y sus almohadas, ¡almohadas de verdad! Muy pocas de las posadas en las que Húmedo se había alojado durante sus viajes consideraban necesarias o útiles las almohadas. En esos momentos, cantando metafóricas loas al cielo, abrió la puerta antes de que Malaire pudiera hacerlo por él y no se dirigió a la parte principal de la casa, sino al pasillito que conducía al estudio de Adora Belle, donde su amada estaba hablando con Del Crepúsculo la Oscuridad.

La empresa de los clacs creía en la igualdad de oportunidades laborales, sobre todo en lo que atañía a personas capaces de escalar en tropel por las costillas esqueléticas de una torre de clacs y, una vez en la cima, sentarse en una sillita y codificar como demonios, sin serlo de verdad pese a las apariencias.

Adora Belle repasaba los informes de los clacs con aire suspicaz mientras el trasgo la observaba acuclillado como una pesadilla en una punta del escritorio. Adora Belle hizo un gesto con los dedos para indicar que no podía desconcentrarse y después enrolló un papel, se lo entregó al trasgo y le dijo sin miramientos:

—Envía esto ahora mismo a la torre noventa y siete, por favor. Alguien de allí no está codificando bien. Puede que sea alguien contratado en prácticas. Quiero saberlo, ¿vale?

El trasgo agarró el pergamino con una zarpa, saltó del escritorio como una rana, se dirigió a una puertecilla situada a poca altura del suelo y desapareció por ella. Húmedo oyó un traqueteo que ascendió por la pared mientras el trasgo escalaba por detrás de los paneles a toda prisa en dirección a la torre de clacs privada que había en el tejado. Se estremeció, pero antes de que pudiera decir nada, Adora Belle alzó la mirada.

—Mira, es puntual, rápido, fiable, codifica con más precisión incluso que yo y lo único que nos pide es que le dejemos vivir con su familia en el tejado. Y no me vengas otra vez con eso de que estás traumatizado porque viste la ilustración de un trasgo sonriente en aquel cuento infantil cuando eras pequeño, ¿vale? Supéralo, Húmedo. Los trasgos son lo mejor que les ha pasado a los clacs desde… bueno, ya sabes, ¡desde nosotros! Les chifla manejarlos y, lo que es mejor, con ellos pululando por aquí se acabaron esas repugnantes plagas de ratas y ratones que teníamos antes.

Adora Belle se levantó, rodeó el escritorio hasta Húmedo y le dio un gran beso. Luego siguió hablando:

—¿Cómo ha ido tu última maratón, señorito? Me han ido llegando informes de todos tus progresos, claro, como ya te imaginarás.

Húmedo dio un paso atrás.

—¿Informes? ¿Cómo?

Adora Belle se rió.

—¿Qué es una torre de clacs sino una enorme atalaya? Y todos los claqueros llevan unos prismáticos Herr Fleiss, muy caros, fabricados con la mejor tecnología de Uberwald. Hay muchas torres, de modo que me aseguré de que hubiera un par de ojos amigos pendientes de ti; bueno, muchos pares de ojos amigos. Total, todos los claqueros conocen tu cara y hasta tu coronilla, y pensé que era mi deber de esposa…

—¿El qué, espiar a tu marido? ¿Por si acaso tonteaba con otras mujeres?

—No pasa nada, ya sé que no lo has hecho y, de lo contrario, te habría hecho matar, sin ánimo de ofender, pero no has hecho nada y por tanto yo tampoco y por tanto todos contentos, ¿no? La señora Malaire está preparando un estupendo pastel de ternera y ostra. ¿Lo ves? ¿No te alegras de que supiera exactamente cuándo llegarías a casa?

Húmedo sonrió, y luego la sonrisa se ensanchó al comprender lo que acababa de oír, y preguntó con tono reflexivo:

—¿Me estás diciendo, amor mío, que podrías avistar y seguir a cualquiera?

—Ah, sí, probablemente, si se moviera mucho. Los muchachos y muchachas suelen cotillear cuando tienen un poco de tiempo libre. Solo miran, no tiene nada de malo. El otro día, cuando volvías hacia casa, yo estaba en la oficina del Gran Tronco y tuve el privilegio de recibir un informe sobre tus brincos en el caballo gólem… muy favorecedores, me dijeron. —Adora Belle miró fijamente a su marido y añadió—: ¿Sabes que cuando has descubierto algo muy interesante y útil tus ojos se iluminan como un adorno de la Vigilia de los Puercos? Venga, apágalos ahora mismo y ve a adecentarte un poco para que cenemos como personas.

\* \* \*

En casa de Húmedo y Adora Belle existía la regla de que la cena, a la mínima que fuera posible, era sagrada. Nada de comer ante sus escritorios, nada de prisas, sino velas y vajilla de plata, como si cada vez fuera una ocasión especial. Y lo era: era el único momento en que podían sentarse cara a cara y limitarse a, bueno, a estar por lo menos moderadamente casados.

Sin embargo, Adora Belle no podía disimular su consternación ante la idea de perder una vez más a su marido durante otra prolongada ausencia en un país extranjero.

—Quirm no está tan lejos —dijo Húmedo para tranquilizarla—. Y en cuanto me gane a los chavales de la zona, todo irá sobre ruedas.

Adora Belle carraspeó.

—Garçons. Si son langostas, a tus chavales los llamarán garçons.

—¿Qué?

—Garçons. Es quirmiano, pero no te preocupes, allí casi todo el mundo habla morporkiano. ¿Y sabes por qué? Porque a ninguno de nosotros le da la gana aprender quirmiano.

—Bueno, da igual cómo los llamen. Cuando esté construida la línea de ferrocarril, supongo que podré volver a casa más a menudo. —Hizo una pausa para comer otro bocado de pastel—. Por cierto, Harry acaba de recibir un clac del rey de Lancre preguntando si algún día podríamos cruzar su reino con una línea para que, cito textualmente, «Lancre ocupe el lugar que le corresponde en la escena mundial».

—No subestimes ese país —advirtió Adora Belle—. Allí arriba tienen brujas. Vuelan hasta las torres de clacs para gorrear café a los muchachos; bueno, por lo menos lo hace una de ellas, sobre todo si los muchachos son jóvenes y los trasgos no tienen turno. Y luego están todas las minas enanas de Cabeza de Cobre. Estoy segura de que les vendría bien el ferrocarril.

Húmedo hizo una mueca.

—Los chicos dicen que ni hablar. Hay demasiada pendiente y, además, el puente de Lancre no aguantaría el peso de la máquina. Lo siento. Pero supongo que podríamos decirle a su majestad que enviaremos agrimensores para que echen un vistazo cuando la línea de Quirm esté terminada. —Húmedo dejó el tenedor—. Pero aquí estamos y parece que, por primera vez desde hace una eternidad, tenemos la noche para nosotros solos. ¿Qué hacemos? Quizá sería buena idea dar al servicio el resto de la noche libre…

Y Adora Belle respondió con una sonrisa.

—Sí… ¿Qué vamos a hacer?

\* \* \*

—No es más que un mecanismo —dijo Ponder Stibbons durante el té en la Sala No-Común de la Universidad Invisible—. Solo parece mágico.

—Entonces habría que prohibirlo —exclamó el prefecto mayor mientras empalaba una tarta entera con el tenedor—. Parecer mágicos es competencia nuestra.

—Bueno —dijo Mustrum Ridcully haciendo notorios oídos sordos al comentario—, no se puede impedir el progreso, así que ¿por qué no subirnos y que nos lleve? ¿Alguien más quiere viajar en tren? Aquí el aire está viciado y seguro que no queremos que la gente piense que somos unos retrógrados.

—Pero es que somos unos retrógrados —objetó el catedrático de Runas Recientes—. Y bien orgulloso que estoy.

—Aun así, va siendo hora de que miremos el ferrocarril a la cara. El señor Stibbons nos llevará.

Los magos partieron de la universidad en una flotilla de carruajes que provocó bastante revuelo al llegar a la estación terminal de Ankh-Morpork. Stibbons, que conocía a sus colegas magos, había hecho preparativos de antemano y se había dispuesto un tren especial para la ocasión, con asientos especialmente acolchados.

—Por supuesto, viajarán ustedes en primera clase, caballeros —dijo el jefe de estación, al que Stibbons había puesto en antecedentes—. Pero si lo desean, algunos de ustedes quizá puedan ir en la cabina. —Vaciló un momento—. Aunque no tengo claro que esas túnicas sean seguras.

El archicanciller prorrumpió en carcajadas.

—Joven, la túnica de un mago es inmune al fuego. ¡Madre mía, si no lo fuese arderíamos vivos cada día antes de la hora de la merienda!

Stibbons, que ya había hecho varios viajes en la Traviesa de Hierro durante las semanas anteriores, seguidos por unas cuantas charlas intensas con Dick Simnel, tenía el asunto por la mano, de manera que disfrutó un poco viendo cómo las mejores cabezas de la universidad procesaban su primer viaje en ferrocarril.

El trayecto de ida y vuelta a Sobrebajo fue corto e incluyó una comida a medio camino que duró más que el viaje en sí. En el recorrido de vuelta el maquinista dejó que el catedrático de Estudios Indefinidos accionara el freno de emergencia, para envidia de los demás magos, que pudieron satisfacer sus ansias experimentadoras ondeando banderitas, tocando silbatos y cerrando puertas de golpe en cada parada. La Traviesa de Hierro avanzaba a todo vapor y los magos ignífugos que se turnaban en la cabina miraron dentro de la caja de fuego y dieron su aprobación.

Ahítos y cansados en su viaje de vuelta a Ankh-Morpork, concluyeron que aquella nueva forma de lo[[37]](#footnote-37)comoción era un fenómeno. El prefecto mayor pensó en ponerle más pegas, pero estaba demasiado lleno.

—Asombroso, la gente nos saluda al pasar —observó Ridcully—. No lo había visto nunca. ¿Quién iba a pensarlo? Maquinaria que hace sonreír a la gente. ¿Qué escribe usted, señor Stibbons?

—Me gusta contar trenes de vez en cuando, ya saben —respondió Stibbons sonrojándose—. Es un interés que tengo… Es como ver pasar el futuro.

El archicanciller sonrió y dijo:

—Entonces deberíamos ser nosotros quienes fuésemos con cuidado con las puertas y la separación con el andén, porque el futuro se acerca por la vía rápida. Y quién sabe qué será lo próximo en llegar.

\* \* \*

Era un maravilloso día soleado. Las alondras trinaban en el cielo azul intenso. Era un gran día para estar vivo. Húmedo, que necesitaba airearse, salió del complejo caminando con brío y siguió durante un trecho la vía de tren.

Y allí mismo, en aquel día perfecto… Sí, allí donde nadie podía verlas salvo por supuesto alguien que estuviera paseando como Húmedo, sobre los raíles que la Traviesa de Hierro tendría que recorrer al doblar la curva para tomar la suave pendiente que llevaba a la estación, había dos pequeñas… criaturas. Conejos, intentó decirle su sentido común, que abundaban por aquella zona. Hasta el complejo estaba infestado de ellos. Y durante un momento, el mundo entero se detuvo ante sus narices, dejándole en un pequeño universo propio desde el que contemplaba el mundo real.

Ahí estaban las cocheras principales de las locomotoras, allí estaba el público que hacía cola para montar en el tren y allá en la vía estaba el futuro del ferrocarril. Fue un momento perfecto en que el tiempo se estiró, con Húmedo como único testigo de la espantosa escena. Era como si ante sus ojos se jugara una extraña partida rápida de ajedrez.

Y entonces, de repente, sus piernas arrancaron bajo su cuerpo y echó a correr y correr, demasiado asfixiado para gritar, hacia los dos niños que se habían tumbado con la oreja pegada al raíl y que se reían porque las vibraciones a veces eran divertidas, porque rebotabas y hacían ruido y…

¡AQUÍ MISMO, AHORA MISMO!

Y… adiós…

\* \* \*

Húmedo despertó, lo que podía interpretarse como una buena señal. La primera vez tenía la Traviesa de Hierro encima y estaba muerto, pero su segundo y cauto despertar fue en una sala blanca que olía a alcanfor y otros desinfectantes, olores intensos y tranquilizadores, pruebas tangibles de que al menos tenía nariz, porque en realidad no sentía nada más.

Al cabo de un rato, unos ruidillos sutiles crecieron hasta volverse más audibles y cercanos y formar palabras, voces potentes y tranquilizadoras y algo campechanas que cristalizaron en un individuo vestido con bata blanca que decía:

—Bueno, señora, va y viene, pero cada vez con menos idas y más venidas. Cada vez está más estable y no tiene nada roto, aunque ha echado a perder un par de botas buenas; y debo decir, señora, que incluso aquí en el hospital ya hay gente organizando una colecta para comprarle otras nuevas.

Húmedo emitió un suspiro tremendo, luchó para recobrar la consciencia y regresó al aquí y el ahora, un lugar donde todo dolía. En el lado bueno, Adora Belle lo estaba mirando, mientras que, inclinado sobre él con una bata blanca, había un hombre grande y locuaz, de esos que habían practicado muchos juegos duros y competitivos de pequeños y desearían poder hacerlo todavía, si tan solo la panza fuera más pequeña y las extremidades respondieran.

La esposa de Húmedo observó a su marido con detenimiento, como si estuviera comprobando que todas las partes siguieran en su sitio, momento en el cual el médico agarró la mano del paciente y tronó:

—Alguien de ahí arriba ha de estar cuidando de usted, señor Mustachen. ¿Cómo se encuentra? Como médico suyo, debo decirle que saltar delante de un tren no es algo recomendado por los profesionales de la medicina, pero los actos de valentía ciega y temeraria sí, ¡y son dignos de aplauso! —El doctor Jardín observó con atención a Húmedo y añadió—: No sabe lo que hizo, ¿verdad, señor Mustachen? A ver, acompáñenos, y veremos si puede caminar.

Húmedo podía caminar, aunque habría deseado no poder. Le dolía todo el cuerpo, como si le hubieran pegado una paliza, pero las enfermeras le ayudaron a levantarse y lo acompañaron poco a poco al pabellón vecino, que resultó contener, además de mucho ruido, a dos familias con niños pequeños y padres llorosos. Varios fragmentos del pasado encajaron de golpe en la memoria de Húmedo, y fueron creciendo y volviéndose más horribles a medida que sentía de nuevo el aliento de la locomotora al pasarle por encima, con una criatura debajo de cada brazo. No, no podía haber sucedido aquello… ¿o sí?

Pero el clamor de voces le indicó lo contrario, por no hablar de las mujeres que intentaban besarle y levantaban a sus hijos para que hicieran lo mismo, mientras todos sus maridos trataban de estrecharle la mano a la vez. El desconcierto lo llenaba como si fuera humo y Adora Belle lo miraba desde enfrente con una curiosa sonrisilla, de las que solo reconocen los maridos.

Cuando por fin pudieron desenmarañarse de la multitud de progenitores felices y niños algo pegajosos, Adora Belle aún conservaba su leve sonrisa.

—Bueno, bueno, querido, ¿no dijiste una vez que una vida sin peligro no vale la pena?

Húmedo le dio una palmadita en la mano y dijo:

—Bueno, Púa, me casé contigo, ¿no?

—No pudiste resistirlo, ¿verdad? Es como una droga. No estás contento hasta que alguien intenta matarte o te colocas en el centro de otro drama de cualquier clase, del cual, por supuesto, el célebre Húmedo von Mustachen saldrá sano y salvo en el ultimísimo momento. ¿Es una enfermedad? ¿Alguna clase de síndrome?

Húmedo puso esa cara de docilidad que solo dominan los maridos y los cachorrillos y dijo:

—¿Quieres que pare? Lo haré si me lo pides.

Hubo un momento de silencio, hasta que Adora Belle replicó:

—Ya sabes que no puedo hacer eso, cabronazo del demonio. ¡Si dejases de hacer esas cosas, ya no serías Húmedo von Mustachen!

Húmedo abrió la boca para protestar en el mismo instante en que se abría la puerta y entraba la prensa: William de Worde, director del Ankh-Morpork Times, seguido de un celador y del omnipresente Otto Alarido, el iconografista.

Y como Húmedo no dejaría de ser Húmedo von Mustachen hasta el día de su muerte, sonrió para la iconografía.

Se recordó que aquello era solo el principio. Los demás llegarían pronto… pero daba igual, había bailado aquel fandango muchas veces y por eso mantuvo su mejor cara de buen chico y sonrió al señor de Worde, que empezó por decir:

—Al parecer es usted un héroe otra vez, señor Mustachen. El maquinista y el fogonero dicen que corrió más deprisa de lo que ellos pudieron frenar el tren, recogió a los niños y saltó a un lugar seguro justo a tiempo. Lo que pasa es que «lugar seguro», en ese preciso instante, significaba debajo de la Traviesa de Hierro. Fue un milagro que pasara usted por allí, ¿no?

Y así empezó el baile.

—Para nada. Tenemos la política de estar siempre atentos a nuestros visitantes, por supuesto. Los niños estaban fuera del complejo y, en rigor, eran responsabilidad de sus padres, pero instalaremos barreras a lo largo de ese tramo de la línea de inmediato. Tiene que entender que la gente está viniendo en tropel. Parece que la novedad del vapor y la velocidad son atracciones irresistibles.

—Y es una novedad muy peligrosa, ¿no le parece, señor Mustachen?

—Bueno, señor de Worde, todo lo viejo fue una vez nuevo y, hasta que lo exploraron, desconocido y peligroso. Después, tarde o temprano, las cosas se convierten en parte del paisaje. Créame, señor, es lo mismo que sucederá también con el ferrocarril.

Húmedo observó cómo el periodista anotaba concienzudo sus palabras y estaba preparado cuando el hombre dijo:

—Me llegan noticias de personas mayores a lo largo y ancho de las llanuras Sto que están asustadas por el ruido y la velocidad. Además los trenes dejan humo y ceniza… No me dirá que eso no es peligroso para nuestra bella ciudad.

Húmedo exhibió una vez más su sonrisa, mientras pensaba: allá vamos otra vez.

—Ese lugar al que usted llama «nuestra bella ciudad» es casi todo humo y cenizas, además de muchas otras cosas. Los ensayos de la Traviesa de Hierro han impresionado a todo el mundo con su capacidad para transportar cargas pesadas con seguridad y muy deprisa. No olvidemos que la velocidad es esencial cuando se trabaja con ciertas mercancías, su periódico sin ir más lejos, porque nadie quiere recibir las noticias con retraso. Luego está mi Oficina de Correos, por poner otro ejemplo. Podemos llevar su primera edición a las mesas de desayuno de Sto Lat. Y lo que dice de asustar a las personas mayores, en fin, una ancianita me dijo hace poco que tendríamos que haber esperado hasta que toda la gente mayor hubiera muerto para empezar con el ferrocarril, ¡y estará de acuerdo en que eso podría llevar mucho tiempo!

Húmedo vio que al periodista se le escapaba una sonrisa y supo que se había anotado un punto. Prosiguió:

—La gente siempre pone de excusa que los ancianos no entenderán algo cuando en realidad lo que pasa es son ellos quienes no lo quieren o no lo entienden. De hecho, las personas mayores pueden ser unas locas del riesgo, y se enorgullecen de ello. —En ese momento, con fines dramáticos, se puso serio—. Por desgracia, el trabajo con prototipos no puede garantizar un cien por cien de seguridad. Cuesta hacer que las cosas sean seguras hasta que sabes que son peligrosas. ¿Lo comprende? Estoy completamente seguro de que algún día el tren salvará muchas, muchas vidas. En realidad, se lo garantizo.

\* \* \*

En cuanto la emocionada prensa tuvo sus citas y retratos del héroe del momento y Húmedo se hubo sometido a un último reconocimiento del doctor Jardín, se despidió de Adora Belle y cogió un coche hasta el complejo. Una vez allí, irrumpió en el despacho de Harry Rey sin molestarse en llamar.

—¡Tendría que haber habido alguien más de guardia, Harry! —gritó mientras daba un puñetazo en la mesa—. ¡Si tienes dos dedos de frente, colocarás vigilantes de verdad en las vías cerca del complejo para que vigilen a la gente cuando hay trenes en marcha! ¡Esta vez te he sacado las castañas del fuego! —bramó—. Pero te diré una cosa, Harry. ¡Un par de niños muertos en primera plana habrían cerrado el ferrocarril antes de que empezáramos de verdad! Vetinari no dudaría en hacerlo, créeme. Ya sabes cuánto desconfía de los mecanismos, y dudo que perdiera mucha popularidad si le dijera al señor Simnel que volviese a guardar sus juguetes en la caja. Sería una auténtica pena, pero ¡no tiene que morir gente solo por culpa de una puta máquina!

Húmedo paró. Estaba jadeando y sin aliento mientras a sir Harry Rey, cuya expresión apenas había variado durante la diatriba, se le había puesto la cara de un rojo encendido.

En el silencio Húmedo creyó oír un curioso chisporroteo, como el sonido de la Traviesa de Hierro cuando se relajaba tras una dura jornada de rectas y curvas. Quizá pudiera considerarse una especie de ronroneo metálico, pero ya había desaparecido y dejaba dudas sobre si había existido siquiera.

Harry miró a Húmedo de arriba abajo y habló con solemnidad:

—Me han dicho que saltaste debajo del tren con dos niños pequeños en los brazos. ¿Es verdad?

—¿Sabes? No tengo la más mínima idea. Es verdad que vi a dos niños con la cabeza apoyada en las vías, escuchando los ruidos curiosos que hacían los raíles, y recuerdo claramente que dije: «¡Joder!». Después sentí un golpe en un lado de la cabeza y no recuerdo nada hasta que desperté en una cama del Lady Sybil y hasta ahí sé. Soy un mentiroso cuando busco entretenimiento, publicidad, alardeo trivial, beneficio personal y jolgorio generalizado, pero ahora no te estoy mintiendo.

Se hizo el silencio, que no se interrumpió hasta que Harry dijo con voz ronca:

—Sabes que soy abuelo, ¿no? Un niño y una niña, cortesía de mi hija mayor, y no tiemblo a menudo, amigo mío, pero ahora estoy como un flan. —Harry se puso en pie, con lágrimas en los ojos—. Tú eres el que sabe de esto, Húmedo, así que dime qué debo hacer, por favor.

Húmedo no se esperaba esa reacción, pero logró cazar al vuelo la metafórica pelota.

—Pon orden, Harry —dijo—. Los ingenieros y demás saben mucho de acero caliente, altas velocidades y ruedas que giran a tope, ¡vale! Para la mayoría de las personas, un caballo al galope ya coge una velocidad emocionante. En esta ciudad cada año hay heridos cuando al viejo Lucero, el caballo percherón, de pronto se le sube la avena a la cabeza y sale buscando pastos más verdes calle abajo.

»Mi consejo es que canceles todos los viajes de la Traviesa de Hierro durante una semana, por “mantenimiento”. Pon a todo el mundo en su sitio, quita de en medio hasta la última punta afilada, levanta unas cuantas barreras y pon a unos cuantos chavales a pasear de uniforme con cara de saber lo que hacen. Ya sabes cómo van estas cosas. Que la gente vea que te preocupa la seguridad.

Y entonces Húmedo volvió a oír aquel leve siseo, y parecía sisear en su alma y llenarla de ideas, y en el teatro de su cabeza se sentó en el gallinero para observar el escenario de su imaginación, muerto de curiosidad por ver qué sería lo siguiente.

—Los incidentes como estos no solo pueden pasar en el complejo, Harry. Tenemos que poner vigilancia a lo largo de toda la línea. Alguien que mire si hay niños en las vías, o vacas, o un tren que venga en el sentido que no debe. —Vio que Harry palidecía al pensar en todo lo que podía salir mal, pero ya estaba lanzado—. Necesitarán sitios con buenas vistas, como atalayas, equipadas con clacs para hacer señales a los maquinistas… Pregunta a Dick, que de ese cerebro suyo salen nuevos diseños más deprisa de lo que su mano puede apuntarlos en el papel.

»Y otro consejo: haz algo con esos carros de ganado viejos y grasientos que enganchas detrás de la Traviesa de Hierro. Para una atracción de circo valdrían, quizá, pero todo tu material rodante debería ser igual de bueno que los vagones especiales que tiene la línea de Sto Lat. —Siseo—. ¡Sí! Más coches elegantes para los pasajeros de postín, y… —En ese momento Húmedo vio la sonrisa del dinero, y prosiguió—: A ver esta idea: a los que no sean de postín del todo pero aspiren a serlo, bueno, ¿por qué no darles vagones que a lo mejor no sean igual de elegantes, pero sí claramente mejores que los coches más baratos? Estos últimos a lo mejor podemos dejarlos sin techo, expuestos a las inclemencias. Eso les daría algo más que codiciar y tú te agencias otro sacacuartos para tu colección.

Húmedo se encontró atrapado en el foco de una de las expresiones más peligrosas de Harry Rey.

—Señor Mustachen, hay que ver el peligro que tiene usted. ¡Madre mía! Estás incitando a la gente a darse aires, y esas cosas los vuelven sospechosos, ansiosos y sobre todo muy, muy nerviosos.

Para sorpresa de Harry, Húmedo casi brincó y dio una vuelta de campana.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Es justo eso! Así lo hace Vetinari también. Él cree que la gente debería esforzarse por mejorar en todos los aspectos. Ahora lo veo claro, Harry. Imagina a un joven que lleva en tren a su novia y se deja sus seis peniques de más para viajar en asientos de clase superior. Bueno, él va hecho un pincel, y mirará a su alrededor y pensará: esto es lo mío, no hay duda, podría acostumbrarme a vivir así.

»Y cuando vuelva al trabajo se esforzará, sí, dará el callo para ser una persona mejor, es decir, más rica, para beneficio tanto propio como de su patrón, sin dejar de dar las gracias, por supuesto, al propietario del ferrocarril, es decir, tú mismo, que le permitió darse aires ferroviarios. Todos ganan, nadie pierde. Por favor, Harry, por favor, deja que la gente tenga aspiraciones. Quién sabe, quizá hasta ahora estuvieran en la clase social equivocada. Tu ferrocarril, amigo mío, les permitirá soñar, y tener un sueño ya está un poco más cerca de una realidad.

Durante toda esta perorata Harry había estado mirando a Húmedo como si acabara de ver una tarántula gigante, pero logró decir:

—Húmedo, hace muy poco estabas debajo de una locomotora con cincuenta toneladas de material rodante pasándote por encima de las orejas, ¡y ahora saltas como un muñeco de resorte, lleno de energía, vigor y planes! ¿Qué es lo que tienes? ¿Y dónde se consigue?

—No lo sé, Harry, yo de normal soy así. Hay que seguir adelante pase lo que pase y no parar nunca. A mí me funciona. Y recuerda: pon orden en tu negocio, nuestro negocio, porque no queremos que el cliente se atasque en los mecanismos.

\* \* \*

El estado hermano de Quirm abarcaba, al igual que Ankh-Morpork, una gran ciudad, varios satélites en teoría autónomos compitiendo entre sí por la primacía, una serie de municipios pendencieros, a cual más engreído, y una cantidad ingente de haciendas, parroquias, granjas, viñedos, minas, aldeas, rincones perdidos a los que alguien había puesto el nombre de su perro y suma y sigue, y luego suma y sigue otra vez.

En los confines de la hegemonía de Ankh-Morpork era muy posible que un pequeño granjero de los hipotéticos límites del territorio se acodase en su va[[38]](#footnote-38)lla para charlar con un granjero quirmiano, que en ese momento pisara terreno de Quirm, sin que se les pasara por la cabeza que aquello fuese un asunto político. La conversación trataría del tiempo, la abundancia o no de agua y la inutilidad del gobierno, fuera del tipo que fuese, y después se darían la mano tan contentos, o se despedirían con un gesto de la cabeza, y uno se iría a casa a tomarse una pinta de cerveza casera después de un día tan ajetreado mientras el otro haría lo mismo con un vino casero decente.

De vez en cuando el hijo de uno de los granjeros iría al seto para ver a la hija del otro, y viceversa, y por eso en unos pocos —pero muy interesantes— puntos de la frontera había gente que hablaba los dos idiomas. Es una clase de fenómeno que los gobiernos odian a más no poder, lo cual es algo muy deseable.

Técnicamente, Quirm y Ankh-Morpork eran amigas del alma, después de siglos de conflicto por asuntos que a grandes rasgos se habían demostrado superfluos, intrascendentes, dudosos o puras mentiras. Sí, antes hacía falta pasaporte para viajar en cualquiera de las dos direcciones, pero desde que lord Vetinari ocupaba su cargo nadie se molestaba ya en mirarlos. Húmedo había cruzado al otro lado muchas veces en su juventud, con diferentes apariencias, diversos nombres y, en una ocasión muy memorable, un sexo distinto.

Húmedo recapacitó durante unos instantes al rememorar aquel triunfo. Había sido una de las mejores esta[[39]](#footnote-39)fas de todos los tiempos y, aunque no había faltado una gran cantidad de fructíferas huidas más, nunca se había atrevido a intentarlo de nuevo. Las monjas lo habrían pillado seguro.

Pero en los tiempos modernos, cuando la diligencia de Quirm llegaba a la frontera, el único obstáculo que encontraba era una barrera, en teoría cerrada a cal y canto y custodiada por dos agentes, uno a cada lado. Aun así, tan cordiales eran las relaciones interestatales que a menudo estaban dormidos o, si no, cultivando alegres los jardincillos que tenían a ambos lados de la frontera. Podría haber quien preguntase qué sentido tenía. Todo el mundo hacía contrabando y, al fin y al cabo, los alijos viajaban en las dos direcciones, de modo que el espíritu de los tiempos imponía un enfoque pragmático.

Y ese día Húmedo tenía una lista de personas a las que ver, cómo no. Siempre tenía una lista. Sabía que Quirm necesitaba desesperadamente el ferrocarril, ya que tenía mucha mercancía que vender si no quería quedarse con montañas de pescados apestosos, y por eso Húmedo preveía una semana feliz en sus tratos con los langostas, pero en esos momentos se las veía con personas que vivían lejos de la costa y opinaban que sus minúsculas [[40]](#footnote-40)parcelas de terreno eran sagradas. Sí, querían el ferrocarril, pero si cruzaba por sus tierras no les quedaría ni un metro cuadrado que no fuera ferrocarril.

En sus negociaciones con Quirm, Húmedo contaba con la ayuda del capitán en funciones Abadejo de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork, transferido temporalmente a la policía quirmiana y ducho en el idioma local, aunque a la manera ankh-morporkiana. El capitán en funciones Abadejo le explicó el dilema que planteaban las tradiciones locales de parcelación mientras se tomaban una pinta de cerveza muy floja.

—La clave es una cosa que ellos llaman le patrimuánio. Significa que todos los hijos tienen que llevarse algo cuando fallecen mamá y papá. Puede que haya que dividir una granja grande en dos o incluso tres o más pedazos, para que todos puedan llevarse su parte. Hasta el gobierno sabe que es una tontería, pero en Quirm nadie hace caso de lo que dice el gobierno. De modo que será cosa suya, señor Mustachen, hacerles entrar en razón, pero me temo que esto es lo que hay.

Húmedo lo intentó, le puso todo su empeño, y tras pasar dos frustrantes semanas regateando por cada parcela del tamaño de un pañuelo, estaba a punto de rendirse y volver a Ankh-Morpork. A Harry no iba a hacerle gracia, pensó, y lo que era peor, a Vetinari tampoco, pero probablemente podría escaparse a base de palabrería. Probablemente.

Su pesimismo se alivió un poco cuando llegó a una propiedad pequeña pero próspera perteneciente al marqués de Aix les Deis, un conocido viticultor. El marqués era uno de los últimos propietarios de la lista de Húmedo. Se había casado con una chica de Ankh-Morpork y al parecer ardía en deseos de que sus magníficos vinos llegaran a manos de sus clientes lo antes posible y con el mínimo de sacudidas, que perjudicaban los caldos. Hasta el momento la travesía en carro, sembrada de baches, requería que los vinos reposaran en una bodega fresca y oscura durante meses tras el traslado.

El marqués había invitado a Húmedo al almuerzo, que resultó ser algo que él llamaba cuisine fusion, con paté desprovisto de avec y un plato fuerte de langosta y puré de patatas, seguido por un pudin de frutas con natillas para chuparse los dedos, una combinación de platos de la que cabría esperar una larga vida en los anales de la infamia gastronómica pero que no estaba tan mal, sobre todo cuando se consumía acompañada por los extraordinarios vinos de la casa.

El marqués era joven, tenía visión de futuro y estaba encantado con la idea del ferrocarril, no solo para el comercio de vinos sino también como forma de unir a la gente. Guiñó el ojo a su esposa al decirlo, con la manifiesta insinuación de que unir a la gente era un concepto que tenía en alta estima. Además creía que cuanto más sabían las personas unas de otras, mejor se llevaban. Sus opiniones sobre la curiosa y algo bucólica actitud de Quirm en lo relativo al reparto de la riqueza tras la muerte de los padres fueron de gran interés para Húmedo.

—Todo el mundo quiere vender su vino, su queso y su pescado a Ankh-Morpork, eso está claro, pego nadie quiere perder su tierra. A todos nos gusta nuestro pedazo de Quirm: son bienes raíces con raíces, que puedes recoger del suelo y deshacer entre los dedos, algo pog lo que vale la pena luchar. Es una forma de pensar anticuada, lo sé, y pog supuesto el gobiegno aborrece que se mantenga, lo cual como buen hijo de Quirm considero perfectamente aceptable.

»Sin embargo, amigo mío, a usted le complica las cosas, porque nunca vendemos nuestras herencias si no es, se entiende, pog un precio extremadamente altó. Y cuando corra la noticia del ferrocarril, el precio será extremadamente altó: le saldrá, como dice mi mujer, pog un œil du visage. Amigo mío, creo que tendrá que buscar otra ruta de aquí a la capital si quiere acabar antes de que les poules auront des dents. —Vaciló un momento y luego añadió—: Acompáñeme a la biblioteca. Quiero enseñarle unos mapas.

En una sala grande y recargada, llena de cabezas de animales disecadas —o al menos probablemente disecadas— y olor a formol viejo, Húmedo contempló un gran mapa que el marqués había sacado de un viejo cofre.

Su anfitrión señaló lo que parecía una parte bastante vacía del mapa.

—La mayor parte del terreno de esta zona no vale nada —dijo—. Es todo maquis y lo único que se pude minar es el ocre, y poco. Es más o menos un páramo, cubierto de maleza que destrozaría las botas a cualquiera, sin nada pog lo que nadie querría vivir allí. Tierra baldía, podría decirse, hogar de malhechores fugitivos, bandoleros, bandidos y algún que otro contrabandista, todos ellos de lo más desagradables y armados hasta los dientes. Sí, el gobiegno hace como que los ahuyenta de vez en cuando, pego eso no es todo. Hay trasgos, y esos no saben nada de títulos de propiedad.

—Hoy en día aceptamos a los trasgos en Ankh-Morpork —se apresuró a explicar Húmedo—. El truco es encontrarles algo que hacer que les guste de verdad y se les dé bien. Aunque claro, luego hay que acordarse de sus nombres y contenerse para no patearlos. Pueden ser utilísimos cuando no se los patea, aunque no necesariamente agradables.

—Ojalá nosotros pudiéramos entendernos con ellos —dijo el marqués con tono apesadumbrado—, pego estos, compréndalo, son trasgos de Quirm, y pog lo tanto sumamente discutidores e intratables y, pog si fuera poco, a menudo borrachos. Preparan su propio vino, pog todos los cielos. —Recapacitó durante un instante y luego se corrigió—. O, mejor dicho, una sustancia parecida al vino.

—No suena tan mal, ¿no? —dijo Húmedo.

—¿En serio? Su vino lo hacen con caracoles. Con el fruto de las paredes, como lo llaman en Ankh-Morpork. Los vuelve muy peleones, pego supongo que se apañarían si no fuera pog los bandidos, que los cazan pog diversión.

—¿O sea que los bandidos son los dueños del maquis? —preguntó Húmedo.

El marqués vaciló.

—No, en realidad es tierra de nadie. Supongo que, si habláramos con abogados, dirían que según la ley es propiedad del estado de Quirm en su totalidad.

—Bueno, señor, como parece que el estado de Quirm no ve la hora de tener el ferrocarril, aunque los terratenientes no estén de acuerdo, y si puede usted ofrecerme garantías sobre el asunto de los derechos sobre la tierra, les haré el favor con mucho gusto.

El marqués hizo una mueca.

—Pog desgracia, no es tan sencillo. No somos gente difícil, pego el gobiegno se hace el remolón con lo de expulsar a los bandidos porque, como comprenderá, los bandidos y los gobegnantes tienen tanto en común que podrían ser intercambiables en cualquier lugar del mundo… Veo que sonríe, señor Mustachen. ¿Le ha hecho gracia algo?

—¿Muchos bandidos?

—Una cifra considerable. La zona entera está plagada de ellos, bandidos indeseables que asesinarían encantados si supieran que pueden salir de rositas. Debo decirle que, si tiene prisa pog limpiar el maquis de bandidos, don Ankh-Morpork, me temo que tendrá que hacerlo pog su cuenta. ¡Y veo que sigue sonriendo! ¿Tendría la bondad de compartir el chiste? El célebre supuesto sentido del humor de Ankh-Morpork no es fácil de traducir a nuestra lengua, me temo.

—No tema —dijo Húmedo—. Cuando se repartieron los humores, Ankh-Morpork se llevó el de las bromas y Quirm tuvo que conformarse con la buena cocina y las habilidades amatorias. —Esperó un segundo y dijo—: ¿Quiere que hagamos un intercambio?

La marquesa soltó una risilla tras su copa de vino, sonrió a Húmedo y le guiñó el ojo, mientras su marido contenía la risa y decía con solemnidad:

—Creo, monsieur, que preferimos el statu quo.

Y Húmedo, al que casi se le había caído la cara de vergüenza, aunque no del todo, dijo:

—Señor, aparte de los trasgos, ¿vive alguien decente en esa tierra baldía?

El marqués negó con la cabeza.

—No, desde luego que no, son más secas que el polvo.

Húmedo pareció reflexionar durante un rato y luego se puso en pie, hizo una reverencia a sus dos anfitriones, besó la mano de la marquesa y dijo:

—Muchas gracias por su hospitalidad, su ayuda y su información. Debería partir ya si quiero coger la diligencia nocturna de vuelta a Ankh-Morpork, pero tengo la extraña sensación de que pronto veremos circunstancias más felices. De hecho, las siento flotar en el ambiente.

\* \* \*

Ankh-Morpork estaba llena de bares enanos, de todos los tamaños y para todos los gustos. La tiniebla del Rata Sucia gozaba de una especial popularidad entre quienes preferían un establecimiento más tradicional y una innegociable ausencia de sombrillitas en sus bebidas.

—Derribar torres de clacs. ¿Qué ganamos con eso? Mi abuela vive bajo una torre de clacs y los chicos le dejan mandar mensajes gratis.

En las sombras alguien dijo:

—No deberías permitírselo. Los clacs son para los humanos.

Y entonces empezó la discusión.

—Tienes que reconocer que los clacs a veces son útiles. Puede salvar a un barco en el mar, dicen. Y de todas formas ayudan a mantenerte en contacto con los amigos.

La voz del rincón oscuro habló de nuevo.

—Que no toquen las torres de clacs, entonces. Hay otras maneras. He visto las locomotoras. No tendría que ser muy difícil volcar una en los raíles.

—¿Ah, sí? ¿Y para qué ibas a hacer eso?

—Para demostrar que los enanos no nos andamos con chiquitas y, además, he oído que a los enanos no les permiten trabajar en el ferrocarril.

—Eso no lo sabía. Es discriminación.

—No, es que unos tontos del culo se han dedicado a talar torres de clacs, ¿o no? Es lo que pasa si vas por ahí haciendo esa clase de cosas. No me extraña nada.

—Puede, pero el ferrocarril emplea a montones de trolls y hasta trasgos… ¡Trasgos, nada menos! ¡Chusma! Nos están dejando de lado. El Bajo Rey ha vendido su alma al hijoputa de Vetinari y no os daréis ni cuenta y habrán construido una línea de tren hasta Uberwald y todas nuestras minas se llenarán de trasgos apestosos… ¡a no ser que plantemos cara ahora mismo!

—¡Eso! Trasgos de mierda. ¡Por todas partes!

La conversación se desarrollaba con el acompañamiento de codos empinados y la consiguiente limpieza de mesas.

—Claro que ningún enano auténtico querría trabajar en el ferrocarril, ojo —aclaró la voz suave que aún no se había identificado.

—¡No! Tienes razón. Yo nunca trabajaría en el ferrocarril. ¡Es una abominación! ¡Habría que pararla!

—Están tendiendo vías a Quirm desde Ankh-Morpork. Sería una declaración de principios si hiciéramos algo al respecto —prosiguió la voz de las sombras.

Alguien dio un manotazo en la barra y dijo:

—¡Tenemos que enseñarles que los enanos no van a dejarse avasallar más!

—Podríamos tumbar esas putas torres de agua y robar el carbón —sugirió otro—. Así nadie saldría herido, pero tendrían que ir a pie.

—No es lo bastante espectacular. Las reconstruirían y listos, como han hecho con los clacs. Tendríamos que hacer algo gordo de verdad. Algo que llame la atención de la gente.

Se oyó el sonido que hacen al pensar quienes no piensan demasiado. Alguien dijo:

—¿Te refieres a matar gente?

—Bueno, ya sabes, hay que hacerse oír. Y más tarde, cuando la gente se entere, nosotros seremos los héroes.

Y entonces el camarero, que no había perdido de vista al grupo, dijo con claridad:

—Es hora de cerrar, caballeros, ¿es que no tienen un agujero al que volver? —Y los sacó a la calle.

Ardiente se alejó con paso confiado. Al fin y al cabo, había otro bar enano a unas calles de distancia y el veneno calaba poco a poco. Parecía mentira lo sencillo que era manipular a la gente con la voz adecuada en el momento justo. Y después de eso, tomaban las riendas ellos solitos con expresiones como «es de cajón» y «algo traman», pequeños abrojos en el camino hacia el desencuentro entre especies.

\* \* \*

Cuando Húmedo llegó por fin de vuelta a Ankh-Morpork, alrededor de la hora del desayuno, fue corriendo a casa de Harry Rey. Era inusual ver a Harry haciendo de Harry Rey a secas, por decirlo de alguna manera, como un padre de familia cualquiera. Hasta llevaba zapatillas de felpa. Efi alborotó al servicio para que preparase más café mientras Húmedo informaba a su marido.

—Señor, tenemos un problemilla en Quirm. Por no andarme con rodeos, unos caballeros indeseables se interponen en el éxito de nuestro ferrocarril.

Húmedo explicó a Harry el problema de la división de las herencias y le propuso que, ya que las grandes extensiones de maquis no pertenecían a nadie, pertenecían a todo el mundo y en consecuencia podían atravesarlas en línea recta con las vías. Solo había que resolver el pequeño detalle de los bandidos. La expresión de Harry habría enternecido a cualquiera, sobre todo a un tiburón, y en realidad no hacía falta que Húmedo dijera mucho más, pero lo hizo de todas formas.

—Nos vendría muy bien, Harry, que yo volviera allí una noche de estas con un puñado de tus gólems y posiblemente varios de tus… hombres de seguridad, tus técnicos especialistas, ya me entiendes. La clase de caballeros diestros en resolver conflictos. Por supuesto, necesitaré llevarme un carruaje.

La expresión de Harry fue cambiando como un calidoscopio.

—¿Te importa que yo vaya también? —preguntó al final.

Y Efi chilló:

—¡Harry Rey! ¡A tu edad no vas a hacer nada que no sea quedarte en casita!

—Venga, amor mío, ha dicho que son bandidos. Es mi deber como ciudadano honrado. A fin de cuentas, soy Harry Rey, el hombre de los negocios, y esto, bueno, esto es mi negocio y pienso ocuparme de él.

—¡Harry, por favor! ¡Piensa en tu posición!

—La posición hay que ganársela, Duquesa, y esto son negocios y pienso arreglarlos, y será la última vez, ¿vale?

—Bah, de acuerdo… pero usted échele un ojo y vaya con cuidado, señor Mustachen. Y Harry, tú haz lo que te diga el señor Mustachen, que es un joven muy sensato —dijo Efi—. Y no quiero nada de alcohol y, señor Mustachen, asegúrese de que duerme bien tapadito, por su, esto… cosa de la vejiga, ya sabe. No es tan joven como se cree.

Y Harry rugió:

—¡Sí, Efi! Pero ahora mismo me veo capaz de todo. Avisaré a mis muchachos y mis gólems, señor Mustachen, y nos vemos aquí mañana por la mañana. A las siete en punto.

\* \* \*

Una vez en casa, Adora Belle dijo:

—Es una idea descabellada, claro, o no se te habría ocurrido a ti, ¿verdad?

—En realidad, cariño, la expedición ha sido idea de Harry —mintió Húmedo—. Creo que la ve como su gran canto del cisne, pero de verdad que ha tenido que insistirme mucho, te lo prometo, como que me llamo Húmedo Mustachen. ¡Tendrías que haberle visto la cara!

—Sí, desde luego que eres Húmedo von Mustachen, y te mueres de ganas de hacer esto, ¿verdad que sí? Se te nota.

—No exactamente —replicó Húmedo—. Pero será una noche sin luna y a lo mejor aprendo algo de ver a Harry y sus amigotes montando una de sus fiestecillas. Ni que decir tiene, tú no sabes nada de esto, ¿vale?

Adora Belle adoptó una deliciosa expresión impasible.

—¿De qué? Pero tú recuerda, Húmedo, que si hay pelea quiero que vuelvas con todo en su sitio.

\* \* \*

A la mañana siguiente dos grandes carruajes esperaban delante de casa de Harry Rey con un equipo de sus compinches a bordo. Húmedo se preguntó cómo podía haberlos reunido con tanta rapidez y luego pensó en todo lo que había hecho Harry en aquellos viejos malos tiempos que ahora le gustaba recordar como viejos buenos tiempos. En realidad, no era de extrañar que pudiera reunir un ejército para resolver una disputa sobre quién dominaba las calles.

Estaban todos muy compuestos en esos momentos; casi ninguno escupía y no se oía ninguna palabrota, porque la Duquesa miraba por la ventana, lista para decirles adiós.

Antes de que los carruajes partieran, Harry dirigió unas palabras a su equipo:

—Os cuento, chavales. Esta no es exactamente una faena de matar, a no ser que ellos intenten liquidarnos primero. No son nuestras calles, pero ellos son bandidos de todas formas. Podría decirse que vamos a hacer un mundo mejor para la gente decente, como nosotros, y que vamos a limpiar la porquería como hemos hecho siempre.

Húmedo observó las caras de los socios de Harry. Algunos tenían dientes de oro y otros no tenían dientes, pero todos presentaban la apariencia furtiva del caballero que sale sobre todo cuando está oscuro. Y un ojo experto podía apreciar bultos en su persona, hasta el punto de que uno de ellos llevaba en la mano una caja de herramientas y en la cara una expresión ávida que lo señalaba como un hombre poco dado a templar gaitas.

Harry había dejado claro que no habría nada de alcohol, por lo menos hasta el trayecto de vuelta, y por tanto el viaje transcurrió en calma durante todo el día. Hacia media tarde llegaron al límite del maquis. Estaba claro que la región que tenían delante no era lugar para carruajes, pues la calzada menguaba hasta reducirse a un vago sendero entre matorrales. Harry ordenó a los cocheros que parasen en un punto que ofrecía algo de pasto y agua para los caballos, donde los vehículos quedarían ocultos a las miradas, y envió a sus asociados a reconocer el terreno que se extendía ante ellos.

Húmedo nunca había viajado con hombres tan silenciosos; parecían absorber todo el ruido y, cuando se apearon de los carros con pies de franela, desaparecieron de inmediato entre el paisaje. Satisfechos con dejar esa parte en manos de los especialistas, Harry y Húmedo se pusieron cómodos para esperar.

\* \* \*

Era una noche negra y el grupo entero había llegado con sigilo hasta el borde del campamento de los bandidos. Ya se hallaban en lo más profundo del inhóspito páramo del maquis quirmiano, una tupida pesadilla de endrinos capaces de arrancar la piel de los huesos. Era un jardín del infierno, sobre todo a oscuras. Distinguían las vacilantes llamas de las hogueras y oían el inconfundible sonido de unos ronquidos alcoholizados. ¡Qué vergüenza de forajidos!, pensó Húmedo. ¡Ni un solo centinela!

Con sus compinches desplegados estratégicamente en torno al perímetro, Harry salió con paso tranquilo al centro del campamento.

—¡Buenos días, caballeros! Somos la Sociedad por la Conservación de los Trasgos y ustedes tienen dos minutos para levantarse y salir de aquí. ¿Entendido? ¡Hala, en marcha, amigos!

Un bandido salió dando tumbos de su tienda de campaña con una mueca desdeñosa.

—Nos da igual quién seas, y puedes meterte todo lo que acabas de decir por el cacas, monsieur.

Y Harry dijo:

—¡Bien! ¡Si hay que meter, meteremos! Adelante, chicos, pero no hagáis daño a ningún trasgo, ¿vale?

Húmedo dio un cauto paso atrás y observó. Harry había estipulado que asesinar gente no era del todo el plan de esa noche, pero apenas un par de minutos después de que Harry diera rienda suelta a sus compinches, la mayoría de los bandidos yacían boca arriba en el suelo o huían corriendo. Fue una pelea de bandas, pero una de ellas no tenía el menor sentido de la estrategia. Los hombres de Harry eran quirúrgicos, metódicos y muy, muy profesionales, incluso algo lúgubres. Aquello era un trabajo pagado y lo hacían con esmero y precisión. De algo había que vivir, ¿no?, y si acaso se alegraron de ser los buenos por una vez, experiencia que, en opinión de Húmedo, rara vez habían conocido.

Harry echó un vistazo al campo de batalla para cerciorarse de que no hubiera secuelas peores que alguna conmoción leve y piernas rotas aquí y allá, y quedó satisfecho del todo.

—¿Qué piensas hacer con ellos? —preguntó Húmedo.

—Entregarlos a la justicia local, como buenos ciudadanos honrados que somos. Supongo que en este caso será su marqués.

—Muy bien, pero sugiero que dejemos atrás uno o dos, para asegurarnos de que el resto de la población bandida se entere de lo que pasa cuando se hace enfadar a los ciudadanos honrados.

—Es una idea —gruñó Harry—. Pero antes enviaré a los chicos a hacer unas cuantas… excursiones por la zona, a ver si limpiamos un par de campamentos más. Los actos dicen más que las palabras, señor Mustachen.

\* \* \*

Esa misma noche, en el château, el marqués salió a recibirlos en bata y acompañado por dos criados.

—Monsieur Mustachen, mon ami, qué inesperado placer volver a verlo tan pronto. Y con compañía.

Harry dio un paso al frente antes de que Húmedo pudiera hablar y dijo:

—Le hemos traído un hatajo de malhechores, milord, porque me daba a mí que sería usted la autoridad más cercana por estos andurriales.

El marqués echó un vistazo alegre a los prisioneros.

—Veo que al menos dos parecen llevar estampado «HARRY-REY» en las sienes. ¿Es posible que tenga el honor de hablar con sir Harry Rey en persona? No se sorprenda. Mi mujer me ha contado muchas cosas sobre el Rey del Río Dorado, entre ellas los famosos anillos que lleva. Sea bienvenido, monsieur, y espero que hagamos muchos negocios juntos. ¿Puedo ofrecerles un refrigerio?

—Perdone, jefe, pero ¿qué quiere que hagamos con esta panda? —preguntó el asociado de la caja de herramientas.

—Métanlos en la oubliette si son tan amables, ya los sacaremos tarde o temprano.

—¿Qué es una oubliette, señor? ¿Una especie de letrina?

—Sí —respondió el marqués entre risas—, supongo que en este caso lo es. Estos garçons han sido una espina que teníamos clavada desde hace tiempo, pego al menos estos de aquí no creo que vayan a darnos más problemas.

\* \* \*

Cuando Húmedo, Harry y sus asociados subieron de nuevo a los carruajes de madrugada para emprender el largo viaje de vuelta a casa, hubo cajas de cerveza para los vencedores.

—Bien hecho, muchachos —tronó Harry mientras partía la punta de un botellín—. Han cumplido todo lo que esperaba y más, caballeros. Ya sabéis que Harry Rey es un hombre generoso y espero que volvamos a trabajar juntos muy pronto. Podéis contar con ello.

Se reclinó en su asiento y empezó a fumar uno de sus puros, mientras charlaba de vez en cuando con uno u otro de sus compinches sobre las correrías que habían hecho mucho tiempo atrás, cuando la Guardia era un hazmerreír.

\* \* \*

Adora Belle al final despertó a Húmedo con una taza de té cuando se hicieron más o menos las cuatro de la tarde. Mientras él bebía la infusión, su esposa ahuecó sus almohadones y dijo:

—Venga, va, cuéntame, ¿cómo fue? Anoche no me despertó ningún golpetazo, lo que ya es buen resultado, ¿no te parece?

—Bueno, no fue una masacre ni tampoco una palmadita en el culo, por lo que vi, pero ganaron los buenos, para cierto valor de «bueno». Los amigotes de Harry Rey están en muy buena forma para ser unos abuelos, y además son taimados.

Adora Belle le dejó una bandeja de comida sobre las rodillas.

—Supongo que el desayuno en la cama no tiene interés para don Una-Vida-Sin-Peligro-No-Vale-La-Pena, ¿verdad?

Mientras pinchaba una salchicha, Húmedo dijo:

—Qué bien me conoces, Púa. Ahora escucha: se ve que hay un montón de trasgos en el maquis y la gente de Quirm todavía no ha descubierto lo útiles que pueden ser, aunque parece que se les da muy bien hacer vino a partir de caracoles. —Torció el gesto—. ¿Te importa que me lleve a Quirm a Del Crepúsculo la Oscuridad?

Su esposa puso cara de asombro.

—Pensaba que te caía mal.

—Bueno, te acabas acostumbrando a él, como al moho, y esta vez voy a encontrarme con un montón de trasgos confusos que a lo mejor prefieren ver una cara amistosa. —Vaciló—. Si puede llamarse así.

\* \* \*

En la oscuridad, lejos de Húmedo en todos los sentidos que pudieran imaginarse, incluido el metafísico, tenían lugar deliberaciones en una caverna que, paradójicamente, centelleaba y a la vez estaba a oscuras según el ojo que la examinara. Estaba iluminada, si se considera iluminación la vela solitaria cuya llama apenas servía para mostrar la oscuridad. Sin embargo, la temblorosa llamita se reflejaba en una auténtica infinidad de gemas, cuyos tristes y tenues centelleos sumados arrojaban en conjunto menos luz que la que podría ofrecer una humilde vela de sebo.

Era, en pocas palabras, una luz que se escondía de la luz, y tenía motivos para hacerlo, del mismo modo que el infeliz enano que ocupaba incómodo el centro de la caverna en esos momentos tenía motivos para querer estar en cualquier otra parte. «Cualquier» era la palabra clave allí, porque no podía haber sitio peor que aquel.

Por otra parte, estaba atado por una obligación religiosa. La había oído por primera vez sentado a la rodilla de su padre, o puede que de su madre, porque nunca había visto ni oído a ninguno de los dos con claridad y sus voces siempre sonaban amortiguadas, puesto que el silencio se consideraba tan virtuoso como la oscuridad entre los grags. Al recordar su pecado innegable, el enano casi intentó echar a correr, aunque se detuvo al cabo de un nanosegundo porque no había donde esconderse. ¡Había metido el cuello hasta el techo! Nunca era buena posición para un enano, y los grags lo tenían en un puño.

Se decía que tenían muchas maneras [[41]](#footnote-41)de matar en la oscuridad, y que hasta conocían maneras de desplazarse de una oscuridad a otra sin caer en las garras de la luz intermedia. Se decían muchas cosas de ellos, aunque en general se susurraban. Y él había hecho muchísimas cosas malas, como comer ternera, comprar a su esposa pendientes vistosos y, lo peor de todo, hacerse amigo de Rocoso Escombro, que era, horror de los horrores, un troll, además de un tipo bastante majo con quien se sentaba muchos días cuando iban al trabajo. Era hincha del Deportivo de Hermanas Dolly, como él, y casi siempre iban juntos a ver los partidos, y cualquiera que fuese con tu equipo era amigo tuyo, ¿o no?

Y sí, lo era, pero en el fondo de su cerebro vivía el coco de su infancia, los susurros sutiles, fragmentos revenidos de viejas canciones que se cantaban en ocasiones especiales, pequeños rituales santificados por su repetición con la gente adecuada ante una misma chimenea, en aquellos tiempos felices cuando no se tenía ni edad para entender ni el desgraciado cerebro lleno de ideas que una parte de ti opinaba que no deberías obedecer jamás, como no dar la mano a ningún troll y ahora le habían pillado y ahora lo tenían y ahora iban a negarle la oportunidad de una vida después de la muerte. Ellos tenían las llaves del más allá y, por capricho, podían dejarle flotando en la penumbra definitiva del Ginnungagap, donde había… cosas, torturadores, criaturas de indefinida inventiva y paciencia.

Cambió de postura porque sentía calambres en las piernas, y dijo:

—Por favor, sé que he cogido malas costumbres, que me he descarriado y que en verdad puede que sea indigno de llamarme enano, pero si me lo permiten lo compensaré. Por favor, se lo suplico, quítenme los grilletes y prometo que haré todo lo que me pidan.

El silencio de la sala se volvió más espeso, más denso, como si se estuviera agrupando. ¿Cuánto tiempo llevaba ya allí dentro? Podrían haber sido años, o meros segundos… Era el problema de la oscuridad; lo cubría todo y lo convertía en una sustancia amorfa en la que todo se deformaba, se recordaba y luego se perdía.

—Muy bien —dijo la voz—. Hemos examinado tu miserable alma y nos inclinamos por concederte una última oportunidad. Quedas advertido de que no habrá otra. —La voz se ablandó un poco—. Tak te observa. Ahora puedes comer los alimentos que tienes justo delante, y partir de este lugar sabiendo que Tak está contigo. Recuerda que no hay redención para quienes se apartan de él. Y cuando Tak te necesite, alguien se pondrá en contacto contigo.

\* \* \*

Después de una poco habitual pero merecida velada con su esposa, Húmedo partió al día siguiente a lomos del caballo gólem con Del Crepúsculo la Oscuridad montado a su espalda.

Mientras galopaban, Húmedo von Mustachen pensó que había algo del caballo gólem que empezaba a inquietarle. Los caballos gólem resultaban increíblemente prácticos si querías llegar a alguna parte enseguida, siempre que te gustase dedicar buena parte del trayecto a comprender que los estribos no servían para nada. Uno se limitaba a agarrarse hasta que llegaba a su destino, y punto. No hacía falta dirigirlo porque TroTom se ocupaba de todo: si le decías adónde querías ir, te llevaba hasta allí. La criatura no emitía ningún sonido, no necesitaba agua ni pienso y, cuando nadie lo usaba, se limitaba a esperar pacientemente.

Y entonces Húmedo comprendió cuál era el problema. Todo era toma, sin nada de daca. Húmedo no se preocupaba mucho por el concepto del karma, pero había oído hablar de él y le daba la impresión de que estaba cayéndole encima una tonelada en esos momentos. El caballo era todo daca y él todo toma… Pero pensar así era de locos, se dijo. Una cuchara no esperaba que le dijeras «por favor» y «gracias», ¿verdad? Ah, sí, pensó, pero una cuchara es un pedazo de metal y el caballo gólem es un caballo. Vaciló mientras recapacitaba. Y pensó: me pregunto…

Poco antes de atravesar la frontera llegaron al final de la vía terminada. Él y el trasgo bajaron del caballo, agradecidos, y un repentino impulso empujó a Húmedo a hacerle una pregunta a la criatura.

—¿Vosotros podéis hablar? —preguntó, sintiéndose bastante ridículo.

Y la respuesta salió del aire, no de la boca del caballo.

—Sí, si queremos.

El trasgo soltó una risilla. Húmedo no le hizo caso y siguió con sus pesquisas.

—Ah, ahora vamos a alguna parte. ¿Te gustaría trotar por la pradera, retozar por los pastos y todo eso?

—Sí, si eso es lo que desea —llegó la respuesta de la nada.

—Pero ¿qué deseas tú? —insistió Húmedo.

—No entiendo el concepto.

Húmedo respiró hondo y dijo:

—Un poco más atrás he visto un arroyuelo y un prado verde, y de verdad que me encantaría que volvieras ahí, galopases por la hierba y te lo pasaras bien.

—Sí, me lo pasaré bien, si eso es lo que quiere.

—¡Por todos los cielos, te estoy hablando de manumisión!

—En este caso sería pezuñumisión, señor. Y debo señalar que no necesito pasármelo bien.

—Bueno, pues hazlo por mí, si eres tan amable. Revuélcate por las flores, relincha un rato, galopa de un lado a otro y diviértete como se te ocurra. Si no lo haces por placer, hazlo por mi cordura, por favor.

Observó cómo el caballo desaparecía en dirección al prado.

A su espalda, Del Crepúsculo la Oscuridad rió con socarronería.

—Menudo elemento está hecho, don Algo Mojado, liberando a los esclavos y tal. ¿Qué cree que dirá su señoría de esto?

Húmedo se encogió de hombros.

—Puede que se amargue, pero un poco de amargura tampoco es tan mala. Vetinari está muy a favor de la libertad, aunque no necesariamente de la mía.

Húmedo dirigió su atención a la vía y le complació ver que las cuadrillas de trabajadores, bajo la tutela de los jóvenes ayudantes del señor Simnel, avanzaban a buen ritmo en el tendido del siguiente tramo en dirección a Quirm.

Para seguir adelante, Húmedo y Del Crepúsculo la Oscuridad pidieron que los llevaran en una vagoneta manejada con deleite por dos jóvenes obreros del ferrocarril, un aparato curioso y divertido cuyas ruedas circulaban por encima de los raíles recién colocados que aún había que incrustar del todo.

Cruzaron la frontera tras una breve parada para cubrir las formalidades, que en realidad se redujeron a un saludo con la cabeza a los centinelas mientras decían «¿Va bien que pasemos, chicos?», ante lo cual ellos dejaron de cavar por un instante en sus respectivos huertos y les indicaron por señas que adelante.

En el punto donde la vagoneta se quedó sin vía, encontraron esperando a un anciano con un carro y un caballo, como Húmedo había dispuesto, que debía acompañarlos el resto del camino hasta el château. El cochero dio claras muestras de indignación por llevar a un trasgo en su limpio y apañado vehículo, aunque solo fuera un carro.

El marqués los esperaba en el château y saludó a Húmedo con gesto radiante, pero arrugó la nariz al ver a su compañero.

—¿Quién es este? —preguntó en el tono que podría adoptar una dama de la alta sociedad al descubrir en su sopa la mitad de algo peludo.

—Este es Del Crepúsculo la Oscuridad.

El trasgo dedicó al marqués un elegante saludo.

—Del Crepúsculo la Oscuridad, don Marqui. Este sitio está muy bien. Muuuy bonito. No se preocupe por olor. Ya me acostumbraré.

Tras un incómodo silencio, el marqués suspiró.

—Mon Dieu.

—No soy un dios, don Marqui —dijo Del Crepúsculo la Oscuridad—, solo un trasgo, que es lo mejor que hay, ya lo creo. Muy útiles, ya sabe. —El trasgo prosiguió con sarcástica grandilocuencia—. Y no solo eso, don Marqui. Soy real. Si nos pincháis, ¿no sangramos? Y como se le ocurra, se lleva una de pinchazos que le vacío las venas, sin ánimo de ofender.

El eco de la risa del marqués resonó en el paisaje. No cabía duda, aquel trasgo sabía cómo romper el hielo. Incluso un iceberg.

El marqués tendió una mano y dijo:

—Enchanté, monsieur Del Crepúsculo la Oscuridad. ¿Bebe vino?

El trasgo vaciló.

—¿Lleva caracoles?

Mientras subían por la escalinata de piedra que llevaba a la terraza, su anfitrión respondió:

—Pog desgracia no incluimos caracol. Sé que a su gente le gusta el vino de caracol, pego me temo que no tengo ninguna botella que ofrecerle.

—No pasa nada, jefe, me apañaré con lo que tenga, gracias. Y conste, don Marqui, que no son mi gente, sino su gente. Yo soy de Ankh-Morpork, he visto el puerco grandote y todo eso.

Las vistas del maquis a la luz del atardecer desde la terraza eran maravillosas.

—¿Tienen muchos trasgos en Ankh[[42]](#footnote-42)-Morpork, señor Mustachen? —preguntó el marqués mientras servía a Húmedo una copa de vino helado—. He oído hablar, pog supuesto, del famoso crisol de culturas de milord Vetinari. Y aun así me informan de que en Ankh-Morpork muchas personas aún no lo ven claro del todo, ¡y piensan que tratar con trasgos significa que su propietario es sucio! Para que luego digan que no tienen prejuicios sus paisanos, que son, todo hay que decirlo, una gente bastante sucia de pog sí. Mientras que aquí en Quirm, notre logique es que somos más limpios. ¡Al fin y al cabo, Quirm es la patria de monsieur Bidet! Un invento más para limpiarse, y aun así ustedes, los de Ankh-Morpork, nos tachan a nosotros de sucios.

—Sí, lo sé, es deplorable —dijo Húmedo—. Yo conocí a monsieur Bidet, aunque por desgracia no le di la mano. ¿Disculpe? ¿Pasa algo?

El marqués de pronto parecía preocupado.

—Alguien nos estaba observando desde aquel árbol de allá. Debo de haber hablado demasiado altó, porque quienquiera que fuese ha bajado al suelo corriendo para ocultarse. Es pequeño, pego no tanto como un trasgo, y ellos casi nunca suben a los árboles.

Hubo un movimiento en el aire cuando Del Crepúsculo la Oscuridad saltó por encima del parapeto y desapareció en el paisaje de abajo. Reapareció casi con la misma rapidez, diciendo:

—Un enano malnacido. Lo he asustado pitando. ¡Me escupo en él!

El marqués rellenó la copa de Húmedo y dijo:

—¡Un enano! ¿Tendrá que ver con usted, señor Mustachen? ¿Espionaje industrial? Sería normal que los enanos se desvivieran pog conseguir algo como un ferrocarril… Son, a fin de cuentas, metalúrgicos y tratantes de minerales.

—No creo —dijo Húmedo—. Los clacs lo pasaron mal hace unos meses porque hubo facciones extremistas que derribaron varias torres, pero ya no lo hacen. Y no parece que haya muchos enanos interesados en trabajar en el ferrocarril. Cosa de los grags, supongo. No parece que les guste nadie importante de Ankh-Morpork.

—Ah, sí —replicó el marqués—. El famoso Acuerdo del Valle del Koom y todo aquello. Pensaba que estaba resuelto.

—Usted y todos. Pero ya sabe cómo es, no se puede complacer a todo el mundo. Y menos aún se puede complacer a los grags, por mucho que se esfuerce uno.

Plenamente refrescados, Húmedo y Del Crepúsculo la Oscuridad partieron para adentrarse en el maquis en busca de sus habitantes trasgos, que aunque en rigor no fueran propietarios de las tierras que cruzaría el ferrocarril, debían ser informados y consultados. Como ocupantes de una tierra sin reclamar, pensó Húmedo, algún derecho tendrán sobre ella.

Mientras se abrían paso entre los matorrales y espinos del terreno, Húmedo sopesó la importancia de que un enano le estuviera espiando precisamente a él allí en Quirm, donde normalmente no se veía a los de su especie. Significaba que lo habían seguido, lo que casi a ciencia cierta implicaba que había más de un individuo. Durante su disipada juventud y, por no andarse con rodeos, su mayormente disipada primera madurez, se había tenido por un experto en la metodología del espionaje, y una persona sola no podía garantizar un seguimiento razonable del objetivo. ¿Qué hacía allí aquel enano? ¿De dónde había salido? Y, lo más importante: ¿adónde había ido?

\* \* \*

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas cuando Del Crepúsculo la Oscuridad paró en seco junto a un afloramiento rocoso que, a ojos de Húmedo, no se distinguía en nada de otras formaciones parecidas con las que ya se habían encontrado. Hacía calor. Mucho calor.

—Espera aquí —dijo el trasgo—. Vuelvo en pispás.

En realidad transcurrió otra hora sudorífica, y el sol ya empezaba a sumergirse tras el horizonte cuando el trasgo regresó por el sendero, seguido por una muchedumbre de trasgos quirmianos, cuyas filas no paraban de engrosarse a medida que iban surgiendo más congéneres de entre la maleza.

Los trasgos de Quirm tenían la misma apariencia exacta que los del otro lado de la frontera con Ankh-Morpork. Sin embargo, a diferencia de estos, los trasgos quirmianos vestían de un modo que solo podía calificarse de vistosa. Tenían cierto garbo desconocido para sus congéneres de Ankh-Morpork, y despedían un olorcillo que probablemente fuera eau de caracol. Cierto, los materiales que había a la vista eran los mismos: jirones de piel de animal, cuando no el animal propiam[[43]](#footnote-43)ente dicho, pájaros, plumas… todo ello embellecido con piedras brillantes. Era como si los trasgos hubieran descubierto la taxidermia pero se les hubiera escapado el importante, no, el esencial detalle de extraer antes las partes blandas. Pero tenían que ser de Quirm unos trasgos que elaboraban su propia alta costura.

Húmedo sonrió. Los trasgos de Quirm daban cierta sensación de estar intentando sofisticarse, posiblemente porque tenían unos andares chulescos aunque algo temblorosos y una alegre expresión que parecía decir: «Que te den a ti».

Pese a todo, parecían un pueblo al que hubiesen machacado a base de bien en el yunque del destino, para después laminarlo con una bravuconería natural que no acababa de ocultar sus heridas.

Húmedo se alegró de tener a Del Crepúsculo la Oscuridad de su lado, porque saltaba a la vista que los trasgos de aquella región del maquis no sentían ninguna simpatía por la humanidad. Del Crepúsculo la Oscuridad se le aproximó con sus andares patizambos y su gesto desdeñoso y dijo:

—Esta gente mal fatal lo pasa. Gente perdida. Pequeños perdidos. Vasijas perdidas. Perdidos. Pero aceptan con cara alta, sí. No pueden más ser trasgos verdaderos. Dolor. Dolor. Dolor. Ahora digo discurso.

Del Crepúsculo la Oscuridad resultó ser el equivalente en trasgo al propio Húmedo.

Húmedo no dominaba la lengua trasga, pero no hacía falta entender lo que se decía si se observaban las caras y el modo en que gesticulaba Del Crepúsculo la Oscuridad. Estaba metiéndoselos en el bolsillo, sin duda.

Húmedo no distinguía las palabras, pero dio por supuesto que sería algo del estilo de: «Nueva vida en Ankh-Morpork con todas las ratas que queráis y encima un salario». Porque allí estaban, ideas y promesas bailando en el aire.

Tan seguro estaba Húmedo de que había captado por donde iban los tiros que se inclinó y dijo:

—No te olvides de explicar que en Ankh-Morpork los trasgos ahora son ciudadanos con derechos.

Húmedo se quedó muy satisfecho cuando vio que el trasgo hacía una pausa y lo miraba.

—¿Cómo sabe que hablaba de Ankh-Morpork, señor Mustachen?

—Somos de la misma pasta.

Mientras Del Crepúsculo la Oscuridad daba su discurso, los trasgos miraban fijamente a Húmedo. Sus miradas fijas no eran siniestras ni furiosas, sino más bien… esperanzadas, aunque con la renuencia de quienes habían tenido que aprender el pesimismo como táctica de supervivencia.

Uno de los trasgos dio entonces un paso al frente e hizo una seña, con la clara intención de enseñarle algo. Del Crepúsculo la Oscuridad también le indicó que lo siguiera. Mientras Húmedo se abría paso con cuidado por la red de senderos casi invisibles que atravesaban aquel páramo de zarzas, charcas de agua venenosa y algún que otro muro formado por antiguos desprendimientos, notó que algo crujía al pisarlo. Huesos, comprendió, en su mayor parte pequeños, y en sus oídos sonaron las palabras de Del Crepúsculo la Oscuridad:

—¡Trasgos jóvenes! ¡Muuuuy sabrosos! Un montón de buena comida. Eso creían los bandidos. Pero colgamos, señor Mustachen, colgamos. Colgamos y aguantamos —dijo mientras el horror escalaba con paso helado por la columna de Húmedo—. Esos bandidos tenían hambres. Trasgos pequeños. Fáciles de coger.

—¿Me estás diciendo que se comían a los trasgos?

Del Crepúsculo la Oscuridad captó de inmediato la vehemencia de la exclamación de Húmedo.

—Claro. Carne fácil. Los hombres bandidos comen todo que puedan coger. Ratas. Topos. Musarañas. Pájaros. Hasta pájaro apestoso como cuervo. Comen entero. Ñam. Ñam. Cagan plastas venenosas feas. Carne trasga como pollo. No será milagro de la naturaleza, pero de poco sirve a trasgos cuando hay bandidos cerca. No quieren mucho, señor, y menos mal porque no sacan mucho, pero como yo harán cualquier empleo al aire libre. Sitio donde vivir sin que te maten. ¡Sí! De perillas. Y no hace falta comida en Ankh-Morpork. ¡Gran Wahooni! ¡Ratas por todas partes!

—De acuerdo, señor Crepúsculo, ¿qué hacemos ahora?

El trasgo miró a Húmedo con cinismo, lo que resulta muy fácil si se es trasgo, porque aprenden a ser cínicos muy pronto y muy deprisa.

—Me ha dado medio nombre, don Mojado. Yo perdono, soy comprensivo. Esta vez. Que no se repita. Es muy importante. Medio nombre es vergüenza. Desafío a luchar. Sé que usted prisas. No entiende. Perdonaré. Perdonaré una vez, ¡señor Mustachen! Lo digo título informativo. Sin cargo.

Con todos sus defectos, Húmedo von Mustachen sabía cuándo decir la palabra adecuada en el momento justo.

—Señor Del Crepúsculo la Oscuridad, gracias por su comprensión.

Empezaba a llover. Era una lluvia pegajosa y perezosa, pero los trasgos parecían ajenos a ella. Estos son los estoicos más estoicos del mundo, pensó Húmedo, aunque tengan un aguijón oculto. Me pregunto cómo son cuando deciden no poner la otra grasienta mejilla, y seguro que van a decidirlo.

Del Crepúsculo la Oscuridad sonrió de nuevo a Húmedo y declaró:

—Oiga, señor gran héroe, poderoso guerrero, solo que, ja, estos pobres idiotas creen de verdad que usted canela de santo, creen que emite orina a chorro del pito.

Húmedo comprendió que la presentación que había hecho Del Crepúsculo la Oscuridad a los trasgos de los encantos de Ankh-Morpork y su propia posición en la ciudad quizá hubiera sido un tanto exagerada.

—¿Qué les has dicho para que piensen eso?

—Estos trasgos necesitan esperanza, señor Mustachen. Usted no es buena gente del todo, pero sabe fingir como mano en rama. Ya les he explicado que usted gran ciudadano de Ankh-Morpork y guerrero terrible.

—Bueno —dijo Húmedo—, al menos has acertado en una cosa. Pero supongo que los bandidos ya están espantados. Los trasgos pueden quedarse, ¿no? Habrá empleos en el ferrocarril cuando pase por aquí. Eso les gustaría, ¿verdad?

—Hombres bandidos vuelven en el tiempo. Siempre es bandidos. Estos trasgos no vuelan, don Empapado. ¡Línea de Ankh-Morpork muy atrás! Toca usted sacarlos de aquí. ¿Yo? No acabo de caer del árbol de la Vigilia de los Puercos. No lleva cuchillo y ahora se hará noche en el maquis. ¡Peores cosas aquí que bandidos! ¡Peores malas! Todo lo malo acaba en el maquis y usted sigue sin arma. ¿Qué ordenes da, señor Gran Hombre?

Húmedo vaciló. Tenía intuición para esa clase de cosas, estaba seguro, y casi nunca le fallaba.

—Vale. Nos los llevamos. Pero antes tienes que sacarnos de aquí.

—No, Maravilloso von Mustachen guiará al pueblo. Valiente ayudante trasgo solo vigila retaguardia.

—¿En serio? Pues vale. Basta que me señales la dirección correcta.

\* \* \*

Había un sendero, por llamarlo de alguna manera, con una infinidad de pequeñas veredas que se ramificaban en todas las direcciones. Húmedo y su infeliz pero esperanzada pandilla avanzaban pastoreados con disimulo y desde detrás por Del Crepúsculo la Oscuridad, quien se estaba convirtiendo en un gran lugarteniente, a pesar de su evidente opinión de que Húmedo era un poco capullo. Pero un capullo útil, eso sí.

Cuando por fin volvieron a lo que, visto con buenos ojos, podría haberse considerado un camino normal, Húmedo se dijo que, aunque el comandante Vimes había desempeñado el papel más destacado en la emancipación de los trasgos, él, Húmedo, al menos podía darles trabajo. Nadie podía decir que su trabajo era «trasgo», ¿verdad? No tenía sentido. Aun así, si existiera esa figura del trasgo profesional, la encarnaría Del Crepúsculo la Oscuridad, tan trasgo que uno se imaginaba a otros trasgos tocándose en el hombro y diciendo: «¡Hala! ¡Mira a ese trasgo! ¿No te parece un trasgo?».

Pero los empleos ponían en marcha las cosas, ponían en marcha a la gente y le subían la autoestima. Al fin y al cabo, los trasgos, aparte de su omnipresencia en la industria de los clacs, también estaban rindiendo bien y ganando sus buenos sueldos en el ramo de la cerámica. Las vasijas trasgas eran preciosas, finísimas e iridiscentes como alas de mariposa.

Del Crepúsculo la Oscuridad interrumpió la ensoñación de Húmedo.

—Estos pobres infelices que nos siguen creen debe sab[[44]](#footnote-44)er que unos enanos han estado preguntando por usted, como el escurridizo del árbol que he echado. Vaya si saben correr cuando quieren, cabrones tacaños. ¡No les gusta buena cuchilla de pedernal! Pero todavía rondan algunos. Digo yo que esperan que lleguemos a ferrocarril. Buen sitio para emboscada.

Húmedo había dedicado una energía considerable a ser un no combatiente, pues las palabras eran su arma preferida, pero cuando no bastaban las palabras y no había más remedio era capaz de propinar golpes certeros con los puños y los pies. En esos precisos instantes se estaba preguntando si le convendría arrastrar un poco esos mismos pies con disimulo, de modo que quedase rodeado por el grupo de trasgos en caso de ataque. A fin de cuentas, todos ellos llevaban armas de piedra, ¿verdad? Y él no, ¿verdad? Los trasgos mamaban el espíritu guerrero desde pequeños, con la leche de sus madres, suponiendo que sus madres tuvieran leche.

Siguieron avanzando con cautela bajo la luz cada vez más tenue del atardecer, con todo el sigilo que pudieron. Hasta los [[45]](#footnote-45)trasgos más pequeños guardaban silencio mientras caminaban hacia la tierra prometida.

Bordearon los terrenos del château y atravesaron el bosque en dirección a la cabecera de la vía férrea. Al cabo de un rato Húmedo oyó a su costado el rasposo susurro de Del Crepúsculo la Oscuridad.

—Mando chicos más rápidos adelante para que exploren. Algo raro pasa en final de raíles. No han podido acercarse para ver bien, pero dicen al menos docena enanos en el bosque, puede que más. Oían tintinear a los cabrones. Intentan ser sigilosos, pero enanos ni repajolera idea de sigilismo. Enanos siempre han sido de yunque y tenazas. Podríamos intentar rodearlos… pero los cabrones podrían intentar rodearnos a la vez. Lo mejor, digo yo, es ocuparnos de los cocos hoy mismo, ¿no? No preocuparse, algunos de estos langostas saben pelear y están orgullosos que usted lidere… ¡porque los lidera, no!

No era una pregunta, sino una exigencia. Húmedo comprendió horrorizado que el grupo entero de refugiados se había apiñado a su alrededor, con sus caras feúchas llenas de expectación y fragmentos variados de comida. Había pequeñines, algunos de los cuales no eran más que bebés de brazos. Húmedo sintió la presión de sus esperanzas, que por desgracia sabía infundadas y probablemente erróneas. No era ningún líder. No como el comandante Vimes. Pero ¿qué haría Del Crepúsculo la Oscuridad si huía sin más? Húmedo corría más que cualquier enano, podía llegar al château… pero ¿correría más que un trasgo…?

Se estremeció y relegó la idea al rincón más recóndito de su cabeza a la vez que una trasga bajita se le acercaba.

—¡Vaya a batalla con rica taza de té! —dijo—. ¡Té trasgo especial! ¡Muy sano! ¡Hervido en vejiga de oveja! ¡Excelente cuando siempre hay que correr! ¡Tiene hierbas! ¡Bebe! ¡Bebe ahora! Nada mejor que rica taza de té. ¡Medicinal es!

Del Crepúsculo la Oscuridad entregó a Húmedo un gran garrote trasgo.

—Muchas, muchas maneras de morir hoy —le dijo con un humor devastador—. Confía en trasgos ancianos, esta la mejor de todas, ¡cuelga! Colgamos juntos.

Húmedo entendía aquella última sugerencia, más bien desafortunada. Era el saludo tradicional entre trasgos, para los cuales quería decir «aguanta», sobrevive. Tomó un sorbo del té frío, que tenía un inofensivo aroma a castañas con un matiz de lana, esperando caer envenenado o vomitar en cualquier momento. En realidad, la infusión sabía… bastante bien, y además dejaba una sensación muy nutritiva. Si llevaba caracoles como el vino, pues en fin, allez les escargots! Aunque el ingrediente secreto probablemente fuera el avec, estaba seguro.

La poción pareció funcionar, porque al cabo de unos instantes se sentía preparado para cualquier cosa, rebosante de energía, o quizá de avec. Por todos los dioses, por qué se había mostrado tan aprensivo cuando no había absolutamente nada que temer, ¡ni mucho menos!

Este alegre talante duró hasta el momento en que avistaron las luces rojas de la cabecera de línea brillando como un faro entre el bosque circundante. Después de dejar a los trasgos más ancianos escondidos entre el sotobosque con las ramitas como solo los trasgos sabían esconderse, Húmedo y el resto avanzaron con mucho cuidado.

Los jóvenes de la cuadrilla de obrero[[46]](#footnote-46)s desplazada desde Ankh-Morpork se habían fabricado unas acogedoras chozas cubiertas de tela impermeable. Eran unos alojamientos muy fáciles de transportar, donde un rostro conocido siempre tenía asegurada una bebida caliente, removida con una llave de tubo, por supuesto. Y, si se sabía que no rondaba ningún guardia forestal por las inmediaciones, quizá hubiera también un guiso de conejo silvestre con avec para darse un banquete al aire libre.

En efecto, el puchero que burbujeaba sobre las ascuas de la hoguera olía igual de bien que todos los que Húmedo recordaba. Esperaba ver a los jóvenes que había conocido esa misma mañana, zampando alegremente después de una dura jornada de trabajo. No esperaba ver cadáveres… pero eso fue lo que encontraron. A la luz de los rescoldos y el pálido fulgor de las linternas, vio que los obreros tenían muchos objetos que podrían haber servido como armas, pero era evidente que los habían pillado desprevenidos. Había sido un enfrentamiento violento que sin ninguna duda habían perdido. Un recuento rápido de fragmentos corporales indicó que eran nueve y que habían caído mientras comían delante de su cabaña improvisada.

Del Crepúsculo la Oscuridad se puso manos a la obra al instante, olfateando los cadáveres y el suelo.

—Los malditos enanos pasado por aquí, ya lo creo, ¡huelo a esos malnacidos! Pero unos cuantos siguen aquí —añadió enseguida, señalando hacia un bosquecillo algo alejado mientras bajaba la voz—. Escondidos entre los árboles… —Snif—. Por allí… —Snif—. Varios, uno herido. —Su ojo redondo de trasgo resplandecía, y Húmedo… Húmedo tuvo la repentina sensación de que ardía en llamas.

—Por favor —logró decir—, por favor, dime cómo se dice en trasgo «¡A la carga!».

\* \* \*

Mucho, mucho después, Húmedo recordaría haber oído cómo el trasgo pronunciaba por lo menos el principio de la palabra, y luego el mundo entero se convirtió en una bruma carmesí llena de gritos y la oscura confusión de la guerra. Sintió que sus brazos y piernas ejecutaban su atroz cometido, sobre todo los brazos, y captó los espantosos ruidos, los crujidos, los choques, pero le llegaban como una especie de recuerdo incoherente, igual que los alaridos… Pequeños paquetes de memoria que subían y bajaban en la superficie como las burbujas de una botella de cerveza de jengibre casera, un ir y venir que nunca duraba lo suficiente para significar nada. Pero de pronto las burbujas empezaron a alejarse flotando y, cuando recobró lo que quedaba de su consciencia, estaba tumbado con la espalda apoyada en un árbol.

Alguien había avivado la hoguera de la cabecera de línea y, para desconcierto y asombro de Húmedo, asomaban por el horizonte las primeras luces del amanecer. Pero ¿no llevaban solo unos pocos minutos en aquel lugar? Del Crepúsculo la Oscuridad estaba sentado en un tocón de madera cercano, fumando en pipa y exhalando algún que otro anillo de humo hacia el cielo azul tempranero. Era una imagen que cualquier pintor querría plasmar, de no ser necesario pintarla con varios tonos de sangre y, para hacer justicia a la escena, unos cuantos tubos de vísceras y un poco del color con el que hubiera que pintar las tripas. El recuerdo que tenía Húmedo de la noche anterior se pobló de cadáveres.

—¡Bueno, bueno, qué calladito se lo tenía, don Goteante! —dijo el trasgo con una sonrisilla—. ¿Quién lo habría pensado? Atento que le digo: más tarde va a doler cuerpo entero. ¡Se ha portado como hombre! ¡Casi como trasgo! ¡Tres! ¡Cuente! Bueno, cuente trozos y haga números, pero tres guerreros de élite enanos tumbados como bolos. Dos de ellos con armadura de micromalla primera clase, calidad asesino, vale dineral. Saqueada. Tome, como recuerdo para enseñar a señorita Adora Belle. ¡Queda bien sobre chimenea!

El trasgo le tiró lo que Húmedo había tomado por un cacho de madera y que logró identificar como la cabeza de un enano, aún dentro de su casco.

—¡Eso es! ¡Desahogue, desahogue! Vomítelo, vomítelo y vomítelo otra vez. Muy bueno para cañerías, sienta de maravilla. Todo lo malo para fuera.

Húmedo se puso en pie trastabillando y dijo, a través de los remolinos de niebla:

—¡No puedo haber matado a tres enanos! ¡No soy un guerrero! ¡Nunca! Es fatal para los zapatos.

—Me parece que enanos no estarían acuerdo. ¡A ver, yo también enseñado a aquel de allí un poco de enfado trasgo, por decir así! Sobre todo cuando lo he tenido en suelo. Casi todo rato, todo el mundo apartaba de usted, por si acaso. Se ha puesto un poco… indiscriminado, oh sííííí. Pero bueno, no ha pasado nada.

—¿Que no ha pasado nada? —aulló Húmedo—. Acabo de matar a tres enanos. ¿No dirías que eso es algo?

—Ha sido lucha justa, don Algo Mojado. Uno contra muchos, como en mejor anécdota. Ya digo, ya, la mayoría hemos acabado subidos árboles para no se nos acerque. Y usted no guerrero. Lo ha dicho, todos oímos.

—¡Ha sido esa bebida! ¡Eso es lo que ha pasado! ¡Me has llenado de matarratas trasgo! ¡Vete a saber lo que me habrá hecho!

—¿Yo? —dijo Del Crepúsculo la Oscuridad, poniendo cara de ofendido—. Yo mantengo vivo para que vea su encantadora dama, que siempre tan amable con trasgos. Hágame caso, don Bañado, esa bebida solo deja salir cosas que ya dentro.

—¿Y qué había dentro, si puede saberse?

—Furia, don Goteante. Ha descadenizado algo. Ahora puede ayudarnos limpiar carnicería y sacarnos de aquí.

Húmedo contempló lo que quedaba de aquellos empleados del ferrocarril que solo estaban haciendo su trabajo, sin suponer una amenaza para nadie. Hombres sencillos que no tenían ni idea de política, que tenían esposas e hijos y que ahora yacían muertos por una disputa con la que no tenían nada que ver, y la furia se hinchó de nuevo, casi hasta levantarlo del suelo. No se lo merecían, como tampoco aquellos trasgos caídos que empezaba a distinguir repartidos por el campo de batalla.

Del Crepúsculo la Oscuridad lo miraba con detenimiento.

—Asombroso lo que aprendemos, que trasgos pueden ser personas y usted, don Húmido, tiene un corazón y llora por muerte de hombres que no conoce. Mundo lleno de milagro. A lo mejor le vemos cantando en coro.

A la luz neblinosa de la mañana, Húmedo contempló al trasgo sonriente: tenía tanta pinta de malvado como cualquier ilustración de los libros pensados para dar a los niños pequeños todas las pesadillas que quisieran, y aun así le estaba dando una lección de moral.

—¿Tú qué eres? —le preguntó—. Llevo días escuchándote y pareces un trasgo, eso seguro, pero de vez en cuando sales con algo que no esperaría oír decir a un trasgo. Sin ánimo de ofender, pero eres muy listo.

El trasgo volvió a encender su pipa, gesto que de algún modo lo volvía más humano, y dijo pensativo:

—¿Está diciendo que los trasgos nunca listos, señor Mustachen? ¿Trasgos nunca valientes? ¿Trasgos nunca aprender? Yo, muy buen aprendedor. Donde voy lo que veo, con hombres y trasgos.

Húmedo observó el pequeño montón de armadura de micromalla. Era un auténtico tesoro. Ligera y resistente. Fácil de transportar. Y valía una fortuna, ahí tirada en la hierba húmeda. Miró al trasgo a los ojos.

—Toda suya, señor Mustachen. Botín de guerra —dijo Del Crepúsculo la Oscuridad con tono jovial.

—No. Que se la queden ellos —replicó Húmedo señalando a los trasgos quirmianos.

—No necesitan —dijo el trasgo—. Coja su botín, señor Mustachen. Nunca se sabe cuándo útil.

Húmedo contempló lo que quedaba de los guerreros enanos y pensó: ¿dónde está el señor Alarido cuando se lo necesita? Y ese pensamiento condujo a otro: era esencial tener un testigo fiable. Pidió a Del Crepúsculo la Oscuridad que fuera a buscar al marqués o a cualquiera de sus empleados del château, con un iconógrafo si lo tenían.

—Necesitamos que la gente se entere de esto.

\* \* \*

Cuando el marqués, seguido por sus atónitos criados, hubo inspeccionado el lugar de los hechos, proclamado su horror, organizado la toma de iconografías y partido de vuelta al château, con la promesa de transmitir la noticia vía clacs de inmediato, se pudo atender a las formalidades.

Los cadáveres de los trabajadores del ferrocarril y los trasgos que habían caído en batalla fueron colocados con delicadeza, incluso con reverencia, en la vagoneta. Varios trasgos desaparecieron entre la maleza y volvieron con flores silvestres para adornar los cuerpos. Fue una de esas pequeñas observaciones que, sin gran alboroto, ponían el universo de Húmedo patas arriba. Los trasgos creían que quienes caían en batalla estaban en paz con el mundo.

Cuando acabó la solemne ceremonia, los trasgos se turnaron para accionar la palanca de la vagoneta, que regresaba lenta por la vía con ellos, Húmedo y su triste cargamento. Se detuvieron al llegar a la frontera para enviar sus propios clacs. Húmedo se ocupó de que los guardias fronterizos amortajaran los cuerpos y los guardaran en frío hasta que pudiera enviar a alguien a recogerlos.

Uno de los soldados se ofendió al ver que dejaban a los trasgos muertos junto a los cuerpos de lo que él llamó «personas de verdad». Así pues, Húmedo tuvo una charla bastante franca con él, tras la cual el guardia quedó mucho mejor informado aunque sangrase un poco de la nariz. El recuerdo de aquella enorme cantidad de huesecillos no había tenido tiempo de olvidarse. Y quizá una parte de la poción siguiera viva dentro de Húmedo. Era uno de esos días.

A continuación, Húmedo contempló la fila de trasgos que le iban siguiendo y luego alzó la vista hacia el cartel situado justo al otro lado de la barrera de Quirm, que anunciaba al mundo que aquel establecimiento era el célebre Marie la Gorda.

La propietaria no dejaba lugar a dudas sobre el origen de su apodo y, como tantos negocios de carretera, Marie ofrecía a los viajeros comida caliente y rápida y un café aceptable, pero hasta ahí. Su clientela ni siquiera había oído hablar de la cuisine; solo necesitaban la certeza de que habría carbohidratos y grasas. Sin embargo, la dueña se mostró algo reacia a servir a los trasgos.

—Podría perder a mis parroquianos de siempre si dejo entrar a esa panda —dijo.

Y una vez más, Húmedo tuvo que explicar cómo funcionaban las cosas, dejando claro que la negativa a servir a los trasgos tardaría poco en llevarla a no servir a nadie más, una vez que se hubiera informado a lord Vetinari. Marie la Gorda estaba en territorio de Ankh-Morpork y Vetinari era estricto.

—Al fin y al cabo —dijo Húmedo—, se sentarán fuera, porque no les gustan nada las habitaciones, y pago yo, ¿de acuerdo?

Marie la Gorda, debidamente aleccionada, sacó un plato de pescado bastante malo con patatas y una rebanada de pan frito a cada trasgo y se asombró al ver lo rápido que comían, sobre todo el pan. Era lo bueno de los trasgos: no hacían remilgos.

Después de comer, Húmedo dispuso que sus pequeños acompañantes viajaran al complejo de Harry en los vagones de carga de la máquina que utilizaban para el mantenimiento en la cabecera de línea, fue a buscar el caballo gólem, que seguía retozando y galopando por el prado según las órdenes recibidas y se dirigió de vuelta a la ciudad.

\* \* \*

Harry Rey ya rozaba la incandescencia en los días buenos, pero el estado de ánimo en que lo sumió la noticia de la matanza solo podía describirse como volcánico: uno de esos volcanes dormidos que de repente estallan y al instante llenan el mar calmo de piedra pómez sucia y gente en toga con cara de sorpresa. Húmedo intentó tranquilizarle, pero era como intentar poner un corcho a un géiser, algo imposible, sobre todo con una fuerza de la naturaleza como Harry Rey. Después del estallido llegaron las lágrimas, las borboteantes y pegajosas lágrimas de un hombre duro que jamás querría que alguien lo viese llorar.

Le reconfortó un poco enterarse de que Húmedo se había ocupado en persona de varios de los enanos responsables, pero aun así siguió moqueando una corbata muy cara mientras invocaba la cólera de los dioses contra los restos de los culpables, con la nota al pie de que a los dioses más les valía encontrarlos antes de que lo hicieran las maldiciones de Harry.

Húmedo se ofreció a dar la noticia a los familiares de los trabajadores, pero Harry afirmó que se ocuparía él mismo. Partió de inmediato a cumplir su dolorosa tarea y dejó a Húmedo sin otro trabajo que recoger a Del Crepúsculo la Oscuridad y el grupo de trasgos quirmianos que, entre tanto, habían llegado al complejo y a los que estaban atendiendo Billy Lacio y su abuela.

Cuando llegó a su casa, en la avenida Pastelito, le abrió la puerta Adora Belle en persona. Húmedo, como siempre, quedó impresionado por la sangre fría con la que su esposa contempló la variopinta panda de trasgos quirmianos que llevaba a remolque.

—Cómo me alegro de verte, Púa —dijo—. Te traigo unos regalitos. Dígaselo con trasgos, que diría aquel.

—¿Cuántos crees que hay? —preguntó ella.

—Doscientos o más —respondió Húmedo—. La verdad es que no los he contado.

—Sugiero que Del Crepúsculo la Oscuridad los acompañe a la torre del Tump. En el sótano hay sitio para que duerman todos.

—¿No te importa?

—Claro que no. Muchos de mis mejores trasgos están de vacaciones en las Comarcas y por ahí. Andamos muy cortos de personal. ¡Así me gusta!

\* \* \*

Cuando Húmedo se hubo despedido de los trasgos, la Guardia de Ankh-Morpork lo agarró por el metafórico cuello de la camisa. El de la camisa de Húmedo era bastante caro, pero estaba un poco venido a menos después de la lucha contra los enanos.

En aquel caso, la mano que hizo el agarre era la de la capitana Angua, que le pidió que lo acompañara al Yard con un tono que no dejaba lugar a objeciones.

Una vez encerrados en una sala de interrogatorios, la capitana tomó su declaración sobre la matanza de forma resuelta y metódica con preguntas certeras, todas ellas apuntadas en dirección a Húmedo.

—O sea que usted, Húmedo von Mustachen, redujo a un contingente de terroristas enanos con la ayuda de una cierta cantidad de trasgos, ¿no? Deben de gustarle los trasgos, entonces.

—Sí, igual que al comandante Vimes, capitana Angua —replicó Húmedo—. Por cierto, ¿dónde está hoy la alegría de la huerta?

Valió la pena solo por ver la mueca de la capitana. Si se estaba atento, se le veía el contorno de los colmillos. Fue una maniobra arriesgada, pero tenía una reputación que mantener y soltar pullas a la Guardia era un pasatiempo que le encantaba y se le daba muy bien. Eran demasiado estirados, y la capitana Angua, por mucho que se esforzase en evitarlo, estaba despampanante de uniforme, sobre todo cuando se enfadaba.

—Con el patricio —respondió con un gruñido—. Un ataque contra el ferrocarril es un ataque contra Ankh-Morpork. La implicación de cavadores apunta a una posible conexión con los ataques contra los clacs. Todo esto debe investigarse y habría sido muy útil tener a algún perpetrador vivo para poder interrogarlo.

Húmedo casi se atragantó.

—Capitana, cuando un montón de personas antipáticas te intentan matar, cuesta recordar lo buena idea que puede ser dejar a uno vivo. Se tiene otras cosas en la cabeza, como tal vez no morir. Si le sirve de consuelo, creo que descubrirá que el marqués de Aix les Deis ya debe de haber mandado iconografías de los enanos culpables. El marqués es un tipo decente, que en general intenta ayudar y tiene ganas de que le llegue el ferrocarril, o sea que estoy seguro de que recibirán las pruebas. —Nada más pensar en eso, volvió a poderle su espíritu travieso y añadió—: Y sé que usted misma puede viajar muy deprisa, capitana. A lo mejor, si corre, todavía los encuentra frescos.

En esa ocasión Húmedo no solo recibió una mirada torva, sino un claro aviso de que la paciencia estaba a punto de agotarse.

Por suerte, la puerta se abrió en el momento justo y entró el comandante Vimes, con cara de pocos amigos.

—Ah, señor Mustachen, venga a mi despacho, si es tan amable. Siempre sé cuándo está usted en el edificio. —Hizo un gesto con la cabeza a la encolerizada Angua y le dijo—: Yo me ocupo del señor von Mustachen, capitana.

Húmedo no estaba seguro de en qué medida caía mal al comandante Vimes. Al fin y al cabo, aquel hombre era tan recto que valía para lápiz, mientras Húmedo, por su parte y a pesar del éxito de la Oficina de Correos, el Banco Real y hasta la flamante y maravillosa Casa de la Moneda, a ojos de Vimes y muchos otros seguía teniendo más dobleces que una cuchara vieja y seguro que alguna cosa tramaba.

—¿Quiere un café? —preguntó el comandante Vimes mientras entraban en su despacho—. La cafetera de abajo siempre está en marcha y no siempre sabe a barro. —Abrió la puerta otra vez y gritó escaleras abajo—: ¡Sube dos cafés, Jovial, por favor! Uno solo, y en el mío puedes vaciar el cuenco del azúcar.

Húmedo estaba algo desorientado, porque Vimes se comportaba de una manera que, examinada con objetividad, podría hasta caer en algún punto interior de la circunferencia de la simpatía, supuso que al modo de un cocodrilo bostezando. El comandante volvió a su silla y, sí, sonrió.

La verdad era que, entre Húmedo von Mustachen y el comandante Vimes existía cierta… diferencia de criterio, como la llamaban educadamente los dos. Sam Vimes no vivía en el mismo mundo que Húmedo von Mustachen. Se preguntó si aquel hombre se reía alguna vez; el comandante debía de haber hecho algo gracioso en algún momento. Supuso que se habría reído de alguien cayendo por un precipicio o algo por el estilo.

En ese momento, para su sorpresa, el comandante Vimes carraspeó y dijo con lentitud, como quien prueba palabras desacostumbradas:

—Señor von Mustachen, puede que en estos últimos años le haya dado la impresión de que le considero un tramposo y un embaucador que vale poco más que un gusano. Pero el hecho de que se lanzara delante de aquel tren para salvar a dos chiquillos me sugiere que el leopardo puede cambiar de pantalones.

»En teoría, debo abroncarlo por ocuparse de los enanos homicidas implicados en esta última atrocidad y decirle que esta clase de cosas debería dejárselas a la maldita Guardia. Pero no soy tonto y no me importa reconocer los méritos de cada cual. Los cavadores son unos sanguinarios, la clase de alimaña a la que me habría encantado ver bailando al son del señor Dispuesto para que vean cómo se hace justicia. Pero de momento tendré que conformarme con saber que varios de esos cabrones ya no darán más problemas. Así que a título personal le digo, aunque lo negaré si se lo repite a cualquiera, bien hecho. —Y entonces Vimes hizo el gesto de negativa con un dedo, sí, de verdad lo estaba haciendo, y con tono de campana de difuntos y mucho más volumen de voz, exclamó—: ¡Que no se repita! Eso ha sido una reprimenda oficial, ¿entendido, señor Mustachen? Y esto otro de aquí es mi mano.

Para asombro de Húmedo, Vimes rodeó la mesa y le dio el apretón de manos más fuerte que hubiera recibido nunca. Fue como estrechar un guante de boxeo lleno de nueces. No hubo fracturas ni sangre, y Vimes ni siquiera había apretado mucho, de manera que Húmedo concluyó que lo recién perpetrado debía de ser el saludo cotidiano del comandante. Decidió que era una muestra más de que el hombre que tenía delante no se andaba con medias tintas.

El comandante torció el gesto y dijo:

—Yo de usted, señor von Mustachen, me aseguraría de que mi mujer pasara mucho tiempo en las torres de clacs, que se alejara durante una temporada, y pediría a la Guardia que echase un ojo a mi residencia. Esos malnacidos de los cavadores no se detienen ante nada, y sin ánimo de ofender le diré que me sorprende que lograse usted liquidar a esos cabrones. —Bajó la voz, hasta reducirla casi a un susurro—. ¿Cómo te sentiste, hijo?

Había una expresión en los ojos de Vimes que indicó a Húmedo que, si había algún momento para decir la verdad, era ese, de modo que él también bajó la voz y respondió:

—Para serle sincero, comandante, tuve una ayuda inesperada. No se lo creería.

Para asombro de Húmedo, la sonrisa de Vimes se ensanchó.

—En realidad, señor Mustachen, puede que sí. Sé un poquillo de lo que es pelear sucio en la oscuridad, ya lo creo que sí. Fue bajo el valle del Koom hace unos pocos años, y yo también tuve ayuda, y no creo que me interese saber de dónde vino. Eso sí, ahora vaya con cuidado. Los grags ya le tienen fichado, está claro. Más vale que vaya a ver a Vetinari, pero me alegro de que hayamos tenido esta pequeña charla.

—¿Qué le hace creer que ahora iré a hablar con Vetinari?

—No lo creo, lo sé, porque acabo de volver de palacio. Su señoría iba a mandar a alguien a buscarle, pero le he pedido tener yo antes unas palabras con usted.

Húmedo caminó hasta la puerta, dio media vuelta y dijo, sin más:

—Gracias, comandante.

\* \* \*

Fuera, en la Vía Ancha inferior, Húmedo paró un trollebús de un solo troll, y no se alegró al ver que un enano subía a la alforja junto a él. Se preparó para un golpe, pero el enano se limitó a sonreírle[[47]](#footnote-47).

—Señor Mustachen, cuánto me alegro de verle. Le agradecería que me dedicase un minuto de su tiempo.

—Mire —dijo Húmedo—, soy un hombre muy, muy ocupado, tengo mucho que hacer y me esperan en palacio.

—¿En palacio? Permítame.

Y el enano lanzó el precio exacto al troll y le indicó su destino en la lengua del propio troll, para gran asombro de este. Madre mía, pensó Húmedo. Ankh-Morpork, crisol de las culturas del mundo, aunque a veces se llena de grumos que no hay manera de disolver.

Húmedo miró por encima del hombro al enano, lo cual era por supuesto inevitable. Parecía más… bueno, aerodinámico que el enano tradicional, aunque su sonrisa tenía algo de pendenciera; no desagradable, pero sí alimentada continuamente desde dentro. Húmedo cayó en la cuenta de que el enano le recordaba a algo… vaya, hombre, ¿cómo se llamaba? Ah, sí, un giroscopio, como el que había visto en una demostración en el edificio de Magia de Altas Energías de la Universidad Invisible. Dicho en pocas palabras y teniendo en cuenta que aquella persona era un enano, tenía algo que recordaba a un giroscopio, algo que rotaba en torno a un centro impreciso. La intuición ganó peso en cuestión de segundos, tras los cuales, en vez de insistir en que aquel compañero de viaje no deseado se apeara, Húmedo prestó mucha atención a la menuda y elegante figura.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Soy un simple mensajero —respondió el enano—. He venido a decirle algo que no puede dejar de saber. En un lugar sagrado cercano al valle del Koom, su nombre consta en la lista de personas a las que debe ejecutarse de inmediato, pero no se preocupe demasiado, porque…

—Eh… ¿Quiere decir que me preocupe lo justo, entonces? ¿Qué diablos se supone que significa eso?

La irritante solemnidad del enano, con su extraña esencia de sonrisa, empezaba a irritar a Húmedo.

—Bueno, señor Mustachen, va usted por detrás de lord Vetinari y el comandante Vimes, y por supuesto también de una cifra muy elevada de enanos a los que se considera poco enanos. De momento es una guerra minúscula, que arde soterrada como una capa de carbón subterráneo, esperando el momento de aflorar donde menos se la espera y sospecho que, en su caso, cuando menos se la espere.

—Mire —dijo Húmedo—, quizá no se haya fijado, pero yo no soy ni he sido nunca un enano, ¿de acuerdo? No llevo barba ni puedo caminar por debajo de una mesa. Humano, ¿lo ve?

La compostura del enano era inquebrantable, igual que su sonrisa, que se ensanchó un poco mientras decía:

—Puede que no sea enano, amigo mío, pero se le considera un vector, un símbolo de todo lo que se opone a la auténtica enanidad; un portador, por así decirlo, además de un personaje clave en una ciudad que algunos enanos querrían ver reducida a cenizas. Los clacs fueron solo el principio. La tentación de su ferrocarril no conseguirá apartar a los enanos del verdadero camino de Tak. El comandante y lord Vetinari están rodeados de personas que llevan una gran variedad de efectivas armas. Pero usted no, ¿me equivoco, señor Mustachen? No es un guerrero, sino un objetivo, aunque hay que reconocer que un objetivo sorprendente e ingenioso. Sugiero que recuerde cómo se cubría las espaldas Albert Relumbrón y, sobre todo, que no se meta en lugares oscuros. —El enano movió la cabeza y añadió—: Queda usted advertido, señor. Entiendo que se le ha oído decir en alguna ocasión que una vida sin peligro no vale la pena, y de verdad solo puedo decirle que suerte con eso. Tak no exige que piensen en él, pero sí que se piense, y sospecho que Tak precisará sus servicios en el futuro cercano, señor. Están sucediendo cosas en la política de las que no sabe usted nada, pero Tak sabe dónde encontrarle cuando le necesite.

Y con eso el enano sonrió, saltó de la alforja y se alejó corriendo antes de que Húmedo acertase a reaccionar.

Tomado por sorpresa, Húmedo siguió el trayecto hacia el palacio con la cabeza hecha un lío. ¡Antes de la matanza en la cabecera de línea, no había hecho nada malo! ¡Solo intentar ayudar a todo el mundo! Y ahora al parecer era un objetivo porque representaba todas las vilezas de Ankh-Morpork… lo cual no solo era injusto, sino también falso. Bueno, probablemente falso; bueno, por lo menos un poco. Supuso que a los grags les dolería que hubiese matado a unos cuantos de los suyos, aunque fuese en combate justo. Bueno, probablemente justo y, en cualquier caso, se habían llevado su merecido. Húmedo apenas había hecho nada realmente vil en su vida, y ahora su nueva, limpia, trabajadora y respetable identidad falsa estaba en peligro.

\* \* \*

Húmedo estaba fuera de sí cuando llegó[[48]](#footnote-48) al Despacho Oblongo.

—¡Al parecer soy un maldito objetivo! —espetó sin preliminares—. ¡Y usted lo sabía, señor!

En el silencio que siguió a sus palabras, lord Vetinari no movió la cabeza hasta que dobló su periódico.

—Doy por hecho que los grags le han encontrado, ¿me equivoco, señor Mustachen? Pensaba que sabía que, junto conmigo mismo, Drumknott, el comandante Vimes y muchos otros, figura usted en lo que creo que se llama una «lista negra», redactada por los grags radicales. Pero yo en su caso no me preocuparía. Al fin y al cabo, una vida sin peligro no vale la pena, ¿verdad, señor Mustachen?

—Bueno, vale —dijo Húmedo—, pero ¿qué pasa con Adora Belle?

—Ah, sí, señor Mustachen, a la señorita Buencorazón se lo expliqué la semana pasada.

—¿Qué? ¡No me dijo nada!

—Creo que quería darle una sorpresa, señor Mustachen. Sabe lo mucho que le gustan y que disfruta sintiendo algún que otro escalofrío, según me dijo.

—Pero ¡usted sabe que no soy ningún guerrero! —exclamó Húmedo casi con un chillido.

—¿De verdad, señor Mustachen? Pero si ya me han llegado informes que dicen lo contrario, trepidantes gestas de armas tomar, y ninguno de ellos recomienda tomarlas contra usted, créame.

Húmedo, que había estudiado durante mucho tiempo a Vetinari y sus estados de ánimo, sabía que nunca había forma de estar seguro de lo que pensaba. Pero en esos momentos el patricio parecía tallado en piedra, como una estatua.

—Señor Mustachen, ¿sabe qué dicen de los enanos?

Húmedo puso cara de incomprensión.

—¿Que son muy bajitos?

—Que «dos enanos son una discusión y tres, una guerra», señor Mustachen. Siempre están riñendo, riñendo y riñendo más. Es la base de su cultura. Y en esa riña, los grags se esconden y sueltan su veneno.

»El Acuerdo del Valle del Koom, que ayudé a negociar con el Bajo Rey y el Rey Diamante de los trolls, fue aclamado a lo largo y ancho del mundo como un soplo de esperanza para el futuro. Pero ahora varios de los enanos más influyentes parecen sometidos a una facción de los grags que está decidida a sembrar la destrucción. Una cosa son las desavenencias, pero estas atrocidades no pueden tolerarse. El Rey Diamante de los trolls y yo estamos presionando al Bajo Rey, y todo parece indicar que se ocupará del asunto.

»Esto ha llegado demasiado lejos, señor Mustachen. Antaño los grags eran enanos valientes que comprobaban que no hubiera grisú en las minas; de ahí la ropa gruesa que llevan. El cargo les confería prestigio, claro, pero en realidad no eran más que mineros valientes… expertos en minería, quizá, pero desde luego no en los asuntos de la política y el pensamiento. Al fin y al cabo, con un cacho de roca no se negocia. Con la gente se negocia todo el tiempo. El Bajo Rey lo sabe. Los grags también lo saben, pero no les gusta.

»Yo soy un tirano y, modestia aparte, se me da bien, pero entiendo cómo funciona la gente y cómo funciona el mundo. Todo es mudable. Nadie es inalterable. Un cierto toma y daca, un poco de negociación y de repente el mundo vuelve a quedar en equilibrio; para eso sirve la política. Pero la política de los grags solo consiste en: «Haz lo que te mandamos porque sabemos lo que te conviene». Y a mí eso me parece bastante tedioso.

—Pues a mí me parece tedioso que sus hombres me despierten a base de pinchazos —señaló Húmedo.

—¿En serio, eso es todo? —dijo Vetinari—. Les ordenaré que no pinchen tanto en el futuro. —Sonrió y añadió—: Señor Mustachen, el comandante Vimes es un hombre decente que pasa gran parte de su tiempo diciendo a la gente lo que tiene que hacer, y así es como funciona la Guardia. No es un oficio que permita el trabajo autónomo. Tiene que notarse que se hacen cosas y que se hacen como es debido. Existe una diferencia entra la tiranía y la dirección de un cuerpo policial. Tiene que haber reglas que todo el mundo comprenda. ¿Lo entiende, señor Mustachen?

El patricio miró a los ojos a Húmedo.

—Sí, lo entiendo —respondió él—. El comandante es el terrier de Vetinari y yo…

—Usted, señor Mustachen, es útil, además de un conducto para los hallazgos felices. Sin ir más lejos, tengo entendido que acaba de obsequiarnos con más trasgos en un momento en que los necesitamos. Aparte de eso, me cuenta Sydney, el caballerizo mayor, que uno de nuestros caballos gólem llegó ayer al grito de: «Dadme cabañal o dadme muerte». Teníamos entendido que los caballos gólem no hablaban, pero al parecer usted ha introducido a ese en el gozo de la palabra, señor Mustachen. Estoy impresionado. —La sonrisa de lord Vetinari se iba ensanchando—. Cuántas alegrías nos da, señor Mustachen. —Suspiró antes de continuar—. Y pensar que una vez lo dejé en las capaces manos del señor Dispuesto. A menudo me pregunta por usted. Ya sabe que nunca olvida un cuello. Y ahora váyase, señor Mustachen… su público le necesita.

\* \* \*

El bramido de furia y despecho del Bajo Rey cuando le dieron la noticia de la matanza en la cabecera de línea resonó de una punta a otra de los salones reales y llegó hasta el último rincón de la gran caverna. Los murciélagos se desprendieron de los techos, en los hornos la masa se negó a subir y la plata de las armas decorativas se empañó.

Rhys Hijoderhys se sentó pesadamente en el Bollo del Destino y sacudió el papel del clac que acababa de recibir.

—¡Unos enanos han matado a empleados del ferrocarril! —gritó—. Gente corriente, que trabajaba tranquilamente en una empresa que aprovecharían tanto los enanos como los humanos. —El rey parecía al borde de las lágrimas y se dio un puñetazo en la palma de la mano—. ¡Y esto, después de lo de las torres de clacs! —exclamó, con un gemido lastimero—. Esto es un mensaje del Rey Diamante de los trolls, que intenta no amargarme el día, pero creo que me tiene lástima. —Alzó la voz hasta gritar—. ¡Y estamos hablando del rey de los trolls, que antes era nuestro archienemigo pero pasó a ser mi amigo personal! ¿Qué va a pensar ahora de lo fiables que son los enanos? Gracias a las indagaciones de la Guardia de Ankh-Morpork, incluida nuestra Jovial Culopequeño, tenemos los nombres de los idiotas responsables. Y ahora sé exactamente quién está detrás de todo esto. —Hizo una pausa y paseó una mirada iracunda por la creciente multitud—. ¿Dónde está Ardiente? ¡Traédmelo de inmediato! ¡Le enseñaré el daño que han hecho sus estúpidas soflamas! Quiero que me lo traigan encadenado, si puede ser. Por todos los cielos, Tak nos dio el Acuerdo del Valle del Koom y ahora ese pequeño grano de pus intenta echarlo abajo.

La multitud había ido creciendo y el rey tuvo que alzar más la voz.

—Repito que lo quiero aquí. Ahora. Hoy. Sin excusas. Sin segundas oportunidades. Sin redención posible. Que se sepa que el rey no permitirá que los beneficios del Acuerdo del Valle del Koom se derrumben por unos aventureros que creen que el pasado sigue con nosotros y les pertenece. Lo único que veo yo del pasado es su eco estéril.

»Y de un tiempo a esta parte vengo oyendo a gente que habla mal de los trasgos que trabajan en las industrias humanas, como el nuevo ferrocarril y los clacs. Oigo muchas quejas de que nos roban el trabajo a los enanos, pero ¿por qué pasa eso? ¡Porque los trasgos aprenden deprisa, trabajan mucho y se alegran de vivir en Ankh-Morpork! ¿Y los enanos? Tenemos facciones que nos hunden con cada torre que incendian… ¿Quién va a fiarse de nosotros después de eso? Recordad que, si Tak nos enseña algo, es a ser tolerantes con todas las formas inteligentes. Yo os digo que el mundo cambia de una generación a otra y, si no aprendemos a nadar a favor de la corriente, nos estrellaremos contra las rocas.

Tímiedo Hijodetímiedo, situado junto al rey, recogió el testigo. Miró a los enanos reunidos antes de hablar.

—Tak no esperaba que la piedra tuviera vida, pero cuando la cobró, él sonrió al verla y dijo: «Todas las cosas luchan por medrar». —Hijodetímiedo fulminó con la mirada a los oyentes—. Una y otra vez se ha robado el último testamento de Tak en un lamentable intento de destruir el futuro en su cuna, y eso no es solo una falsedad, ¡es una blasfemia! Tak tolera incluso a los Nac Mac Feegle, puede que por diversión, pero me pregunto si seguirá tolerándonos a nosotros. Ahora mismo debe de mirarnos con lástima, que espero que no se convierta en cólera. Sin duda la paciencia de Tak debe de tener sus límites. —Hijodetímiedo hizo una reverencia al Bajo Rey y añadió—: Estoy a vuestro servicio, majestad. ¿Qué me ordenáis?

—Te ordeno que no me hagas reverencias, amigo mío —respondió el rey, que seguía con el rostro enrojecido—. Creo que más bien tendría que inclinarme yo ante ti. Tus palabras son sabias, como siempre, y serán pregonadas en todas las minas.

Entonces entró corriendo en la sala un enano y susurró algo al fiel secretario del Bajo Rey, Aeron, quien le escuchó con cara de circunstancias.

—Lamento informaros, mi señor, de que Ardiente y sus amigos parecen haber desaparecido.

—O sea que el estúpido agitador ha escapado —susurró el Bajo Rey con furia apenas contenida. Alzó la voz y se dirigió a la multitud—. Quedan desterrados. Todos ellos. Sin duda esos cobardes encontrarán un escondrijo, pero cualquiera que les ayude recibirá trato de traidor, no a mi persona sino al Bollo.

\* \* \*

Poco más tarde, el rey caminaba de un lado a otro en la intimidad de su vestidor cuando llegó Aeron con el último informe.

—Han atrapado a seguidores de poca monta, pero sí, los jefes han huido. —Cuando el secretario mencionó un par de nombres, la cara de Rhys Hijoderhys se volvió fría como el mármol. Aeron le puso una mano tranquilizadora en el hombro y prosiguió—: Albrecht y la gente de sus minas están de tu lado, aunque muchos otros parecen indecisos.

—¿Indecisos? No basta con eso. Necesito su compromiso pleno —dijo el rey.

Su secretario sonrió.

—Lo conseguirás, estoy seguro. Puede que aún haya algunos elementos incontrolados que barrer, pero pronto les echaremos el guante. Pero ve con cuidado, Rhys, porque veo que todo esto te está exigiendo mucho, y no es bueno. Además, te queda otra carta que jugar.

El rey negó con la cabeza.

—Todavía no, pero quizá dentro de poco, cuando me parezca adecuado. Solo tengo que encontrar el momento preciso.

Aeron volvió a sonreír. Y entonces se oyó un beso.

\* \* \*

El saboteador enano tuvo un golpe de suerte. Justo debajo de él tenía la Máquina Uno, la que llamaban Traviesa de Hierro, y no había tiempo que perder. Era un experto, y astuto, y los grags le pagarían una fortuna si destruía aunque solo fuera una maldita locomotora.

Se dejó caer en silencio desde el tejado y aterrizó justo detrás de la prestigiosa máquina. Era buen momento para hacer saltar los engranajes. Había centinelas, lo sabía, pero eran estúpidos y lentos, y aquella noche tocaba guardia a unos sustitutos que además estaban patrullando a mucha distancia. Lo había comprobado y vuelto a comprobar. Así, se aproximó con sigilo a la locomotora, sola en su inmensa y oscura cochera.

Para inutilizar una máquina de tren podían hacerse muchísimas cosas, y él las había imaginado todas. A oscuras, preparado para escalar al techo de nuevo y salir por la claraboya, desenrolló su hato de instrumentos, todos cuidadosamente enfundados en piel para que no tintinearan, y subió con paso decidido a la cabina de la Traviesa de Hierro…

… y en la penumbra la locomotora escupió un chorro de vapor vivo, que llenó el aire al momento de una niebla rosada…

El enano esperó, incapaz de moverse, y una voz lúgubre dijo:

NO TE ASUSTES, POR FAVOR. SOLO ESTÁS MUERTO.

El saboteador miró a la figura esquelética, logró recomponerse y replicó a la Muerte.

—Ah… No me arrepiento de nada, que conste. ¡Estaba haciendo la obra de Tak, que me recibirá en el paraíso con los brazos abiertos!

Para no tener laringe, la Muerte hizo un buen intento de carraspear.

BUENO, SIEMPRE QUEDA LA ESPERANZA, PERO, TENIENDO EN CUENTA LO QUE TE PROPONÍAS HACER, YO EN TU CASO EMPEZARÍA A ESPERAR CON MUCHA MÁS FUERZA AHORA MISMO Y MUY DEPRISA. La Muerte siguió hablando con un tono tan seco como el granito. ES CIERTO QUE TAK PUEDE SER COMPRENSIVO. LUCHA COMO NO HAS LUCHADO NUNCA. SÍ, TAK PUEDE SER COMPRENSIVO O…

El saboteador escuchó el sonido del silencio, el sonido de una campana que por desgracia no tenía badajo, pero al fin ese silencio espantoso terminó en un…

NO.

\* \* \*

La Traviesa de Hierro había dado un estridente chillido sibilante de dama en apuros que había cortado el aire como un cuchillo y, para cuando el cabo Nobby Nobbs y el sargento Colon llegaron a la cochera, corriendo con extremo cuidado y precisión, lo único que encontraron aparte de la locomotora fue una mancha de humedad tibia y rosácea, un hato de herramientas y varios fragment[[49]](#footnote-49)os de hueso.

—¡Parece que la máquina se ha defendido! —exclamó Nobby—. Ya sé lo que es esto, mi sargento. Es increíble, hasta espeluznante, diría yo.

Fred Colon dio un paso al frente y dijo:

—A mí no me parece oblongo, Nobby. Mira esa palanca y esas herramientas… No me digas que la máquina se pasa la noche en vela como una viejecilla que duerme con un atizador al lado de la cama para ahuyentar a los ladrones. Para mí que ha sido timidez. ¡Vapor a chorro! ¡Menos mal que tú y yo hemos podido espantar a todos los demás intrusos!

—Y eso que iban armados hasta los dientes —dijo Nobby, enunciando bien las sílabas para que no hubiera lugar a dudas—, pero no se han atrevido a enfrentarse a nosotros, tal cual te lo digo.

Goteaba agua de las recias vigas de las alturas del cobertizo. Colon echó un vistazo y dijo:

—Oye, Nobby, ¿qué es eso blanco de ahí arriba, clavado en el techo?

Nobby entrecerró los ojos.

—Esto… parece media calavera, si me preguntas a mí, sargento, y todavía echa humo.

A lo lejos sonaban los pasos pesados de los guardias gólem que llegaban a la carrera y rodeaban la cochera con rapidez. Nobby alzó la voz.

—Será mejor que les digamos que los otros ya estarán a quince kilómetros a estas alturas, sargento, viendo cómo corrían. Y me da a mí que el viejo Vimesito podría darnos un día libre por el trabajo de esta noche.

—Pero mira —señaló Colon—, nosotros hemos patrullado por delante de esta locomotora una y otra vez y no nos ha pasado nada.

—Pero nosotros no llevábamos idea de romperla, ¿verdad, sargento?

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que la Traviesa de Hierro sabe quiénes son sus amigos? No fastidies, si solo es un cacho de metal viejo.

Y en el silencio algo emitió un leve tintineo. Colon y Nobby contuvieron la respiración.

—¡Una máquina maravillosa, eso por descontado! ¿No te parece, Nobby? ¡Mira qué líneas tan suaves y elegantes!

Se produjo otra pausa durante la cual los alientos siguieron contenidos, hasta que Nobby dijo:

—Bueno, ya han llegado los gólems, sargento, y nuestro turno se acaba. Escribiré un informe bien completo nada más lleguemos al Yard, lo que me recuerda que aún tienes que devolverme el lápiz.

Los dos se alejaron con paso despreocupado pero de impresionante velocidad y, durante un rato, la Traviesa de Hierro se quedó sola. Luego hubo un sonido muy tenue que parecía mitad silbido y mitad risita.

\* \* \*

Tarde o temprano, cualquier cosa relacionada con el ferrocarril pasaba por el escritorio de Húmedo, que por lo general agilizaba esa travesía todo lo posible. En aquel momento miraba, por encima del papeleo, a un Dick Simnel claramente avergonzado.

—Venga, Dick, cuéntame lo que crees que pasó anoche. Parece que los grags se proponían hacerle algo más que una abolladura a la Traviesa de Hierro. Esto podría relacionarse con el atentado contra la cabecera de línea, pero hubo algunas… diferencias significativas. Supongo que existen muchas maneras de inutilizar una locomotora, pero la Guardia llegó al lugar de los hechos en cuestión de minutos y, según ellos, fue ella la que se defendió y liquidó a uno de los criminales. Conozco a esos dos guardias desde hace mucho y siempre se enfrentan a fuerzas muy superiores en número, o por lo menos eso dicen si no hay más testigos, pero sí parece que ella se adelantó para hacer justicia y, en pocas palabras, hirvió al intruso. Todavía friegan el suelo. ¿Cómo crees que pudo ocurrir, Dick? ¿Fue alguna clase de magia?

Simnel se ruborizó.

—Señor Mustachen, soy ingeniero. No creo en la magia, pero ahora mismo me pregunto si la magia cree en la Traviesa de Hierro. Todos los días, cuando llego al trabajo, encuentro a esos chavales que observan los trenes, siempre allí, y ahora hasta han levantado unos cobertizos para resguardarse… ¿Se ha fijado? Casi saben más de ella que yo, créame, y siempre me fijo en la gente que aún quiere dar una vuelta y no les veo cara de ingenieros, sino más bien de gente que va a la iglesia, y entonces me pregunto qué estará pasando. No, no puedo decirle cómo la Traviesa de Hierro mató al enano que intentaba matarla a ella, ni por qué nunca ha hecho nada parecido cuando había gente corriente delante. Eso se parece mucho a pensar, y no sé cómo piensa.

Dick ya estaba de un rojo encendido y Húmedo se apiadó del ingeniero, que vivía en un mundo donde las cosas hacían lo que se les mandaba, todos los numeritos cuadraban y todos los cálculos danzaban al compás del castañeteo de la regla deslizante, como correspondía. Pero ahora se encontraba en un mundo conceptual, donde la autoridad de esa regla de cálculo no regía. Dick miró a Húmedo con cara de desesperación.

—¿Cree que es posible que una máquina como la Traviesa de Hierro tenga… alma?

Madre mía, pensó Húmedo, el pobre está fatal. En voz alta dijo:

—Bueno, me he fijado en que muchas veces pasas las manos por encima de ella después de frenar, como si la acariciaras, y el resto de maquinistas hacen lo mismo, y aunque las Voladoras tienen números he visto que los maquinistas les ponen nombre y hasta hablan con ellas; a veces son solo palabrotas, pero aun así están hablando a un trasto mecánico. Sí, me pregunto si la vida no será contagiosa, de alguna manera, porque también he visto que cada vez que la gente sube para dar una vuelta en la Traviesa de Hierro también le dan una palmadita, y estoy seguro de que jurarían que no saben por qué. Pero ¿qué crees tú?

—Uf, ya sé lo que quiere decir. Al principio, cuando estaba empezando, recuerdo que hablaba con la Traviesa de Hierro a todas horas y le gritaba bastante a menudo, y a veces también soltaba alguna palabrota, sobre todo cuando se ponía violenta. Sí, puede que no vaya muy desencaminado. Hay mucho de mí en ella, mucha sangre mía, cubos de sudor y muchas, muchas lágrimas. Por su culpa perdí la punta de un pulgar y tengo casi todas las uñas azules, y supongo que, bien pensado, también hay mucho de ella en mí.

Al decir eso pareció que se avergonzaba, de modo que Húmedo se apresuró a intervenir:

—Creo que tienes razón, Dick, es uno de esos momentos en los que hay que dejar de pensar en el cómo y el porqué y recordar solo que, ocurra lo que ocurra, está funcionando, y a lo mejor deja de funcionar si alguien quiere ir de listillo y llegar al fondo de lo que pasa. Hay veces en las que no se va a ninguna parte con una regla de cálculo y yo que tú esta mañana la dejaría bien limpia y reluciente y la sacaría a ver a sus fieles y sentir su adoración. Ellos anhelan algo y yo no sé qué es, o sea que disfruta mientras puedas y no lo eches todo a perder pensando demasiado ni preocupándote demasiado. Y yo te prometo que no diré una palabra sobre esta conversación a nadie. —Entonces se animó—. Venga, Dick, ¡la vida es bella! ¿La regla de cálculo te ha llevado a algún arreglo con la señorita Emily?

Simnel se ruborizó.

—Sí, hemos hablado un poco, sobre todo de la Traviesa de Hierro, y su madre me ha dado permiso para que vaya a tomar el té con ella mañana.

—En ese caso, sugiero que consigas una camisa nueva… ya sabes, una que no esté manchada de grasa, y que te limpies las botas y las uñas y todo lo demás, y ahora que estás forrado tienes que comprarte un traje nuevo y elegante. Conozco un par de sitios que te harán buen precio. —Olisqueó y añadió—: Y date un baño, haz el favor, por el bien de la señorita Emily.

Dick se ruborizó más aún y sonrió.

—Tiene razón, señor Mustachen. Ojalá pudiera ser de cien vuelto como usted.

—Es fácil, Dick, basta que seas tú mismo. Eso no pueden quitártelo nunca.

\* \* \*

Y cuando Húmedo dejó su escritorio para echar otro vistazo al lugar de los emocionantes sucesos de la noche anterior, encontró allí a Harry Rey, hecho un pincel y un basilisco al mismo tiempo. El empresario enseñó a Húmedo una pajarita.

—Odio estos trapos; total, ¿para qué sirven? —Gruñó—. Esta noche tengo otro acto social de los cojones, Efi se pirra por ellos. Le he dicho que estoy ocupado, que hay mucho lío con el ferrocarril, pero está decidida a hacerme un hombre mejor. Y todo ese asunto de qué cuchillo y qué tenedor hay que usar para comer es un rompecabezas hecho aposta para que un tipo sencillo como yo se sienta un extraño. El cubierto que cojas no va a cambiar el sabor de la comida, pero Efi me aprieta fuerte la rodilla si me equivoco.

»Quiere que vaya a clases de electrocución, me cago en todo, pero ahí sí que me planto. Noble o no, sigo siendo Harry Rey y pienso seguir sonando como Harry Rey. Y le he dicho a Efi que no me importa regalar dinero a orfanatos y demás, porque me gusta ver cómo se ilumina la cara de los chavalillos; lo que no me gusta es el pavoneo y el parloteo constante cuando podría estar trabajando tranquilamente en mi despacho. Efi dice que es por el Nobless Ombligg, pero digo yo que qué más dará tenerlo hacia dentro o hacia fuera. Es terrible que un hombre no pueda ser él mismo, solo por su ombligo.

\* \* \*

A ochenta kilómetros de Ankh-Morpork en dirección dextro está el bosque de los Tojones, fuente de risas para algunos pero aun así morada de pájaros cantores durante todo el año y, sorprendentemente, de algún que otro leñador, además de los mineros de carbón que trabajan en explotaciones familiares demasiado pequeñas para que los enanos las codicien pero lo bastante grandes para dar de comer.

En aquella hermosa mañana, en la forja familiar de los Wesley, Crisol Wesley discutía con su hermano.

—Vale, tú eres herrero, de acuerdo, pero a mí esa máquina parecía complicada. Jed, eres un buen herrero y estás fuerte, pero no te veo montando una locomotora entera tú solo con un martillo. Yo digo que necesitas aprender más de los libracos. Ya viste a aquellos chicos del complejo, moviéndose por el humo con sus reglas móviles, aunque no te enteraras del todo de para qué valían.

El aludido Jed, goteando sudor y peste, alzó la vista de su yunque.

—Mira, es fácil. Tú hierves el agua hasta que está muy, muy caliente, y eso mueve los pistones, que son los que hacen girar las ruedas. De verdad que no tiene mucho misterio, aparte de lubricar y engrasar. Para mí que lo más difícil será pararla cuando haya arrancado.

Crisol Wesley, al que los lugareños consideraban el cerebro del equipo, en la medida en que el equipo tenía cerebro, se puso nervioso al oír aquello.

—Sé que has sido Herrero del Año en Escrote tres veces seguidas y te llevaste la copa de plata esa que tiene a mamá tan orgullosa, pero no sé… Yo para mí que no la cosa ha de tener más chica. Secretos del ramo y todo eso…

Jed puso cara de entrar en comunión con los espíritus durante un momento y después anunció:

—Bueno, ya tengo la caldera medio hecha, eso es así. Y yo creo que, si nos lo tomamos con calma, no tendría que pasar nada raro. Total, he visto salir vapor de la tetera de mamá y solo es aire mojado, nada más.

Asestó un palmetazo con su mano enorme a la caldera que tenía subida a un pedestal improvisado, junto a su banco de trabajo.

—Hala, ayúdame a sacar esto afuera, que lo probaremos… Siempre podemos apagarla si se pone tonta, porque digo yo que seremos más listos que una puta tetera.

Acarrearon al exterior el enorme recipiente aunque, en honor a la verdad, un orgulloso Jed cargó con la mayor parte del peso. Su hermano lo observó con admiración y cierto desasosiego, o lo que habría sido desasosiego si supiera que existía la palabra. En la práctica, lo que notó fue que le corría sudor por la espalda. Empezó a retroceder pasito a pasito y de nuevo intentó hacer entrar en razón a su hermano mayor.

—Bueno, no sé yo, Jed, ellos tomaban un montón de medidas y hacían cosas con palancas y tal, y cuando el trasto silbaba, silbaba de verdad.

—¡Ya, y nos costó un dólar verlo! No te preocupes por un palito que se mueve… ¡te digo que somos más listos que una caldera! Y si me da problemas, saco el martillo y la convierto en herraduras. Venga, yo enciendo el fuego y tú te turnas conmigo al fuelle.

Cuando Crisol hubo ayudado a su hermano a encender la caldera en el claro del bosque, al aire libre, hizo un último intento de embutir un poco de sentido común en el diálogo.

—Te digo que es demasiado difícil. Si no, habríamos oído hablar de más gente que lo hubiera hecho.

Pero comprobó con abatimiento que su comentario solo servía para animar aún más a su hermano a domar el vapor, porque replicó, mientras se daba unos golpecitos en el costado de la nariz:

—¡Eso es porque me da a mí que ellos no eran tan listos como yo!

La expresión «me da a mí» tiene algo un poco inquietante, que deja a la oreja deseando, por muchos motivos difíciles de comprender, otra expresión un poco más convencida y un poco menos terrorífica. Y por ironías del destino, al cabo de unos veinte minutos fue precisamente una oreja lo que descendió en espiral entre la niebla vaporosa que empezaba a posarse, y entre unos árboles destrozados que parecían talados por dragones, y entre unos pájaros que caían cocinados…

\* \* \*

Húmedo estaba predispuesto contra el concepto de las dos de la madrugada, una hora que ocurría a otra gente. No tenía nada en contra de un poco de aire puro tempranero cuando estaba de viaje, sobre todo en la vía férrea, que venía a ser como estar de acampada y por tanto era divertido, pero que lo despertaran en su propia cama de madrugada era una abominación. Eso clamaba al cielo, aunque él no clamó a sir Harry, que acababa de llegar a la avenida Pastelito llevado por todos los demonios.

Malaire el mayordomo corrió para adelantarse a sir Harry como mandaba la etiqueta, pero sir Harry subió hecho una furia por la escalera agitando una hoja de clacs ante cualquiera que se le cruzara, hasta que entró en el dormitorio de Húmedo y vociferó:

—Algún gilipollas se ha dedicado a hacer experimentos con un cacharro de vapor y ha conseguido matar a dos personas, entre ellas él mismo, en el bosque de los Tojones. ¿Y sabes qué? Los claqueros de la torre de Escrote avistaron la explosión y fueron y se encontraron con la carnicería, ¡y ya sabes cómo son los claqueros! ¡La noticia ya ha corrido más que un dólar falso! ¡Y también, por lo visto, los pedazos de esos pobres mamones! Dos muertos, Húmedo. La prensa nos despellejará.

Para entonces Húmedo había conseguido ponerse los pantalones del derecho.

—Pero, Harry —balbució—, ahora mismo no estamos haciendo nada en el bosque de los Tojones. Queremos instalar un ramal que llegue a Escrote y que dará un buen dinero, pero esto no tiene nada que ver con nosotros. Malaire, por favor, trae a sir Harry un coñac fuerte y una silla blanda.

—Tenga o no algo que ver con nosotros, Húmedo, sabes que la prensa se nos echará encima como moscas a un pozo negro.

—Confía en mí, Harry —dijo Húmedo, para irritación de Harry—. Confía en mí. No hemos sido nosotros y no tenemos por qué preocuparnos. Yo hablaré con la prensa. Supongo que irán todos al sitio de los Tojones en cuanto amanezca, de modo que, si no te importa, salgo para allá ahora mismo y así jugaré con ventaja.

—¡Esto no es ningún juego, joder! —bramó Harry.

Y por encima del hombro, Húmedo replicó:

—Lo siento, pero es útil verlo así, Harry.

Justo cuando Húmedo bajaba por la escalera con Harry rabiando tras sus talones, Adora Belle llegó a casa. A veces trabajaba de noche en el Gran Tronco; decía a Húmedo que era para que la gente no se confiara, pero él sabía que en realidad le encantaban esos turnos tranquilos en que la noche estaba despejada y los mensajes centelleaban entre monte y monte como luciérnagas.

Era el hechizo de los clacs, y no solo lo sentían los trasgos. Adora Belle lo sabía y por eso no le importaba que los claqueros y las claqueras confraternizasen siguiendo aquellas líneas de luz maravillosas y relampagueantes. A fin de cuentas, más de un matrimonio se había concertado a través del desprevenido éter durante la madrugada, y tarde o temprano nacerían pequeños claqueros o claqueras.

Adora Belle había dicho una vez a Húmedo: «Sabes que los claqueros, y sobre todo las claqueras, están hechos de una pasta especial, y es importante que se casen y tengan hijos que lo lleven en la sangre. Son nuestro futuro, y ay de ellos si sus cónyuges no trabajan también en los clacs. Los claqueros son una clase de persona aparte y quienes se parecen se atraen».

Cuando Húmedo la informó del accidente en el bosque de los Tojones, Adora Belle desapareció en su despacho y Húmedo oyó una estampida de trasgos que acudían a ella y luego el traqueteo de los clacs en el tejado. Al cabo de poco tiempo hizo bajar a un trasgo con un papel para Húmedo que decía: «Noticias de Escrote. Stop. Es una caldera que estalló. Stop. No un tren. Stop. Muerte espantosa de dos personas, pero ninguna locomotora auténtica. Stop».

Aquel último descubrimiento redobló la confianza de Húmedo, que puso una mano en el hombro a Harry y dijo:

—Por favor, no te preocupes, Harry. Sé cómo irá esto. Lo único que necesito es que el señor Simnel y tú os reunáis conmigo en el bosque de los Tojones lo antes posible. Ah, y es posible que terminemos necesitando a Rayo.

\* \* \*

Era el momento de hablar de nuevo con el caballo gólem. A Húmedo le preocupaba un poco obligarlo a hacer otra travesía larga tan pronto, pero la montura dijo:

—Señor, soy un caballo. Ser caballo es mi pasión en la vida, y llegaremos al bosque de los Tojones en un suspiro. Ensílleme, por favor, y partiremos.

Húmedo había encontrado una postura más o menos cómoda para cabalgar. Ningún caballo de carne y hueso podía galopar a aquella velocidad sin que se le enredasen las patas, pero aun así Húmedo cubrió los ochenta kilómetros que lo separaban del bosque de los Tojones antes del amanecer y sin distensiones inguinales de consideración.

Buscó de inmediato la taberna más cercana al accidente, que era el local de Edward Antepasado, expendedor de un selecto surtido de cervezas. Por lo menos eso decía en la placa, bastante grande, que había detrás de la barra, y Húmedo no estaba por la labor de discutirlo.

El tabernero, que ya estaba levantado y vestido, lo miró de arriba abajo y dijo:

—Esperaba a alguien como usted. Viene de la ciudad, ¿verdad? Por la explosión, ¿verdad? ¿Es un periodista de esos? Porque si es periodista, quiero dinero.

—No, no lo soy —aclaró Húmedo—, trabajo para el ferrocarril. Me he enterado de la explosión y vengo a ver qué ha ocurrido.

Antepasado lo volvió a mirar de arriba abajo y dijo:

—Aquí lo sabemos todo. Han sido los hermanos Wesley. ¿Tiene buen estómago, joven? Si fuera por mí, dejaría el bar para ayudarle, pero entonces tendría que despertar a mi mujer para que atendiera al turno de mañana de los mineros. Llegarán a desayunar dentro de nada.

Húmedo captó la petición tácita y entregó al hombre una suma razonable antes de seguirlo afuera hasta un sendero que se adentraba en el bosque. En aquella zona era bastante agradable, no demasiado oscuro, la clase de lugar adonde se iba de merienda, pero a medida que avanzaban Húmedo empezó a comprender que, fuera lo que fuese lo que iban a encontrar a continuación, le quitaría las ganas de merendar.

\* \* \*

En un claro a no mucha distancia de la taberna, los árboles estaban despojados de sus hojas, había madera retorcida por todas partes y se veían restos de forja clavados en diversos troncos. También había fragmentos de la caldera siniestrada, algunos de ellos tan incrustados en los imponentes robles que Húmedo no pudo extraerlos. La neblina que cubría el calvero le provocó un escalofrío. Respiró hondo.

—¿Qué ha sido de los cuerpos, señor Antepasado?

—Ah, sí, señor. Los tengo en mi bodega, aprovechando que ahí abajo hace mucho fresco. Están en un cubo. Y no es un cubo muy grande, no crea. Eran dos hermanos, dos chavales más majos que dos soles. Crisol era el cerebro y Jed, el herrero. Aunque en el cubo no se distingue qué trozos son de cada cual. Jed iba fanfarroneando con que pensaba construir una máquina de tren algún día, y para serle sincero, señor, era muy buen herrero, pero no sabría decirle cuánto sabía de locomotoras. Pero él creía que podría fabricarla y todos sus amigotes lo animaban. —El tabernero vaciló un instante—. Yo fui el primero en llegar y más que nada lo que había era niebla, y eso no me gustó ni un pelo. El aire era pegajoso y caliente, daba ganas de vomitar. Y eso es todo, señor. No hay mucho más que decir.

Húmedo alzó la vista y preguntó:

—¿Es normal que haya un yunque en lo alto de aquel árbol?

El tabernero miró a Húmedo y luego al árbol.

—No se le escapa una, ¿eh? Por lo general, ese yunque siempre ha estado en el suelo, pero fue una explosión de las fuertes.

Húmedo animó el gesto en la medida de lo posible y dijo:

—Gracias, señor Antepasado. Dentro de poco llegarán un montón de periodistas para ver todo esto. Lo siento mucho, pero son como moscas.

—No pasa nada, señor. Es bueno para el negocio. Los periodistas beben el doble que cualquier otro cliente y durante el doble de tiempo. Vinieron unos cuantos cuando el derrumbamiento en la mina y la verdad es que empinan el codo que da gusto. —El señor Antepasado se frotaba las manos con solo pensarlo.

En realidad, estaba ya bien entrada la mañana cuando hicieron acto de presencia la mayoría de los periodistas. Por delante de la manada llegó Otto Alarido, del Ankh-Morpork Times, que siempre era el primero en llegar al lugar de los hechos.

En cuanto al resto de la panda de periodistas, llegaron hechos un lío, cada uno confiando en que algún otro les contara lo que había ocu[[50]](#footnote-50)rrido.

El señor Antepasado hizo su agosto vendiendo bocadillos de beicon mientras su señora freía huevos y las obligatorias rebanadas de pan.

Húmedo hizo correr la voz de que, aunque el ferrocarril no tenía nada que ver con aquello, los propietarios pensaban acudir al lugar del accidente en persona y responderían con mucho gusto a cualquier pregunta. Para cuando llegaron Harry Rey, Simnel y Rayo, Húmedo vio que Antepasado empezaba a subir con cautela el precio de sus cervezas a medida que el establecimiento, poco a poco, se llenaba de gente llegada de todas las llanuras Sto.

\* \* \*

Húmedo ya había averiguado de boca del señor Antepasado que la anciana madre de los hermanos estaba en su propia casa, a un paseo de la taberna, consolada por sus amigas, y se aseguró de que ni una sola palabra sobre aquello ni sobre el paradero de los desafortunados hermanos Wesley llegara a oídos de los periodistas. Se sorprendió al comprender que esa decisión era la más sensata y humanitaria, porque algunos de los reporteros eran de los que sin duda preguntarían cosas como: «Dígame, señora Wesley, ¿cómo se sintió cuando se enteró de que sus dos hijos se habían derretido?».

Cuando la prensa se abalanzó sobre los recién llegados, Húmedo hizo las veces de gran maestro de ajedrez e intentó salvaguardar a su rey, léase Harry Rey, de las peores preguntas, contra las cuales movía a su aguerrido caballo, Dick Simnel. Estaba aprendiendo mucho del señor Simnel. Le atosigaban con preguntas como: «¿Qué diría a quienes opinan que el vapor vivo acabará por matar a todo el mundo?».

A lo que Dick respondía: «No lo sé, señor, nunca me he encontrado a nadie que pensara eso. El vapor es muy, muy peligroso si uno no sabe lo que hace y me dan mucha pena esos dos pobres chicos».

Mechadura, del Diario de Pseudópolis, dijo:

—Hemos sabido que su propia locomotora mató a una persona anteanoche. ¿Qué tiene que decir al respecto, señor Simnel?

Antes de que Dick acertara a hablar, Rayo se erigió en juez y dijo:

—La persona en cuestión claramente intentaba sabotear la locomotora y, aunque lamentamos la desgracia, como no podía ser menos, estaba donde no debía, haciendo algo que no debiera haber hecho. Es evidente que entró en la cochera por una claraboya, lo cual parece indicar que no tenía ningún propósito dentro de la ley. Su fallecimiento, aunque trágico, fue autoinfligido.

—¿Y qué me dicen del señor Simnel padre? —insistió Mechadura—. ¿Su fallecimiento también fue antoinfligido?

Simnel tomó la palabra de nuevo.

—Es una muestra más de que debe tratarse al vapor con respeto, y sí, yo lo aprendí por las malas cuando mi padre murió. Por eso tomo medidas y hago pruebas y luego mido otra vez. La clave son los numeritos pequeños. La clave es ir con cuidado. La clave es acumular conocimientos. El vapor tiene sus reglas. No por nada lo llamamos vapor vivo. En malas manos es peligroso, pero mis manos, señor, han pasado mucho tiempo construyendo calderas y motores estáticos, solo para ver hasta dónde podía llegar. Significa que normalmente me escondía detrás de una pared de piedra mientras me pasaban volando pedazos de motor por encima de la cabeza. Se aprende a base de errores, con suerte, y yo procuré cometer errores solo para ver como no cometerlos, y aunque no sea muy buen momento para decirlo, hay que ser inteligente, hay que ser listo y hay que ser humilde delante de tanta potencia. Hay que pensar en todos los detalles. Hay que tomar notas, educarse, y luego, solo luego, el vapor se convierte en amigo. Como la Traviesa de Hierro, todos la han visto. ¿Sí, señorita?

Húmedo reconoció a Sacharissa Cripslock, que dijo:

—Habla con mucho cariño de su locomotora, señor Simnel, y por tanto debo preguntarle si tiene usted alguna chica especial.

Hubo risitas entre los gacetilleros, pero Simnel se limitó a parpadear.

—Vaya, gracias por preguntarlo, y sí, en efecto hay una joven que me mira con buenos ojos. —Simnel se volvió hacia otra libreta ondeante y preguntó—: ¿Sí, señor?

—Me llamo Contusión, señor, Contusión Johnson de La Gaceta de Gran Col. ¿Tiene la intención de compartir sus conocimientos con otras personas que intenten construir sus propias máquinas? Así podría salvar muchas vidas.

Simnel echó un vistazo de reojo a Húmedo, quien miró a Harry Rey, quien bajó una ceja, lo cual Húmedo sabía que podía tomar como un «sí». Simnel también lo sabía y había captado la señal.

—Ya lo creo, señor, lo haremos. Por lo menos lo más básico, la seguridad y demás. Pero será costoso. La investigación y el desarrollo tienen que ser costosos. Pero sí, aceptaré aprendices, les enseñaré los fundamentos y, en general, los convertiré en trabajadores más seguros. De hecho, estamos planificando unas regladas, una especie de Academia del Ferrocarril, por así decirlo. —Su sonrisa se fue desvaneciendo mientras añadía—: Por supuesto, siento un montón lo de estos pobres muchachos, señor, pero aprender es duro y los fallos se pagan caros. No querría que volviese a suceder algo parecido, pero hay que hacer las cosas como es debido. Sin escatimar ni tirar por el camino fácil.

El señor Simnel había vencido de nuevo. La prensa no sabía qué hacer con un hombre franco. La certidumbre que reflejaba su cara los desarmaba y hasta era posible, pensó Húmedo, que les insuflara el deseo de ser mejores personas. La total desconexión de Simnel con cualquier forma de política los desconcertaba.

Simnel los seguía mirando con la expresión radiante.

—Así que si cualquiera de ustedes quiere visitar los talleres de Ankh-Morpork en cualquier momento, se los enseñaré con mucho gusto. Se lo enseñaré todo.

\* \* \*

Lejos de Húmedo, y desde luego lejos del sentido común, los grags conferenciaban, por decirlo de alguna manera. El mundo exterior estaba cambiando muy deprisa.

—Vamos perdiendo, lo sabéis, ¿no? —dijo una voz en la oscuridad.

—Es inevitable. Es el zeitgeist, está en el aire —replicó otra voz, que sonaba un poco más cascada.

—¿Y a nosotros qué más nos dan el aire y el geist, sea del tipo que sea? Somos los justificados, los baluartes, los reyes y siervos de la oscuridad. Nuestra gente volverá.

—¡No, se están yendo! ¡Quemar torres de clacs fue una estupidez! ¡Una estupidez, he dicho! Todo el mundo quiere tener noticias y nos hace parecer unos maleantes, que es lo que somos. Y eso no está justificado.

Una enana que había guardado silencio durante el cónclave en la caverna estaba recordando la antigua leyenda de Djelibeibi sobre la manera de hacer bajar a un asno del minarete, y por supuesto la respuesta era que antes había que enseñarle a no ser un asno. Pero ¿en qué mundo podía ocurrir eso cuando se trataba con grags? Iba siendo hora, pensó, de ver con sus propios ojos cómo era la vida en las tierras del rey de los trolls. Había sido muy cuidadosa, sí, cuidadosísima, y por eso había sobrevivido para ser la asna que salía del minarete, o por lo menos eso esperaba, pero por desgracia aquellos idiotas seguían animando a los jóvenes enanos impresionables para que atentaran contra las torres de clacs. Quienquiera que fuese el responsable de aquella idea, los había condenado más allá de toda posibilidad de diálogo.

Rhys Hijoderhys tenía razón, pensó la enana. Hemos perdido todo equilibrio. Tenemos que salir de aquí, dejar atrás todo lo que constituye el aquí y ver la luz. Seguro que no sospecharían de ella, pensó. Había sido metódica en su persecución de los infieles.

Pese a todo, cuando al fin echó a correr, los cuchillos la alcanzaron antes de que tropezara. Y luego quedaron ocho en la caverna, y quienes observaban en la oscuridad prestaron más atención para ver quién sería el siguiente. ¡Llegaría el momento en que nadie podría mofarse de la pureza de la oscuridad!

La espantosa verdad era que cuando los enanos tenían un cisma, cismeaban de verdad. Cualquier desviación de la norma se trataba como un ataque contra todo aquello que era verdaderamente enano.

No era la primera vez que alguien huía y moría, y ¿quién sabía cuántos más quedaban, no solo en aquella caverna sino en otras parecidas desde allí hasta Uberwald? Y el problema de la locura es que los locos no saben que lo son. Los grags eran implacables con quienes se descarriaban, y no parecían comprender que eso era equivalente a pisotear patatas en el barro para impedir que creciesen.

\* \* \*

Últimamente había comités dondequiera que uno mirase, sobre todo porque, previa negociación y con el beneplácito de lord Vetinari, otros principados, grandes poblaciones y ciudades-estado no veían motivos para esperar a que se completase su pedazo particular de la magia ferroviaria y, aprovechando esas oportunidades, en el mercado del tren estaban entrando nuevas compañías con bastante más éxito que los hermanos Wesley. Drumknott se sentía como pez en el agua a medida que el papeleo se acumulaba y proliferaban sus archivos; se las ingeniaba para estar en todas partes y enterado de todos los asuntos, con el apoyo del capaz señor Rayo.

Había comités que deliberaban sobre estándares industriales, seguridad pública, bienestar del pasajero o si el vagón de carga de una empresa podía engancharse al tren de otra para completar su travesía sin necesidad de descargar, y todos los enrevesados ajustes financieros y jurídicos que eso conllevaría.

El mero concepto de que otros empresarios fundasen sus propios[[51]](#footnote-51) ferrocarriles hizo que Harry mandara llamar al señor Rayo. Tras oír las quejas, el abogado dijo:

—Es una cuestión de patentes, sir Harry. Ya sabe, todas esas monsergas por las que siempre dice que paga para que otros se rompan la cabeza con ellas. Pues bien, el señor Simnel y yo hemos presentado solicitudes para todas sus innovaciones, pero estoy seguro de que hay más de una manera de construir una máquina que corra sobre raíles. No puede patentarse la idea del ferrocarril como tal, y si se da un paseo por la calle de los Artesanos Habilidosos encontrará a alguien lo bastante brillante para descubrir un modo de fabricar un tren que avance sobre raíles sin infringir ninguna de las patentes que he podido procurarles a ustedes.

»La idea de la locomoción a vapor como tal siempre ha estado a la vista de todos, y todo el mundo sabe que una tetera hirviendo empuja hacia arriba su tapa. Algún joven listo que observe el fuego acabará coligiendo que, si construye una tetera más grande, podrá levantar una tapa más grande. Aunque, como vimos en el bosque de los Tojones, pronto descubrirá que tampoco es tan sencillo. No todos son tan brillantes y despiertos como Dick Simnel.

Harry bufó.

—Palurdos idiotas. No llegan ni a la suela de los zapatos a nuestro Dick y sus muchachos. Lo único que han conseguido es condenar a su madre al hospicio. —Y sir Harry renegó. Fue un reniego con todas las de la ley.

Sin percatarse de que su cliente estaba distraído por la idea de una anciana indigente que vivía en el bosque de los Tojones, despojada de sus hijos, que eran su orgullo y su alegría, Rayo prosiguió:

—Pongamos por caso el indicador de presión del señor Simnel. Una vez demostrado y comprendido el principio, los artesanos habilidosos, tan habilidosos ellos, bien pueden encontrar un modo de obtener los mismos resultados sin vulnerar la patente. A eso se dedican. No solo son habilidosos de nombre. —Rayo ya contaba con la atención de Harry—. Y antes de que estalle, señor Harry, sepa que todo es legal.

—¿Qué? ¡Después de todo lo que he hecho y el dinero que he invertido! —Harry tenía la cara encendida como un faro. Cualquiera diría que necesitaba una de las válvulas de presión de Dick.

Húmedo decidió intervenir.

—Harry, la gracia de los trenes es que son universales. Los pones encima de la vía y a rodar.

El abogado continuó, sin abandonar su tono melifluo.

—Yo de usted, sir Harry, dejaría en mis manos las cuestiones de patentes, licencias y normativa, mientras usted y el señor Simnel llenan el mundo de vapor. Y recuerde, sir Harry, que lo importante es que usted fue el primero. Nadie puede arrebatarle eso. Usted, sir Harry, está en lo que creo que se llama la punta de la ola, la cresta del pelotón: es el fundador del ferrocarril. La Compañía de Ferrocarriles Higiénicos de Ankh-Morpork y las Llanuras Sto es tan sólida como el banco. —El troll sonrió—. O incluso como yo… y eso que soy de diamante.

\* \* \*

Los negocios de la Compañía de Ferrocarriles Higiénicos, en efecto, iban viento en popa, con una plantilla que no paraba de ampliarse. Los trasgos del maquis quirmiano habían hablado a sus amigos de las oportunidades que ofrecía la Gran Wahooni, sobre las que estos se habían abalanzado sin perder un momento. Y cuando los periódicos recogieron el anuncio de Dick sobre su Academia del Ferrocarril, tras el incidente del bosque de los Tojones, cada día se formaban colas de personas deseosas de entrar como aprendices. Simnel era estricto con los muchachos a los que aceptaba y les decía que el hierro tenía que entrarles en el alma. Y se sabía que había echado a alguno sin contemplaciones por creer que no estaba a la altura.

A su regreso de otro viaje para supervisar los progresos de la línea de Quirm, Húmedo se tomó un tiempo para fijarse en los últimos cambios obrados en el complejo. Estaban los aprendices, absortos en su pequeño mundo mecánico bajo la tutela de Wally y Dave, quienes también se aseguraban de que sus gorras estuviesen lo bastante planas. Húmedo los observó, ensimismados en su feliz sueño mecánico, y reparó en que estaban rodeados de trasgos, que sin duda prestaban atención con total seriedad, como si les fuera la vida en ello, mientras recogían cualquier trapo grasiento que alguien hubiera tirado, porque para los trasgos eran como prendas de alta costura, las señas de identidad de un auténtico dandi allá en las madrigueras. Cerca de allí, los observadores de trenes comparaban sus cifras. Y luego estaba el señor Simnel, igual de ensimismado en su último artefacto.

Cuando Húmedo atravesó el complejo en su dirección, el señor Simnel, con su gorro grasiento y su camisa sucia arremangada mangada hasta los codos, se secó la cara sonriente con un trapo que le dejó un manchurrón de grasa sobre la grasa.

—¡Señor Mustachen! ¡Cómo me alegro de verle! ¡Tengo una cosa que enseñarle! ¡Ayer trajimos de Sto Lat a esta belleza y anoche la construimos! —Gritaba incluso más de lo normal—. ¡Equipo esencial! ¡Es un diseño mío! ¡Yo la construí y la llamo plataforma giratoria!

Húmedo casi tuvo que taparse las orejas cuando el ingeniero se le acercó. Es porque trabaja con trenes todo el día, pensó, y tiene que hacerse oír por encima de los silbidos y el tintineo, pero me pregunto si hablará igual a Emily.

En cuanto a la plataforma giratoria, era… bueno, era una plataforma y giraba. Era una enorme superficie de metal cuyo centro atravesaban dos raíles y que se giraba mediante una gran palanca conectada a un mecanismo de trinquete que accionaba un troll con cara de intensa concentración. Húmedo observó mientras Dick le hacía una demostración.

—¡Genial! Es brillante, Dick, pero… si se lo tuvieras que explicar a alguien duro de mollera, ¿para qué demonios sirve?

Dick miró a Húmedo como si fuera un niño pequeño.

—¿No lo ve, señor Mustachen? Se lleva la locomotora hasta la plataforma giratoria y, ahora viene lo inteligente, ¡se da la vuelta a todo el invento y ahora la máquina mira hacia el otro lado!

Y entonces el señor Simnel se puso a bailar con sus zuecos sobre la plataforma circular de hierro que giraba poco a poco, gritando:

—¡Genial! ¡Fantástico! ¡Ya casi lo tenemos del todo!

La exclamación triunfal quedó subrayada por un silbido como los que emitía la Traviesa de Hierro tras un trayecto largo, que habría supuesto un adecuado colofón para el experimento de no haber sido porque costó un tiempo que el troll dejase de darle a la manivela para que Dick, que empezaba a ponerse un poco verde de tantas revoluciones continuas, pudiera apearse.

\* \* \*

Satisfecho con dejar la lucha de voluntades entre el resto de empresas que trabajaban en las llanuras Sto en las capaces manos de Rayo y Drumknott, sin duda asistidos por los secretarios oscuros, Húmedo se preparaba para disfrutar de un período de armonía doméstica cuando lo convocaron a palacio.

No le sorprendió encontrar a su señoría con la mirada clavada en el crucigrama del día. Drumknott susurró desde detrás de Húmedo:

—Hay un nuevo crucigramista, ya sabe, y lamento decir que parece una mejora. Sin embargo, su señoría hace todo lo que puede.

Lord Vetinari alzó la vista y preguntó:

—Señor Mustachen, ¿es posible que exista la palabra «cuestuario»?

En realidad, Húmedo sabía exactamente lo que significaba gracias a su disipada juventud, por lo que se ató los metafóricos machos y dijo:

—Creo que descubrirá, señor, que se refiere a los negocios hechos por el puro beneficio. Recuerdo que topé con la palabreja hace mucho tiempo y me extrañó, porque pensé que el beneficio era precisamente la esencia de los negocios.

Su señoría no movió ni un músculo de la cara hasta que dijo:

—Muy cierto, señor Mustachen. —Apartó el periódico y se levantó—. Tengo entendido que la línea de Quirm está prácticamente terminada… Si la Asamblea de Quirm sigue haciéndose la remolona, tendré que enviar a monsieur Jean Némard uno de mis mensajes… especiales. Debo decir, señor Mustachen, que ha sido muy gratificante observar su contribución al desarrollo del ferrocarril, y es evidente que todos estamos en deuda con usted.

—Ah —dijo Húmedo—. ¿Significa que puedo volver a mi trabajo normal y ver a mi esposa más de una vez por semana o así?

—¡Por supuesto que puede, señor Mustachen! Al fin y al cabo, su actuación hasta el momento ha sido del todo voluntaria. Sin embargo, lo que a mí me preocupa ahora es el tren a Uberwald. De modo que debo preguntarle: ¿cuándo cree que podríamos tener una locomotora que llegara hasta allí? Sin paradas.

Húmedo se quedó desconcertado.

—Eso no puede hacerse, señor. No sin paradas. Hay que repostar agua y carbón, ¡y Uberwald debe de estar a más de mil quinientos kilómetros!

—Hay mil novecientos setenta y un kilómetros exactos desde Ankh-Morpork hasta Jdienda en carruaje, aunque soy consciente de que el tren tendría que emplear una ruta distinta.

—Sí, señor, pero sin paradas…

—Señor Mustachen, si va a decirme que es imposible, bajará a ver a los mininos en un abrir y cerrar de ojos. Al fin y al cabo, usted es el hombre de las soluciones.

—¿Por qué tanta prisa, señor? Los chicos están haciendo un trabajo estupendo, pero es raro el día en que pueden tender más de cinco kilómetros de vía, incluso con todo el dinero que Harry Rey se está dejando. Y luego están todos los obstáculos imprevistos que surgen por el camino, claro, y por si fuera poco ya sabe que todas las ciudades de las Llanuras quieren integrarse en la red. No damos abasto, señor. Si nos estiramos un poco más, nos partiremos por la mitad.

Vetinari rodeó su escritorio con paso veloz y dijo:

—¡Muy bien, así las dos partes podrían trabajar con mayor eficacia! Me parece, señor Mustachen, que no entiende usted la naturaleza de nuestra relación. Yo le pido con mucha educación que consiga algo, teniendo en cuenta que podría pedirlo de otras maneras, y su trabajo es obtener resultados. A fin de cuentas, usted es un hombre que en apariencia puede hacer cualquier cosa, el gran Húmedo Mustachen, ¿no? El consejo que le doy es que interrumpa cualquier trabajo que no contribuya a llegar de aquí a Uberwald en el menor tiempo posible. Todo lo demás puede esperar, y esperará. —Alzó una mano—. No me cuente cuáles son los problemas, expóngame las soluciones. Mejor dicho, no hace falta que me exponga las soluciones, basta con que las ponga en práctica.

—¿Le importa que me siente, señor? —preguntó Húmedo.

—Por supuesto, señor Mustachen. Tráele algo de beber, Drumknott. Parece un poco acalorado.

—Tengo que preguntárselo, señor. ¿Por qué hay que hacerlo así?

Vetinari sonrió.

—¿Sabe guardar un secreto, señor Mustachen?

—Ya lo creo, señor. He guardado muchos.

—Fantástico. La cuestión es que yo también. No necesita saber por qué.

—Señor —insistió Húmedo—, los trenes ya forman parte de la vida de un montón de personas, sobre todo de las que viajan a diario desde las Llanuras. ¡No podemos dejarlo todo sin más, señor!

—Señor Mustachen, ¿hay algo que no entienda en la palabra «tirano»?

Húmedo replicó a la desesperada.

—¡No tenemos obreros suficientes, señor! ¡Falta personal en las fundiciones! ¡Falta gente para extraer el mineral! Es probable que tengamos existencias para llegar a medio camino, pero la clave está en los trabajadores.

—Sí —dijo lord Vetinari—. Lo está. Sí que lo está. Piense en ello, señor Mustachen.

—¿Qué hay de los magos? ¿No pueden mover esos culos obesos que tienen y ayudar a su ciudad?

—Sí, señor Mustachen, y sabe tan bien como yo que sería peor el remedio que la enfermedad. El vapor vivo es coser y cantar comparado con la magia cuando sale mal. No, señor Mustachen, no recurriremos a los magos. Lo único que tiene que hacer usted es conseguir que el tren llegue a Uberwald a tiempo.

—¿Y de qué tiempo estamos hablando, señor?

—Se lo estoy diciendo, señor Mustachen, cuanto antes.

—Así no hay manera. Tardaremos meses, un año… o más…

Y de pronto el ambiente se heló y su señoría dijo:

—Entonces sugiero que se ponga en marcha. —Vetinari volvió a su asiento—. Señor Mustachen, el mundo se divide entre quienes dicen que no puede hacerse y quienes dicen que sí. Y en mi experiencia, quienes dicen que es posible suelen llevar razón. Solo hace falta ser creativos. Hay quien dice: «Pensad lo impensable», aunque no tenga sentido… pero en su caso, señor, creo que tiene coraje para ello. Piénselo. Y ahora, no deje que le detenga.

La puerta se cerró a espaldas de Húmedo y el silencio envolvió el Despacho Oblongo cuando el patricio devolvió su atención al crucigrama. Al cabo de un rato arrugó la frente, llenó una fila y dejó el periódico en la mesa.

—Drumknott —dijo—, ¿cómo va últimamente el negocio de Charlie, el de las marionetas que se atizan unas a otras? ¿Se defiende? Me pregunto si se plantearía unas breves vacaciones. Serían muy cortas, eso sí.

—Sí, señor —respondió Drumknott—. Iré a verle esta tarde.

—Así es como se hace —dijo lord Vetinari.

\* \* \*

Todavía aturdido por la última exigencia del patricio, Húmedo se descubrió cabalgando de nuevo hacia el bosque de los Tojones en una misión para Harry.

—Ve a ver a la anciana y dale el pésame de mi parte —le había encargado—. Dile que me impresionó que sus chicos intentaran domar el vapor y que serán aclamados como pioneros. Echa un vistazo y mira lo que tiene, y como al parecer a mí me sale el oro por las orejas, supongo que puedo pasarle una pequeña pensión, aunque no dejes que se entere nadie, por lo que más quieras. Ah, sí, y dile que me aseguraré de que sus chicos aparezcan de los primeros cuando se escriba la historia del ferrocarril, y dile que puede escribirme cuando quiera.

La vieja residencia en el bosque era justo lo que Húmedo había esperado, y la señora Wesley se echó a llorar cuando le refirió la oferta de Harry. Estaba resuelta a elevar a sir Harry a la condición de santo o ángel y, si Húmedo sabía algo de cómo funcionaba el mundo, el gesto de Harry sería la comidilla del bosque en cuestión de horas y, al ritmo que volaban las noticias, cuando acabase el día habría llegado hasta Ankh-Morpork. Húmedo conocía a Harry como persona: era agudo como el que más, con un corazón de oro y de lágrima fácil. Su gesto era genuino por completo, sin segundas intenciones, pero aun así, cuando corriera la noticia, aparecería en todos los periódicos como benefactor de los pobres y, por consiguiente, se convertiría en una celebridad. No por primera vez, Húmedo lamentó su propia tendencia a ver maniobras para sacar partido de cualquier acontecimiento, bueno o malo.

\* \* \*

—¿Cuánto?

La sencilla pregunta sonaba a declaración de guerra, y casi lo era, ya que habían presentado a Harry los costes de la línea exprés a Jdienda.

Húmedo se mantuvo firme.

—Dick dice que hay hierro en todas partes, Harry, pero que hace falta extraerlo y que luego donde se va el dinero es en fabricar el acero —arguyó atropelladamente, antes de que Harry pudiera tirar a alguien por la escalera.

—Hay que meter oro para sacar acero, Harry —añadió Simnel con calma—. Los muchachos de la fundición nos hacen buen precio, pero Uberwald está a dos mil kilómetros y eso es mucho, mucho acero.

—Harry —dijo Húmedo con paciencia—, sé muy bien que cuando te casaste con tu señora cortabas las cerillas por la mitad para que durasen más, pero ya no eres aquel hombre. Puedes permitirte esto.

Observaron la cara de Harry. A decir verdad, Húmedo sabía que Harry había escalado a coces desde el arroyo y se enorgullecía de ello, pero el dinero lo había ganado sin grandes inversiones —porque los esbirros, en general, suponían poco gasto estructural— y recibía cualquier sugerencia de que pagase algo como una prueba de que el mundo funcionaba mal.

Dick Simnel también lo tenía calado a esas alturas, y dijo:

—Yo de usted, señor, echaría un vistazo a mis ahorros y compraría todo el acero disponible mientras pudiera, sin llamar mucho la atención, porque si no de repente se volverá más caro, ya me entiende. La oferta y la demanda.

Harry todavía ponía cara de sospechar que intentaban llevarlo al huerto, que era su estado natural, y Húmedo se preguntó en qué estaría gastándose Harry sus montañas de dinero hasta el momento. Luego siguió a la carga:

—Venga, Harry, como buen cliente que eres, el Banco Real te concederá un préstamo sin pensárselo, si de verdad lo necesitas. Aunque en realidad, sé que tu saldo es más que suficiente para tender raíles de ida y vuelta a la luna, y eso incluyendo una flota de locomotoras.

El señor Rayo habló con voz pedregosa.

—Por supuesto, sir Harry, también podría usted vender participaciones. Significa que otras personas participarían en los gastos, pero, por desgracia, también serían partícipes de los beneficios. Depende de usted.

Húmedo captó el pie que le daba el troll.

—Verás, Harry, todo aquel que comprase participaciones de tu ferrocarril luego se desviviría por su ferrocarril y se pondría de tu lado. Es lo que los trolls llaman una ganga. Cuando el humo te está haciendo rico, el humo es tuyo y no te quejas. —Húmedo cogió aire—. Además, si compartes los riesgos también puedes permitirte comprar casas para los trabajadores del ferrocarril. Así vivirán cerca de las vías, con lo que siempre estarán preparados…

—No necesito consejos en ese sentido, señor Mustachen. Los muchachos que trabajan para mí en las cintas transportadoras viven todos a cuatro pasos. La diferencia es que sus casas se las construyeron ellos.

—Los edificios no tienen por qué ser palacetes —señaló Húmedo—. Basta con que sean cómodos, con su jardincito para que jueguen los niños, y así todo el mundo está contento, tú incluido. Al fin y al cabo, ¿a quién no le gusta vivir cerca del trabajo? Una buena casita, caliente, con todo el carbón que haga falta de regalo.

Harry Rey probablemente daría un buen puñetazo a cualquiera que le llamase filántropo, pero bajo sus gruñidos se escondía un curioso manantial de blandura. Sus empleados mayores de cualquier especie acababan con una pensión, algo excepcional en el conjunto de Ankh-Morpork, y Húmedo, como director del banco de Harry, era consciente de que las abultadas facturas de hospital tenían la costumbre de desaparecer cuando llegaban a sus oídos. Y en cada Vigilia de los Puercos, Harry, refunfuñando como un troll viejo con migraña, pese a todo se aseguraba de que ningún empleado se quedase sin carne de verdad sobre la mesa, procedente de una especie animal identificada y además en abundancia. Húmedo, que sabía con quién se las veía, continuó:

—Míralo así: sé que, como hombre hecho a sí mismo, compartir sería anatema para tu alma, y [[52]](#footnote-52)sé que podrías asumir todo el riesgo y hacerte tan rico como Creosoto. Pero a mí me parece, Harry, que ya eres tan rico como Creosoto y, por tanto, como bribón que soy, ¡te diría que lo que necesitas ahora mismo no es exactamente otra fortuna! Y como director de tu banco, sugeriría que compartir tanto los riesgos como los beneficios sería el camino más prudente y socialmente aceptable.

Durante un momento, Húmedo vio cómo la psique de Harry Rey se preparaba para replicar que la aceptabilidad social podía ensuciarse las manos probando un trabajo de verdad para variar en vez de incordiar a los emprendedores honrados que se dejaban los cuernos de sol a sol. Pero Húmedo también vio la sonrisilla y comprendió que Harry sabía que la propuesta serviría para resolver la situación. Al fin y al cabo, a lord Vetinari le gustaba que la gente de Ankh-Morpork sintiera que tenía voz en los asuntos de su ciudad.

—De todos modos —añadió, para rematar su propuesta—, Vetinari quiere la ruta de Uberwald y él es el jefe supremo. Quién sabe, puede que la ciudad sea muy generosa con su nivel de financiación. Los trenes dan vueltas y más vueltas, y el dinero también.

\* \* \*

La línea principal a Quirm se completó con una ceremonia en la terminal de Ankh-Morpork en la que, lamentablemente, el alcohol desempeñó un papel destacado. Se inauguró la nueva locomotora, bautizada como Fierté d’Quirm con una botella especial de champán que rompieron contra su caldera el marqués de Aix les Deis y su esposa, de la cual Húmedo observó que lucía con garbo su flamante condición de enceinte, como decían en Quirm.

Y entre tanta celebración, al parecer Húmedo fue el único que se fijó en que Simnel se había alejado del jolgorio para limpiar la máquina de salpicaduras de champán con su pañuelo, que se convirtió de inmediato en un trapo grasiento. Miró a Húmedo con severidad.

—No podemos tolerar esta clase de cosas, señor Mustachen, que se interfiera con la máquina… No cuando estoy decidido a conseguir que crucemos los llanos del maquis a sesenta y cinco kilómetros por hora, aunque solo sea para enseñarles a los langostas de lo que somos capaces.

En la travesía inaugural, Húmedo viajó con Simnel y el fogonero en la cabina, mientras el maquis desfilaba y quedaba atrás a una velocidad de vértigo y los trasgos les saludaban desde cada roca y árbol vetusto. En un momento dado creyó distinguir a Del Crepúsculo la Oscuridad saludando con la mano, pero para su sorpresa encontró al distinguido trasgo esperándole cuando pararon en la terminal de la ciudad de Quirm. A Húmedo le daba la impresión de que aquel cabroncete tenía canales que atravesaban el mundo y no estaban a disposición de los humanos.

En el convoy todo el mundo se lo pasó bien, con avec para dar y regalar y grandes muestras de la famosa entente cordiale. Los nuevos y elegantes vagones de pasajeros fueron objeto de mucha admiración. Para muchos, lo más destacado fue el atildado caballero que cuidaba de las instalaciones para varones de primera clase y su habilidad para entregar toallas y explicar el funcionamiento de la cisterna de cristal, que contenía pececillos que parecían disfrutar con la corriente del desaguado, aunque en realidad se impedía que escaparan con el agua mediante alguna clase de filtro escondido.

En la Estación Central de Quirm los esperaba un gran desfile, presagio de otra ronda de fastos cívicos y políticos, todo ello regado con más alcohol y rematado por un banquete enorme en la cochera de la locomotora. Y hubo más brindis antes de que se diera media vuelta a la máquina sobre la flamante plataforma giratoria para llevar al contingente de Ankh-Morpork de vuelta a casa, donde hubo que decantarlos del tren.

\* \* \*

Y así fue que, una apacible noche de verano poco después, Húmedo y Adora Belle se sentaron para disfrutar de una excelente cena a base de langostas frescas de Quirm, transportadas en el nuevo expreso Fruits de Mer. Estaban buenas, y más baratas de lo que Húmedo recordaba haberlas visto nunca, y el plato pegaba mucho con el berro, que dejaba un rastro picante desde la boca hasta el estómago.

Y después hubo fresas frescas y una cama blanda con almohadas mullidas, y de algún modo pareció que había valido la pena tanto correr de un lado a otro.

\* \* \*

Empezó en Saliente de Arriba, en las Comarcas. Los lugareños afirmaban que de noche oían ruidos… ruidos metálicos, tintineos y algún que otro chillido de metal atormentado. Por supuesto, todo el mundo dijo: «En fin, son trasgos, ¿qué te esperabas?».

Y todo acabó llegando a oídos del alguacil en jefe Feeney Desenlace, dependiente de la jefatura de policía de Ankh-Morpork. A Feeney le gustaba esa dependencia. Significaba que cualquiera que se pusiera borde con él tarde o temprano tendría que vérselas con el comandante Vimes o incluso el sargento Detritus, cuya aparición en aquel plácido pueblo de interior había causado tanto revuelo un par de años antes. De modo que Feeney montó a lomos de su caballo y se dirigió a los Salientes, así llamados porque en el pasado remoto y volcánico el paisaje había quedado convertido en un amasijo de cavernas insondables y terreno irregular e inhóspito.

Feeney era un policía decente y sensato, y esa clase de hombres hacían amigos porque nunca sabían cuándo iban a necesitarlos, sobre todo si eran el único agente de la ley en la zona, aunque en teoría Feeney contara con el apoyo del agente especial De la Chimenea los Huesos. Tenía que haber una ley, y la ley se aplicaba a todo el mundo sin excepción, y la ley había decretado que los trasgos eran personas y por tanto quedaban protegidos en aquella región por una ley que, en la práctica, estaba encarnada en la persona del alguacil en jefe Feeney y su agente. Por sorprendente que pareciera, el agente permitía que su oficial superior le llamase Hueso, por el sensato motivo de que si Feeney necesitaba ayuda en alguna refriega, le vendría mejor gritar una sola palabra sencilla.

Feeney había estado en Ankh-Morpork y se enorgullecía de haber realizado su adiestramiento básico en Pseudópolis Yard a las órdenes del sargento [[53]](#footnote-53)Detritus. Reconocía que Hueso era un poquito más inteligente que el célebre cabo Nobby Nobbs y, por tanto, no se quejaba. Y en ese momento, se alegró de ver que su agente le esperaba justo a la entrada de la cueva principal de los trasgos, donde tenía una oficina, que los trasgos locales consideraban una especie de santuario.

En los últimos tiempos había surgido una floreciente colonia de trasgos en Saliente Menor. Vendían vasijas de calidad, y Feeney sabía que la producción de esos recipientes era en general un pasatiempo tranquilo, que no precisaba muchos golpes. La pequeña cueva que hacía las veces de oficina olía no a humanidad —había que ir con mucho cuidado con esas cosas—, sino a trasguidad. Y el sonido que llegaba desde la gran caverna de más allá no tenía nada que ver con las vasijas, eso seguro. Era un ruido metálico, de metal pesado. Bueno —y aquí Feeney se trabó un poco, por lo menos mentalmente—, los trasgos eran libres, y si la gente quería templar metal en la intimidad de sus grandes cavernas, tenía todo el derecho. Parpadeó. Era el nuevo mundo. Si uno no se adaptaba, podía acabar hecho un lío.

Feeney era educado y había tenido el ojo suficiente para aprender un poco de la lengua trasga, algo que ayudaba mucho. Era un día soleado y el camino hasta los Salientes era fácil, y sí, en el monte que se erguía sobre la caverna había una estación de clacs, donde todo el personal era trasgo. Después de entregar sus papeles, Feeney se sentó para charlar tranquilamente con su compañero y, con mucho tacto, abordó el tema de los trasgos que aporreaban trastos metálicos en el contexto de una alteración del orden. Dado que vivían muy pocos humanos en las inmediaciones del asentamiento trasgo, el alguacil en jefe Feeney achacó las quejas al desagrado residual que los humanos sentían por que los trasgos hicieran cualquier cosa en cualquier parte, pero aun así dejó caer que trasladar cueva adentro cualquiera que fuese la causa del ruido quizá fuera muy buena idea.

Hueso respondió con su voz cascada:

—No hay problema, jefe, cuelga. Nos parece perlado. Ninguna pega.

—Bueno, me alegro de oírlo, pero ¿a qué vienen todos esos golpes y cacharrazos, Hueso?

—Jefe, ya sabe que mucho trasgo va a Ankh-Morpork y trabaja para ferrocarril de sir Harry Rey, mangante de la mierda. Ya sabe cómo va, ¿sí? Volven cada mes con salarios. ¡Nunca tener salarios antes! A veces volven con digaramas… También ideas y ecsemas.

Hueso observó a su superior con cierto grado de preocupación, y oyó que Feeney decía:

—¿Están robando… ideas?

Se hizo el silencio y Feeney supo que había metido la pata, pero Hueso se rió y replicó:

—¡Noseñor, mejoran! Nos cae bien sir Harry, muuuy buen patrón, pero pensamos construir nuestro ferrocarril trasgo. Rápido para viajar aquí y allá y fácil-fácil; hemos descubierto mejor método para construir ferrocarril es no construir. ¡Cavar! Ir bajo tierra. Ferrocarril subterráneo tamaño trasgo, ¿sí? Unirá todos trasgos de todas cavernas. ¡Tantas cavernas en las entrañas del mundo! Sin escándalo. Trasgos hacen falta en todas partes. ¿Cómo haría la encantadora señorita Adora Belle sin trasgos en clacs? Somos de fiar; bueno, tan de fiar como apestosos humanos para nosotros. Maravillosos ferrocarriles subterráneos, de vía estrecha, claro. ¿Lo ve? ¡Dominamos hasta jerga! Bajo tierra no hay lluvia, nieve, burros que molesten ni ancianas que asusten. ¡Cuelga! Al fin un mundo solo de trasgos en túneles bajo el mundo del humano grande. Los trasgos ya hemos salido a la luz. No hay vuelta atrás.

Feeney recapacitó sobre aquello de camino a casa mientras su caballo trotaba apaciblemente hacia el ocaso. No era filósofo y ni siquiera sabía escribir la palabra sin faltas, pero la voz del agente trasgo resonaba en su cabeza. Pensó: ¿qué pasaría si los trasgos aprendieran todo lo que sabemos los humanos y lo hicieran todo a nuestra manera porque creyeran que es mejor que la manera trasga? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que dejaran de ser trasgos y olvidaran todo lo que era trasgo, incluidas sus vasijas? Las vasijas eran preciosas, él mismo había comprado varias para su madre. De momento los trasgos se las tomaban en serio y las vasijas centelleaban, incluso de noche, pero ¿qué sería lo siguiente? ¿De verdad dejarían los trasgos de interesarse por sus vasijas y los humanos aprenderían el serio, valioso, difícil y casi mágico arte de su fabricación? ¿O se convertirían los trasgos en, bueno, una simple clase de humano más? ¿Y cuál de esas opciones era mejor?

Y luego pensó: a lo mejor un policía tendría que dejar de pensar en todo esto porque, a fin de cuentas, no había delito, no pasaba nada malo… y aun así, de una manera sutil, sí pasaba. Se estaba robando algo al mundo sin que a nadie le llamara la atención ni le importase. Y entonces lo dejó correr, porque ya casi estaba en casa y su madre le había prometido Tron Chuch Nyam Po con puré de zanahorias, y eso que ni siquiera era domingo.

\* \* \*

Construir el ferrocarril más largo que el mundo hubiera visto nunca significaba trabajar duro todos los días, y muchas noches también, y cada semana alejaba un poco más a Húmedo de la ciudad. Las visitas a casa para disfrutar de los frutos de su trabajo se volvieron más infrecuentes todavía.

Repartidos a lo largo de los mil seiscientos kilómetros de la ruta brotaban talleres y estaciones de clasifica[[54]](#footnote-54)ción, todas ellas hervideros de actividad donde entraban y salían vagones a todas horas del día y la noche. Y aunque la empresa se aseguraba de que la mano de obra estuviera bien aprovisionada, ya que, como había declarado Harry Rey al Ankh-Morpork Times, los trabajadores ferroviarios necesitaban como el aire una buena comida y un sueño reparador después de una jornada de duro trabajo, al final en la práctica importaba poco si la cama estaba calentita o era cómoda, porque los muchachos se dormían nada más tumbarse en ella, tan pronto como el ocupante anterior se alejaba al trote, agitando su cazo de hojalata, para empezar su turno.

La clave era la velocidad y, en ocasiones, la pura hombría, o comoquiera que se llamara en la lengua de los trolls, los trasgos, los gólems y, por supuesto, los auténticos hombretones de las montañas que trabajaban el acero y se peleaban por cualquier cosa.

En los tramos en que la línea seguía el cauce del río Ankh, que se estrechaba a medida que se acercaba a su manantial en las cumbres de las montañas del Carnero, las barcazas se acercaban río arriba o abajo cargadas de madera para traviesas, mineral de hierro, carbón y otras provisiones. Los altos hornos trabajaban toda la noche forjando raíles y, quien tuviera la suerte de estar en el lugar adecuado y suficientemente protegido, podía verlos abrir sus tripas y derramar el acero líquido y resplandeciente, danzarín y vivo como una criatura del averno. Quien no tuviera tanta suerte y se acercara demasiado, probablemente acabaría en ese mismo averno cara a cara con la deidad de su elección.

Y todo aquello tenía un combustible: dinero, dinero y dinero, inversores ansiosos que convertían oro en acero y carbón con la esperanza de recuperar más oro todavía.

La compañía estaba construyendo muchas carboneras a lo largo de las vías, y Húmedo comprendió de verdad que, en lo tocante al ferrocarril, las locomotoras, los vagones y demás eran solo la vistosa fachada, el caballo de hierro al que había que alimentar y dar agua. Y todo aquello lo hacían unas personas casi del mismo color que el carbón, a las que se entreveía un instante al pasar y luego se olvidaba. Él sabía, porque había asistido a todas las reuniones y había escuchado, que la gestión de un ferrocarril consistía en un gran número de pequeños rompecabezas que, una vez entendidos, ofrecían otra sucesión de problemas llena de limitaciones, otras listas de cosas que había que hacer sin falta antes de que pudiera ocurrir nada más. En pocas palabras, el ferrocarril era pura complejidad sobre ruedas. Era asombroso que la regla de cálculo del señor Simnel no brillase al rojo vivo como los altos hornos que dirigía.

Y en Villapuercos los talleres producían más y más máquinas: pequeñas locomotoras tanque que circulaban lentamente por el complejo en continuo crecimiento, conectando trenes y vagones; trenes nocturnos, lentos y pesados, que recogían vagón tras vagón de los granjeros de berros y otras hortalizas que necesitaban entregar su producto a las ciudades antes del amanecer; la nueva Voladora Modelo II, con techo en la cabina y una maravillosa pintura verde nueva, todas ellas con nombres como Espíritu de Escrote y Rey de Pseudópolis.

El chillido del vapor ya no era una intrusión, solo uno más de los ruidos de Ankh-Morpork, equiparable a las explosiones del Gremio de Alquimistas. Com[[55]](#footnote-55)o dijo un anciano a su esposa: «No hace falta un reloj que te diga la hora cuando conoces el sonido del tren de las siete a Quirm». Daba la sensación de que apenas habían transcurrido semanas desde que la Traviesa de Hierro resoplara por primera vez dando la vuelta al complejo de Harry Rey, pero a esas alturas, en menos de un año, ya habían brotado ramales a lo largo y ancho de las llanuras Sto, para conectar pueblecitos y aldeas en todas las direcciones.

Y cerca de aquellos pueblecitos y aldeas empezaban a aparecer casas recién levantadas para el nuevo personal del ferrocarril. ¡Casas con baño! ¡Y agua corriente caliente! Cierto, los retretes estaban fuera, pero aun así las conducciones estaban en buen estado. Había que reconocer que, cuando Harry hacía algo, lo hacía como era debido, y más aún si Efi andaba cerca.

Era como si antes existiera un vacío a la esper[[56]](#footnote-56)a de llenarse. Era tiempo de máquinas de vapor, y la máquina de vapor había llegado, como una gota de lluvia c[[57]](#footnote-57)aída con precisión en su charco, y Húmedo, Dick, Harry y Vetinari eran meras salpicaduras en la tormenta.

\* \* \*

Entonces, un día, cuando Húmedo se disponía a partir una vez más desde la terminal de Ankh-Morpork hacia las llanuras Sto, una mujer subió al vagón, se presentó como Georgina Bradshaw y se sentó enfrente de él con su bolso de aspecto caro bien agarrado con ambas manos. Cuando Húmedo se levantó para ofrecerle su asiento, que miraba hacia delante, como al parecer mandaba la etiqueta del ferrocarril, ella dijo:

—Huy, muy amable, señor, muchas gracias, pero no se preocupe por mí. Reconozco a un caballero cuando lo veo.

—Húmedo von Mustachen a su servicio, señora.

—Anda, ¿es usted ese señor Mustachen, el hombre del ferrocarril? He oído hablar mucho de usted.

—Sí que soy ese señor Mustachen, supongo —dijo Húmedo—, si nadie más opta al título.

—¿No es fascinante? —prosiguió la señora Bradshaw—. Nunca he ido en tren. He tomado la precaución de traer pastillas por si me dan náuseas. ¿A usted le ha pasado alguna vez?

—No, señora, me gusta mucho el ritmo del ferrocarril —respondió Húmedo—. Pero dígame, ¿de dónde ha sacado esas pastillas tan preciosas?

—De un caballero llamado profesor Escurridizo, tratante en panaceas para el mareo ferroviario. Ha sido muy, muy persuasivo.

Húmedo no pudo evitar sonreír.

—Ya me lo imagino. Señora, me temo que el señor Escurridizo es, en el mejor de los casos, un granuja encantador. Y estoy bastante seguro de que sus panaceas no serán más que azúcar caro con sustancias variadas. Me temo que está en la vanguardia de los mercachifles de remedios medicinales que me sacan de mis casillas.

La señora Bradshaw se rió.

—Bien dicho, señor. Daré por perdidos esos dos peniques y medio.

—¿Puedo preguntarle que la trae al ferrocarril?

—Nada en particular. Pensé que, bueno, solo se vive una vez, y de pequeña mi madre decía que siempre me ponía a seguir carros para ver dónde iban, y ahora que mi esposo Archibald ha fallecido, he pensado que ya era hora de ir a ver mundo… ya sabe, lugares remotos con nombres extraños como Doscamisas, el bosque de los Tojones o Escrote. En un sitio con un nombre como Doscamisas seguro que ocurren toda clase de sucesos de lo más exóticos. Hay tantos lugares donde no he estado… Tengo un mundo entero que experimentar antes de que sea demasiado tarde, y pienso llevar un diario de todo lo que vea sobre la marcha, porque así a mi regreso podré disfrutar otra vez del mundo.

Algo despertó en la cabeza de Húmedo y le hizo preguntar:

—Si no es indiscreción, señora Bradshaw, ¿tiene usted buena letra?

Ella lo miró con cierto aire de superioridad y respondió:

—La verdad es que sí, señor Mustachen. Escribía con una bella cursiva para mi difunto esposo. Era abogado y ellos esperan excelencia en la escritura y el uso de la lengua. El señor Slant siempre fue muy… puntilloso en eso, y nadie apreciaba tanto un uso juicioso del latatiano como mi querido Archibald.

»Además, déjeme añadir que cursé estudios en el Colegio de Quirm para Jóvenes Damas, donde se toman muy en serio la enseñanza de lenguas extranjeras, aunque de un tiempo a esta parte el morporkiano parezca haberse convertido en la lingua quirma. —La señora Bradshaw resopló—. Y trabajando para mi marido aprendí mucho sobre las personas y la condición humana.

—Señora Bradshaw, si por casualidad viajara a todos los destinos adonde llegan los trenes y escribiera sobre todos esos lugares, ¿podría pedirle que me enviara una copia de sus apuntes? Podrían resultar útiles para otros intrépidos pasajeros. Así la gente sabría qué esperar del bosque de los Tojones o Doscamisas antes incluso de que tuvieran que pagar un penique por su billete. Ya hay mucha gente de Ankh que viaja a Quirm solo por el sol. ¡Se ha convertido en nuestro servicio con más tráfico! ¡Y algunos van y vuelven el mismo día! Estoy seguro de que se plantearían otros viajes si leyeran todos los detallitos de cada lugar que usted visite, y a lo mejor podría incluir apuntes sobre el alojamiento, además de otros lugares de interés de la ruta —añadió, con la imaginación incendiada—. Todo aquello que a usted le gustaría ver y le interesaría. Desde donde quiera que le lleven sus viajes, puede dirigir sus manuscritos a Húmedo von Mustachen y entregárselos al jefe de estación más cercano, y ellos se ocuparán de que lleguen a mis manos.

Húmedo pensó en la cantidad de oro que se acumulaba en las arcas de las cuentas de Harry Rey y añadió:

—Y seguro que podríamos acordar alguna clase de remuneración…

Mientras la señora Bradshaw se ponía cómoda para el viaje y miraba por la ventanilla, Húmedo sacó la libreta y garabateó una nota para Harry Rey: «Por favor, permite a la señora Georgina Bradshaw viajar donde quiera, incluidos los ramales pequeños que aún no hemos inaugurado del todo. Fue a una de las mejores escuelas de chicas que conozco y entiende de lengua, y piensa escribir unas notas sobre todos nuestros destinos que podrían sernos muy útiles. Mi instinto me dice que hará que nos sintamos orgullosos. Tengo la sensación de que será meticulosa o graciosa o, con un poco de suerte, las dos cosas. Además, una viuda que lleva un anillo de oro y diamantes como el suyo para atravesar Ankh-Morpork y todavía lo tiene puesto cuando parte no es ninguna tonta. Habla igual de bien que lady Sybil; es lo que tiene el Colegio de Quirm. ¡Viva la escuela! ¿No es eso lo que andamos buscando? Queremos que la gente ensanche sus horizontes viajando en el tren, por supuesto, pero ¿por qué no excursiones de un día? Mira que hay gente de Ankh-Morpork que todavía no ha llegado ni siquiera a Sto Lat. Viajar ensancha la mente, y también las arcas del ferrocarril».

\* \* \*

Al cabo de una semana llegó una muestra de la gran obra, escrita en papel perfumado.

Moheces de Arriba, en las llanuras Sto, tiene a gala unos maravillosos baños de agua salada gracias a un manantial de agradable temperatura, y el propietario y su esposa ofrecen masajes higiénicos a aquellos dispuestos a disfrutar de tal prestación. Damas y caballeros por separado, ni que decir tiene; aquí no hay nada que pueda considerarse insalubre o susceptible de ofender la más delicada de las sensibilidades.

En las inmediaciones, el hotel Continental ofrece alojamiento para trolls, humanos, enanos y trasgos; en la actualidad dispone de cincuenta habitaciones. A quienes deseen explorar la región quizá les interese el Calvero Sagrado de Cascarrodilla, más que digno de mención por sus asombrosos ecos. A poca distancia de allí se encuentra un santuario de Mollestya, diosa patrona de las personas con problemas de objetos atascados en cajones.

Un bienvenido descanso para quienes lleguen agotados al fin de semana, con una comida excelente. Muy recomendable.

Húmedo tomó nota mental de ir a hablar con don Thomas Goatberger la próxima vez que pudiera volver a Ankh-Morpork. O mucho se equivocaba o el impresor estaría dispuesto a arrancarse la mano a bocados con tal de participar en la magia del ferrocarril.

\* \* \*

Cuando Húmedo regresó por fin a la ciudad, tuvo que dar prioridad a la cuestión del tren a Uberwald. Las zancadas de un lado a otro que Harry daba por el gran salón donde él y Dick supervisaban sus gráficos, informes y planos dejaban claro que el empresario seguía preocupado.

—Mira, Húmedo, entre nosotros y sin que salga de estas cuatro paredes, no lo veo nada claro. Hemos desviado cuadrillas de las otras líneas, estamos volcando cada vez más mano de obra en la larga ruta a Uberwald. Es un proyecto de tres pares de narices. Yo estoy más a gusto metido hasta las rodillas en la mierda, que es como nos veremos todos en esta oficina si esto no funciona, puedes creerme.

—Sí —corroboró Húmedo—, pero lo que tienes que recordar es que para llegar a Uberwald tendremos que pasar por otro montón de lugares de camino, y todos querrán el ferrocarril y eso ayudará a cubrir costes. El problema son los túneles y puentes, pero lo bueno es que son tecnologías antiguas. Hay albañiles a patadas capaces de construir puentes para nosotros, y en cuanto a los túneles, a los trolls les falta suplicarnos que les dejemos ocuparse, siempre que puedan cavarse un hogar cerca de la obra.

La única respuesta de Harry fue un gruñido.

—Y lo bueno de los trolls —añadió Húmedo— es que se llevan con ellos a toda la familia, incluidos los niños. Es su costumbre. Si no sabes de rocas, no vales nada como troll. Les chifla cambiar el paisaje. Uno me preguntó el otro día si podía trabajar de agrimensor y, justo cuando abría la boca para negarme, pensé: ¿por qué no? Parece un chico avispado, puede que lento, pero bastante espabilado. Así que he pedido a los muchachos que le enseñen cuatro cosas, ya en el puesto de trabajo.

—¿Piensas darle una de las losas deslizantes especiales de Simnel? —preguntó Harry, con una sonrisa.

Húmedo se rió.

—¿Por qué no, Harry? ¡Igual lo hago! ¿Por qué no debería haber agrimensores lo bastante fuertes para levantar una montaña y ver qué hay debajo?

Aprovechó que el ambiente se había distendido un poco para guiar a sir Harry hacia temas más alegres, pidiéndole que le pusiera al corriente de todas las novedades.

En los últimos tiempos el escritorio de Harry Rey se inundaba cada mañana de cartas enviadas por personas que no querían ningún tren, querían algunos trenes o ardían en deseos de tener trenes a su disposición de inmediato. Y después estaban todos los demás comentarios y sugerencias que tan útiles resultaban: un tal Roncador Hijoderoncador había escrito para explicar que debajo del reloj de la estación quedaba tanta gente que su amigo había tardado cuatro horas en encontrarlo, y ¿no debería el ferrocarril poner escalerillas a disposición de los ciudadanos más bajos? También se solicitaba ayuda para los pasajeros que llevaran equipajes pesados, así como para los ancianos o los no-muertos… Con toda la peligrosa maquinaria que había de por medio, ¿no debería haber vigilantes —no de la Guardia de la Ciudad, por supuesto, sino gente con algo de sentido común— velando por el tren y sus pasajeros? Y eso significaba uniformes, gorros, banderas, silbatos y otros emocionantes complementos.

Era de suponer que tanto revuelo era lo que había llevado al director del Ankh-Morpork Times a contratar un corresponsal ferroviario, Raymond Lanzadera, observador de trenes confeso y orgulloso. El brillo de sus ojos era inconfundible.

Aparte del negocio principal del ferrocarril, Harry se reconoció encantado de ver cómo los incondicionales se dejaban los dólares en recuerdos del tren, como las pequeñas maquetas a cuerda que en ese mismo instante creaban bajo licencia aquellos habilidosos y taimados artesanos, que estaban haciendo una fortuna a base de fabricar curiosidades relacionadas con el ferrocarril. Y los artesanos más astutos, siempre atentos a posibles oportunidades lucrativas, no paraban de añadir elementos a aquellos juguetes para niños: una pequeña coc[[58]](#footnote-58)hera y cuatro figuritas que esperaban el tren, una garita de señales con un trasgo saludando, y sí, una plataforma giratoria en miniatura igualita a la del complejo, y suma y sigue. Un crío mimado podía llevarse su propia Traviesa de Hierro a escala y un circuito oval con rectas y curvas; había incluso miniaturas de obreros del ferrocarril, entre ellas una de Harry Rey.

Una vez más, Húmedo se maravilló de la potencia del sueño.

\* \* \*

Lo siguiente fue salir al mundo engrasado del complejo para ver las últimas máquinas que los mucha[[59]](#footnote-59)chos estaban probando y descubrir a qué se había dedicado el señor Simnel desde la última visita de Húmedo.

De una cosa estaba seguro: aunque Dick Simnel diseñaba sin cesar planos para locomotoras nuevas, todos los días seguía echando unas horas de concienzudo trabajo en la Traviesa de Hierro, lo cual probablemente explicaba por qué Húmedo la veía un poco cambiada en cada visita: una caldera distinta por aquí, ruedas diferentes por allá, una capa de pintura distinta y, casi seguro, toda una plétora de elementos integrales que no quedaban a la vista. Esa máquina era el orgullo y la felicidad de Dick, su primer amor locomotivo, pensó Húmedo, con cuidado de no decirlo en voz alta, y el primer banco de pruebas para cualquier innovación. Ninguna locomotora brillaba tanto como la Traviesa de Hierro. Ninguna locomotora recibía la siguiente gran mejora antes que la Traviesa de Hierro. Ella era, en verdad, la punta de lanza de hierro del ferrocarril, y Simnel, su feliz esclavo.

Mientras Húmedo sopesaba dónde empezar a buscar a Simnel, Emily Rey, vestida con un conjunto blanco de algodón muy elegante, cruzó el complejo con paso garboso y saltarín en dirección a la cochera sagrada, como si fuera totalmente ajena a la suciedad y la grasa que la rodeaban. Claro que, pensó Húmedo, debía de haberse criado en mitad del negocio de su tío, comparado con el cual el ferrocarril era un fragante jardín público. Y allí estaba ella, brincando alegremente, y allá estaba la Traviesa de Hierro, y de repente Húmedo sintió que se le enfriaba la columna vertebral y se le tensaban todos los tendones, y estuvo a punto de empezar a comerse las uñas mientras la chica proseguía su avance hacia la locomotora con su inmaculado vestido de algodón blanco.

Húmedo atravesó el complejo a la velocidad del rayo mientras Emily seguía caminando con total desenfado y llegaba hasta la Traviesa de Hierro. Húmedo miró a Simnel, cuyo rostro había adoptado una curiosa tonalidad cenicienta incluso debajo de la grasa y el hollín, y se preparó para lo peor mientras Emily daba unas palmaditas a la máquina y decía:

—Hola, Traviesa de Hierro, ¿cómo estás hoy, encanto?

Y ante la mirada boquiabierta de Húmedo, Emily usó su pañuelo para frotar con energía la placa metálica donde estaba escrito el nombre de la locomotora hasta dejarla resplandeciente. Mientras Emily hablaba con la Traviesa de Hierro sobre lo guapa que estaba, Simnel se volvió hacia Húmedo y dijo, en voz muy baja:

—Nunca lo habría hecho, ¿sabe? No la Traviesa de Hierro.

—Vale —dijo Húmedo—. Y ahora tienes dos señoritas, suertudo.

Pero en su cabeza una voz le decía: «Aunque tampoco te ha sorprendido del todo, ¿verdad, Húmedo? Ay, hombre de poca fe». Y entonces se oyó un suspiro de vapor.

\* \* \*

Húmedo pasó las dos horas siguientes sentado a su escritorio en el complejo de Harry, sintiéndose como una locomotora a toda velocidad mientras el paisaje volaba difuminado a ambos lados. De vez en cuando un mozo llegaba con otro montón de papeles procedentes de algún sector del imperio de Harry Rey y, hacia el atardecer, sintió que se sumía suavemente en un coma, que al principio le pareció bastante agradable: se visualizó en medio de una neblina rosa pálida y no le importó. Nada importaba. Y poco a poco Húmedo von Mustachen empezó a disolverse, pero, justo cuando sucumbía, Del Crepúsculo la Oscuridad se dejó caer frente a él con los últimos rayos de sol, aunque Húmedo fue incapaz de comprender desde dónde se había dejado caer.

—¡Hay que irse a dormir, señor Mustachen! Hombre que trabaja de sol a sol acaba con huevo en la cara y culo quemado. ¿Cuándo comió señor Mustachen la última vez? ¡No tentempié! ¡Comida de verdad! Llevo champiñones secos si tiene gusa. ¿No? Hay que cogerles gusto… mejor para mí, pero como mínimo debe dormir. Señor Mustachen no puede hacer todo. Si no come, no puede hacer nada. Ganar dinero bien, pero las mortajas no tienen bolsillos. ¡Tómese descanso, señor Ferrocarril! Y esto le ayudará un montón seguro seguro mucho.

El trasgo entregó a Húmedo un botellín que, según su mugrienta etiqueta, contenía MATARRATAS.

—Etiqueta mentira podrida, señor Mustachen, botellín fregado y ratas comidas, lo aseguro, y rellenado con poción trasga especial para gente cansada. Garantizada sin lombrices, da sueño reparador ¡y sentirá mucho mejor si despierta por la mañana! ¡Garantizado! Pura pluma. ¡No encontrará mejor!

Había sido un día muy largo y el calor de los hornos le había dejado tan seco como los propios hornos, y por eso, qué demonios, Húmedo echó un trago largo.

—¡Así me gusta, señor Mustachen! —exclamó el trasgo con una risilla—. Hará que le rice pelo… ¡en todas partes!

\* \* \*

Más tarde, cuando Húmedo hubo acabado de hablar con los hongos bailarines y con don Yupi, el hombre que tenía la divertida capacidad de comerse su propia cara, debieron de ser sus propios pies los que por su cuenta y riesgo encontraron la cama, arrastrándose como un par de mulos viejos con la ayuda inestimable del sargento Colon y el cabo Nobby Nobbs, que al parecer lo habían encontrado delante de su casa hablando con sus rodillas. Y, según Nobby, escuchando con mucha atención lo que estas tenían que decir.

\* \* \*

Despertó tumbado en el suelo del dormitorio. Alguien lo había tapado con unas mantas y hasta lo había arropado bien. Húmedo se llevó las manos a la cabeza y pensó: ¡oh, no! ¡Bebí otro brebaje trasgo! Su consternación menguó al caer en la cuenta de que se sentía perfectamente, y no solo eso, sino con tanta actitud de «adelante con los faroles» que debía de haber dejado al resto del mundo a oscuras. Cuando salió al balcón para respirar el aire fresco, los pájaros cantaban y el cielo lucía un precioso tono de azul.

La puerta se abrió a su espalda y Adora Belle dijo:

—Sé que tenemos un matrimonio que podría llamarse poco convencional, con los empleos que tenemos, la presión del trabajo y demás, pero estaría faltando a mi deber de esposa si no te preguntase si has estado zascandileando con chicas frescas y ligeras de cascos. Sin presión, tómate el tiempo que necesites para responder.

Más o menos embriagado por el éxtasis de estar vivo y, por supuesto, todos aquellos faroles, Húmedo respondió con tono alegre:

—Un momento, un momento, ten paciencia conmigo y dime: ¿te refieres a frescas o a ligeras de cascos? ¿Hay algún catálogo para distinguirlas o una característica más o menos cancela la otra?

—Húmedo von Mustachen, estás borracho como una cuba. ¿Puedes andar siquiera?

A modo de respuesta, Húmedo saltó, entrechocó los talones y dijo:

—Fresca o ligera, chica, o ¿por qué no las dos cosas a la vez?

Mientras lo arrastraba al dormitorio y cerraba la puerta a sus espaldas, Adora Belle respondió:

—Bueno, marido mío, ya puestos tendremos que descubrirlo.

\* \* \*

Había una tormenta eléctrica sobre Schmaltzberg, pero eso era la norma. Los truenos retumbaban entre las montañas, como canicas de los dioses. Y en la intimidad de su despacho, el Bajo Rey hablaba del progreso con Aeron, que parecía más contento de lo habitual.

—Se diría que las aguas se están calmando —dijo Rhys—. Discuten y discuten, y luego alguien recuerda que ha de atender asuntos de sus granjas de ratas o que hay un problema en su mina de oro, porque entra agua, los puntales de los pozos se comban y demás, temas que no pueden dejar en manos de subalternos, y entonces todo se tranquiliza.

—Sé que todo esto te inquieta —respondió Aeron—, pero pienso… no, creo, que tienes más amigos de lo que nunca creíste posible. Hasta los trasgos saben que eres uno de los primeros que firmaron a favor de su emancipación. Nos guste o no, el futuro pasa cada vez más por ellos, Rhys. Fue el asunto de las torres de clacs lo que hizo enfadar hasta a los enanos más tradicionales. Los clacs son necesarios: todo el mundo quiere saber las noticias. Hay gente furiosa en todas partes. A fin de cuentas, dicen, los trasgos y los trolls se ocupan de sus propios asuntos, así que ¿por qué no pueden hacer lo mismo los enanos?

—¿Seguimos sin noticias de Ardiente? —preguntó el rey—. Han pasado meses, ¿no? ¿No se ha derribado ninguna torre más? ¿Ningún idiota ha intentado destruir el ferrocarril? ¿Puedo creer que ese agitador está acabado?

Aeron entregó al rey su café.

—Creo que fue lord Vetinari quien dijo: «Nunca hagas nada hasta que oigas los gritos». Sin embargo, Ardiente no es de los que vuelven con el casco en la mano para pedir perdón. Con ese orgullo que tiene es impensable.

Al cabo de un rato de silencio, que Rhys Hijoderhys dedicó a sopesar las posibilidades, Aeron prosiguió:

—Entonces ¿aceptarás la invitación a la cumbre de Quirm? Dadas las circunstancias, Rhys, a mí me parece muy importante que vayas y te dejes ver.

—Por supuesto. El Rey Diamante presidirá las sesiones este año y yo tengo que limar asperezas. Es amable y cooperador, pero no me apetece poner a prueba su paciencia. Siempre ha sido un aliado muy comprensivo.

—¿Y el otro… asunto?

—El otro asunto es satisfactorio —respondió el rey. Hizo una pausa—. Sí, tenemos que ir a Quirm, pero creo que sería prudente dejar a Hijodealbrecht al mando aquí, para que se ocupe de cualquier imprevisto.

\* \* \*

Sin que él supiera muy bien cómo, y a pesar del poco tiempo que en realidad pasaba en el complejo, al parecer Húmedo era ahora el señor Ferrocarril. Si alguien quería saber algo de trenes, le preguntaba a él. Si habían perdido a su hijo pequeño en la cola de la Traviesa de Hierro, se avisaba al señor Mustachen, y si alguien tenía una idea nueva para el ferrocarril, la remitía al señor Mustachen, hasta que, pasado un tiempo, Húmedo empezó a desentenderse de la hora que era o, peor aún, de dónde estaba: las demandas de atención eran interminables.

Estaba bastante seguro de que dormía con cierta frecuencia, a veces en casa si cabía la menor posibilidad, o en caso contrario tiraba de colchón y manta en algún rincón de las cálidas y cada vez más grandes fundiciones que jalonaban la ruta a Uberwald; si fallaba todo lo demás, se acurrucaba bajo los toldos de la cuadrilla de trabajadores más cercana, después de que compartieran con él cualquier cosa que tuvieran al fuego. Cuando había suerte era faisán o tal vez urogallo, y cuando no, solía haber por lo menos olla de pobre, que por lo general incluía col, nabo y algo que contenía proteínas casi con toda seguridad, aunque sería mejor no verlo a la luz del día. Pero había que reconocer que las cuadrillas del ferrocarril, incluida la vanguardia que ya tenía Slake al alcance de la mano, estaban formadas por hombres con recursos, sobre todo en lo relativo a la tradición de poner trampas para llenar sus pucheros mientras construían la vía imperecedera.

Slake era uno de esos lugares, pensó Húmedo, que se ponen en los mapas porque resulta embarazoso dejar huecos en blanco. Había algo de minería, pesca y comercio de madera, y al cabo de un tiempo cualquier visitante se llevaba la impresión de que quienes optaban por vivir en Slake y sus alrededores eran personas que no querían que otros supieran dónde estaban. Y cualquiera que pasease por Slake tenía la certeza de que lo vigilaban. Húmedo lo catalogó como lugar a evitar si uno no era aficionado a la mala comida o los banjos. Pese a todo, tenía alcalde y estaba marcada en el mapa como parada para repostar agua y carbón.

Húmedo ya no llevaba los trajes elegantes y los zapatos hechos a mano que, junto con su colección de sombreros de aspecto oficial, conformaban su tarjeta de visita en la ciudad. No aguantaban bien el régimen del trabajador del ferrocarril, y por eso se había pasado a la camisa grasienta con chaleco y pantalones bastos atados por las rodillas. Le encantaban las botas enormes y la gorra plana que parecían completar el atuendo y le hacían sentir seguro por los dos extremos. Pero las botas, ay, las botas… Te podía caer un troll en la cabeza y te mataría, pero ¡las botas seguirían como nuevas! Llevaban tachuelas y venían a ser como fortalezas en miniatura. Nada podía atravesar una bota de obrero del ferrocarril.

Los mensajes le llegaban dondequiera que estuviese, ya fuese en tren, por mensajero trasgo o vía clacs, puesto que ya quedaban muy pocos lugares donde las torres no hubieran encontrado un hueco en el paisaje.

Una madrugada, en un municipio de las llanuras llamado Bulto Chico, mientras caía un aguacero que acribillaba su improvisado refugio, Húmedo retiró la puerta de lona y madera para encontrarse la cara de Del Crepúsculo la Oscuridad, del que no podía decirse que estuviera empapado porque en realidad había muy poco que empapar. En cuanto el trasgo entró en la choza, la poca agua que llevaba encima desapareció sin más.

De forma casi automática, Húmedo alzó la vista para ver las luces de la to[[60]](#footnote-60)rre local de clacs y la vio emitir un código familiar: era un mensaje de Adora Belle. Reconoció su código con la misma facilidad con la que reconocería el suyo propio.

—¡Rápido! —dijo—. Sube a esa torre y tráeme ese mensaje, ¡ya!

Esperó, y en la penumbra se oyó la voz de Del Crepúsculo la Oscuridad.

—No he oído la palabra mágica, don Mojadito.

Húmedo se sorprendió de sí mismo porque, aunque el trasgo desprendía un olor que casi podía verse, no era motivo para ser maleducado, de modo que se corrigió:

—Por favor, señor Del Crepúsculo la Oscuridad. Muchísimas gracias.

Puesto en su sitio, Húmedo guardó silencio mientras el pequeño trasgo volvía a salir a la lluvia y correteaba hacia la torre.

Húmedo terminó sus abluciones, recogió sus pertrechos —dando por sentado que el mensaje, fuera cual fuese, le exigiría viajar a otra parte— y salió hacia donde había dejado al caballo gólem esperando sin hacer caso de la lluvia por si necesitaba despertarlo, porque por mucho que se esforzara no podía verlo como otra cosa que un ser vivo. Era cierto que el caballo le estaba provocando un principio de hemorroides, por mucho acolchado que colocase entre los dos. Y aunque la criatura hubiera empezado a hablar, Húmedo seguía echando de menos todos esos pequeños rituales que definían la equitación. Era consciente de que faltaban actos como poner el morral, ajustar los arreos o dar algo de agua a la bestia. La ausencia de esos rituales lo descolocaba un poco. Era inquietante. Bajo la lluvia, era como si viviera en dos mundos diferentes.

Y mientras se preguntaba si debería poner nombre al caballo, lo que de algún modo normalizaría un poco la situación, el señor Del Crepúsculo la Oscuridad llegó con una hoja de clacs rosa, mojada y emborronada.

Vetinari quiere verte enseguida. Stop. PS A ver si puedes traerte un poco de aquella poción trasga. Stop. PPS Si pasas por delante panadería necesitamos un par de hogazas cortadas. Stop. Tu amante esposa. Stop.

Y pensó: bueno, ¿no es bonito que nos echen de menos?

\* \* \*

Después de apenas unas horas y una travesía accidentada bajo la lluvia torrencial, Drumknott abrió la puerta de la antesala del Despacho Oblongo, encantado de la vida con su elegantísimo gorro de maquinista, a la vez que se limpiaba las manos aceitosas con un ejemplar no menos grasiento del omnipresente trapo de maquinista.

—Su señoría le atenderá enseguida, señor Mustachen. Ha estado usted muy ocupado últimamente, ¿verdad?

Húmedo se fijó entonces en que el menudo secretario también lucía un bronceado bajo los manchurrones y el hollín, y que llevaba el gorro —¡horror!— con una inclinación desenfadada, adjetivo que nunca antes se había aplicado a nada relacionado con Drumknott.

—¿Ha pasado mucho tiempo en el tren, señor Drumknott? Parece que le está sentando bien.

—¡Ya lo creo, señor! Su señoría me permite dar unas vueltas en el ferrocarril a última hora de la mañana, cuando ha terminado su crucigrama. Al fin y al cabo, hoy en día todo pasa por el tren, ¿verdad?, y su señoría tuvo la generosidad de decir que así le mantengo al día.

En ese momento sonó un pitido estridente al otro lado de la puerta, y Drumknott la abrió y dejó ver a Húmedo, para su total sorpresa, a lord Vetinari en el acto de atrapar una de las nuevas locomotoras de vapor en miniatura justo cuando iba a precipitarse por el borde del reluciente escritorio. Las habituales rectas y curvas estaban rodeadas de figuritas de personas: guardias, maquinistas, pasajeros, el corpulento supervisor con un gran puro y varios ingenieros armados con minúsculas reglas de cálculo hechas a mano. Y el tirano cazó la locomotora al vuelo con el guantelete, sin preocuparse de las gotas que manchaban de agua y aceite las costosas y abrillantadas baldosas de ébano.

—Es asombroso, ¿no le parece, señor Mustachen? —dijo con júbilo a través del humo—. Aunque es una pena que solo vaya sobre raíles. No me imagino cómo sería el mundo si cada uno tuviera su propia locomotora de vapor. Abominable. —Su señoría estiró la mano para que Drumknott la limpiase con un trapo algo menos grasiento—. Bueno, el señor Mustachen ya ha llegado, Drumknott, y sé que usted no ve la hora de volver a su maravilloso ferrocarril.

Y Drumknott, el mismo Drumknott que opinaba que las mejores cosas de la vida se guardaban en carpetas de papel manila, bajó de dos en dos los peldaños de la escalera para subirse a un coche, palear carbón, arrancar el motor, tocar el silbato, respirar el hollín y la carbonilla y, en definitiva, ser la más espléndida de las criaturas que poblaban el mundo, el maquinista de tren.

—Dígame, señor Mustachen —dijo Vetinari cuando se cerró la puerta—. Se me ocurre que un desprendimiento de rocas en la línea podría hacer descarrilar a una locomotora sin problemas…

—Bueno, señoría, cuando nos alejamos de Ankh-Morpork añadimos a las máquinas un botaganado, que para entendernos es una especie de arado. Y recuerde, señor, que una locomotora que avanza sin trabas tiene un peso considerable y, además, los guardavías y técnicos de mantenimiento echan un vistazo a los raíles.

—Entonces ¿por ahora no ha habido sabotajes intencionados?

—Ninguno —respondió Húmedo— desde el ataque a la Traviesa de Hierro de hace unos meses, a menos que se refiera a los chavalillos que colocan peniques en los raíles para que el tren los aplane. Eso parece más bien un pasatiempo, y el cobre se deforma con facilidad. La situación se ha calmado, ¿verdad, señor? Me refiero a los grags que tiraban las torres de clacs e incordiaban en general. Parece que se han rendido.

Vetinari hizo una mueca.

—Podría estar en lo cierto. Es lo que opina el Bajo Rey, desde luego, y el comandante Vimes me informa de que sus agentes en Uberwald no observan irregularidades. Otras fuentes indican lo mismo. Pero… me preocupa que los extremistas sean como malas hierbas perennes. Puede que desaparezcan durante una temporada, pero no se rinden. Temo que hayan agachado la cabeza todavía más mientras esperan el momento adecuado.

—¿Y qué momento sería, señor?

—¿Sabe, señor Mustachen? Me pregunto eso mismo todas las noches. Me complace un tanto que la era de la locomotora haya comenzado con cuidado, reflexión y un enfoque científico, en lugar de con experimentos a lo loco. Fomentar el «si quieres, puedes» solo propicia episodios como el que vivimos en el bosque de los Tojones. De modo que… —Vetinari miró a los ojos a Húmedo—. Cuénteme, ¿cómo va el ferrocarril a Uberwald?

—Avanzamos a buen ritmo, señor, pero llevamos retraso… por decirlo de alguna manera. Esperábamos clavar el clavo de oro a mediados del mes que viene. Todavía hay mucho trabajo pendiente y en la zona de los Bronquis vamos a tener que soterrar el tren. Excavamos una buena cantidad de túneles, pero ahí arriba ya hay un montón de formaciones de cuevas. —Y luego están los puentes, pensó. No le has hablado de los puentes—. Y, por supuesto, una vez lleguemos a Uberwald, con el tiempo seguiremos adelante hasta Genua.

—No es suficiente, señor Mustachen, no es para nada suficiente. Tiene que acelerar el proceso. Podría estar en juego el equilibrio del mundo.

—Esto… con el debido respeto, milord, ¿por qué?

Vetinari arrugó la frente.

—Señor Mustachen, le he dado sus órdenes. El modo en que las ejecute es cosa suya, ¡pero deben obedecerse!

\* \* \*

El humor de Húmedo no mejoró cuando descubrió que su caballo gólem tenía un cepo puesto, al parecer colocado por la Guardia, ya que allí cerca había un policía riendo. El caballo lo miró avergonzado y dijo:

—Lamento esta molestia, señor, pero debo acatar la ley.

Húmedo, rabioso, replicó:

—Como caballo gólem, ¿eres tan fuerte como cualquier otro gólem?

—Ya lo creo, señor.

—Muy bien —dijo Húmedo—. Entonces libérate del cepo.

El artefacto se agrietó y se partió. El guardia corrió hacia Húmedo mientras este subía de un salto al caballo y gritó a su espalda:

—¡Oiga! ¡Que eso es propiedad pública, hombre!

Y Húmedo gritó por encima del hombro:

—¡Envíe la factura a sir Harry Rey, si se atreve! ¡Diga que es de parte de Húmedo von Mustachen!

Echando la vista atrás mientras el caballo se alejaba al galope por la Vía Ancha inferior, vio con regocijo que el guardia recogía los fragmentos del cepo amarillo y le gritó:

—¡Nadie entorpece el avance de los Ferrocarriles Higiénicos!

\* \* \*

Húmedo siempre había preferido moverse rápido —al fin y al cabo, en su oficio anterior era esencial una buena punta de velocidad— y llegó al complejo de Harry con el caballo jadeando como un corredor celestial. Descabalgó y, más que nada por cubrir las apariencias, ató al caballo.

—¿Por qué jadeas? —le preguntó—. Los gólems no jadean. ¡Si ni siquiera respiráis!

—Lo siento, seño[[61]](#footnote-61)r. Usted quería que fuese un caballo más equino, de modo que hago lo que puedo, señor… hiii, hiii, hin.

Húmedo se echó a reír y dijo:

—Perfecto, Lucero… ¡No, Lucero no! ¿Te gusta Centella?

El caballo adoptó un aire reflexivo.

—Nunca he tenido nombre. Siempre he sido «caballo». Pero es una sensación muy agradable saber quién eres. Me pregunto cómo he podido vivir sin ella durante estos últimos novecientos tres años. Gracias, señor Mustachen.

\* \* \*

Húmedo se dirigió al despacho de Harry y dejó muy claro que hablaría directa y únicamente con él. Cuando lo hizo, el magnate lo miró a la cara durante una eternidad antes de decir:

—Sin duda sabes que apenas han empezado a reforzar el primer puente de la línea de Uberwald. ¡No hay tren que pueda volar por los aires!

—Sí, Harry, ya lo sé. Los dioses me han castigado a hablar sin tregua con agrimensores e inspectores. Pero lo único que requiere un montón de trabajo son las bases de los puentes. Los montantes han superado la prueba del tiempo.

Y mientras sir Harry cogía aliento para protestar, Húmedo le contó lo que tenía pensado si los ingenieros de Simnel no terminaban a tiempo para lo que fuese que Vetinari estaba tramando.

Harry tardó un poco en asimilar el plan de Húmedo, pero cuando por fin lo hubo oído entero, dijo:

—Quieres saltarte todas las reglas, muchacho, y eso a Vetinari solo se le puede hacer una vez. De eso sí que estoy bastante seguro.

Húmedo necesitó toda su astucia y su autocontrol para lidiar con un enfurecido Harry Rey, pero se mantuvo firme y dijo:

—Harry, en el tiempo que llevo trabajando para lord Vetinari he aprendido a comprender las palabras «negación plausible».

—¿Cómo? ¿Qué significa eso, listillo? —preguntó Harry.

—Significa que su señoría prefiere saber poco sobre lo que hago y que, desde luego, no me da instrucciones claras, y también significa que tengo que hacer muchas suposiciones, pero eso siempre se me ha dado muy bien. Hay mucho que hacer, sir Harry, ¿o debería decir «milord», o tal vez incluso «barón Rey de Ankh-Morpork»? Esa parte puedes rellenarla tú mismo… Además, si mal no recuerdo, cuando Vetinari te convierta en el primer barón del ferrocarril, tendrás derecho a llevar seis bolas de plata en la corona. ¿El título de caballero? ¡Bah! Podrías llegar a barón de la noche a la mañana. Imagino que a lady Rey la impresionaría mucho un hombre con seis bolas.

Harry resopló.

—¡Vaya sorpresa se llevaría la parienta! —Fantaseó con el panorama del futuro que le había pintado Húmedo—. En realidad, podría decirse que se pavonearía como una… ¡duquesa! —Se calmó un poco antes de continuar—. Créeme, yo me tenía por el Rey de la Mierda, pero ¡tú me estás soltando encima una cantidad que no veas! ¿Quieres hacer el favor de contarme los problemas que nos traerá todo esto? Barón, mis cojones. Hala, señorito, ¿cómo van a llevar esto a buen término dos bribones como nosotros?

\* \* \*

Incluso con la presión añadida del patricio y con todos los muchachos, trolls y trasgos que Harry podía aportar, hacía falta tiempo para construir una vía férrea. «Tsort no se hizo en un día» era el mantra que se repetía cuando alguien se impacientaba. Aun así, día a día la gran línea nueva de tren a Uberwald se acercaba a su destino.

Si una cosa era construir el trazado, otra muy distinta era mantenerlo. Las vías estaban expuestas al viento y las inclemencias y además, en muchos casos, lejos de la civilización. Húmedo repasaba cada semana el libro de quejas, averías y problemas variados, aunque su instinto siempre le impulsaba a empezar por la miscelánea, que a veces era graciosa: troll ebrio en la línea, nido de arpías en carbonera, mujer que da a luz. Después, por supuesto, estaban los desprendimientos de tierra, que desbarataban los horarios. Además, la gente no acababa de comprender que dejar un carro enorme lleno de c[[62]](#footnote-62)erdos en un paso a nivel suponía un impedimento activo a cualquier desplazamiento del ferrocarril, ¡por no hablar de los que creían que, si levantaban la mano, la locomotora que se les acercaba pararía para recogerlos de inmediato! Y bien podía suceder, pero las derrapadas de locomotora obligaban luego a rellenar una gran cantidad de formularios.

Húmedo sabía muy bien que, desde el viaje inaugural, los directores de periódico de las llanuras Sto esperaban con ansia el primer auténtico desastre ferroviario, que a ser posible incluyera por lo menos una muerte espantosa.

Y la obtuvieron, aunque no en la línea de la Compañía de Ferrocarriles Higiénicos. En lugar de eso, la primera víctima se produjo en una zona rural de Quirm, donde tres emprendedores, monsieur Lavasse el vinatero, monsieur Croque el quesero y monsieur Lestripe, tratante en coronas de cebollas con fines decorativos, habían invertido en la creación de su propia línea, pequeña y de vía única, entre sus viñedos y granjas.

Habían buscado el consejo experto de Simnel, sobre todo a propósito de cómo evitar un choque frontal entre sus dos locomotoras en la vía única, un acertijo que Dick había resuelto con su característica sencillez proporcionándoles unas señales que no podían cambiarse sin una ficha metálica especial que llevaba el maquinista que tuviera preferencia en la línea.

Entre titulares que proclamaban «FALLA EL SISTEMA DE SIMNEL» y «¿CORRE PELIGRO LA VIDA DE LOS PASAJEROS?», Simnel y Húmedo fueron convocados para investigar lo sucedido en Quirm, donde descubrieron la terrible verdad. Un cargo intermedio de Château Lavasse había tenido la ocurrencia de acelerar los tiempos duplicando la ficha de seguridad y explicando a los maquinistas y guardavías que bastaba con que fueran sensatos. El apaño había funcionado durante una temporada, de modo que todo el mundo se había relajado, hasta que un día el guardavía Hugo se despistó y olvidó una medida de seguridad vital, y dos trenes acabaron acercándose de frente y a cierta velocidad por la única vía, guiados por dos maquinistas que coincidían en creer que tenían preferencia. Y al final coincidieron de verdad. Uno de ellos murió y el otro sufrió graves quemaduras causadas por los quesos volcados que fluyeron como lava al alcanzar el calor de la cabina. También se produjo un grave vertido de foie gras.

El empleado que había tenido la ocurrencia de encargar una segunda ficha dijo:

—Bueno, me pareció que así se ahorraría tiempo, o sea que yo solo…

Según la noticia firmada por Raymond Lanzadera en el Times del día siguiente: «“Mis más sinceras condolencias por el caballero que murió y el hombre que resultó herido”, afirmó el señor Mustachen. “Estoy seguro de que ninguno volveremos a mirar la fondue con los mismos ojos. Sin embargo, el señor Simnel ha dejado claro que, aunque es fácil lidiar con la estupidez, la imbecilidad profunda es dificilísima de eliminar. Me pregunto cuántos crímenes atroces se habrán perpetrado justo después de que una persona bienintencionada dijese ‘yo solo…’”».

Una vez sofocado el incendio mediático, Simnel y Húmedo emprendieron el regreso a Ankh-Morpork. Mientras el lento tren del ramal costero de la línea dejaba atrás el terreno rocoso que tan propicio era para las famosas vides quirmianas y empezaba a bordear el cenagoso mundo de los Tremendales, Simnel dormía y Húmedo cavilaba sobre los muchos desafíos que le aguardaban mientras veía desfilar el paisaje por la ventanilla. Observando el paso de los pantanos, sintió un [[63]](#footnote-63)leve alivio al pensar que el tren no pararía hasta alcanzar tierras más secas, en la pequeña localidad de Garabatiana, gran exportadora de caballos de carreras. Y así estaba bien, pensó: desde allí salía un largo y serpenteante sendero que llegaba a los Tremendales, y si uno no podía encontrarlo era señal de que no tenía nada que hacer allí.

\* \* \*

Diluviaba sobre la terminal de Sto Lat y el agua caía a chorros desde el tejado mientras la gente corría para ponerse a cubierto y resguardarse del aguacero. La pequeña cafetería de Marjorie Dueleprendas estaba seca y, como atractivo adicional en aquella noche desapacible, vendía bollitos calientes. Era un faro de consuelo para la joven señorita troll que removía su taza de azufre fundido con aire dubitativo mientras esperaba. Observaba a la gente que entraba y salía, y se sorprendió cuando un caballero enano señaló la silla que tenía al lado y preguntó:

—Disculpe, ¿está ocupado este sitio?

Craquelia nunca había tenido mucho trato con enanos, por supuesto, pero desde que se había arreglado el asunto del valle del Koom nadie la miraría mal por hablar con uno, sobre todo cuando iba tan bien vestido y, bueno, parecía humano; un enano de Ankh-Morpork, que se decía. De modo que le sonrió y respondió:

—Siéntese, se lo ruego, señor. ¿No le parece un tiempo muy inclemente para esta época del año?

El enano hizo una reverencia, se sentó y dijo:

—Perdone que la importune, pero me alegra muchísimo oírle una palabra como «inclemente». La palabra misma pinta un cuadro, ¿no le parece? Un cuadro gris, pero aun así… Vaya, qué modales los míos. Permita que me presente: Mudito Hijodesabio a su servicio, y déjeme decir que habla un enano excelente.

Craquelia miró a su alrededor. Seguía entrando gente para resguardarse de la lluvia y saliendo en función de la llegada o partida de los trenes. Sto Lat era, a fin de cuentas, un nudo de comunicación por el que pasaba casi todo el tráfico ferroviario. La troll tenía una oreja pendiente por si el mozo anunciaba su tren, pero aun así consiguió decir:

—Su dominio de la lengua troll tampoco deja nada que desear, si no le importa que se lo diga. ¿Puedo preguntarle adónde le han llevado sus viajes?

El enano sonrió de nuevo.

—Soy bibliotecario en Klatch, pero hace poco he enterrado a mi padre en Cabeza de Cobre.

Craquelia contuvo un acceso de risa y dijo:

—Le ruego que me disculpe, lamento mucho el fallecimiento de su padre, pero ¡esto es asombroso! ¡Yo también soy bibliotecaria, al servicio del Rey Diamante de los trolls!

—¡Ah, la Biblioteca Diamantina! Por desgracia nos está vedada en estos momentos, incluso bajo los términos del famoso Acuerdo. Daría cualquier cosa solo por verla.

Y los dos bibliotecarios pidieron más bebidas y hablaron de libros mientras sonaban los silbatos y un tren tras otro partía de la estación. Craquelia contó a Mudito que a su marido no le gustaban los libros, pues consideraba que los trolls tendrían que conformarse con farfullar como en los viejos tiempos, y el enano le habló de su esposa, que aun después del Acuerdo del Valle del Koom seguía viendo a los trolls como una especie animal, y hablaron, hablaron y hablaron sobre el sentido de las palabras y, en verdad, el amor a las palabras. Y Marjorie reconoció el síndrome y los mantuvo surtidos de café y azufre caliente, con algún que otro pastel empedrado calentito.

Por supuesto, no era asunto de ella, pensó, no le correspondía a ella decir cómo debían vivir los demás, y desde luego no es que pusiera la oreja, bueno, o no mucho, pero no puedo evitar oír que el enano decía:

—Me han ofrecido un puesto de bibliotecario en la Universidad de Durafacies y ya me han dicho que puedo llevar mi propio ayudante.

Y Marjorie no se sorprendió al encontrar dos tazas vacías y una mesa libre la siguiente vez que miró: era inevitable que pasara esa clase de cosas con el ferrocarril. Ampliaba los horizontes, los internos y los externos. La gente salía a buscarse a sí misma y lo que encontraba era a otra persona.

\* \* \*

Dentro de lo que son los golpes de Estado, el de Schmaltzberg fue lento y rezumante como un goteo de melaza por los túneles y las minas, y también igual de pegajoso. Un entendido en golpes reconocería el proceso. Dos individuos se levantaban para dejarle claro a un tercero que aquello era lo que había que hacer porque era lo que iban a hacer todos los demás, y nadie quería ponerse en el bando perdedor, ¿verdad? Siempre había alguno que no las tenía todas consigo, pero la presión de la marea lo reafirmaba. El Schmaltzberg subterráneo era, en muchos aspectos, una colmena, y el enjambre estaba decidiendo que necesitaba una reina nueva.

Por supuesto, Ardiente y los grags desterrados estaban en pleno epicentro del asunto, y tras su regreso triunfal se estaban acomodando como si el lugar les perteneciera por derecho propio…

«Nadie tiene por qué salir herido», decían, y quizá se oyeran también murmullos de «A fin de cuentas, e[[64]](#footnote-64)s por su propio bien», y hubo otras expresiones reveladoras como «Hace falta sangre nueva» y «Debemos defender nuestras más veneradas ordenanzas», y cualquiera que fuese un poco sensible a los ambientes podría captar que algunos enanos, enanos de lo más sensatos, enanos que se considerarían respetables y justos, de todos modos empezaban a traicionar poco a poco alianzas que en otros tiempos habían suscrito con gran solemnidad, porque la colmena zumbaba y no querían ser quienes se llevaran los aguijonazos.

Las consignas eran «restaurar el orden» y «volver a los fundamentos de la auténtica enanidad».

Pese a todo, siempre hay alguien que no zumba con el enjambre, y en aquel caso concreto fue Albrecht Hijodealbrecht, a cuyo alrededor se reunieron los enanos que se oponían de plano a la rebelión y se mantenían fieles a Rhys Hijoderhys contra viento y marea. El aire de los pasadizos se espesó, y la pregunta que nadie se atrevía a plantear era: ¿quién sería el primero en clavar el aguijón?

Albrecht Hijodealbrecht puso la mano sobre el Bollo del Destino.

—Compatriotas enanos, yo hice un juramento, y vosotros también. Y como todos aprendimos en el regazo de nuestras madres, el Ginnungagap espera a todos los asesinos y perjuros. —Su sonrisa era una mueca. Prosiguió—: O quizás lo entendiera mal yo.

—Las circunstancias han cambiado —dijo Ardiente—. El rey es demasiado amigo de los trolls y los malditos humanos, y por si fuera poco también firmó la declaración de que los trasgos, ¡los trasgos, nada menos!, merecen el mismo trato que los enanos. No sé vosotros, pero yo no me considero igual a un trasgo.

En el sonoro silencio, Hijodealbrecht casi susurró:

—¿Y el Acuerdo del Valle del Koom? ¿El arreglo que mantendría la paz en nuestra época? Todos fuimos partícipes de aquello. ¿Tan fácil nos resulta ahora quebrantar nuestros propios juramentos?

—Yo no firmé nada —señaló Ardiente.

—No, tú no —dijo Hijodealbrecht—. Lo firmó Rhys Hijoderhys en representación de todos los enanos.

—A mí no me representaba —replicó Ardiente—. Y no me creí aquella escenita de los dos reyes en la caverna. Sabéis cómo son los humanos, ¿verdad? Veo a Vetinari muy capaz de organizar que colocaran allí todo aquello.

El siguiente silencio fue ensordecedor. Todos habían pasado por delante de aquel extraño y resplandeciente cuadro vivo en el valle del Koom, aquella caverna tan gélida donde los dos reyes muertos entraron al galope en la historia en un estado de empate intencionado. Y quizá alguno de los presentes se preguntara qué harían esos reyes muertos si se perturbaba su descanso. Pero Ardiente interrumpió la ensoñación.

—Lo que necesitamos es estabilidad —afirmó—. Nadie tiene que llegar a las manos, nadie saldrá herido. Eso puedo jurároslo.

—Perdona —dijo Albrecht—. ¿Pasará lo mismo que con el juramento que le hiciste a tu rey, so traidor?

El tintineo de las armas desenfundadas a gran velocidad resonó de una punta a otra de los salones, seguido por el silencio retumbante de quienes no desean ser el primero en dar un tajo. Habían llegado a un punto muerto, tan muerto que apestaba.

—No responderé a provocaciones estúpidas —dijo Ardiente—. Debemos afrontar el mundo en el que vivimos. Tenemos que asegurarnos de que se convierta en el mundo que queremos, donde los enanos ocupen el lugar que les corresponde. Los tiempos han cambiado. Necesitamos a alguien dispuesto a defender nuestros intereses. Todo el mundo se llena la boca con lo mucho que está cambiando el mundo. Yo pretendo ocuparme de que cambie en beneficio de la enanidad. —Caminó hacia Albrecht y le tendió una mano—. Tú antes pensabas así, amigo mío. ¿No te unirás a mí?

Toda la caverna contuvo la respiración. Albrecht vaciló un instante.

—Tu propuesta me la paso por el forro.

Se hizo el silencio, con la excepción de algunos enanos intrigados:

—¿Qué significa eso?

Otros, más viajados, que habían tratado con humanos, acudieron al rescate:

—Es como decir «métetela donde el sol no brilla».

La explicación hizo que los enanos que no conocían las costumbres humanas dijeran:

—¿Eso no es el valle aquel que hay cerca de Tajada, que es tan bonito?

Hasta que uno de ellos concluyó:

—Según lo entiendo yo, significa que se la puede meter por el culo.

—Anda, ¿en serio?

—¿Puedo sugerir una votación a mano alzada? —propuso Ardiente—. Quienes no estén a favor de mí y de una resolución satisfactoria de los asuntos enanos tal y como han sido desde tiempos inmemoriales, que levante la mano y se dé a conocer.

Hijodealbrecht se sentó rápidamente en el Bollo del Destino.

—Bueno —dijo Ardiente—. Como te quedes mucho tiempo ahí, amigo mío, te van a salir almorranas.

Y hubo risas, pero fueron risas nerviosas. Además, en un gesto infrecuente para los enanos, la gente estaba pensando antes de actuar. Sí, los trasgos estaban en auge y también los humanos y los trolls, y en el tablero del mundo los enanos sin duda tenían que respetar unas jerarquías. ¿Y qué si cambiaba un rey? Cuando volviera el Bajo Rey se encontraría con un hecho consumado y el mundo andaría ocupado con sus propios asuntos. Ya se sabe que la política cambia a todas horas… Lo que todos pensaban, aunque nadie lo dijera, era que si en aquellos momentos estallaba una lucha entre enanos, no acabaría hasta llegar a sus últimas consecuencias, ¿y dónde estarían todos entonces?

\* \* \*

En la habitación más alta del castillo, sobre el cañón más profundo de Uberwald, el Igor de guardia despertó a lady Margolotta, que no se lo tomó demasiado bien.

—¿A qué viene esto? —preguntó después de abrir la tapa de su ataúd—. Todavía no ha anochecido siquierra.

—Pazan cozaz gravez, mi zeñora. Cuentan que ha habido un golpe de Eztado en Schmaltzberg y Ardiente ze ha hecho con el poder.

Igor miró con atención a su señora, que de repente parecía enfrascada en sus pensamientos. Retrocedió un poco por si había una explosión. Para su sorpresa, lady Margolotta se limitó a decir:

—¿Aquella pequeña comadreja? A veces el crespón negro resulta difícil de respetar. ¿Hasta dónde ha llegado la noticia?

—No muy lejoz, mi zeñora. Loz clacz no funcionan, por orden de Ardiente.

El repentino dulzor que adoptó el tono de su señora inquietó a Igor. Si la seda pudiera hablar, sonaría así.

—¿Por orden suya? ¿De verdad? Bueno, ya verremos. Sí, ya verremos.

Lady Margolotta caminó hasta el balcón y se dejó caer por el precipicio, hasta que adquirió una velocidad satisfactoria y planeó hasta la primera torre de clacs fuera de Uberwald, en cuya cubierta se posó con suavidad, tan cerca del superintendente que casi le hizo saltar el corazón por la boca. Por suerte, no era ningún novato. Lady Margolotta era una Crespón Negro y, a grandes rasgos, una vecina muy conveniente.

—Ah, erres tú, Arthur —dijo ella—. ¿Cómo está tu esposa? Perdona si te he asustado.

Con cierto nerviosismo, el superintendente respondió:

—Dolores está bien, mi señora, gracias por preguntar.

—¿Y los niños?

—Les va bien, gracias, mi señora, y muchísimas gracias por ayudar con las matrículas.

—No se merrecen. ¿Tu torre de clacs todavía funciona?

—Ya lo creo, mi señora, pero debe de haber pasado algo línea arriba. Tenemos una cola de tres pares de narices y no sabemos qué sucede. Parece que los militantes grags han vuelto a las andadas.

—Sí, lo sé, Arthur. ¿Me haces el favorr de enviar un clac a lord Vetinari, con copia para el Rey Diamante de los trolls? También para la oficina prrincipal de clacs de Quirm, a la atención de Rhys Hijoderhys. Con mis códigos de costumbrre, por supuesto, y prioridad uno.

Esperó mientras el superintendente lo organizaba todo, dando golpecitos en el suelo con el pie, y no se quedó tranquila hasta que Arthur terminó.

—Gracias, Arthur. ¿Tendrrías la bondad de hacer que tus mensajeros trasgos me hicierran llegar cualquier mensaje lo antes posible? Ah, sí, y es el cumpleaños de tu hijo, ¿verdad?

—¡Sí, mañana!

Una pesada moneda de oro cayó en la mano del superintendente.

—Dile que no se lo gaste todo de golpe —aconsejó una voz desde lejos, porque de repente lady Margolotta ya no estaba allí.

El hombre observó nervioso la reluciente moneda que tenía en la mano. Qué se le iba a hacer, así era la aristocracia. Valía la pena llevarse bien con ellos. Además lady Margolotta se había portado muy bien cuando su hija se puso enferma. Sí, claro que era una vampira, pero no era mala persona. Y Arthur se alegraba, vaya si se alegraba, siempre que podía serle de utilidad.

\* \* \*

La espera para llegar a casa había sido larga, pero había valido la pena, y tras una agradable velada con Adora Belle ¿qué mejor que ser despertado a las tres de la madrugada por miembros de la guardia de palacio? Por supuesto, la respuesta era cualquier cosa, pensó Húmedo.

Malaire estaba tan furioso que los guardias retrocedían ante él por el umbral de la puerta, y Húmedo le oyó decir:

—¡Esto es intolerable! ¿Qué pasa con el habeas corpus?

Y el guardia más veterano respondió:

—¿Qué pasa con el habeas corpus?

Húmedo suspiró y se puso los pantalones. Ya dejaba siempre unos a mano, para ocasiones como aquella. No habían escaseado. Así, después de ponerse los zapatos y abotonarse la camisa, prácticamente se deslizó escaleras abajo hasta el vestíbulo, donde los guardias sonrientes ya empezaban a apartar a empujones a Malaire, que no paraba de protestar.

Húmedo vio que Adora Belle, más erizada de púas que nunca, miraba por encima de la balaustrada, y tuvo uno de sus momentos de «a la mierda»… Cuando los guardias entraron en el pasillo, se les acercó caminando y dijo:

—¿Dónde está vuestra orden de registro?

—¿Qué? No necesitamos ninguna orden de registro.

—Vale —dijo Húmedo—. Entonces deberíais plantearos seriamente, por vuestro propio bien, pedir disculpas a mi esposa por molestarnos a estas horas de la madrugada. Que le corten el sueño la… contraría mucho.

En ese preciso instante Adora Belle se asomó por encima de la balaustrada y anunció:

—Esta ballesta es de una calidad excelente, uno de los mejores productos de Burleigh y Fuerteenelbrazo, y solo puedo dispararla una vez, caballeros, de modo que ¿cuál de los intrusos será el agraciado? Porque ahora mismo es lo que me parecen ustedes, unos intrusos, y además maleducados. Al fin y al cabo, habría bastado con un simple «¿Le importaría acompañarnos, señor?».

»¿Húmedo? —prosiguió Adora Belle mientras alzaba la ballesta cargada—. ¿Esta no es la del gatillo flojo que dispara a la mínima? Siempre me confundo.

Húmedo extendió los brazos y dijo:

—Os diré lo que vamos a hacer. Quizá penséis que Vetinari se pondrá de vuestro lado, por la autoridad del patricio y todas esas zarandajas. Por otro lado, mi esposa podría disparar a cualquiera de los dos si quisiera, y muy posiblemente darme a mí por error. Y sospecho que Húmedo von Mustachen es más importante para el patricio que dos lumbreras como vosotros.

—En marcha, caballeros —ordenó Adora Belle desde su atalaya—. Estoy segura de que mi marido irá a visitar a su señoría cerca de la hora del desayuno. Siempre es bueno hacer negocios con la barriga llena.

Húmedo miró a los guardias.

—Caballeros, no tengo ninguna intención de meterles en un lío ni, todo sea dicho, de permitir que mi mujer ensarte a ninguno de los dos. Por lo tanto, creo que me apetece dar un paseo matutino hasta el palacio. Si da la casualidad de que ustedes van en esa dirección al mismo tiempo, bueno, pues que así sea. Aunque quizá les convenga caminar a paso ligero, porque me temo que mi esposa nos observará desde la ventana de arriba y la ballesta que tiene en las manos sí que es la que va floja.

Y mientras arrancaba a caminar con aire despreocupado detrás de los guardias que, en su atolondramiento, chocaban entre ellos para salir, Húmedo se sorprendió al ver que Malaire, con su ropa impecablemente planchada, cerraba el puño y susurraba:

—¡Bien hecho, señor! Ni siquiera se limpian las botas antes de entrar. —Y la cara del apacible hombrecillo irradiaba furia y ardor.

\* \* \*

Dentro del palacio, Húmedo encontró a lord Vetinari conversando con el comandante Vimes, que le escuchaba con el rostro pétreo. La calma habitual del Despacho Oblongo había dado paso al leve murmullo de los secretarios que llegaban con mensajes que entregaban a Drumknott. El patricio alzó la vista y dijo:

—Ah, señor Mustachen. Cuánto me alegro de que haya encontrado un momento para nosotros en mitad de su ejercicio matutino.

—Sus guardias no corren nada. Tendría que hacer algo al respecto, señor, y de paso, no sería mala idea enseñarles modales.

El patricio alzó una ceja.

—Pensaba que sus quejas eran contra los pinchazos, señor Mustachen. ¿Le han pinchado?

—No, señor, pero…

—Me alegro de oírlo —dijo su señoría—. ¿Podemos ir al grano? Como sospechaba, los apologistas de los grags y otros enanos insatisfechos siguen presentes aunque se mantuvieran ocultos, y creo que en la oscuridad todavía brotan proyectos infames como champiñones. Al parecer se ha producido un golpe palaciego en Schmaltzberg, que solo es el tercero en toda la historia de los enanos. Por desgracia, el Bajo Rey se encuentra lo que llaman fuera de juego, en Quirm, donde asiste a una cumbre con el Rey Diamante de los trolls. Rhys Hijoderhys es un negociador muy competente, como bien sabemos gracias al Acuerdo del Valle del Koom, y ha mantenido unida durante muchos años a la pendenciera coalición enana de ingenieros jefes de minas. Además, no es precisamente manco con el hacha, creo, pero necesita volver a Uberwald con su círculo interno si no quiere que este… desafortunado giro de los acontecimientos se extienda soterradamente a otras minas.

»Después de sopesar las distintas opciones —prosiguió el patricio—, todo apunta a que la vía férrea a Uberwald, que en la actualidad se encuentra en construcción, ofrecería el medio más rápido, seguro y cómodo para transportar al Bajo Rey, su séquito y su estado mayor. No hay tiempo que perder. Usted, señor Mustachen, viajará a Quirm con toda celeridad y se ocupará de los preparativos. El comandante Vimes aportará una escolta de guardias y se unirá en persona a usted cuando regrese a Ankh-Morpork, con los refuerzos que le parezcan apropiados. Sea consciente, señor Mustachen, de que esto es su Valle del Koom, sobre ruedas.

—Y cuando llegue a Quirm —dijo Vimes— busque sin falta a un enano llamado Tímiedo Hijodetímiedo. Muy capaz y partidario del Bajo Rey sin ninguna duda.

—Pero ¡la línea no está ni mucho menos terminada, señor! —exclamó Húmedo con tono lastimero.

—Señor Mustachen, ya sabe que su trabajo no consiste en contarme cuáles son los problemas. Su trabajo consiste en explicarme las soluciones. ¿Nos entendemos? Estoy seguro de que Harry Rey tendrá alguna locomotora de alta velocidad de la que pueda prescindir; ¿una de sus Voladoras, tal vez?

—Pero milord, puede que Harry tenga una docena o así de locomotoras disponibles, pero el problema es tender las vías.

—Señor Mustachen, quiero… No, le ordeno que obre milagros por cualquier medio necesario —dijo Vetinari—. ¿Me explico? Seguro que, con algo de esfuerzo, podría ser más tajante.

Húmedo hizo un saludo y, sin el menor asomo de sarcasmo, exclamó:

—¡Clarísimo, señor! ¡Resultados para hoy mismo! ¡Los milagros son nuestra especialidad!

Vetinari respondió con un lacónico:

—Intente que sea para ayer, señor Mustachen.

Y Húmedo supo que con eso quedaba zanjada aquella conversación.

\* \* \*

Drumknott había estado ocupado. Mientras la guardia de palacio sacaba a Húmedo de la cama, se despachaban mensajes a la casa de Harry Rey y la de Simnel. Para cuando Húmedo llegó al complejo, encontró más trajín incluso que si estuvieran en plena jornada laboral. A la primera luz gris del alba salieron a saludarle Harry y Dick. Daba la impresión de que estaban discutiendo, y Simnel parecía bastante contrariado.

—Es una cuestión de apariencias, Dick —decía Harry—. Entiéndeme, la Traviesa de Hierro es estupenda, por supuesto, pero no me digas que las Voladoras no tienen más clase y son más apropiadas para la realeza.

—Lo siento, Harry —replicó Simnel—. Creo que sería un riesgo que la Traviesa de Hierro no fuera la locomotora. No me preguntes por qué, porque no puedo explicártelo, ni siquiera con mi regla de cálculo, pero ella es lo que necesitamos. Y para serle sincero, señor, le he sacado tanto brillo, la he pulido tanto, engrasando esto, repasando aquello otro, que es digna de cualquier rey, o reina, dicho sea de paso. Sí, las Voladoras están bien y además son la mar de elegantes, pero se lo repito: mi Traviesa de Hierro es la mejor locomotora para una emergencia.

Los argumentos se daban caza unos a otros en el cerebro de Húmedo. Vetinari dice que esto debe ser alto secreto, y sería el primer viaje de la Traviesa de Hierro fuera de los límites del complejo desde hace meses. Seguro que todo el mundo se entera. Pero como iremos en un tren fuera de horario, se fijarán de todas formas. Y si es una de las Voladoras normales, todos los pasajeros habituales querrán saber por qué no pueden subir. Además habrá una escolta armada de la Guardia, que hará que llamemos la atención a un kilómetro. Y a fin de cuentas, ya que envías un tren especial, la locomotora también debería serlo…

—¿Sabes qué, Harry? —dijo—. Creo que en esto Dick tiene razón. Esa máquina tiene un no sé qué…

En ese preciso instante, la Traviesa de Hierro, que se encontraba a poca distancia de ellos, emitió un perceptible silbido de vapor. Hasta Harry lo oyó.

—El vapor está listo, caballeros —dijo Simnel—. A bordo todos los pasajeros con destino a Quirm. Lo siento, señor Mustachen, pero las órdenes de su señoría son que enviemos solo vagones de carga, para despistar, digamos. Y en realidad, quizá sea la única manera de que algunos agentes de la Guardia quepan en el tren. Tengo que trabajar en eso antes de su regreso. No se preocupen —se apresuró a puntualizar al ver la expresión horrorizada de los otros dos—, serán furgones normales que engancharemos en el viaje de vuelta.

—Espero que esos vagones vayan llenos —advirtió Harry—. No podemos permitirnos desperdiciar un viaje cuando hay mercancías esperando a que las transporten.

—Bueno, el de delante ahora mismo está un poco lleno de sargento Detritus —observó Simnel, y en efecto, a través de la abertura de su compuerta Húmedo distinguió en ese momento la forma del guardia troll, agachado con gesto paciente contra la pared del fondo—. Pero sí, hemos cargado el resto hasta los topes.

Húmedo dormitó durante el trayecto a Quirm, mecido en la cuna de la Traviesa de Hierro. Estaba seguro de que traqueteaba menos que cualquiera de las nuevas Voladoras. Todo el mundo opinaba que no podía ser, pero aun así no se quitaba la idea de la cabeza. Por algún motivo, las Voladoras parecían maquinaria, pero la Traviesa de Hierro siempre había dado la impresión de ser… alguien. Y todos los observadores de trenes parecían estar de acuerdo. Era como si ella fuese el ferrocarril.

\* \* \*

El château que se había puesto a disposición del Bajo Rey durante su estancia en Quirm para la importantísima cumbre podía describirse con las palabras «ridículamente grande».

Ante su entrada principal, recibió a Húmedo un enano vestido con elegancia pero en quien el armamento de costumbre destacaba por su ausencia.

—Tímiedo Hijodetímiedo, señor von Mustachen. Reconozco su cara. Sale muy a menudo en la prensa. —Mientras entraban con paso ligero, Tímiedo continuó hablando—. Permita que lo ponga oído al parche, como suele decirse, señor Mustachen. El rey está furioso. Furioso con los rebeldes, furioso consigo mismo por no haber hecho suficiente en el momento adecuado y me atrevería a decir que también está furioso conmigo. Pero lo que es yo, en fin, miro al cielo y le digo a Tak: «No te cabrees, pero cuando nos hiciste a los enanos tenías un mal día y no encontraste nada en la caja de la sutileza». Cualquiera diría que preferimos pelear y discutir que vivir.

Dentro del château había un escuadrón de enanos montando guardia armados hasta los dientes, es decir, más armados incluso que el enano medio, que por sí solo ya suele parecer un escuadrón. Miraron a Húmedo con cara de pocos amigos, la cara reglamentaria de los centinelas de todas partes, que daba a entender que el visitante era menos que el polvo del polvo de sus botas, o sea que ojito con ellos. Hijodetímiedo no les hizo caso y condujo a Húmedo hasta el Gran Salón, que era un hervidero de actividad.

Luego quedaba la cuestión de ver al Bajo Rey. Era un asunto delicado, pero Húmedo no pensaba dejar que cortesanos y soldados lo mangonearan. Sabía que Rhys Hijoderhys era un enano sensato y poderoso, moderado, la clase de persona sin miedo a las verdades, porque sabía que conocerlas era la única manera de sobrevivir.

Húmedo esperó mientras Hijodetímiedo se ocupaba de los asuntos protocolarios y se preguntó cuántos de los integrantes del deslumbrante séquito del rey estarían realmente de su lado. La suspicacia flotaba en el aire como un polvillo que se iba posando en todos los hombros. Al fin y al cabo, se trataba del principio de una guerra enana clandestina. Mucho mejor luchar contra los trolls. A los trolls podía reconocérselos como enemigos llegado el caso, pero ¿quién sabía dónde estaban los traidores entre aquella parlanchina muchedumbre?

Uno de los guardias enanos intentó despojar a Húmedo de sus queridas ganzúas y no cejó hasta que este las recuperó usando un lenguaje muy poco diplomático y un astuto juego de manos y despiste. En realidad hacía años que no usaba las ganzúas, porque en general su lengua le granjeaba la entrada en cualquier sitio con más eficacia que cualquier trozo de metal torcido. Aun así, seguía indignado y estaba a punto de decir algo descortés cuando Hijodetímiedo lo agarró del brazo y lo llevó a ver al rey.

\* \* \*

Los aposentos del rey se encontraban, sorprendentemente, en lo más alto del edificio. En las residencias enanas normales, cuanto más abajo estaba el enano, más importante era. Por lo tanto, Húmedo dedujo que situar al Bajo Rey en unas habitaciones de la planta superior quizá fuera un mero truco para despistar a enemigos de mentalidad tradicional.

Los reyes no viajan ligeros de equipaje ni con discreción. Había lacayos enanos en todas partes que, con la ayuda del personal del château, doblaban unas cosas y directamente embutían otras en maletas con cierto aire de pánico, como si estuvieran a punto de llegar los alguaciles.

Al final hicieron pasar a Húmedo e Hijodetímiedo a una pequeña antesala, donde el Bajo Rey planificaba el contragolpe junto a su consejo asesor. De vez en cuando llegaba un clac que alguien entregaba corriendo al rey.

Rhys Hijoderhys era más bajo y delgado de lo que Húmedo se esperaba, y en aquella abarrotada sala estaba rodeado de los generales y parte del resto del circo que por fuerza debe seguir a un monarca.

Húmedo reparó en que unos pocos enanos lo miraban con mala cara, enfadados por la intromisión de un humano. Hijodetímiedo hizo una reverencia ante el rey mientras presentaba a Húmedo.

—El señor von Mustachen, majestad. Enviado de lord Vetinari.

—Y responsable de la muerte de varios cavadores renegados —dijo el rey dirigiéndose a Húmedo—. Y director de banco, no lo olvidemos. —Rhys se rió—. El mundo de la banca debe de ser muy duro, ¿eh, señor Mustachen?

Húmedo le acompañó en su tímido intento de reír y respondió:

—Ni se lo imagina, mi señor, pero lo más importante que debe saber de mí es que fui un bribón y un canalla, y de los más ingeniosos. ¿Quién mejor que un bribón para dirigir el Banco Real de Ankh-Morpork y la Casa de la Moneda? Tenía tendencias de bribón y muchas de las habilidades propias de un bribón, y como miro las cosas con ojos de canalla, capto las oportunidades y los problemas. Tengo mucha suerte y además hago amigos con facilidad.

—Pero no creo que le valiera con aquellos cavadores, ¿eh? —dijo el rey.

—Tuve suerte y sobreviví. Sobreviví y, si me permiten decirlo, deseo sobrevivir al Bajo Rey y su corte. —De acuerdo, pensó, a lo mejor he tensado demasiado la cuerda del arco, pero Húmedo no había podido evitarlo… con todo ese armamento obstaculizando los movimientos y tanta gente yendo de un lado para otro, algo iba a salir mal tarde o temprano.

—Señor Mustachen, como sabe, hay asuntos repentinos e importantes que exigen mi presencia en Uberwald lo antes posible, y con la mayor celeridad. Entiendo por el clac que me ha llegado de lord Vetinari esta mañana que usted tiene un plan para llevarme allí. Siento curiosidad por saber qué conlleva ese plan.

Hubo las miradas y los murmullos de costumbre, pero Húmedo no iba a dejarse intimidar por un hatajo de personas pequeñas que se daban aires. Nunca había tenido mucha afición al protocolo; era un incordio que a menudo camuflaba cosas desagradables y peligrosas.

—Me temo, mi señor, que no estoy dispuesto a divulgar la propuesta de lord Vetinari aquí. En esta sala hay demasiadas personas, ¡cualquiera de las cuales podría ser un traidor!

Estalló el griterío. Húmedo se mantuvo imperturbable y no cedió un ápice hasta que se agotó el caudal de protestas indignadas.

—No he venido a caer simpático y debo deciros que, mientras dure esta misión, responderé ante vos y solo ante vos, mi señor. Con la excepción del señor Hijodetímiedo, aquí presente, no conozco a ninguno de estos otros enanos. Sin duda la oposición debe de ser lo bastante inteligente para asegurarse de tener un agente encubierto en palacio que les transmita toda la información.

Se había pasado de la raya, lo sabía, pero los enanos no le habían impresionado con sus medidas de seguridad. Eran demasiado rígidas, todo fachada y pompa.

—Señor Mustachen, soy el rey, sin duda, y sepa que sigo con vida gracias a quienes conozco y a quienes considero de fiar. Aprecio que se muestre tan concienzudo en este asunto. —El rey se volvió hacia el enano que tenía al lado—. Aeron, un poco de intimidad, por favor.

Y el enano llamado Aeron, que a Húmedo le pareció un ayudante de máxima confianza, una versión enana de Drumknott, despejó la sala de curiosos hasta que solo quedaron él mismo, Hijodetímiedo y un puñado más de enanos que a todas luces ocupaban cargos de importancia.

—Gracias —dijo el rey—. Y ahora, señor Mustachen, confío en todos los ocupantes de esta pequeña sala. Y colega, quizá hasta confíe en usted porque es el señor Mustachen y conozco su reputación. Es un superviviente, muy posiblemente un juguete de los dioses o quizá el farolero con mejor planta que haya existido nunca. Siempre se sale con la suya, y por eso espero que también funcione conmigo, porque algo más que nuestras vidas depende de que me lleve hasta Uberwald y el Bollo del Destino antes de que esos cabrones tiren por tierra todo lo que defiendo. —Sonrió y añadió—: Espero que eso no le haga sentir presionado.

—Majestad, la presión es mi punto de partida —dijo Húmedo.

\* \* \*

Se estaba celebrando una bulliciosa fiesta, con mucha bebida y canciones enanas, cuando el Bajo Rey y sus comandantes abandonaron el château con discreción por la entrada de servicio al cabo de una hora, que había pasado volando. Esa mañana ya habían llegado y partido varios carruajes y la salida de un par más no llamó la atención.

—Tagwen Hijodetagwen hoy está espectacular haciendo de rey —explicó Rhys a Húmedo mientras su carruaje cruzaba la grava del largo camino de acceso—. Esa canción tiene más de cien estrofas. ¡Pueden pasarse días dale que te pego!

Cuando llegaron a la terminal de Quirm, los recibió la forma extremadamente grande del sargento Detritus de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork, que montaba guardia ante la Traviesa de Hierro blandiendo su Pedacificador, un arma que, por decirlo de alguna manera, funcionaba al por mayor.

Al Bajo Rey se le iluminaron los ojos cuando reconoció al sargento, y exclamó:

—¡Detritus! Si tú estás a bordo, quizá no necesite ningún otro guardaespaldas.

Lo dijo entre risas, pero Húmedo no pudo evitar pensar que tal vez fuera incluso cierto.

—¡Qué bueno verle, rey! —rugió Detritus. Miró a su alrededor con gesto de sospecha y dijo—: ¿Algún grag por aquí? Si es que sí, que hagan el favor de ponerse en fila.

Detrás del rey, un siempre presente y meticuloso Aeron se ocupaba de ir embarcando personas y armas. Luego abrió la puerta e hizo pasar a Rhys con rapidez al interior del resplandeciente vagón.

Hijodetímiedo dio unos golpecitos a Detritus en la rodilla.

—Pues yo soy un grag, sargento, y me pongo en fila como ha pedido. ¿Ahora qué?

Detritus se rascó la cabeza.

—Pero usted está bien, señor Hijodetímiedo. El comandante lo conoce, y su señora.

—Ah, ¿o sea que me pongo en fila para subir al tren, entonces? —dijo el enano—. Es un placer verlo otra vez, sargento, pero le ruego que recuerde que hay grags y grags. —Y se volvió para subir al vagón detrás de Aeron.

Cuando la comitiva entera hubo embarcado sin incidentes, Húmedo montó guardia mientras Detritus se encaramaba al furgón de cola, que emitió unos chirridos y crujidos espantosos; pero todo pareció aguantar, de modo que, tras hacerle una señal al maquinista, Húmedo subió al vagón y se pusieron en marcha.

El tren arrancó con la sacudida de costumbre, transmitida por los enganches, y mientras empezaba el largo trayecto de vuelta a Ankh-Morpork Húmedo cayó en la cuenta de que su presencia, bien pensado, no era necesaria en aquella travesía.

En los vagones de pasajeros el Bajo Rey, sus guardaespaldas y sus consejeros se apiñaban y hablaban en voz muy baja, enfrascados en sus planes. En la cabina, el maquinista estaba centrado en llevar su regia carga hasta su destino y vivía en un mundo de concentración. Se veía cómo le caía a gotas, como si fuese nieve; el hombre escuchaba el sonido de las ruedas y los raíles, observaba las luces, comprobaba los indicadores y conducía el tren de un modo tan entregado que cualquiera diría que, aunque no hubiesen tenido a la mismísima Traviesa de Hierro, habrían llegado a su destino a base de pura fuerza de voluntad. El fogonero, por su parte, dejó claro que no necesitaba ayuda de Húmedo, que se vio sin nada que hacer salvo dormir y… preocuparse una barbaridad.

Si el rey era un objetivo y llegaba a oídos de los grags que viajaba en ese tren, entonces el convoy también tenía que ser un objetivo, aunque Húmedo tenía la esperanza de haber jugado bien al despiste.

Él, por su parte, estaba convencido de que los ataques se producirían en alguna zona deshabitada, más adelante, en el largo y solitario ascenso a Uberwald. A pesar de todo lo que había dicho a lord Vetinari, sabía que era facilísimo descarrilar una locomotora. El siempre diligente señor Simnel le había explicado que él lo había probado a baja velocidad en la parte de atrás del complejo, en un punto donde la Traviesa de Hierro no pudiera verlo, con resultados impresionantes. Una vez descarrilada, habían hecho falta los esfuerzos combinados de varios trolls y gólems, durante muchas horas y con un ingenioso sistema de poleas, para devolver la máquina a las vías. Si le sucedía lo mismo a una locomotora que viajase lanzada a todo vapor… Y eso lo dice un hombre, pensó Húmedo, que se rige por la regla de cálculo, el seno y el coseno, por no hablar ya de la tangente. Húmedo jamás dudaba de las afirmaciones de Dick en lo tocante a la regla de cálculo; el chico sabía hacer bailar los números y Húmedo todavía no le había visto equivocarse una sola vez. Era como… como magia, pero sin los magos y todos sus desastres.

Y en verdad, como estaba descubriendo Dick, hasta se podía tener novia… un pensamiento intrigante cuyo eco pareció resonar al fondo de su mente. Era de dominio público a esas alturas que Dick y la sobrina de Harry estaban saliendo juntos. Al parecer una noche el chico había dado a Emily una vuelta en tren alrededor del complejo, a la luz de las estrellas, y eso tenía que significar algo, ¿no? Y Dick le había contado a Húmedo, con la voz de quien ha descubierto un mundo extraño y cautivador, que Emily era muy diestra manejando la caja de fuego y además sin ensuciarse nunca el vestido. Y había añadido: «Me parece que le cae bien a la Traviesa de Hierro. Nunca le cae encima ni un poco de carbonilla. Yo siempre salgo que parezco un barrendero y, cuando terminamos, ella parece una de esas bailarinas o algo así».

Pero en esos momentos había muchas otras cosas en las que pensar. Aquel, el más importante de los trenes, transportaba su valiosa carga, y Húmedo sabía que todo el plan dependía de que se hicieran bien una serie de cosas relativamente sencillas, en el momento justo y del modo preciso. Había gente asegurándose de que las carboneras del trayecto estuvieran surtidas, y a esas alturas Húmedo ya sabía cuánta agua necesitarían y quién garantizaría que la encontraran en el lugar y el momento necesarios. Pero ¿cómo garantizar que la persona que garantizaba cumpliera su papel? ¡Tenía que ser responsabilidad de alguien!

Todas esas tareas se le antojaban a Húmedo como una gran pirámide de la que había que colocar hasta la última piedra antes de que girase un solo engranaje. En cierta medida, le asustaba. Había pasado gran parte de su vida básicamente solo y, por lo que tocaba al Banco y la Casa de la Moneda, en fin, Vetinari había acertado de lleno. Era cierto que Húmedo tenía un don para encontrar y conservar a personas a las que les gustaba y se les daba bien su trabajo. Como lo delegaba todo, él podía dedicarse a ser Húmedo von Mustachen, un catalizador en el mundo. Ahora entendía por qué algunas personas sufrían ataques de ansiedad, esa clase de personas que cerraban la entrada con llave y luego, a media altura del caminito del jardín, volvían para ver si habían cerrado bien y luego abrían y volvían a girar la llave para asegurarse y después emprendían de nuevo el camino solo para acabar repitiendo el angustioso proceso desde el principio.

La cuestión era que había que tener esperanza y presuponer que un montón de personas capaces habían hecho un montón de cosas capaces de un modo capaz y las habían comprobado con frecuencia para asegurarse de que todo estaba en orden. De modo que preocuparse era una tontería, ¿o no? Pero la preocupación nunca funcionaba del todo así. Se sentaba en el hombro como un pequeño trasgo y susurraba. Y de repente esa clase de persona preocupada, metida en el extraño mundo de la desconfianza, entraba en la urdimbre de las pesadillas, y ahora mismo él, nada menos que Húmedo von Mustachen, estaba preocupado, sí, muy pero que muy preocupado. ¿Qué se les había colado dentro del plan? ¿Qué se habían dejado fuera? Oigo las ruedas debajo de mí y sé que el viaje nos llevará cuatro días, por lo menos, sin tener en cuenta las averías ni el mal tiempo ni las tormentas de las montañas, que pueden ser espantosas, y todo eso por no hablar de unos enanos lunáticos decididos a aguar la fiesta a todo el mundo.

Hay que decir que todo eso era un monólogo interior. Sí, era el monólogo interior particular de un monólogo interior, pero de puertas afuera Húmedo transmitía una certidumbre fría y serena: era imposible que algo saliera mal. Al fin y al cabo, Dick se ocuparía de los detalles técnicos, y era un genio. No en el mismo sentido en que lo era Leonardo de Quirm sino, pensó Húmedo con lealtad, de un modo reconfortante, firme, muy de Simnel. Leonardo probablemente se habría distraído a mitad del trayecto, asaltado por la idea de emplear repollos como combustible o de usar los restos de la caja de fuego para cultivar mejores repollos o de pintar una obra maestra que representara a una ninfa ataviada solo con hojas de repollo y carbón. Pero Dick tenía la cabeza bien amueblada bajo su gorro plano. Vimes también los acompañaría y, aunque a una parte de Húmedo —la parte que aún veía a los policías como personas a evitar por bueno que fuera su disfraz— le entraba el canguelo cuando el comandante lo miraba a los ojos o a cualquier otra parte de su anatomía, el resto de él se alegraba mucho de que el delegado de clase Vimes fuese a estar a su lado si los grags se les echaban encima…

A decir verdad, Húmedo estaba lleno de pequeños monólogos que se perseguían unos a otros, aunque luego, como eran suyos, decidieron que volverían a confluir en un solo Húmedo von Mustachen y, en consecuencia, aguantarían y saldrían adelante fueran cuales fuesen las circunstancias.

Todo saldrá de pe… ri… lla, se prometió a sí mismo. ¿Cuándo ha sido de otra manera? ¡Eres el afortunado Húmedo von Mustachen! Justo en el centro, el hipotético trasgo de la incertidumbre se retorció hasta reducirse a una manchita temblorosa. Húmedo le deseó lo mejor, sonrió y se despidió.

\* \* \*

La enorme mansión de Harry Rey estaba bien protegida y era el enclave ideal para una cena privada donde el Bajo Rey y Vetinari pudieran reunirse mientras se completaban los preparativos para el largo trayecto a Uberwald. La opinión generalizada era que los… enterradores de Harry estaban mejor preparados que el soldado o policía medio en caso de escaramuzas, porque a estos les habían enseñado que había reglas mientras que la mayoría de los muchachos de Harry ni siquiera sabrían escribir la palabra. Cualquier intruso lo bastante insensato para dejarse sorprender entre los arbustos de los extensos jardines de Harry en la oscuridad y bajo la llovizna sería podado en un visto y no visto.

Aunque era una cena privada, Efi Rey no tenía intención de defraudar. Había empezado los preparativos de la cena con una jaqueca que luego había dado paso a un ataque de nervios, seguido de un arranque organizador de precisión y dimensiones militares, para el que había tenido que intimidar a los cocineros y buscar a toda prisa datos como qué cuchara se usaba con cada sopa.

Efi hizo una profunda genuflexión ante el Bajo Rey cuando este llegó a su comedor decorado con paneles de roble. En ese momento estaba como un gorrino muy respetable en un charco muy caro.

—¿Qué tal viaje ha tenido, mi señor? ¿Seguro y cómodo?

El Bajo Rey vaciló por un instante.

—¿Eufemia, verdad? —preguntó.

Efi estaba en la gloria.

—Sí, majestad, pero podéis llamarme Efi.

El rey sonrió otra vez.

—Muy bien, y usted puede llamarme «majestad», lady King.

Efi pareció algo confundida hasta que el rey de los enanos le tendió la mano y dijo:

—En realidad, puede llamarme como quiera. Solo intentaba hacer un viejo chiste enano, lo mismo que soy yo ahora mismo: un fugitivo que intenta evitar a otros fugitivos más peligrosos todavía y que depende de la ayuda de otros, como su noble marido y sus amigos.

Húmedo sonrió cuando Efi captó por fin el regio sentido del humor.

El rey paseó entonces la mirada por el resto de invitados. Sonrió al comandante Vimes y lady Sybil y estrechó la mano de Adora Belle, que estaba, pensó Húmedo con orgullo, arrebatadora cuando no llevaba la ropa de trabajo. Y por lo que veía, para la velada se había comprado un vestido sumamente atractivo y, por lo tanto, caro. Seguía siendo gris, por supuesto, pero tenía una especie de lustre que lo hacía parecer casi festivo. Era el color gris soltándose la melena. No había objeción que Húmedo pudiera hacer, entre otros motivos porque su esposa ganaba más que él.

El rey concluyó su repaso visual de la habitación y dijo:

—¿Y lord Vetinari… nos honrará con su compañía? ¿Y el señor Simnel, el genio de la técnica responsable de su asombroso ferrocarril?

Harry miró a su alrededor en el preciso instante en que lord Vetinari surgía de entre las sombras de la sala y se le adelantaba en responder, con gran soltura:

—Majestad, bienvenido a Ankh-Morpork. El señor Simnel está supervisando los últimos preparativos de la locomotora que os llevará de[[65]](#footnote-65) vuelta y a tiempo hasta vuestro hogar y vuestro trono. No se está dejando nada al azar, os lo aseguro.

—Ah, lord Vetinari. No le había visto, disculpe —replicó Rhys, y Húmedo estuvo a punto de atragantarse con su bebida cuando prosiguió—. Pero tengo entendido que siguen quedando tramos de vía que montar y puentes que completar. —Hizo una pausa—. Bastante cerca de nuestro destino, me parece.

Húmedo sintió que el aire se helaba al instante. Tras un examen rápido de las caras de Harry y Vetinari, decidió intervenir. Al fin y al cabo, para eso estaba allí.

—Disculpad, majestad, pero el señor Simnel ha desarrollado un concepto denominado loquística, cuya naturaleza se resume en la frase «cada cosa a su tiempo». Por supuesto, el truco es saber cuál es el tiempo de cada cosa y, ahora mismo, dado que estáis a muchos días de distancia de Uberwald, las cuadrillas aún tienen tiempo de completar los últimos tramos. Llegaréis a Uberwald para la fecha acordada. Me jugaría la vida sin dudarlo.

Se hizo un silencio que congeló el aire de la sala, y Húmedo hizo la cuenta atrás hasta el inevitable comentario de un sonriente lord Vetinari.

—Muy gratificante, señor Mustachen, y acaba de hacer esa promesa delante de todos nosotros. ¡Admirable! Sobre todo en una reunión de personas insignes con una memoria excelente.

Después de eso, la primera en hablar fue Adora Belle, que dijo:

—Bueno, eso es típico de mi marido, pero estoy segura de que se saldrá con la suya en el último momento. Siempre hace lo mismo. Y si puede conseguirlo a lomos de un corcel blanco, será feliz como una perdiz.

El rey soltó una risa algo extraña y dijo:

—Bueno, entonces esperemos que no acabe escabechado.

—Majestad, el señor Mustachen siempre consigue lo que se propone, os lo aseguro —dijo Vetinari, con su mejor voz untuosa—. Lo encuentro asombroso y, por supuesto, irritante, pero hasta la fecha siempre ha prosperado, motivo por el cual todas sus extremidades siguen en el sitio correcto.

Todos los presentes prorrumpieron en risillas nerviosas, menos lord Vetinari, que se rió a secas. El rey de los enanos miró fijamente a Húmedo, como si lo viera con otros ojos, y dijo:

—¿Es eso cierto, señor Mustachen?

Húmedo obligó a su cara a mantener tal rigidez que habría podido pasar por rigor mortis.

—Sí, majestad, todo lo que debe ir enganchado sigue en su sitio, ¿no es así, Adora Belle?

Su esposa no dijo nada. Se limitó a adoptar la expresión de una esposa que toleraba las gracietas de su marido pero se las haría pagar caras más adelante en la alcoba.

Después de aquello, Efi sonrió nerviosa pero de oreja a oreja y dijo, con la voz que a su entender usaba la gente fina:

—¿Tomamos asiento para cenar, majestad, damas y caballeros? Todas las cucharas están donde corresponde, os lo aseguro.

\* \* \*

La conversación a la mesa, por deferencia a Efi y a los oídos aguzados del servicio, fue… agradable, sobre todo acerca del nuevo ferrocarril y las maravillas que podrían lograrse gracias a él, y no solo eso, sino que mucha gente rica estaba comprando casas en las costas de Quirm, ahora que era tan fácil llegar hasta allí. También hubo otra conversación cauta sobre lo buenos que se estaban volviendo el pescado y el marisco ahora que no se tenían que cocer al sol, lo cual quizá tuviera algo que ver con la gigantesca bandeja de gambas, almejas mono y seres tentaculares no identificados, dispuestos como representación de la ciudadela perdida de Leshp, a la que Efi había concedido un lugar de honor en el centro de la mesa. La velada transcurrió por esos derroteros hasta que la cena casi hubo terminado y el servicio salió del comedor, momento en el cual Vimes lanzó una mirada socarrona a Rhys, se levantó y abandonó la sala. Regresó al cabo de unos minutos, asintió con la cabeza en dirección al Bajo Rey y volvió a sentarse en su sitio.

—Damas y caballeros —dijo el comandante—, los preparativos de nuestra partida están en marcha. En estos precisos momentos, el Bajo Rey parte en carruaje rápido rumbo a Uberwald. —Y algo en su manera de anunciar aquello hizo pensar a Húmedo, porque en aquellos instantes el Bajo Rey seguía claramente en el comedor, engullendo paletadas de helado del caro.

En efecto, desde el exterior se oyó cómo llegaba un carruaje, paraba un momento y después se alejaba, rodeado de guardaespaldas bien armados.

De vuelta en la mesa, el rey lamió su cuchara de un modo muy regio y soltó una risita.

—Eso mantendrá ocupados durante un tiempo a esos canallas. —Sonrió a Vimes—. Gracias por su ayuda, comandante.

—No se merecen —respondió Vimes, huraño—. Es una buena idea. Y Harry y yo hemos añadido unos adornos de nuestra cosecha.

—Entonces ¿quién va en ese carruaje, comandante? —preguntó Húmedo.

—¿En el carruaje? —dijo Vimes—. Es una noche muy oscura, el rey lleva capa y es casi imposible ver el interior, pero un ojo acostumbrado a la oscuridad podría distinguir a la sargento Jovial Culopequeño acompañada de algunos de mis agentes enanos de mayor confianza. Cualquiera que interfiera con el carruaje y su contenido encontrará que su vida se complica, o se extingue.

El rey carraspeó antes de decirle a Vimes:

—Recuerdo a la sargento Culopequeño de cuando nos conocimos junto al Bollo del Destino hace ocho años. Ya lo creo que la recuerdo.

—Se ofreció voluntaria para la misión, mi señor —señaló Vimes.

—¿Eso hizo? —dijo el rey—. Bueno, ninguno sabemos lo que nos depara el futuro, pero si mi trasero sigue sobre el Bollo cuando acabe todo esto, la sargento Culopequeño y sus compañeros se habrán ganado el favor que quieran pedirme. Algo debe de valer la gratitud de un rey, ¿no le parece, delegado de clase Vimes?

Vimes sonrió como si recordara un antiguo chiste y dijo:

—Bueno, espero que Jovial lo compruebe, porque es una de mis mejores agentes.

—¿Cuántas Joviales Culopequeños puede permitirse? —El rey adoptó un tono lúgubre—. Me parecería horrible que muriese alguien, solo para que no muera yo. Pero bueno, si queremos llegar a Uberwald lo antes posible, deberíamos partir enseguida, ¿no?

—Pronto, majestad —coincidió Vimes—. El tráfico ferroviario entre la ciudad y Sto Lat no se interrumpe durante toda la noche. A estas horas circulan sobre todo mercancías y los paquetes de la Oficina de Correos, pero en la terminal nunca deja de entrar y salir gente. Nadie podría identificarlos a todos. Lo hemos organizado para que parezcáis un viajero anónimo más en el andén, con el mismo aspecto que cualquier otro pasajero de tercera clase, aunque, si surgiese la necesidad, tanto en vos como en vuestros compañeros de viaje se encontraría una cantidad desacostumbrada de armamento mortal. Y eso, majestad, incluye colmillos.

»La Guardia no se dejará superar en este asunto, mi señor. Si el comosellame se va a la mi… al guano, tendremos a alguien protegiéndoos en casi cualquier sitio al que vayáis. Y ahora, si su majestad y el señor Mustachen me acompañan a la sala contigua, nos aseguraremos de que ninguno de los dos se parezca a sí mismo para cuando acabemos con él. —Después se volvió hacia Harry—. Harry, ¿seguro que respondes de la lealtad de toda tu gente, incluido el personal de la cocina?

Harry casi hizo un saludo militar.

—Sí, comandante. Algunos son unos bribones, aunque bueno, eso usted ya lo sabe, pero son bribones de los míos.

—Ah, sí —dijo el rey—. Estoy acostumbrado a esa clase de bribón. Son todos tan… útiles.

\* \* \*

Húmedo conocía muchos de los trucos del disfraz, aunque nunca se había molestado en maquillarse. Convertirse en otra persona era un arte sutil que probablemente solo comprendían los ancianos arrugados que vivían en las cumbres de alrededor de Oi Dong y que conocían los secretos del universo, uno de los cuales era cómo sacarle la columna vertebral del cuerpo a un enemigo de una patada. Ellos sin duda sabían que el auténtico camuflaje sale de dentro. Y sí, bueno, de vez en cuando venía bien cambiarse de ropa, pero en general Húmedo se limitaba a pensar en el tipo de persona que quería proyectar y al momento lo veía todo claro. Las narices postizas siempre eran una pésima idea: inevitablemente, cualquier nariz diseñada para hacerte parecer un extraño llamaría la atención por extraña. ¿Por qué correr el riesgo cuando sus propias facciones eran tan poco memorables que nadie las recordaba de todos modos? Por supuesto, hacerse pasar por mujer tenía varias pegas incorporadas, pero lo había conseguido en un par de ocasiones, en su época mala que, vista en retrospectiva, tan buena le parecía. Y había perdido la cuenta de las veces en que había sido clérigo. Si existía eso que la gente llamaba redención, para Húmedo iban a tener que abrir una botella mágnum. No, mejor una destilería.

\* \* \*

La comitiva del rey se dividió al llegar a la estación. Rhys, disfrazado de enano viejo y algo desorientado, iba acompañado a cierta distancia por otros tres personajes malcarados, mientras el resto de su escolta se distribuía por todo el andén en grupos pequeños y discretos.

Tímiedo Hijodetímiedo había tenido la valentía de ofrecerse voluntario para viajar como un guardaespaldas más, pero tanto Húmedo como el comandante Vimes lo habían considerado demasiado reconocible para los demás enanos, allí en su Ankh-Morpork natal, y le habían sugerido que sus habilidades especiales podrían aprovecharse mejor en otra parte. Los secretarios oscuros, sin embargo, habían sido adiestrados por Vetinari, quien, como había demostrado hacía tan poco, podía estar en una sala llena de gente sin que nadie lo viera. Era una técnica. Y sin duda había otros, probablemente muy altos sobre sus cabezas. Pasara lo que pasase, el comandante Vimes no permitiría que matasen al Bajo Rey de los enanos estando él de guardia.

Húmedo suspiró mientras caminaba, arrastrando una pierna lastimosamente pero sin pasarse, hacia la parte de atrás del tren. Allí encontró a un vigilante de la estación riñendo a un hombre bien vestido que se había sentado con decisión en el vagón de tercera, entre los trabajadores soñolientos que sostenían bolsas de herramientas con sus manos manchadas de grasa y los deshollinadores con sus sacos de hollín que, cómo no, siempre tenían pérdidas. Húmedo era un gran defensor del ciudadano de a pie, y muy en especial del ciudadano de a pie que podía haberse permitido al menos una pastilla de jabón en su vida y que, a ser posible, no escupiera continuos y enormes gargajos carrasposos, de esos que tienen personalidad propia. Y el hombre bien vestido en cuestión, que apestaba al coñac del bueno que también le goteaba de la boca, estaba retrasando el tren mientras el vigilante vacilaba, desconcertado por una voz altanera.

Así pues, Húmedo le pasó un brazo por los hombros a aquel desgraciado y se lanzó de lleno a su interpretación de borracho enojoso con eructos explosivos incorporados, un truco infalible que nunca dejaba de surtir efecto. Primero se le acumulaba la salivilla en la comisura de la boca, acompañada de un olor desagradable, del que Húmedo era el rey, y una conversación en la que despedazaba, maltrataba y pervertía con saña todas las palabras mientras se acercaba indecorosamente, escupía y babeaba.

El desgraciado salió corriendo hacia el único compartimento de primera clase, ubicado en la parte delantera del tren, al cabo de menos de un minuto. Una nueva marca personal para Húmedo, que, aún metido en su personaje baboso y apestoso, fue haciendo eses hasta un asiento justo antes de que sonara el silbato y el tren arrancara con esa desgana que siempre mostraban las locomotoras hasta que el motor se ponía serio. Estaba muy orgulloso de su hazaña, y eso que solo había gastado la mitad de su mejor vómito artificial con olorcillo penetrante marca Boffo.

\* \* \*

Era una noche fría para viajar. El rey iba a bordo en algún vagón, pero no era momento de mostrar interés por él. Los harapos de Húmedo se habían demostrado, en fin, adecuados, y todos los ocupantes del compartimento, con el viento silbando por debajo de ellos, se habían abrigado bien y habían intentado dejar de existir hasta que el tren llegara a su destino. En alguna parte, pensó, alguien debería erigirle una estatua a Efi, quien a todas luces había calentado las orejas a su marido hasta imponerle que los vagones de clase baja fueran al menos impermeables.

\* \* \*

El cabecilla de los cavadores que vigilaban una de las rutas principales de salida de Ankh-Morpork sonrió al avistar el gran carruaje adornado con el emblema del Bajo Rey. La llu[[66]](#footnote-66)via salpicaba sobre el vehículo mientras los caballos galopaban en dirección al Eje, y el cabecilla de los cavadores sonrió a las gotas. Qué fácil iba a ser. Dio la señal a los enanos apostados y en cuestión de minutos ya habían agarrado riendas y jaeces y detenido el carruaje con una sacudida. El jefe abrió la portezuela de una patada.

—Sacad al rey y nadie saldrá herido —ordenó.

Hubo silencio en el interior del coche, hasta que una voz dijo:

—No tenemos más rey que Harry Rey, y si alguien sale herido no seremos nosotros. Puedes llamarnos la Sociedad de Defensa del Rey, y a sir Harry Rey no le gusta que nadie cause problemas a sus amigos. Y tú, hijo mío, eres un pedazo de problema, aunque por suerte nosotros somos peores aún. ¡Vamos, chicos!

La pelea fue rápida y metódica, y el carruaje se alejó, con los vencedores cantando y bebiendo bajo la tormenta, de unos adoquines que habían quedado teñidos de rojo.

Entretanto, a unos kilómetros de distancia, otro grupo de cavadores estaba pasando por una experiencia muy parecida con un carruaje muy parecido, que resultó contener, entre otros horrores, un ejemplar muy fiero y muy femenino de la raza enana, equipado con un casco de la Guardia…

\* \* \*

El tren entró en la estación de Sto Lat Bifurcación y Húmedo observó cómo el vigilante ayudaba a bajar de su vagón a un enano viejo, sucio y lastimoso. Era innegable que el Bajo Rey tenía cierto talento como actor. Húmedo reparó en que uno de los compañeros en la adversidad del viejo enano, no menos andrajoso, se apiadaba de él y le daba un trozo de pan enano, que había partido por la mitad con su hacha. Horrorizado, Húmedo vio que el rey, babeando, daba las gracias a su benefactor.

Cuando se acercó al rey, Húmedo susurró:

—Excelente… ¿De dónde habéis sacado esa peste? Tiene vida propia.

El rey se llevó un dedo a los labios y respondió:

—No es mía, la echaba el hombre de delante. No creo que se haya lavado desde hace años. Pero recuerde que un rey tiene que soportar cosas mucho peores que un poco de peste.

\* \* \*

Había unas horitas que matar antes de que partiera el tren rápido de Sto Lat a Zemfis, que hasta la fecha era el punto más lejano en dirección Eje que disfrutaba del servicio de Ferrocarriles Higiénicos. La prioridad era esconder al Bajo Rey; aun disfrazado, existía un riesgo.

Húmedo dejó a Simnel y Vimes al mando en la estación y salió cojeando junto al Bajo Rey. Buscó con la mirada a unas personas que sabía que tenían que estar ahí precisamente porque no las veía. De repente una de ellas se le plantó delante, tan cerca que casi se tocaban. No la había visto hasta el último momento. Era como si hubiese brotado del suelo.

—Godfrey, señor Mustachen; secretario oscuro. Lord Vetinari ha puesto una casa segura a disposición de su grupo. El señor Simnel sugirió el domicilio de su madre, que no queda lejos. Hemos conocido a la señora en cuestión y es monárquica hasta las trancas. Le da igual qué monarca sea, y además es sensata. Por ahí no hay que preocuparse. La secretaria Mavis dice que la anciana las coge al vuelo y entiende la situación. Es buena cocinera y habrá sábanas limpias.

Húmedo miró al rey empapado, que sonrió y dijo:

—Parece un regalo de Tak, con esta nochecita.

Mientras recorrían la breve distancia a través de las calles mojadas y vacías en dirección a casa de la señora Simnel, Húmedo notó en todo momento la presencia de sus escoltas porque los pelillos de la nuca le decían que estaban allí, enseñándoles el camino. Al cabo de poco, llegaron a una alegre casita cercana al centro de la ciudad, de esas que siempre se calificaban de «palacete», la clase de casa que un joven podría comprar a su madre viuda para que hiciera la compra sin tener que andar mucho.

Una llamada discreta a la puerta provocó un arrastrar de pies en el interior, antes de que una señora que solo podía ser la madre de Simnel llegara al umbral y los hiciera pasar con discreción. Una vez dentro de la casa, pequeña pero impoluta, la anciana se quedó quieta, miró al Bajo Rey e hizo una reverencia.

—Muchísimas gracias, señora Simnel —dijo el enano, que a todas luces se había visto en muchas situaciones parecidas—. La madre del genio de la ingeniería no necesita cumplir estas formalidades.

La señora Simnel de repente rebosaba orgullo maternal.

—Oh, sí, majestad. Mi Dick es un buen chico. ¿Sabíais que de pequeño me construyó un iconógrafo? Cazó al diablillo con sus propias manos, figuraos, y lo adiestró con mantequilla. A los diablillos les chifla la mantequilla. Y es la mar de útil, ya lo creo.

Mientras el secretario Godfrey, con pies de felpa, examinaba con rapidez el resto de la casa, la señora Simnel se volvió hacia Húmedo y le dijo:

—A usted también lo conozco. Es el señor Mustachen. Dick lo pone por las nubes. Ayer mismo vi su retrato en el periódico, como he visto a mi Dick otras veces. Hace que su anciana madre esté muy orgullosa, ya lo creo. Por supuesto, no lo compro yo, me lo trae el reverendo Divertible y luego me lo lee, porque con esa letrita minúscula no hay manera. Últimamente no me muevo mucho, pero ahora que mi chico tiene dinero hace que me traigan a domicilio toda clase de comida fresca, en el tren, y cuida muy bien de su anciana madre. El otro día, huuuy, fue una langosta en una bolsa de hielo. Tuve que acercarme al restaurante fino para que me explicaran cómo se cocina, pero quedó riquísima y muy tierna, y cundió tanto que sobró un poco para la señora Chuzopunta, que no puede levantarse de la cama ni digerir casi nada, pero tendrían que haber visto cómo se le iluminaban los dientes al ver un plato lleno de langosta. Bueno, es lo correcto, a fin de cuentas. No todas las ancianitas tienen a un hijo bueno y fuerte que cuide de ellas. —De repente la señora Simnel se puso seria—. Pero él me manda dinero todas las semanas sin falta, tanto que la verdad es que no sé qué hacer con él, o sea que doy parte a los pobres. Usted es amigo suyo, ¿verdad, señor Mustachen?

—Sí, señora Simnel —respondió Húmedo—. No se imagina cuánto.

En ese momento intervino el secretario Godfrey:

—Nosotros volvemos a la estación de clasificación para ayudar al señor Vimes y los demás miembros de la Guardia que viajarán con nosotros en el trayecto largo a Uberwald. Los secretarios Pajarilla y Oruga se quedarán fuera y los escoltarán de vuelta a la estación a tiempo para coger el tren de Zemfis.

Después de decir eso, partió. La señora Simnel echó otro vistazo al zarrapastroso rey y dijo con inconsciente informalidad:

—Vaya cara de hambre que traes, cielo. Sé que es tarde, pero tengo un potaje de guisantes en el fuego… no es gran cosa, pero llena la barriga y devuelve las fuerzas cuando más las necesitas.

Resultó que el potaje de guisantes de la señora Simnel era el rey de los potajes de guisantes y, aunque solo habían pasado unas horas desde la cena en casa de Harry, Húmedo vio que al rey solo le faltó bebérselo a tragos. Cuando acabaron, la señora Simnel volvió a tapar el puchero.

—Tengo que dejar un poco para mi niño —dijo—, que anda paseándose con este tiempo. Aunque la verdad es que el potaje a él le gusta frío.

Y entonces el rey se puso cómodo en un sillón para echar una cabezadita. Mientas él dormía y la señora Simnel andaba ocupada recogiendo la mesa, Húmedo echó un vistazo a las paredes y se fijó en una serie de imágenes pulcramente ordenadas de bebés sonrientes, o quizá fuera un solo bebé retratado una y otra vez, pensó, porque a esa edad todos los bebés parecen… bueno, bebés, y solo las madres eran capaces de distinguir a unos de otros. Era asombroso.

—Caramba, señora Simnel, qué niños tan maravillosos —comentó Húmedo cuando la mujer volvió para darle las buenas noches—. ¿Son todos suyos?

Ella se rió.

—¡Huy, qué va! Mi Dick es hijo único, pero fui aprendiz de comadrona antes de conocer a mi difunto esposo y ya sabe lo que pasa, se me daba muy bien el oficio, sobre todo cuando las cosas se torcían. —En ese momento dedicó a Húmedo una mirada severa—. Seguro que sabe lo que quiero decir, ¿verdad señor Mustachen? Solo perdí uno, una vez, porque no dieron conmigo hasta que fue demasiado tarde. En fin, desde entonces la gente me llama de vez en cuando y ya sabe lo que pasa, mi hijo dice que ya no tengo por qué hacerlo, pero cuando una tiene una reputación, la gente se acuerda. Sobre todo cuando la jovencita está desesperada.

La expresión de la señora Simnel era de víctima, pero en sus ojos asomaba una aleta de orgullo.

El rey, que roncaba como un león en el sillón enorme, se revolvió. La señora Simnel ajustó los mullidos cojines para que estuviera más cómodo y entonces se quedó inmóvil por un instante fugaz cuando algo pareció llamarle la atención. Miró de reojo con un gesto rápido y sorprendentemente agudo en la dirección de Húmedo y propinó una palmadita final a los cojines antes de enderezar la espalda y sonreír con dulzura. El momento, consistiera en lo que consistiese, había pasado sin remedio. Húmedo tenía el cerebro embotado por el cansancio, y su capacidad natural para descifrar los indicios más minúsculos, que le había salvado la vida en tantas ocasiones, lo había abandonado hacía horas. Aun así, tenía que preguntar.

—Señora Simnel, ¿pasa algo?

La madre de Dick fue tajante.

—No, muchacho. Solo pensaba lo raro que es que alguien tan pequeño y, bueno, peludo pueda ser… rey. Pero a lo mejor es cosa del disfraz. Seguro que dará gusto verlo con la corona y el oropel cuando vuelva a su bollo. Y ahora, usted necesita una cama, joven.

Por cansado que estuviera, Húmedo sabía reconocer un cambio de tema táctico, de modo que insistió:

—Señora Simnel, ¿hay algo que no me esté…?

—Nada, no hay nada, nada que le concierna, por lo menos.

A Húmedo le daba vueltas la cabeza, pero el remolino de sus pensamientos se vio interrumpido por el ruido de la puerta de entrada al abrirse de golpe. Había llegado Dick, con la gabardina chorreando, y su madre fue a saludarle. El joven llevaba tantos fardos y cajas que tuvo que dejarlos todos en el pequeño recibidor, donde un reluciente reloj daba la hora, el día de la semana y muy posiblemente la fase de la luna para esa noche, aunque su función principal era anunciar al mundo que la madre de Dick Simnel tenía lo mejorcito que su hijo podía comprarle. La mujer lo envolvió entre sus brazos de inmediato, con lo que varios paquetes salieron volando en todas direcciones, pero Dick consiguió zafarse mientras se reía.

Sentado en la cocina, todavía caliente, de la pequeña casa, Dick se zampó el potaje coagulado mientras su madre deshacía varios de los paquetes.

—¡Esto está tremendo, madre! Ahí fuera hace un tiempo de perros.

Húmedo cayó en la cuenta de que estaba hecho polvo.

—Le he preparado una cama, señor Mustachen —dijo la señora Simnel—. Tenía una lista para el rey, pero parece que ya está cómodo donde está y prefiero no molestarle. ¿Pasarás la noche aquí, Dick?

—Lo siento, madre, no puede ser, tengo demasiado que hacer. Todos estamos doblando turnos.

La señora Simnel miró a Húmedo con orgullo.

—Ese es mi niño. Es un chico trabajador, siempre con su palito móvil.

—Es una regla de cálculo, madre —corrigió Simnel mientras miraba a Húmedo con una sonrisa.

—Sí, bueno —dijo la orgullosa madre—, mi hijo se está abriendo camino en el mundo, trabajando para el tal Harry Rey. —Y remató la frase besando a Dick, que la alzó en vilo, le dio un beso a medio vuelo y volvió a dejarla en el suelo, un poco más mojada y manchada de grasa que antes.

—Ay, madre —dijo—, no me pintes como si fuera una especie de santo, solo soy un trabajador más con las manos sucias. En fin, tengo que ir tirando, ya sabes cómo va esto.

De camino a la salida, Dick echó un vistazo al rey y preguntó:

—¿Su alteza se encuentra bien, madre?

Húmedo observó la cara de la señora Simnel con mucha atención.

—Está estupendamente, hijo —respondió ella—. Solo necesita dormir un poco, sería una pena despertarlo.

Dick miró de reojo a Húmedo mientras su madre hablaba y pareció que sopesaba una idea, aunque al final se encogió de hombros como si se lo hubiera pensado mejor. Entregó a Húmedo un paquete de ropa limpia para él y para el rey y después besó otra vez a su madre.

—Madre, ocúpate de que salgan a tiempo para coger el expreso de Zemfis, ¿vale?

Y ella se ocupó, después de un cuenco de gachas, calientes y azucaradas, exactamente como a Adora Belle no le gustaban ni pizca. Húmedo sintió cómo se le pegaba a los huesos mientras él y el rey, sonrientes y rejuvenecidos tras su cabezadita, dejaban el santuario de la casita de la señora Simnel y el sol empezaba a salir sobre Sto Lat.

\* \* \*

En una caverna cercana a la lúgubre y algo retorcida metrópolis de Slake, los grags departían sobre la amenaza del ferrocarril y las maneras de detenerla. Habían encontrado a un artesano al que le gustaba trabajar el hierro, y al ser un enano de Ankh-Morpork, estaba en condiciones de explicarles la cuestión.

Sentado a la tenue luz de la cueva, nervioso aunque intentara dar la impresión de que estaba por completo del lado de los grags cuando, por supuesto, el lado del que estaba era el del dinero, el artesano explicó que las locomotoras son pesadas y que el mejor momento para descarrilarlas era cuando el tren atravesara cañadas o estuviera cerca de las montañas. También sugirió que una alternativa sería privar a las máquinas de sus elementos básicos, combustible y agua, para después atacarlas cuando más vulnerables fueran. Había topado con un mapa que mostraba la ubicación de todas las carboneras, aguadas y cisternas, y se lo enseñó.

—Y suponiendo que nos propusiéramos parar un tren en concreto, ¿cuántas personas necesitaríamos para derribar esas… grúas de agua? —preguntó un grag de voz cascada desde las sombras.

—Necesitaréis bastante gente para eso —respondió el solícito enano—. La oposición será lo bastante lista para comprender que os centraréis en inutilizar las locomotoras, y tendrán bien vigiladas las aguadas y los depósitos de carbón. Por supuesto —añadió—, si están a mucha altura en las montañas, tenéis ventaja sobre ellos.

El artesano parecía esperanzado después de aquello, en la medida en que podía vérsele en la oscuridad de la caverna, y dijo:

—Bueno, y eso es todo más o menos, señores. No es muy difícil, pero ya saben dónde encontrarme si me necesitan.

A decir verdad, la caverna empezaba a ponerle los pelos de punta y quería salir de allí lo antes posible. Oyó la voz del jefe de los grags:

—Bien hecho, amigo mío. Te ruego que aceptes este oro como muestra de agradecimiento, y sí, en efecto sabemos dónde encontrarte, a ti y también a todos los miembros de tu familia.

El artesano miró el interior de la pesada bolsa de cuero y se entusiasmó.

—Son muy amables, señores. Espero ayudarles otra vez en algún momento del futuro.

Y se fue, contento por haberse llevado un pago tan bueno por tan poco trabajo real. ¡Los grags no sabían nada! Era como quitarle dinero a un niño, pero no dejó de sonreír y despedirse hasta que un cavador le rajó la garganta antes siquiera de que abandonara la húmeda caverna. A fin de cuentas, ¿qué grag entregaría oro a un enano de Ankh-Morpork? Para ellos eran todos infieles.

\* \* \*

Húmedo era consciente de que, mientras el rey y él volvían con paso rápido desde casa de la señora Simnel a la estación, los secretarios oscuros, que los acompañaban invisibles a ambos lados, no los perdían de vista. La ropa del día anterior había desaparecido y, después de un lavado y arreglado rápido, el rey tenía aspecto de empresario enano mientras que Húmedo iba algo más desaliñado, como un ingeniero que llegara tarde al trabajo.

El mozo anunció a voces:

—En breve partirá por la vía uno el expreso del Altiplano, con parada en Gran Col para Brassicalandia y en Zemfis para las Cataratas de Zemfis. Los coches cama se encuentran en la parte delantera. ¡Pasajeros al tren, damas y caballeros!

Húmedo susurró al rey:

—Ya sabéis qué hacer, mi señor.

El rey enseñó su billete al revisor, que lo miró y lo remiró antes de decir con tono huraño:

—Clase media, en el medio del tren.

Húmedo se alejó caminando tan deprisa como pudo y sin mirar a su alrededor. Las miraditas delataban a una persona nerviosa. Había que confiar en el puro instinto. Todo el mundo sabía qué hacer.

Tuvo que maniobrar para dejar paso a unas cajas de pollos y pensó: ¿por qué siempre hay cajas de pollos? A juzgar por el sonido, los bichos no tenían ningunas ganas de estar allí. Y al parecer de repente los pollos llegaban a todas partes. Pasaron corriendo una madre y su hijo. Un trasgo saludó con la mano a lo que cabía suponer que era su esposa, aunque con los trasgos costaba estar seguro, y Húmedo miró de reojo al revisor y saboreó, por un breve instante, el silencio previo a que el tren cobrase vida.

Embarcó por el furgón de cola y la primera persona con la que se encontró fue Detritus sin su placa, con lo cual se convertía en, bueno, un troll cualquiera. Parecía incómodo. Detrás de él, Húmedo distinguió al comandante Vimes vestido de guardia y con cara de estar disfrutando como nunca, si Húmedo interpretaba correctamente su mueca torcida.

Vimes agitó una hoja de clacs y dijo con alegría:

—¡Menudos idiotas! Probaron sus trucos cuando todavía estaban en suelo de Ankh-Morpork. Pobres diablos… Supongo que creyeron que así nos sorprenderían, pero Jovial y sus muchachos les dieron su merecido bien deprisa, y los hombres de sir Harry también, por lo que parece, de modo que ahora los dos grupos van camino del Rapapolvo, donde los secretarios oscuros entablaran con ellos unas interesantes conversaciones. Esperemos que la noticia no llegue aún a oídos del alto mando de los grags.

Iba a ser un trayecto largo hasta Zemfis. Y después de allí saltarían a la nueva vía, por la que aún no había viajado ningún tren de pasajeros. Ya habría tiempo de preocuparse de eso cuando llegaran, se dijo Húmedo con firmeza. Por el momento, el disfraz era esencial; debía meterse a fondo en su papel de ingeniero, el afortunado que viajaba en la última Voladora Modelo II a diario y, por si fuera poco, cobrando.

\* \* \*

Mientras Húmedo recorría los vagones de un lado a otro, empezó a fijarse en los pasajeros que lo rodeaban. Entre la mezcla normal de habitantes de Ankh-Morpork y otras poblaciones de las llanuras Sto y alrededores, los que cabía esperar en el trayecto regular a Zemfis, había varios enanos viajando en grupos o en solitario. A unos pocos los reconoció como integrantes del séquito del Bajo Rey y otros eran, a primera vista, enanos de Ankh-Morpork. Bueno, había más de una clase de enano de Ankh-Morpork: unos eran felices siendo ciudadanos de allí, mientras que a otros esa condición parecía ponerlos nerviosos y gruñones, porque no comprendían que en Ankh-Morpork nadie prestaba mucha atención a lo que fuesen… a menos que parecieran ricos, en cuyo caso sin duda serían el centro de toda la atención.

Después estaban las personas que exageraban un poco en su empeño por presentarse como inofensivos individuos corrientes. Siempre destacaban, y Húmedo se preguntó si sabrían lo evidentes que resultaban para el ojo adiestrado del granuja suspicaz. Estaban preocupados, pero intentaban desesperadamente no aparentarlo, y la despreocupación, la de verdad, es muy difícil de fingir. Quien no le tuviera pillado el tranquillo olía desde un kilómetro a… aficionado.

Un enano en concreto había llamado la atención de Húmedo al pasar, de modo que volvió allí al cabo de un rato y se sentó en el asiento de delante. Mientras se mecía al ritmo del tren, percibió una discordancia. No era miedo exactamente, pero el pulso del miedo latía con tanta fuerza que casi cantaba, y en la intimidad del cráneo de Húmedo el teletipo de la sospecha siguió chascando.

Húmedo había obrado con precaución hasta ese momento, sin mirar directamente y, en verdad, tratando de pasar por una persona que no intentaba no mirar directamente, un despreocupado profesional, pero el enano que tenía delante estaba sudando. Tarde o temprano algo iba a ceder.

—¡Anda, yo te conozco! —dijo Húmedo de repente, en voz baja—. Eres uno de esos observadores de trenes, ¿verdad? Nunca olvido un anorak.

—Ah, sí, soy un observador de trenes muy apasionado, caballero —respondió el enano, sin levantar la voz aunque le goteaba sudor de la barba y sus ojos gritaban: «Socorro».

—Excelente. Entonces sabrás la velocidad punta de una Voladora, ¿a que sí? ¿No?

Casi ningún ocupante del tren había alzado la vista mientras Húmedo interrogaba sutilmente al enano, con la sutileza de un martillo pilón; se había convertido en una regla extraordinaria de la etiqueta ferroviaria que la conducta y conversación de los demás pasajeros era un asunto privado de ellos, por molestas que resultasen. El enano había dado un respingo visible en su [[67]](#footnote-67)asiento cuando Húmedo se había dirigido a él por primera vez, pero seguía manteniendo una expresión seria y, sí, seguía sudando, por lo que Húmedo insistió, como un amigo que quisiera pedir dinero prestado.

—Como he dicho, nunca olvido un anorak. ¿Y qué, de viaje a Zemfis?

El enano asintió y respondió con un simple:

—Sí.

—¿Has visto la locomotora que llevamos? —preguntó Húmedo—. Mira lo que te digo, oigo traquetear un poco el muñón. ¿Tú lo notas? ¿A lo mejor es una máquina nueva, recién salida del depósito?

—Esto… sí… supongo —balbució el infeliz enano.

Mientras se planteaba su siguiente jugada, Húmedo miró a su alrededor. Ah, había otro enano, un poco más allá, que observaba con disimulo cómo él observaba al falso observador de trenes. Mientras se devanaba los sesos, devolvió su atención al enano sudoroso que tenía enfrente.

—Espera, te tengo visto y ya sé de dónde: ¿a las puertas del complejo, con tu libretita? Todos tenemos nuestras libretitas, colega, la mía está en mi equipaje, allá atrás, y tú llevas el anorak más limpio que haya visto nunca. Los observadores de trenes de verdad acaban cubiertos de barro y carbonilla, y llevar un anorak grasiento es cuestión de orgullo para ellos. Pero tú, amigo, no sabes nada de trenes ni de observarlos, ¿verdad que no?

Cuando dijo aquello, vio que el otro enano se levantaba de su asiento y empezaba a caminar como quien no quiere la cosa hacia el siguiente vagón.

—¡Tú! ¡Quieto! —gritó Húmedo al enano que tenía delante mientras salía corriendo detrás del enano en fuga y le saltaba encima.

Los demás pasajeros prorrumpieron en gritos de angustia, arrancados al fin de su estudiado desinterés, mientras Húmedo rodaba, se ponía en pie con apuros y propinaba una dura patada al enano con sus botas de ferroviario, las de puntera de metal, que invitaban a quedarse tumbado en el suelo retorciéndose aunque se llevara cota de malla.

Húmedo alzó la mano y tiró del cordón de comunicación, que colgaba apenas visible del techo. Mientras el tren frenaba con un chirrido, gritó a los pasajeros:

—De este tren no sale nadie que no sepa volar. Pronto tendremos compañía, damas y cabal[[68]](#footnote-68)leros. Esto será algo que podrán contar a sus nietos.

Ya llegaban refuerzos desde ambas direcciones: secretarios oscuros por un lado y la Guardia de la Ciudad por el otro, representada en este caso por el comandante Vimes, que echó un vistazo y dijo a todos los presentes:

—Aquí no hay nada de lo que preocuparse, damas y caballeros. Este caballero no había comprado billete para el trayecto, y esa clase de comportamiento altera mucho al personal de nuestro ferrocarril…

\* \* \*

Al cabo de poco, en el furgón de cola, el enano joven y nervioso y su taciturno compañero estaban hablando con el viejo Carapiedra, quien les escuchaba con atención sentado a la mesa del jefe de tren.

—Veamos, caballeros, aquí pasa algo.

Les enseñó un gran cuchillo de cuatro filos. Era un arma que no se andaba con contemplaciones, pensada para la faena, pero no cualquier faena, sino las más ignominiosas. Dos policías sujetaban al joven enano mientras el comandante le hablaba, sonriendo como un tiburón.

—Esto, señor, es lo que los asesinos llaman una rodela, y sepa que ni siquiera los profesionales las utilizan. Creo que les parece cruel y burda. La verdad, creo que estoy de acuerdo con ellos. Y yo me pregunto, señor: ¿por qué la lleva en este tren?

Vimes se volvió hacia el otro enano, que en ese momento estaba encadenado al sargento Detritus.

—Y usted, señor, ¿qué papel tiene en todo esto? Estamos en un vehículo en movimiento, que atraviesa terreno salvaje donde podría suceder cualquier cosa. Y el caso es que podría suceder cualquier cosa muy pronto como yo no reciba algunas respuestas. —Se volvió hacia un agente—. Fred, tú y Nobby ponedle los grilletes al joven y lleváoslo a alguna parte donde pueda pasar un rato a solas con sus pensamientos, y así yo seguiré con mi charla con este veterano, que sospecho que se muere de ganas de hablarme de forma clara, reflexiva y locuaz, sin dejarse nada por decir. Usted, señor —dijo dirigiéndose a Húmedo—, sugiero que vuelva a su asiento. Ya hablaremos más tarde.

\* \* \*

Excusado y sin nada mejor que hacer, Húmedo reemprendió su patrulla por los vagones. Tenían por delante muchos, muchísimos kilómetros hasta Zemfis y, en algunos tramos, el paisaje era tan monótono que habría que acuñar un nuevo término. Para pasar el rato, deambuló hasta los legendarios coches cama de primera clase. Se apreciaba a las claras la mano de Efi. Familias enteras de Ankh-Morpork, incluidos tíos y tías, abuelas, abuelos, todos los hijos y posiblemente hasta el burro podrían haber dormido bien en uno solo de los compartimentos, mitad dormitorio, mitad salón.

Cuando Húmedo regresó al furgón de cola después de recorrer los pasillos y llamó a la puerta con la combinación de golpes, no tan secreta, encontró que le abría la puerta Nobby Nobbs, un guardia que era técnicamente humano (con un certificado para demostrarlo) pero que se parecía tanto a un trasgo que se había echado una novia de esa especie. Adora Belle la había visto muchas veces y había contado a Húmedo que Brillo del Arco Iris merecía algo mejor que Nobby.

—Qué hay, señor Mustachen. Se ha perdido cuando el señor Vimes interrogaba al sospechoso más mayor. Se ha arremangado y el enano se ha vuelto loco, pero loco perdido. Ha visto la marca, ya sabe, esa que tiene el comandante en la muñeca, y se ha puesto, bueno, como loco y ha empezado a prometer todo lo que se le ocurría. No he visto a nadie tan asustado en mi vida, y eso que Vimesito ni siquiera lo había tocado. Se ha venido abajo, señor, no hay otra manera de explicarlo. Se ha venido abajo. A ver, a veces el comandante la ha tomado conmigo, ya sabe, por asuntillos como cosas que me había encontrado en la calle y ya iba corriendo a devolverlas a su dueño y tal. Nada importante. Pero ese enano… ha sido como si se derritiera, señor. ¡Como si se derritiera! Usted no sabrá quién es Fui-yo Duncan porque no está en la Guardia, señor, pero bueno, es un pobre mamón que reconoce lo que sea con tal de conseguir algo de beber y una celda donde dormir, y a lo mejor un poco de charla y un sándwich de jamón. Pero este adorno de jardín está peor.

Húmedo miró a su alrededor.

—¿Y ahora dónde están?

—Ahí dentro. Y el señor Vimes se ha llevado al joven a otra parte con Fred. —Nobby señaló hacia el fondo del furgón de cola—. Señor Mustachen, ¿sabe esa idea genial que tuvo?

Húmedo vaciló.

—Échame una mano, Nobby, tengo muchas ideas geniales.

—Claro, señor. La de ordenar el correo en el tren, señor.

Y Húmedo pensó: ah, sí, y además funcionaría. Pero Nobby siguió hablando.

—Bueno, en este tren hay un vagón especial con estantes, casilleros y demás historias.

Dentro del vagón postal Húmedo vio al comandante y a su nuevo amiguito, con Fred Colon. Vimes hablaba de muy buen humor con el enano joven, y cuando vio a Húmedo le hizo un gesto discreto para indicarle que podía escuchar pero sin perturbar el delicado proceso. No había indicios de pelea o ningún otro incidente desagradable, pero sí dos tazas de café reposando en los casilleros de alambre. El comandante, con el tono tranquilizador que podría adoptar una madre con un recién nacido, interpretó una melodía que dejaba en evidencia a Húmedo von Mustachen, timador, mentiroso, fullero, farsante, estafador y rey de la picardía, de los que goteaban como el veneno de una cobra en pleno ataque.

—Hay que ver, estos grags. Anda, dime, ¿cuál fue? Venga, échame un cable.

—No me acuerdo.

—¿Y qué dices que hicieron? Me extraña mucho. Ah, claro, fue tu amigote, el que tenemos en el furgón de al lado, ¿no?

—Bueno, a lo mejor fue él, sí.

A Húmedo le dieron ganas de aplaudir, pero el espectáculo, si podía llamarse así, continuó. Lo siguiente fue que el comandante, con aquella extraña serpiente roja brillando en su brazo, arrulló con tanto tiento al enano que en comparación merendar en casa de su abuela parecería una redada con patada en la puerta. Y terminó con un suspiro, tras el cual el comandante dijo, con una angustia espléndidamente sincera:

—Por supuesto, si dependiera de mí… pero verás, tengo que rendir cuentas a lord Vetinari y al Bajo Rey. Podría dejarte en buen lugar, muchacho, contarles lo mucho que me has ayudado… Sí, creo que haré eso, y te doy las gracias por echarme una mano y te puedo asegurar que… —En ese momento la serpiente luminosa se movió mientras el comandante seguía hablando—. Puedo asegurarte, joven, que sea lo que sea de ti, a tu familia no le pasará nada. Pero no creo que pueda convencer a nadie de tu inocencia si te vuelven a pillar haciendo algo así en el futuro o, ya que estamos, si resulta que me has estado mintiendo. Y ahora, si no te importa, tengo que hablar con tu compañero otra vez.

A Húmedo le encantó aquel «si no te importa». Como si el infeliz tuviera elección. Los secretarios oscuros se llevaron al enano joven y volvieron con el mayor, momento en el cual prosiguió el interrogatorio cauteloso y metódico, pero en voz más alta, teniendo en consideración que aquel enano era mucho más viejo. Las palabras que Vimes usó en ese caso tenían una mayor carga de amenaza, pero aun así daban a entender que todo acabaría mejor si el enano que tenía delante le contaba absolutamente todo lo que sabía sobre los grags, los cavadores y los demás conspiradores como él a los que habían engañado para que fuesen ellos quienes acabasen presos y sometidos a la justicia del Bajo Rey.

—A usted, señor, lo mandaremos a juicio ante el Bajo Rey, pero, como he dicho, intentaré dejarle en buen lugar. En la próxima parada mandaré un clac, si sus antiguos amigos no han quemado la torre. —Y eso le hizo encogerse. Húmedo tuvo que hacer un esfuerzo para no aplaudir—. Fred, haz el favor de decirles que traigan al cómplice de este caballero, para que puedan disfrutar de su compañía mutua durante el resto del trayecto.

Cuando los dos enanos estuvieron en el vagón postal bajo la atenta vigilancia de los secretarios oscuros, Vimes continuó:

—Vale —dijo, con el mismo tono jovial—, lamento los grilletes, pero no podemos permitir que se vayan corriendo, ¿verdad? Y a ustedes, par de dos, les conviene recordar, sobre todo a usted, señor, a su edad, que esto podría haber sido mucho peor. Me temo que aún podría acabar así de todas formas, pero, como he dicho, les dejaré en buen lugar. Los vigilarán hasta que pueda organizar su traslado bajo custodia, y si algo les refresca la memoria no duden en avisar a estos hombres y veré qué puedo hacer. Pero estarán de acuerdo en que lo más seguro para todas las partes, sobre todo la suya, será que mientras tanto los retengamos en esta sala hermética, donde nadie pueda hacerles daño. Me ocuparé en persona de que les vayan trayendo comida y bebida. —Se volvió hacia Húmedo—. Querría que habláramos un momento fuera, por favor.

De nuevo en el furgón de cola, el comandante sacó un puro de alguna parte, lo encendió en flagrante contravención de todas las normativas ferroviarias, se sentó en un banco y dijo:

—Señor Mustachen, parece desconcertado. Hable con libertad.

—Bueno, comandante, me ha impresionado la forma en que los ha mareado. Le consideran su amigo, creen que quiere ayudarles.

Eso fue acogido con otra bocanada de humo.

—Es que soy su amigo —replicó Vimes, sin inmutarse—, y seguiré siéndolo, de momento. Usted es un granuja y yo no. Sí, claro, podría hacerles la vida imposible, o incluso peor. El viejo al que ha presentado usted su bota ferroviaria con tanta maña, bueno, es el cerebro de este equipo concreto, y el pequeño es lo que llaman un pelele, un idiota lleno a rebosar de mentiras, mentiras emocionantes que le dicen que está cumpliendo la obra de Tak. Pero ¡si ni siquiera es buen observador de trenes! —Vimes se dio una palmadita en el bolsillo—. Y ahora tengo nombres, sí, muchos nombres, unos nombres maravillosos, y cuando a sus dueños se les expliquen las verdades del barquero, sin duda conducirán a otros nombres, y entonces veremos correr a los conejitos. No todo el trabajo policial consiste en echar puertas abajo, por si no lo sabía, sino en llegar al fondo del asunto. Y desde el fondo se ve el camino entero hasta arriba, ¡y lo de arriba es lo que me interesa! Pronto pararemos para repostar agua y carbón en un lugar llamado Cranbury, donde tendría que haber una torre de clacs. —Sonrió—. Me pregunto qué dirá su señoría sobre mi preciosa lista de nombres. Supongo que superará enseguida la mordacidad de camino a la ironía, para acabar en pleno sarcasmo sin parar siquiera a tomar aliento. —Dio otra palmada a su bolsillo—. A algunos de estos los conozco, vaya si los conozco, todos enanos poderosos, grandes defensores a ultranza del Bajo Rey por un lado pero enredados en tratos con los grags por el otro. Muchas gracias, señor Mustachen, es usted una pérdida para la lucha contra la delincuencia, pero ha reconocido el proceso porque se reconoce a sí mismo, ¿me equivoco? Es muy útil, a mí también me pasa. El primo de turno siempre debe tenernos por un amigo y nosotros debemos ser como un padre apenado pero afectuoso, como el escudo del primo ante la espantosa oscuridad exterior. —El comandante se volvió—. Nobby, ¿quién está de guardia en la comisaría de Gran Col?

—El sargento Willard, señor Vimes.

—Servirá —dijo Vimes a Húmedo—. Es un poli veterano, que cogerá su carro de remolones y los llevará delante de su alcalde en menos que canta un gallo. Y como no les quitaremos los grilletes, no tendrá ningún problema. Casi me dan pena, ¿sabe? Estos grags, cavadores o comoquiera que se hagan llamar, tienen por modus operandi encontrar a un enano inocente y bien relacionado y hacerle saber que, si se le ocurren ideas y no hace lo que le mandan, quizá toda su familia desaparezca sin más en el Abismo. —Sonrió y dijo—: Bien pensado, yo hago exactamente lo mismo, pero soy un osito de peluche comparado con ellos y además voy con los buenos.

Vimes se levantó y agitó un poco los brazos para mejorar la circulación.

—Y ahora creo que debo ir a ver al rey para comentarle mis interesantes hallazgos. Y no se preocupe, a usted también lo dejaré en buen lugar. Sabe prestar atención a la gente y eso es una habilidad de por sí.

\* \* \*

El aire exterior ya inundaba los vagones con el aroma de las llanuras Sto, que consistía en un solo olor que era olor a col o algún pariente de esa planta y que era un olor triste, que rezumaba indefensión. Melancolía. Eso sí, las propias coles eran excelentes, sobre todo las variedades más nuevas.

La ciudad de Gran Col, que en teoría era el último lugar que cualquiera en su sano juicio querría visitar, aun así gozaba de cierta popularidad durante todo el verano gracias a las atracciones de Brassicalandia y el Instituto de Investigación de la Col, cuyos estudiantes fueron los primeros en elevar un repollo a quinientos metros de altura sin más impulso que sus propios jugos. Nadie preguntó por qué les había parecido necesario, pero así era la ciencia y, por supuesto, también los estudiantes.

En cuanto el tren llegó al andén número dos de Gran Col, varios guardias aparecieron junto al furgón de cola. Húmedo observó mientras el comandante Vimes entregaba a los cautivos con los que había sido tan amable y vio cómo se los llevaban custodiados en el carro de remolones.

Cuando este desapareció, Vimes se dirigió a Húmedo.

—Tenemos los nombres y direcciones de sus familiares, a los que pondremos escolta día y noche hasta que acabe este maldito follón. Sé que Vetinari despotricará sobre la factura, pero bueno, siempre lo hace.

Justo a su hora, el tren partió de Gran Col y dejó muy atrás la gran boina de contaminación de Ankh-Morpork que flotaba en el horizonte. Húmedo tenía la constante sensación de que avanzaban un poco cuesta arriba, lo cual era verdad al menos hasta cierto punto. Todo funcionaba como debía y la gente se estaba acomodando para el largo trayecto, por lo que dispuso de más tiempo para pensar. En teoría, sabía que el momento de preocuparse llegaba cuando las cosas se torcían, pero su instinto tenía tendencia a preocuparse cuando todo iba demasiado bien para ser verdad, y en esos momentos volvía a formarse sobre su cabeza un cumulonimbo de inquietud. El yunque de los dioses solo esperaba el momento de caerle encima. ¿Qué se le había pasado por alto? ¿Qué había olvidado? No, todo saldría bien.

Tenían un puente delante, con el consabido troll de guardia. Las familias ferroviarias de trolls trataban a los puentes, por nuevos y relucientes que los encontraran, como si fuesen suyos. Desde luego, un túnel era, para un troll, como un delicioso paseo por el parque, pero un puente, tu propio puente…, sobre todo si tenía instalaciones sanitarias, cortesía de Harry Rey, y espacio suficiente para sacar adelante una familia… Los trolls, meditó Húmedo… ¿Quién habría pensado que mantendrían sus puentes tan limpios? Tanto era así que Efi había anunciado un concurso para encontrar el puente troll mejor conservado de todo el trazado del ferrocarril de Ankh-Morpork, con un premio de no menos de veinte cabras para el ganador.

\* \* \*

Viajar en tren era ver cambiar el mundo, a medida que desfilaban a velocidad ferroviaria árboles, casas, granjas, prados, arroyos y pueblos de los que Húmedo jamás había oído hablar antes del ferrocarril y apenas recordaba ya, como aquel de allí, que según el cartel se llamaba Menudo Novato. Pero ¿quién vivía allí y a qué se dedicaban?, se preguntó Húmedo.

Los poblados de los obreros del ferrocarril le intrigaban. Las mujeres se habían fijado en que los pasajeros salían del tren en las frecuentes paradas para repostar agua y carbón y, demostrando un olfato comercial que lord Vetinari habría aplaudido, los esperaban listas con tés acompañados de crema espesa, pasteles caseros, café bueno y caliente y, en una memorable ocasión, hasta un cochinillo.

Pero incluso eso quedaba eclipsado por la estratagema que había encontrado un mes atrás, en la parte más profunda y rural de Doscamisas, que Ankh-Morpork consideraba el lugar que no era ninguna parte. Dos industriosas damas habían colgado un mensaje sencillo que decía: «¡Tejemos camisones para durmientes de vía!». Las señoras, entregadas a su labor mientras sus maridos trabajaban lejos de casa, estaban amasando una pequeña fortuna gracias a todos los pasajeros que, como Húmedo, le habían visto la gracia y habían echado mano de su cartera. Le encantaba el hecho de que, si lograbas hacer reír a tu cliente, ya tenías su dinero en el bolsillo.

Se acercaba otro cartel y Húmedo entrecerró los ojos para distinguir el nombre del tablero y —fiiuuu— vio que estaban en Fray Deveril, o habían estado, ya que por desgracia, la velocidad del tren lo había relegado al pasado y —fiiuuu— ahí llegaba —fiiuuu— Silbojondo de Arriba, al parecer. Pero el tren incansable había seguido adelante y, aunque Húmedo anhelaba avistar el cartel de Silbojondo de Abajo, el convoy lo pasó a toda velocidad y lo condenó al olvido de las poblaciones inexploradas. Lugares de aspecto extraño con nombres de aspecto extraño que vivían en el momento del tren triunfante.

Con un traqueteo metálico se cruzaron con un tren que viajaba por la otra vía, pero ¿desde dónde? ¿Y hacia dónde? Húmedo lo dejó correr. Demasiado viajar en tren podía convertir a cualquiera en filósofo, aunque no en uno muy bueno, reconoció.

Hicieron otra parada para repostar agua y carbón en Siete Pumbas. El nombre no significaba nada para Húmedo, y hasta Vimes negó con la cabeza. Era uno de esos apeaderos donde la gente bajaba del tren y desaparecía en el campo, donde cabía suponer que solo los inspectores de hacienda y la Oficina de Correos sabían quién vivía dónde. Y a juzgar por el aspecto de Siete Pumbas, los inspectores de hacienda probablemente preferirían avisar de que se habían puesto enfermos que viajar hasta allí, y es posible que el cartero también, si llevaba malas noticias, como por ejemplo notificaciones de hacienda. Pese a todo, a la población de Siete Pumbas se habían sumado cuatro ferroviarios, con sus casas y sus familias, todas bien cerca de la vía.

Húmedo charló con el hombre que manejaba la aguada y preguntó:

—¿Tiene algún problema para dormir aquí arriba, con los trenes que pasan a todas horas?

—Bueno, gracias por preguntar, señor, pero no, la verdad es que no. Bueno, nos costó un poco aclimatarnos —dijo con la risilla de quien emplea una palabra inusual por primera vez y lo encuentra divertido—. Mi mujer duerme como un bebé y la única vez que se despertó fue la semana pasada, cuando la Voladora no llegó a tiempo, y dice que fue el silencio fuera de sitio lo que la alteró.

\* \* \*

Vimes daba la impresión de no salir nunca del furgón de cola, salvo alguna que otra excursión tren arriba para hablar con el rey y sus guardaespaldas, y era al furgón de cola donde entregaban los mensajes de clacs.

En dicho vagón siempre había trasgos, por supuesto, pero no se quedaban ahí. Corrían por todas partes, apretando tuercas, echando aceite, engrasando y, a grandes rasgos, trasteando y toqueteando. Húmedo ya lo había hablado con Simnel y, en opinión del ingeniero, los trasgos engrasaban todo lo que había que engrasar y toqueteaban lo que había que toquetear, y en general impedían que las cosas se desbarataran.

Quedaba el asunto del olor, claro, pero en cuanto uno se acostumbraba, como había hecho Adora Belle mucho tiempo atrás, se dejaba de prestarle atención. Y además hacían recados cuando el tren paraba en lugares remotos y recogían hojas de clacs con noticias sobre todo lo que pudiese atañer a la travesía.

El clac de toda la vida, empezaba a llamarlo la gente. Antes lo tachaban de antiestético, pero en los últimos tiempos era fácil que cualquiera preguntase por clac qué tiempo se iba a encontrar en un viaje. Una ayudita cómoda pero no necesariamente necesaria. Aun así, quien se veía sin acceso a los clacs empezaba a considerarse a sí mismo como un ciudadano de segunda. Púa no paraba de contarle cómo se enfadaban los clientes con sus facturas del clac, que a ojos de Húmedo no estaban tan mal, dadas las circunstancias. Pero en la cabeza de la gente había aparecido una especie de trinquete: esto tan nuevo es lo que hay ahora. Ayer nadie le prestaba atención y hoy nadie sabía qué haría sin él. Era lo que pasaba con la tecnología: era esclava de la gente, pero, en cierto sentido, quizá también funcionaba a la inversa.

\* \* \*

Después del momento de emoción en la aguada, Húmedo estaba de nuevo sin nada que hacer y a esas alturas, por pura costumbre, cuando no tenía nada que hacer se dirigía al furgón de cola. Allí cerca encontró a Detritus durmiendo sobre un montón de cajas de embalaje, roncando y rodeado de todos los imprescindibles residuos del lugar. Se diría que todos los viajeros que no habían pagado billete trataban el furgón de cola como su hogar. El motivo quizá fuese la cafetera. Y allí estaba Del Crepúsculo la Oscuridad, que preparaba un café muy especial. Húmedo dio un par de vueltas al asunto mientras el trasgo, con una sonrisilla, le entregaba una taza burbujeante.

—Ya lo tengo. Eres una especie de hechicero, ¿verdad?

La sonrisa del trasgo se ensanchó.

—Lo siento, señor. Aquí no ha dado de clavo. Podría llamarme trasgüencero. Suena mal, es lástima, pero no puede tener todo.

Húmedo examinó su café.

—Huele de maravilla, pero ¿qué me hará hacer? —preguntó.

El trasgo medicina caviló durante unos instantes.

—¡Hará hombre despierto, activo! A lo mejor pone pelo en pecho. Ligera tendencia a mear más a menudo. —Entonces dedicó a Húmedo la mirada de soslayo que solo un trasgo podía lograr y añadió—: Garantizado no convertir en matador de enanos.

En realidad era un café muy bueno, eso había que reconocerlo. Húmedo se asomó por la ventana. Quizá fueran imaginaciones suyas, pero el bosque de Skund parecía volverse más negro conforme se acercaban a él. El bosque era peor que el maquis. Por lo que Húmedo recordaba, los árboles se apiñaban hombro con hombro. Y si alguien creía que los árboles no tenían hombros, era que nunca había estado en el bosque de Skund. Era uno de esos lugares donde aún no se había limpiado la magia, y algunos de los viejos temores y fantasías todavía flotaban en el ambiente. Nadie entraba en el bosque hasta que no le quedaba más remedio, salvo algún leñador por una apuesta, tal vez. Era un lugar oscuro que observaba la llanura y esperaba su momento. No era un sitio al que debiese ir quien no quisiera que le cayera un mago en la cabeza. Si algún paisaje podía gruñir, era el bosque de Skund.

Húmedo aprovechó la oportunidad para examinar los instrumentos del vagón. Había dos responsables de tren que se turnaban para aquel trayecto, y aunque el tren no podía conducirse desde allí, el responsable al menos podía frenarlo, un dato que valía la pena conocer.

A medida que anochecía, el volumen de los ronquidos de Detritus disminuyó desde la cercanía de unos tejones luchando a muerte hasta un ruido sordo y grave, que resonaba en el resto del vagón. Resultaba fascinante ver moverse un pecho de piedra. Húmedo se maravilló, no por primera vez: «Son de piedra y nos dicen que la piedra vive». Y de nuevo sus pensamientos volvieron a la Traviesa de Hierro y, para su asombro, dejó de preocuparse: caballos, trolls, gólems, locomotoras… en fin, ¿qué había de malo?

Miró a su alrededor. Aparte del durmiente Detritus, el furgón de cola estaba completamente vacío, por una vez. El resto de los ocupantes del tren se preparaban para pasar la noche en los demás vagones, ocupados en sus asuntos. El comandante Vimes estaba pasando revista a todo el tren.

Húmedo se movió con rapidez, porque ya no podía contener al diablillo que llevaba dentro. Al fin y al cabo, razonó, había esperado más que suficiente para hacer aquello y quizá no tuviera otra oportunidad. Aún había bastante luz. Abrió la puerta del furgón de cola y, agarrando el lateral del vagón, salió al exterior, cerró la puerta de una patada y se encaramó sobre el tren. Una vez allí, se puso en pie ayudándose con las manos y luego mandó al garete la precaución y se puso a bailar en el techo, saltando de un vagón a otro, escuchando el ritmo del convoy, moviendo el cuerpo para acomodarlo y sintiendo el motor y los cambios de humor del ferrocarril hasta que le pareció que podía entenderlo. Era un regalo, un don. Era algo que podía cortejarse pero que, sospechaba, nunca le permitiría demasiadas familiaridades. Le cautivaba, y pensó: el vapor no es algo que deba tomarse a la ligera.

En un momento dado, oyó un grito de «¡Eh!» procedente de abajo, y Húmedo conocía bien esos «¡Eh!». Asomó la cabeza por un lado y dijo:

—Húmedo von Mustachen. Estoy haciendo una prueba sin importancia.

Oyó que la voz del «Eh» refunfuñaba, pero no le hizo caso porque aquello era lo que había querido hacer desde el primer momento en que había visto las nuevas Voladoras.

Acalorado por la emoción del paseo, Húmedo bajó de nuevo al furgón de cola, que seguía vacío salvo por el bulto dormido de Detritus. Se alisó el pelo, se limpió la cara de carbonilla y salió del vagón sonriendo de oreja a oreja.

\* \* \*

Las luces empezaban a apagarse de una punta a otra del tren cuando Vimes reapareció después de su última salida y gravitó hacia el café.

—El rey y su estado mayor están haciendo planes —dijo—. El último informe de clacs y lo que me llega de, digamos, los observadores sobre el terreno sugieren que el trabajo en las vías avanza a un ritmo razonable. —Lanzó una mirada astuta a Húmedo—. Al parecer, señor Mustachen, muy pronto tendrá que respaldar sus palabras con los hechos. Ah, sí, otra cosa. Aquí tengo un clac de su señora esposa. Aunque ya se ha difundido la noticia del golpe en Schmaltzberg, parece que se han producido muy pocos ataques contra torres de clacs fuera de Uberwald.

Sorprendido, Húmedo comentó:

—Vaya, son buenas noticias.

Pero Vimes arrugó la frente y dijo:

—No se emocione. Apuesto a que todavía queda gente que derribaría una torre de clacs aunque viera a Tak subido encima. Ahí está el problema, ¿sabe? Quien ha tenido el odio en la lengua durante tanto tiempo, no sabe cómo escupirlo.

\* \* \*

Húmedo se había asegurado desde el primer momento de que tendría, oh felicidad, un compartimento dormitorio para él solo, pero, a diferencia de los ubicados en el coche cama de primera clase, el suyo era más funcional y usarlo era un ejercicio apropiado para aficionados a jugar con cubos móviles y otros juguetes infames. Contenía una cama plegable, que se plegó hacia abajo y le golpeó en la cabeza, y un lavamanos en el que apenas cabía su cepillo de dientes. Pero había una esponja y, aprovechando que tenía ciertas dotes atléticas, le sacó partido y acabó si no limpio, por lo menos no más sucio. Y dioses, qué cansado estaba; fuera lo que fuese lo que lo impulsaba, necesitaba de verdad un descanso, pero la mente era su propio peor enemigo y, cuanto más intentaba dejarse mecer por los ritmos del ferrocarril, más se inflaban como un nubarrón los pensamientos insidiosos.

Por el momento habían tenido suerte —solo se las habían tenido que ver con aquellos dos espías de los grags, que además eran bastante chapuceros—, pero tarde o temprano se descubriría la rata y los grags se enterarían de que Rhys viajaba a bordo. Simnel parecía basar sus esperanzas en que para entonces ya tiraría del convoy la Traviesa de Hierro. Pero ¿de verdad sería tan decisivo el pequeño experimento de Simnel, aquella locomotora acostumbrada a pasear niños por el circuito del complejo? Estoy seguro de que cuando llegó la locomotora de Simnel, pensó Húmedo, al principio era bastante pequeña y me pregunté si daría para llegar a Sto Lat siquiera. Pero qué potente parece ahora. Y el modo en que Simnel la mejora y le presta atención sin parar… es como si quitarle el trono de reina de la cochera pudiese provocar que ocurra algo malo. Nunca duerme. Siempre se oye ese leve siseo. Esa especie de tintineo. Un susurro mecánico, parezca estar o no en funcionamiento.

Húmedo pensó en aquel tipo, quienquiera que fuese, que había entrado en el complejo para destrozarla y había acabado muerto, muerto, muerto. Vapor salvaje emitido por un tren que no estaba en marcha. Tierra, fuego, viento y lluvia en un solo elemento de velocidad. Y poco a poco Húmedo se apagó, aunque una parte de él seguía escuchando sin cesar el ritmo de los raíles, escuchando en sueños, como un marinero que siguiera atento al sonido del mar.

\* \* \*

Mientras Húmedo dormía, el tren avanzaba a todo vapor, como un meteoro muy lento a través de la noche, ascendiendo por entre las montañas Carraca. Casi las únicas luces que se veían, con la luna oculta por una nube, eran la del faro de la locomotora y el resplandor del hogar cuando se abría la portezuela para echar otra paletada de carbón.

Los fogoneros de Ferrocarriles Higiénicos estaban hechos de una pasta especial: taciturnos y perpetuamente enfurruñados, al parecer solo se dignaban a hablar con los maquinistas. Dentro de la jerarquía extraoficial de la cabina, los maquinistas ocupaban la cúspide, por supuesto, seguidos por los fogoneros y a continuación por los visitadores y guardagujas, seres inferiores pero de utilidad reconocida. En ocasiones parecía que los fogoneros se considerasen los componentes más importantes del ferrocarril, los guardianes de su alma, por decirlo de alguna manera. Cuando estaban fuera de servicio se sentaban juntos, refunfuñaban, fumaban en sus lamentables pipas y no hablaban con nadie más. Pero palear carbón todo el día dejaba unos músculos de acero, de modo que los fogoneros estaban fuertes y en forma, y a veces entre turnos celebraban combates de práctica con sus palas, vitoreados por sus compañeros.

De hecho, uno de los fogoneros del tren era una especie de leyenda, según los demás, aunque Húmedo aún no había topado con él. Se decía que el fogonero Blake era la muerte andante si lo provocaban. El resto de fogoneros eran unos luchadores feroces, pero afirmaban que ninguno llegaba a tocar jamás a Blake. Las palas de fogonero, empleadas para el combate, ejemplificaban una máxima del comandante Vimes según la cual una herramienta de obrero usada con astucia podía ocasionar auténticos quebraderos de cabeza al guardia más pintado.

Y así, los fogoneros se reían y bailaban mientras combatían con sus palas y se emborrachaban, pero nunca si se acercaba su turno en cabina. Eso no necesitaban que se lo recordara nadie.

Esa noche, a resguardo del viento frío que azotaba la cabina, el fogonero Jim dijo al maquinista:

—Toma tu café, Mick. ¿Hacen unos huevos?

Mick asintió sin apartar los ojos de la vía, de modo que el fogonero Jim estiró los brazos con cuidado y frió un par de huevos en el dorso de su pala, cortesía de las llamas del hogar.

\* \* \*

Las casas construidas deprisa y corriendo para los trabajadores del ferrocarril estaban cerca de las aguadas y los depósitos de carbón, para que siempre hubiera alguien vigilando las preciosas reservas de agua y combustible. Eran muy pequeñas, lo que tensaba un tanto la convivencia cuando también había niños y abuelos, pero todo el mundo decía que eran el doble de buenas que las disponibles en la gran ciudad y, al fin y al cabo, vivían rodeados de aire puro, por lo menos entre locomotoras.

Esa noche, la señora Crestiruela, madre del guardavía Jack Crestiruela, descubrió que su orinal rebosaba y se maldijo por no haberlo vaciado antes del ocaso. No confiaba en la porcelana resplandeciente para sus abluciones. Como había hecho toda su vida, salió a un lugar concreto y discreto del jardín, procurando recordar en cuál de sus pequeños sembrados le tocaba vaciarlo esa vez, y por tanto las cosas se fueron por el recipiente cuando un enano se le puso delante de un salto, gritó «¡Muerte al ferrocarril!» e intentó lanzarle algo.

Por acto reflejo, la señora Crestiruela levantó el orinal con una fuerza que nadie habría esperado en una anciana que, según su hijo, estaba hecha de teca. El recipiente era muy grande y por desgracia seguía muy lleno, y el grito despertó a las casas de todo el vecindario. Cuando el cavador maleante recuperó la consciencia, estaba maniatado y de camino a Ankh-Morpork para que lo juzgaran.

Los ferroviarios y sus abuelas eran gente que no se andaba con chiquitas, gente con los pies en el suelo, podría decirse, y ni siquiera permitieron que el cavador se asease, lo que fue una decisión cruel dadas las circunstancias.

\* \* \*

Cuando Húmedo despertó a la mañana siguiente, descubrió que tenía hambre y le complació comprobar que había desayuno en el vagón comedor, donde resultó que se servía durante todo el día.

Encontró el salón vacío a excepción de Tímiedo Hijodetímiedo y el Bajo Rey, que charlaban como hombres de negocios que tuvieran un acuerdo que cerrar mientras disfrutaban del cuerno de la abundancia. Sin levantar mucho la voz, el rey dio la bienvenida a Húmedo.

—De momento no he visto gran cosa del tren, señor Mustachen —dijo—. Llevo encerrado en reuniones de planificación con Hijodetímiedo y los demás desde que embarcamos. ¿Quiere sentarse con nosotros?

Mientras Húmedo tomaba asiento, Hijodetímiedo se volvió hacia él como si lo considerase un aliado.

—Intento conseguir que Rhys nos cuente qué es lo que trama.

El rey se limitó a sonreír.

—Pienso tomar Schmaltzberg contigo, Hijodetímiedo, amigo mío, y pienso hacerlo con el menor derramamiento de sangre posible. Créeme, por mucho que me chinche recordarlo, soy el rey de mis enemigos además del de mis amigos. Hay una cierta noblesse oblige en juego. Los buenos reyes no matan a sus súbditos. Prefiero verlos humillados que muertos.

—¿En serio? —preguntó Hijodetímiedo—. ¿Después de todo lo que han hecho? ¿Y lo que han provocado que se haga? Captar a enanos jóvenes y llenarlos de emociones y revelaciones absurdas…

—Tengo nombres —respondió el rey—. Nombres de cabecillas, nombres de adláteres. No te preocupes, que pasaremos cuentas. Pero no será un auto de fe.

—Me temo que fuisteis demasiado comprensivo con ellos la última vez, mi señor —dijo Hijodetímiedo, escogiendo sus palabras con cuidado—. Es triste decirlo, pero he llegado a la conclusión de que, si seguís poniendo la otra mejilla, ellos seguirán dándoos bofetones. Creo que no queda más remedio que entrar, cortar por lo sano y arreglarlo de una vez por todas. No tiene sentido que esta vez llaméis a la puerta con delicadeza, pidiendo por favor si os pueden devolver el Bollo del Destino.

Para sorpresa de Húmedo, el rey dijo:

—Por mucho que desdeñemos la palabra «política», uno de sus aspectos más útiles es impedir los derramamientos de sangre. Sí, claro, habrá sangre, pero las generaciones pasan como un torrente, la gente cambia y cosas que se veían como totalmente imposibles de pronto se vuelven cotidianas. Más aún, esenciales. Tal y como está pasando con el ferrocarril, mira por donde. Hablando del tema, señor Mustachen, ¿cómo avanza el ferrocarril? ¿Cómo va su loquística?

—Perlada, mi señor. Es un término de ingeniería que significa todo en orden.

El rey lanzó una mirada a Húmedo. Dentro de los cánones de las miradas, no era muy desagradable, pero al fin y al cabo provenía de un rey, y además era sutilmente socarrona y retadora.

—Ya veremos, colega, ya veremos.

Y después del desayuno, no hubo otra cosa que hacer más que ver el paisaje montañoso, que fluía como si circulara sobre un carrete de cinta interminable: árboles, rocas, más árboles, rocas más grandes, árboles otra vez, algo que parecía un claro donde trabajaban varios leñadores, un instante de oscuridad cuando llegaron a un peñasco lo bastante grande para exigir un túnel, etcétera, y aun así, pensó Húmedo, detrás de todos esos árboles y todas esas rocas y peñascos, hay caseríos y pueblecillos de los que no sabemos nada y, por tanto, algún día tendremos que montar una parada aquí… aquí… y aquí. Y luego otro día, algún crío de la aldea que hay en lo más alto de ese último montón de rocas cogerá el tren e irá a parar a Ankh-Morpork, cargado de esperanzas, y ¿por qué no? Estación a estación vamos cambiando el mundo. Y se permitió un pequeño arrebato de orgullo.

\* \* \*

Aparte de las Cataratas, el único lugar de Zemfis que tenía cierta relevancia era la Abadía de Recorte. Se encontraba en ruinas y los monjes habían partido hacía mucho tiempo; en esos momentos era más bien un zoco, una[[69]](#footnote-69) medina, un bazar bullicioso que a Húmedo le recordó a las Sombras de Ankh-Morpork en vacaciones. No había nada inmóvil. El silencio era un milagro infrecuente. Y todo el mundo era mercader y se diría que, tarde o temprano, cualquier objeto o persona podía comprarse y venderse. Y, en caso de necesidad, hacerse desaparecer.

Entre las vías comerciales de Zemfis destacaba la ruta del Herrete, por la que pasaban las caravanas de camellos que luego llevaban a los habitantes de las Llanuras las piececillas que remataban el extremo de los cordones de sus zapatos, sin las cuales la vida civilizada sería insoportable y bastante peligrosa. Había especias de Klatch, materiales del continente Contrapeso que habían llegado en barcaza lenta, otros caprichos misteriosos y, por desgracia, numerosas maneras de volverse muy feliz en muy poco tiempo para caer fulmina[[70]](#footnote-70)do al cabo de un rato.

Junto a las mercancías legítimas que se ofrecían en los mostradores de los puestecitos, sin duda muchos comerciantes explotaban aquel entorno de ausencia parcial de ley para practicar algo de contrabando. Podían encontrarse jaulas de diablillos sin domesticar en las trastiendas de algunos de los establecimientos menos escrupulosos y, cuando anochecía, algún que otro camello salía a hurtadillas de la ciudad cargado de barriles de melaza en crudo.

Y aunque la mayoría de las personas sensatas que quisieran conservar sus efectos personales, o ya puestos su vida, seguían el consejo de anteriores visitantes y la evitaban como la peste, siempre había turistas que, quizá por imprudencia, pasaban por Zemfis de camino a ver los Pezones de Escilla, una sierra escarpada que concedía al montañero resuelto un espectacular surtido de maneras de ser hallado boca abajo sobre una sima, colgando de una pierna sobre un agua blanca que actuaba como la madre de todos los molinillos. Había ocho picos en total, agudos e inhóspitos, y si existía algo parecido a la guía de la buena emboscada aquel lugar se contaría entre los ganadores.

Contemplando los Pezones desde un asiento que los atentos burgueses de Zemfis habían colocado como mirador para turistas, Húmedo pensó que su tren debería atravesar aquellos montes al cabo de poco tiempo. Sobre el mapa no parecían tan terribles, pero de cerca y cara a cara imponían mucho. Escilla debió de sentirse muy orgullosa por octuplicado.

Sobre la vegetación que se aferraba a las abruptas faldas de los Pezones flotaba la neblina. El terreno parecía impracticable para un tren, pero los muchachos de la regla de cálculo de Simnel habían encontrado una manera factible de atravesarlo. Habían tendido vías y Húmedo sabía que habían apostado trolls hacía una semana para vigilarlas.

En ese preciso instante, oyó un grito del comandante Vimes:

—¡Mustachen, al suelo!

Húmedo se tiró al suelo mientras lo que fuera que había visto el comandante le pasaba volando por encima, y ya empezaba a levantarse cuando Vimes lo derribó otra vez para evitar una segunda pasada sibilante del proyectil, que por fin cayó cerca de sus pies.

—Y aquí lo tiene —dijo Vimes—. Estos cavadores son unos tipejos muy desagradables, pero saben lo que se hacen.

Húmedo, todavía a ras de suelo, dijo, como si importara:

—¿De verdad han sido ellos?

—Es lo más probable, pero hay otros incordios en estos montes. Debe saber que, allá donde hay turistas, también hay gente que busca sus dólares. ¡No lo toque!

Húmedo retiró la mano de golpe.

—Es un bumerán —explicó Vimes—. Se encuentran armas con forma parecida por todo el mundo. Si le das el efecto justo, tu oponente de pronto se lo encuentra en la nuca. He oído que en Cuatroequis hay un chaval capaz de lanzarlo con tanta precisión que le trae el periódico a casa.

Húmedo miró al comandante con expresión de incredulidad.

—Bueno, eso dicen, y ya sabe cómo son esos jóvenes de Cuatroequis, les encanta tirar con el arco largo —prosiguió Vimes mientras recogía el bumerán cautelosamente con un pañuelo. Lo olisqueó e hizo una mueca—. A lo mejor el pringue que los grags han untado aquí no le habría matado, con un poco de suerte, pero durante un día o dos habría deseado que sí. Tendré que hablar con Vetinari sobre este sitio. Tienen algo parecido a un gobierno, pero sus fuerzas del orden no valdrían ni para una guardería. No son corruptos exactamente, pero no están organizados como deberían. Madre mía, podría enviar aquí incluso a Nobby y, por comparación, la eficacia del trabajo policial se dispararía.

—No me dirá que las competencias de Vetinari llegan hasta aquí. Y usted también está muy lejos de su jurisdicción, ¿me equivoco?

Para asombro de Húmedo, Vimes se echó a reír.

—No puedo hablar por Vetinari, pero todos sabemos que tiene sus… métodos y sus recursos. Creo que tolera que exista este sitio solo para que no exista en Ankh-Morpork. En cuanto a mi jurisdicción, no me sorprendería que en este sitio hubiera gente con ganas de ver algo de ley en las calles. Si se diera ese caso, bueno, tal vez sería mi deber ayudar. Pero hoy no. —Dio una palmadita en el hombro a Húmedo—. Señor Mustachen, estoy seguro de que ha habido ocasiones en su vida en las que ha visto una oportunidad maravillosa de robar algo valioso y ha decidido no hacerlo por diversas razones. Pues bien, yo me siento como usted entonces. Este lugar es un agujero. A saber cuántas cosas espantosas estarán ocurriendo de puertas adentro. —Se encogió de hombros—. Pero no se pueden echar abajo todas las puertas del universo. Y tenemos asuntos más urgentes que resolver.

Húmedo aceptó aquella triste explicación y, tras una infructuosa búsqueda de su agresor, dieron la espalda a los Pezones para regresar a la estación. Cuando dejaban el mirador, oyeron un silbato de tren a lo lejos. A mucha distancia, subiendo a Zemfis por la línea principal que salía de las Llanuras, se acercaba una cinta de sol reflejado con una estela de humo.

Vimes miró a Húmedo y dijo:

—¿Y eso qué leches es? Hoy no ha de pasar ningún otro tren, ¿verdad?

—Bueno, Dick dijo que estaba sacando brillo a la Traviesa de Hierro para el gran acontecimiento, y antes de salir hablaba como si acabase de hacer una puesta a punto completa a su locomotora favorita. Tiene que ser ella.

En realidad, no había sido solo una puesta a punto. Cuando Húmedo había enseñado a Simnel la micromalla que había recibido como botín de la batalla contra los enanos en la cabecera de Quirm, el joven ingeniero había sonreído y le había dicho: «Sí, ya veo cuál es el secreto. Este metal es más resistente que el hierro, maleable, pesa la mitad y no se oxida. El mineral es raro, pero es la base de una aleación nueva que creé yo. La llamo sorortanio, que según el señor Rayo significa “hermana del hierro”. ¡Es más resistente incluso que el acero! ¡Las calderas que podría fabricar con él si me cayera en las manos el suficiente! Gracias. Esto es algo maravilloso y sé exactamente qué hacer con ello».

Mientras observaban cómo la asombrosa locomotora remontaba la pronunciada pendiente que llevaba a Zemfis, Húmedo reparó en que la máquina parecía ajena a la carga que llevaba detrás. La Voladora en la que habían llegado ellos había remontado la última cuesta abrupta antes de Zemfis resoplando y chirriando. Aquel nuevo tren ni siquiera parecía notar el desnivel. Vimes se dio una palmada en la frente.

—¿De verdad es la Traviesa de Hierro? La última vez que la vi era una diversión de patio de recreo para adultos. Si eso es la Traviesa de Hierro —dijo señalando a la resplandeciente aparición—, desde luego ha crecido.

—Sí que es la Traviesa de Hierro, sí —respondió Húmedo—. Dick no para de hacerle retoques, una vez y otra y otra, mejorándola siempre que se le presenta ocasión. Y al final, bueno, todavía es la Traviesa de Hierro. Siempre será la Traviesa de Hierro.

—Pero llama tanto la atención, con todo ese brillo… ¡La verán venir a kilómetros de distancia! ¡Adiós a cualquier oportunidad de partir con discreción, pues!

—Lo sé —dijo Húmedo—. Pero como de todos modos se la oiría venir a kilómetros de distancia, Dick dijo que no supondría ninguna diferencia. Todo el mundo sabrá que vamos.

Pero aquel caparazón plateado podía suponer una diferencia significativa en otros sentidos, pensó.

\* \* \*

—Con permiso, ah grag nun, hemos perdido la pista de dos agentes que viajaban en uno de los trenes —dijo el acólito—. Por desgracia, ya no estamos en contacto con ellos.

El comandante grag alzó la vista.

—¡Ajá! —exclamó—. ¿Dón[[71]](#footnote-71)de estaban la última vez que tuvimos noticias de ellos?

—En la línea regular de Sto Lat a Zemfis. Pero no se han comunicado desde Gran Col ni tampoco antes, cuando el tren atravesó Cranbury.

—¿Estás seguro?

El acólito dio un respingo.

—Bueno, milord, estamos a oscuras, pero creo que sí…

—En ese caso —dijo el grag—, haz saber que ya no nos interesan las demás rutas. Nuestro… paquete debía de viajar en ese tren a Zemfis. Y después de allí… ¡Esperan los Pezones, y ellos no hacen prisioneros! Amigo mío, vienen a nosotros. ¡Y las criaturas que viven en los Pezones serán nuestros aliados! Ahora todo pasa por el ferrocarril, y sabemos que es competencia de nuestros agentes hacer que dejen de girar esas condenadas ruedas. Id con cuidado con los puentes, de todas formas. El enemigo es partidario de esos horribles seres de piedra que tanto adoran defenderlos. Y sin duda también pueden sabotearse los túneles… Esa maldita tecnología contiene las semillas de la falibilidad.

—Sí, grag nun, sabemos que la locomotora tiene que hacer paradas frecuentes para repostar agua y carbón. Si la privamos de cualquiera de los dos, no queda locomotora, solo un pedazo de hierro. O sea que los depósitos de carbón y, sí, las grúas de agua… Habrá centinelas, por supuesto, pero tendrían que ser fáciles de derrotar, estando estacionarios.

El jefe grag retomó su estudio de las palabras de Tak según las anotó el grag Chafajamones.

—Comunícamelo cuando la misión esté cumplida.

\* \* \*

En la estación de Zemfis, la Traviesa de Hierro parecía incluso más espectacular vista de cerca. Dick Simnel, vestido con elegancia, sonreía orgulloso en la cabina mientras alardeaba de la resplandeciente máquina y todos sus indicadores y diales. Ver a Dick vestido con ropa sin manchas de grasa resultaba pasmoso, como ver a un león sin melena.

Junto a Jovial Culopequeño y otros miembros de la Guardia de la Ciudad a los que había convocado el comandante Vimes, Húmedo se sorprendió al ver la cara alegre y poco agraciada del agente Bluejohn, el troll más grande del cuerpo. Bluejohn, al que hasta Detritus describía como «un chicarrón», era de naturaleza amable y no haría daño ni a una mosca, por lo menos a propósito, aunque con toda probabilidad podría partir un león en dos con las manos desnudas en caso de necesidad. Pese a todo, verlo en el lugar de un altercado era una invitación a correr la maratón en sentido contrario antes que vérselas con el megalito. Vivía en una casa reforzada en algún lugar de Solazo, un pueblecillo imprudentemente pegado a las afueras de Ankh-Morpork. Decían que el ruido que hacía al partir hacia el trabajo era mejor que cualquier despertador.

Vimes cruzó el andén con paso marcial para dar la bienvenida a los recién llegados. Jovial parecía en efecto muy alegre, tanto como podía estarlo cualquier señuelo que hubiera salido vencedor de una batalla y más o menos ilesa, salvo por una pequeña cicatriz que había que aceptar porque, si no, nadie te creía.

Acabada la exhibición de la cabina, Simnel se dirigió a Húmedo.

—De acuerdo con nuestro horario, tendríamos que ponernos en marcha. —Tocó su silbato y gritó andén abajo—: ¡Pasajeros al tren!

No había manera de evitar la considerable atención que atrajo la comitiva del rey antes de embarcar en los vagones blindados que remolcaba la Traviesa de Hierro. La propia locomotora era espectacular, y sus pasajeros resultaban inusuales incluso para una ciudad como Zemfis. Estaban los enanos: el Bajo Rey y sus guardaespaldas, su secretario Aeron y Tímiedo Hijodetímiedo; había unas sombras sospechosamente negras que sugerían la presencia continuada de los secretarios oscuros; había varios especialistas de la Guardia; estaban los trasgos, que se encaramaban al furgón de cola que estaban enganchando a la parte trasera; y delante mismo del furgón iba una batea que transportaba al agente Bluejohn junto con el material y[[72]](#footnote-72) el equipaje demasiado voluminosos para el furgón de cola.

La Traviesa de Hierro ya estaba a todo vapor y el humo rodeaba a todos los presentes. Vimes acompañó a los ingenieros que rodeaban el tren para efectuar una comprobación final. Entonces llegó el alarido del silbato y el bailecito de sacudidas que hacía la Traviesa de Hierro antes de cobrar velocidad. Con gente mirando desde todas las ventanillas de los vagones, el expreso especial a Uberwald empezó a demostrar de lo que era capaz.

\* \* \*

La historia que contaban los lugareños sobre los Pezones de Escilla era que se formaron cuando una montaña enorme se quebró y dejó una traicionera red de cavernas rotas —algunas llenas de agua, que siempre rebosaba— rematadas por los ocho imponentes picos que parecían flotar en el aire cargado de humedad, rodeados de arcoíris. Después del incidente del bumerán en Zemfis, Húmedo no tenía muchas ganas de ver los Pezones de cerca, pero los agrimensores de Simnel se habían superado. La vía de ferrocarril trepaba sinuosa por las brechas entre los riscos, de modo que el tren alcanzaba alturas cada vez más majestuosas, muy por encima de la ciudad de Zemfis y el calor reverberante de la sierra baja.

A medio camino de la penumbra del paso entre los picos más altos, el tren salió de un gran túnel natural a otro calidoscopio de arcoíris, capaces de distraer la atención de cualquiera incluso si nadie le estuviera lanzando cosas a la cabeza.

Sin previo aviso, un peñasco cayó delante del tren y cruzó rodando las vías, para destrozarse en la trinchera del otro lado. Después se oyó otro golpe detrás. El tren dio una sacudida terrible, pero siguió adelante.

Húmedo miró hacia arriba y vio a unos enanos encaramados a las paredes rocosas que bordeaban el cañón, haciendo palanca para derribar rocas sobre el tren. Oyó al comandante Vimes maldiciendo y gritando órdenes de un vagón a otro, aunque quedaban ahogadas por la caída de unos peñascos cada vez más enormes que llovían sobre la locomotora, que avanzaba poco a poco como una ancianita tanteando el agua.

Esto es el fin, pensó Húmedo. Aunque las vías de delante siguieran intactas, ninguna locomotora normal podría soportar este bombardeo. Pero entonces cayó en la cuenta de que la Traviesa de Hierro, lenta y metódica, seguía progresando a pesar de los pedruscos que aporreaban el tren. Húmedo no pudo contenerse y gritó, para todo aquel que quisiera escucharle:

—¡Le rebotan! ¡Es el sorortanio, que aguanta el impacto y lo devuelve!

Entretanto, en la parte trasera del tren, el agente Bluejohn, sentado en su batea que se mecía suavemente, profirió una amenaza troll, estiró un brazo y levantó a un bellaco incauto que se había apostado demasiado cerca de la vía. Cuando Detritus se le unió, los agresores pronto descubrieron que lanzar piedras contra los trolls era un ejercicio inútil. Los muchachos, que estaban literalmente en su elemento, se limitaban a cogerlas y lanzárselas de vuelta con intereses.

Mirando por una ventanilla rota, Húmedo vio que un pequeño enjambre de trasgos bajaba del tren y al principio pensó: ¡ja! Muy típico de esos cabroncetes salir corriendo. Pero enseguida tuvo que corregirse mentalmente: eso eran prejuicios de cuento de hadas y, con la mirada más limpia y un poco de comprensión, cayó en que los trasgos estaban escalando hasta los cavadores para meterles una paliza a base de sumergirse entre sus múltiples capas de ropa enana. Los agresores descubrieron enseguida que combatir mientras tenías a un trasgo atareado dentro de la ropa interior era muy malo para la concentración.

Del Crepúsculo la Oscuridad apareció de repente junto al codo de Húmedo. Llevaba un casco que le venía enorme y le giraba sobre la cabeza. Metió un brazo debajo del nido grasiento al que llamaba chaqueta e hizo una pose.

—Son excelentes, ¿eh? Siempre van a por las gónadas.

Sonaban gritos, en ocasiones agudos, a medida que los cavadores perdían el equilibrio y caían bien bajo el tren, bien al agua, todavía enzarzados en la pelea contra los veloces trasgos.

Cuando la Traviesa de Hierro acometió la siguiente curva sin prisa pero sin pausa, ella y su ténder de carbón quedaron a la vista de Húmedo, quien se horrorizó al ver que un par de los cavadores habían logrado subirse a la carbonera. Los mantenía a raya un fogonero tiznado de negro que protegía con valor el acceso a la cabina blandiendo su pala con mortífera efectividad. Entre el caos de cuerpos en liza, Húmedo entrevió cómo el fogonero despachaba a uno de los cavadores y lo apeaba del tren de una patada. Un golpe brutal de pala dio buena cuenta del otro enano, y el fogonero se perdió de vista. Su pura eficacia había sido vagamente inquietante. Tal vez fuera el legendario fogonero Blake, pensó Húmedo, y luego volvió a meter la cabeza en su vagón porque caía otro peñasco.

Por fin cesó el bombardeo y Húmedo avanzó por dentro del tren. Encontró al Bajo Rey en uno de los vagones blindados con Hijodetímiedo y el resto de su séquito. Tenía la barba manchada de sangre.

—El enemigo está huyendo o muerto —dijo el rey—. Subiremos a bordo a los heridos, los encerraremos bajo llave y sin duda el buen comandante conseguirá que le hablen como si fueran amigos de toda la vida. Tiene un don para esa clase de cosas.

\* \* \*

Al cabo de poco, Húmedo entró en el furgón de cola, donde el comandante Vimes sostenía pequeñas charlas con los grags y sus compañeros de viaje. Hablaba con su voz más grave y comprensiva.

—Entiendo tu postura. Es una pena, sobre todo porque lo más probable es que quienes lo empezaron todo puedan huir hacia la oscuridad. —Una vez más, Húmedo estaba impresionado. La voz del curtido comandante era pura miel—. Por supuesto, como amigo, podrías darme ciertos nombres. Me gusta coleccionar nombres, son música para mis oídos.

Y Húmedo pensó: ya tienen la miel, ahora llega el aguijón.

Alegremente, Vimes fue apuntando nombres como un futuro padre primerizo, mientras en varios rincones del vagón sus agentes vendaban, aseaban y alimentaban a la gente.

Y así, baqueteada pero triunfante, la Traviesa de Hierro sopló su silbato y ganó velocidad poco a poco sobre las vías que salían de los Pezones en dirección a Uberwald, con trasgos por todas partes que desabollaban planchas, ordenaban, lubricaban, doblaban, limpiaban y casi la reconstruían sobre la marcha, o poco menos. Húmedo observó que la Traviesa de Hierro en ningún momento los convirtió en neblinas rosadas mediante sus chorros de vapor vivo. La reina de la locomoción valoraba a sus cortesanos.

\* \* \*

Húmedo había perdido toda cuenta del tiempo tras las emociones de la emboscada, pero lo que debía de ser la hora de la merienda se vio interrumpido por el chirrido de los frenos, seguido por una sacudida que hizo que la loza acabase esparcida por todo el suelo: el maquinista había cargado el peso en la palanca del freno de emergencia, que hacía poco más que enfrentar dos metales estridentes. Pero entonces el tren paró en seco, volcando lo poco que quedaba derecho, y entonces se oyó la voz de Bluejohn desde la cola del convoy:

—Me ha parecido que había que tirar. Perdón si me he equivocado.

Húmedo corrió hacia la batea del troll.

—Parece que has parado el tren tú solo —dijo, y esperó. Había que esperar mucho cuando se hablaba con Bluejohn.

Cuando por fin el troll hubo ensamblado las palabras a su entera satisfacción, respondió:

—Ah, perdón, señor Mustachen, si he roto algo me lo descuenta del salario, si quiere.

—No será necesario —aseguró Húmedo. Asomó el cuerpo para echar un vistazo al tramo de vía por delante del tren. Simnel se había apeado de la cabina para investigar.

—¡Son un montón de niños! —gritó hacia el tren.

Húmedo bajó de un salto a la vía y corrió hacia Simnel.

—Déjamelo a mí, Dick, de esto me ocupo yo —dijo al llegar a la locomotora.

A la luz menguante pudo distinguir a varios niños un poco por delante en la vía, que al parecer habían parado el tren agitando sus delantales. La más mayor era una niña que iba bien vestida y estaba al borde de las lágrimas.

—Ha habido un desprendimiento, señor —dijo.

—¿Dónde?

—Doblando la curva siguiente, señor —respondió la niña con voz ahogada.

Y en efecto, cuando Húmedo avanzó dando zancadas por la vía y escudriñó la penumbra de más adelante, vio un montículo de viejos maderos y piedras, rodeado de otros restos. Entonces captó la realidad de la situación. Adoptó una concienzuda expresión enfurecida y preguntó:

—¿Cómo te llamas, jovencita?

—Edith, señor —respondió ella con un puchero, pero poco creíble, por lo que Húmedo dedujo que no estaba acostumbrada a una vida al margen de la ley. Le indicó por señas que se acercase.

—Edith, perdona que sospeche, pero mi instinto me dice que vuestra encantadora estratagema estaba pensada para que vosotros, valerosos jovenzuelos, pudierais salvar el tren de descarrilar y quedar como unos héroes, ¿me equivoco?

La chica y sus amiguetes, más pequeños, parecían desolados, pero el bribón que Húmedo llevaba dentro le instó a decir:

—Bueno, es una idea ingeniosa, pero como lord Vetinari se entere de esto os las veréis con los mininos.

Y la chica sonrió y dijo:

—Anda, qué bien. Me gustan los gatitos.

—Ya lo suponía, pero no creo que fuese a gustarte Cedric, que va incluido con ellos… Veamos, admiro la iniciativa de vuestra pequeña treta, pero alguien podría haber salido herido. —Alzó la voz—. ¿Os imagináis un accidente de tren? El chirrido de los raíles, los gritos de los pasajeros y la explosión que lo arrasa todo a su alrededor cuando estalla la caldera. Y tú, jovencita, tú y tus amiguitos habríais sido los responsables. Habríais matado a un tren lleno de gente.

Tuvo que dejarlo en ese punto porque la chica tenía la cara descompuesta. Además, si su instinto no le engañaba esta vez no lloriqueaba por hacer cuento, sino que estaba traumatizada, con la cara blanca.

Húmedo bajó la voz y dijo:

—Sí, ahora lo has visto en tu cabeza y, probablemente, cuando vuelvas a pensar en ello, recordarás que estuviste en un tris de matar a mucha gente.

—Lo siento mucho, de verdad, no volverá a pasar —prometió Edith con un hilo de voz.

—En realidad —replicó Húmedo—, no ha llegado a pasar. Aun así, me gustaría que te ocupases de que no pase nunca por aquí ni en ninguna otra parte. ¿Me he explicado?

Mojada y asustada, Edith logró articular un débil:

—Sí, señor.

Húmedo reconoció el arrepentimiento genuino, la miró a la cara esperanzada y le dijo:

—Explicaré la situación al maquinista, pero yo de ti cogería un lápiz y convertiría cualquier idea inteligente como esta que tengas en un libro o dos. Los folletines de miedo ahora arrasan en las librerías del ferrocarril. Tengo entendido que dan dinero, y así de paso no conocerás a Cedric. Ah, sí, también tenéis que dejar de hacer señas con los delantales. A oscuras podría dar una impresión muy equivocada. Y ahora, ¿dónde vivís, jovencita? No he visto ninguna población por los alrededores, es todo bosque.

Edith hizo una reverencia. De verdad llegó a doblar las rodillas. Aún con los ojos rojos, dijo:

—Vivimos en las casas del ferrocarril, allí al lado de la aguada y el depósito de carbón.

—¿Y tu padre estará en casa?

La chica palideció de nuevo, pero hizo de tripas corazón y respondió:

—Sí, señor, ya que lo pregunta.

—En ese caso, mientras los caballeros del tren arreglan el problema, me gustaría hablar con él, por favor.

Y Edith lo acompañó con paso inseguro hasta, en efecto, las casas del ferrocarril, donde presentó a Húmedo a un hombre corpulento pero de aspecto jovial que devoraba pan con queso sentado a una mesa y tenía media pinta de cerveza en la otra mano.

—Este es mi padre.

El hombre soltó una gran cuña de queso y dijo:

—No puedo darle la mano, señor, me he puesto perdido de queso, menos en los sitios donde estoy perdido de grasa. Me llamo Nesmith.

—Bueno, señor Nesmith, quizá sus hijos puedan salir a jugar mientras charlamos usted y yo.

Cuando Edith y los demás pusieron pies en polvorosa a la velocidad del sonido, Húmedo dijo:

—Habrá oído el chirrido.

—Ya lo creo, señor, y hemos mandado a Jake y Humphrey para investigar qué pasaba, porque yo acababa de llegar a casa después de un turno largo.

—Bueno, señor Nesmith, le felicito por sus hijos, tan limpios y bien hablados, pero lamento decirle que han estado muy cerca de, por lo menos, inutilizar el nuevo expreso de Uberwald.

La cara de Nesmith adoptó un tono ceniciento cuando contempló un futuro sin trabajo ni pensión y, muy probablemente, con antecedentes penales. Brotaron de sus ojos unas lágrimas grasientas.

—¿Algún herido, señor? Si hay algún herido, les voy a dar una buena tunda.

—Algo de loza rota, y habrá que trabajar para despejar las vías antes de que podamos seguir adelante.

La gran cara redonda era la viva imagen de la angustia.

—En eso puedo ayudarles, señor, puedo ayudar, pero les voy a dar una buena tunda, ya lo creo que sí.

—No, no se la dará, señor Nesmith, y yo me encargaré de que lo pague si lo hace, créame. Mire, podrían haber provocado un accidente espantoso, pero lo importante es que no lo han hecho. Querían parecer valientes, por lo que he entendido, y no se puede culpar a unos críos por eso. Pero ojo, el ferrocarril no es un patio de recreo. ¿Me ha entendido, señor Nesmith? Y ahora, yo de usted sacaría la palanca, hubiera acabado mi turno o no, y ayudaría a despejar la vía. Ah, sí, y cuide a su hija mayor como un tesoro: puede que algún día dé gracias por su imaginación.

\* \* \*

Ohulan Cutash les daba la bienvenida desde el horizonte. Húmedo tenía entendido que era un lugar agradable, un pueblo con mercado para los granjeros y leñadores de la región. También había cierta actividad minera, con enanos y humanos trabajando juntos con bastante frecuencia la misma mina e incluso las mismas vetas, de un tiempo a esa parte. El pueblo era lo bastante grande para tener alcalde y lo bastante sensato para tener una taberna muy buena llamada el Artista Violinista. Y al parecer era un lugar al que no había llegado aún la crispación imperante.

Lo que Húmedo no esperaba encontrar, cuando llegaron al andén apenas superada la medianoche, era la banda de música, las banderolas, el baile Morris y la feria que, al parecer, se habían organizado para dar la bienvenida al primer tren de verdad que llegaba a la estación recién construida, diversión que había empezado horas antes.

Y tan pronto como la Traviesa de Hierro se detuvo con un último bufido, el señor Habilidor, propietario del Artista Violinista, que resultó ser también el alcalde del pueblo, se arrancó en un discurso con el que puso el pueblecito a entera disposición de todos los pasajeros del tren. Aunque claro, para su alcalde no era un pueblecito ni por asomo. Ansiaba convertirlo en Ankh-Morpork. Una pequeña parte del cerebro de Húmedo apostó consigo mismo a que en muy poco tiempo iban a pronunciarse las palabras «en el mapa».

Y en efecto, mientras Húmedo bajaba del tren atento a la separación con el andén, el alcalde, grande y rubicundo como buen burgomaestre, dijo:

—Esto situará a Ohulan Cutash en el mapa, sin duda. Ya hemos empezado las obras de una taberna mucho más grande, con instalaciones. —Miró a Húmedo con aire solemne—. Hoy en día hay que tener instalaciones, ya sabe usted. En su momento ya pagamos para tener nuestra propia torre de clacs. Aquí somos muy modernos, eso está claro.

Húmedo echó un vistazo a la adoquinada plaza del pueblo, que estaba a poca distancia de la estación. Habría sido mejor si no fuera noche cerrada, pero el alcalde no se dejó amilanar por tales minucias y, rebosante de alegría, señaló a los pasajeros, que iban apiñándose, la ubicación de las maravillas que podrían ver cuando fuese de día.

A Húmedo casi le partió el corazón decirle:

—Me temo que tenemos que partir muy pronto. Los horarios, ya sabe.

Y en efecto, ya veía bombear a la grúa de agua y oía el golpeteo del carbón que se cargaba en la locomotora, pero nada podía detener al alcalde y su galopante hospitalidad.

—Pero si hasta hemos organizado un banquete consistorial.

—Esto… ¿Me disculpa un momento, señor alcalde?

Húmedo habló en privado con Simnel sobre los preparativos para el siguiente tramo del recorrido y luego con Vimes, que asintió y dijo en voz baja:

—Sensato. No me importaría comer de un plato que no temblase. No tiene nada de malo alentar un poco el orgullo cívico. El alcalde es un tipo decente y tienen una especie de Guardia. Dos agentes, lo que no está nada mal dadas las circunstancias, y lo sé porque los adiestré yo.

Húmedo volvió con el comité de bienvenida, rodeó con el brazo al efervescente alcalde de rostro colorado y dijo:

—Bueno, señor, estoy seguro de que podemos encontrar tiempo para un modesto banquete antes de que las implacables presiones del horario nos obliguen a seguir camino.

Dejaron a Simnel en la estación con los demás ingenieros para esperar la llegada de la Voladora de refuerzo, que había partido de Zemfis unas horas después que la Traviesa de Hierro. El rey y Aeron se hicieron fuertes en el tren, protegidos en el vagón blindado y ocupados con el papeleo y los planes para su llegada a Uberwald. El resto del grupo cruzó la plaza siguiendo al alcalde, que los llevó hasta su posada.

El pueblo no había escatimado esfuerzos. Había algo en la convicción del alcalde de que el mundo giraba alrededor de su municipio, o lo haría si alguna vez llegase hasta allí, que había calado en la mentalidad de sus contribuyentes. Los lugareños se pusieron manos a la obra para calentar los platos maravillosos que esperaban haber servido varias horas antes. Y se mostraron muy comprensivos, sobre todo después de que Húmedo describiera su combate en la travesía de los Pezones. De acuerdo, había añadido un poco de lustre al episodio, pero ¿para qué estaba el lustre si no? Y el relato caló en las conciencias, incluso en las de aquellos que habían viajado, y en un momento dado Del Crepúsculo la Oscuridad incluso se levantó e hizo una reverencia. Y Húmedo no pudo contenerse, señaló al trasgo y dijo:

—Del Crepúsculo la Oscuridad y sus aguerridos compañeros lucharon codo con codo con el comandante Vimes, demostrando gran valor.

Y entonces Húmedo miró de reojo al comandante, que dio una calada a su puro y añadió:

—Unos guerreros excelentes, del primer al último trasgo.

—No, si a nosotros nos gustan los trasgos —aseveró el alcalde—. Llevan nuestra torre de clacs. Además, desde que se instalaron aquí, la plaga de caracoles de mi sembrado de bulbosas porrineras ha desaparecido por completo.

Y hubo otro brindis por los clacs y de paso por los trasgos. Para cuando volvieron todos en procesión a la Traviesa de Hierro, las vírgenes del pueblo la habían cubierto de pétalos. La Voladora había llegado y había partido hacía un tiempo, con su dotación de ingenieros reforzada por Jovial Culopequeño —que de nuevo asumía el papel de señuelo— y otros combatientes capaces. En esos mom[[73]](#footnote-73)entos se dirigía hacia Slake, para actuar de avanzadilla de la Traviesa de Hierro y confundir al enemigo.

Cuando la Traviesa de Hierro partió de Ohulan Cutash, la mayoría de sus pasajeros se prepararon para dormir. Húmedo había cedido el compartimento dormitorio que le habían asignado a dos de los heridos en la batalla y se disponía a dormir en el furgón de cola, que era bastante cómodo si se estaba hecho polvo y Detritus no roncaba. Durante toda su vida, Húmedo se las había apañado para dormir en casi cualquier circunstancia, y además el furgón de cola era en cierto sentido el núcleo del tren. Y aunque no sabía muy bien cómo, siempre dormía con media oreja abierta. Se puso cómodo para disfrutar de los sonidos familiares del viaje y del bamboleo que lo acunó hasta que, en algún momento, fue catapultado de vuelta al mundo real por el chirrido de las ruedas de la locomotora, que una vez más estaba en apuros, y el chillido de los frenos atormentados.

Fuera seguía reinando la oscuridad. Húmedo cruzó la batea con paso soñoliento mientras se oían puertas abiertas y carreras en el vagón de delante, y llegó al compartimento blindado del rey. Estaba vacío.

Encontró al centinela enano, que le dijo:

—El rey ha ido a la locomotora. —El enano parecía avergonzado—. He intentado convencerle de que me dejase acompañarle, pero ¿qué se le va a hacer? Es el rey.

—No se preocupe, mantenga su puesto —replicó Húmedo—. Yo iré a ver qué pasa.

Había un protocolo para aquello, lo sabía, pero ¿dónde narices estaría el rey en realidad? Era lo malo de la realeza. Por decentes y comprensivos que fueran, también tenían por costumbre opinar que cosas como las medidas de seguridad eran para los demás.

Tras una búsqueda frenética, Húmedo acabó por bajar a la vía y correr hasta la máquina, donde encontró al rey hablando con Dick Simnel en la cabina, bajo una lluvia de carbonilla.

Al frente, se divisaban unas pálidas llamas sobre la vía, que Simnel observaba con expresión grave.

—Es una suerte que el rey estuviera aquí, porque la Voladora de señuelo ha descarrilado delante de nosotros y lo mismo nos habría pasado de no ser por él. ¡Ve en la oscuridad!

—Ah, comandante Vimes —dijo el rey a Vimes, que había llegado a toda velocidad—. Si algún humano puede saber algo sobre ojos acostumbrados a la oscuridad, ese es usted. Tenemos por delante una recta larga y Dick no había visto el accidente, pero yo sí, justo a tiempo. Ahí enfrente puede haber gente herida.

Y el rey arrancó a correr hacia las llamas, adoptando la tradicional estrategia enana de cargar contra el enemigo con todo el armamento que se pudiera blandir. Pero Vimes lo alcanzó y se tiró rodando al suelo con él, en el preciso instante en que una explosión sacudía los árboles y retumbaba en las montañas. La caldera de la Voladora había explotado. Delante de ellos solo quedaba una niebla cálida y algún que otro tintineo de metal destrozado.

Vimes puso derecho al rey y dijo:

—Mis disculpas por la lesa majestad, aunque debéis saber que los Vimes hemos llegado mucho más lejos que esto en el pasado. Tendríais que haber prestado atención. La tripulación de la Voladora señuelo tenía instrucciones de salir por patas si los atacaban, pero no antes de asegurarse de que dejaban bien apretado el tapón de emergencia de la caldera.

—Ah, sí, delegado de clase, con qué facilidad volvemos a ser nosotros mismos en las emergencias. Lamento haberle causado problemas adicionales.

—A ver si aprenden, los muy cabrones —comentó Dick jadeando después de correr hasta ellos—. La próxima vez se lo pensarán dos veces antes de tocar una de mis locomotoras.

La tripulación de la Voladora se encontraba en un cauce bajo al que se habían lanzado para protegerse. Antaño había sido hogar de ranas y por desgracia lo seguía siendo, y varios de los guardaespaldas del equipo se levantaron del pequeño pantano sin más vestimenta que unos harapos y mucho fango, parte del cual brincaba, pero Jovial Culopequeño rebosaba toda la jovialidad que sugería su nombre.

No parecía que hubiese grags, pero mientras Húmedo oteaba los alrededores, cayó de un árbol un brazo que todavía sujetaba un hacha con el puño cerrado. Y repartidos por allí, si se miraba con atención, cosa que francamente nadie quería hacer pero todo el mundo hacía de todas formas, había varios indicios de que grags, cavadores y muchos otros miembros del oscuro submundo habían fallecido en aquel lugar, donde descansaban en paz y, gracias a la explosión de la caldera, en pedazos.

Detritus apareció de entre la penumbra y dijo:

—Quedaban uno o dos por allí. Ya no. —Tiró un peto metálico al suelo con gran estruendo.

—¿Estáis bien, muchachos? —preguntó Simnel a los ingenieros—. Qué lástima lo de la Voladora. Duele matar a una locomotora, y además significa que ya no tenemos avanzadilla ni máquina de repuesto. Tenemos que despejar la vía enseguida, y ya recogeremos la chatarra en el camino de vuelta para usarla en una Voladora nueva. Al fin y al cabo, ya somos unos hachas construyendo estos trastos. Eso sí, cualquier trozo de micromalla que encontréis, como este de aquí… —Señaló el brazo que sostenía el hacha—. Eso me lo llevaré ahora, que quede claro; ojo por ojo. Será otro trofeo para la Traviesa de Hierro.

\* \* \*

A la luz gris del amanecer, los trolls despejaron la vía en un visto y no visto. Mientras los observaba, Húmedo de repente vio a unas criaturas que se movían entre las sombras, y entonces oyó una vocecilla triste en las proximidades de su pie.

—¡Por favor, por favor, no nos hagan daño! Vivimos aquí, somos gnomos, somos zapateros, a eso nos dedicamos en estos bosques. Hacemos carbón y otros productos para la venta, madera tallada, unos muebles fantásticos, e intentamos no molestar a nadie, pero los enanos están en pie de guerra y pensamos que vuelven los malos tiempos y tenemos miedo. —Se oyó un suspiro y luego la voz prosiguió—: Ya sabrán que la gente pequeña es la última en la que se piensa cuando las grandes tribus van a la guerra. Me llamo Topetón y hablo por todos los demás, que están escondidos en estos montes porque sabemos escondernos. Es una habilidad que hemos perfeccionado con los años. ¿Podemos serles de ayuda?

—¡Gnomos! —exclamó el rey al costado de Húmedo—. Hace una eternidad que no sé nada de ellos. Hace tiempo los había a montones.

Y Húmedo pensó: sí, estas son las personas insignificantes a las que se pisotea y se deja atrás, como los trasgos. Si tuvieran un paladín caradura como Del Crepúsculo la Oscuridad, o Lágrimas del Champiñón y su espléndida arpa, se convertirían en gnomos conocidos. Pero la cara de Topetón le sugería que los gnomos habían pasado por el exprimidor y habían salido triturados, tanto que les había parecido suficiente desaparecer del mapa y, de algún modo, estaban cayendo poco a poco en una especie de triste olvido.

Se dio cuenta de que el rey miraba fijamente al portavoz gnomo.

—Sabía que andaríais por aquí, en el bosque —dijo Rhys—. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Podríais dejarnos en paz, majestad. Vuestra ausencia, eso es lo que nos hace falta a todos. Que nos dejen en paz. En paz para vivir nuestra vida y, en verdad —añadió el gnomo con tono más vehemente—, para tener la posibilidad de vivir y punto.

El rey retrocedió por la vía y puso una mano sobre la Traviesa de Hierro, que todavía petardeaba y soplaba vapor. Entonces, a modo de juramento, que quizá fuese lo que estaba haciendo, dijo:

—He oído historias sobre vosotros desde la infancia y a partir de ahora, colega, podéis vivir como os plazca en estos bosques y nadie defenderá antes que yo vuestro derecho a hacerlo. —Miró al resto del grupo que lo rodeaba—. Debemos seguir adelante. Todavía quedan muchos kilómetros entre nosotros y Uberwald.

Dick, que acababa de sostener una urgente conversación con Wally junto a la cisterna, hizo una mueca.

—Lo siento, majestad, pero tenemos un problema. Aquí había un depósito con agua y carbón, pero está destrozado y los grags se han cargado la grúa y han vaciado la aguada. Todavía tenemos carbón, pero apenas nos queda agua para llegar al siguiente depósito. La máquina no puede funcionar sin agua. Necesitamos rellenar el tanque. —Hizo una pausa—. Ahora que lo pienso, ¿dónde están los ferroviarios? Si no entendí mal los horarios, tendríamos que haber encontrado gente esperándonos, ya preparada.

Topetón carraspeó.

—Oímos ruidos… Gente que peleaba…

Húmedo miró a Vimes con cara de circunstancias, y el comandante dijo:

—¿Detritus? ¿Crees que podrías encontrarlos?

El guardia hizo un saludo con un golpe sordo.

—Bluejohn y yo iremos a buscar. Somos buenos encontrando humanos. Es una cosa de trolls. Los encontraremos. Vivos o muertos.

Los dos trolls se adentraron en la maleza y Húmedo no pudo dejar de pensar que con ellos partía una gran cantidad de potencia de fuego. El comandante estaba muy serio.

El pequeño gnomo que estaba junto a sus pies le tiró de la pernera para llamar su atención.

—Nosotros podemos ayudar con lo del agua —propuso—. Hay un buen manantial detrás del promontorio y nosotros somos centenares, no está muy lejos y fabricamos unos cubos estupendos, o sea que calculo que podríamos llenar vuestros depósitos en cuestión de una hora o así.

Y eso hicieron.

Topetón se sacó un silbato de la chaqueta, pitó y aparecieron alrededor de cien réplicas del pequeño gnomo. No se acercaron caminando, no cayeron del cielo ni brotaron del suelo. Aparecieron sin más, cada uno cargado con dos cubos. Era evidente que, por menudos que fuesen, los gnomos eran resistentes. Simnel observó cómo corrían hasta el ténder y de vuelta al manantial, prestando mucha atención a sus botas, que eran gigantescas.

—Oiga un momento, señor gnomo, ¿esas botas las fabrican ustedes? —preguntó el ingeniero—. No lo digo por nacer el chiste, pero son las botas más grandes que he visto nunca en una gente tan pequeña. Y ya sabe, con tanto caminar por las vías, tantas ascuas y demás, no ganamos para botas. Vamos, mire estas. Y las llevamos haga el tiempo que haga. Ha dicho que eran zapateros. ¿Saben trabajar el metal? Porque si saben, lo que de verdad necesitamos son gente que pueda fabricar botas fuertes para trabajadores del ferrocarril. No sabe la alegría que me llevaría si pudieran. Las botas de los muchachos de la vía imperecedera tienen que ser botas imperecederas.

Topetón sonrió, encantado.

—Si alguien nos mandase las especificaciones lo antes posible, enviaríamos una muestra. Y que sepa, señor ingeniero, que no somos gente pequeña. Por dentro somos grandes.

Lo interrumpió Detritus, que atravesó la maleza como una criatura salida del amanecer de los tiempos, seguido por Bluejohn en su papel de arma pesada. Este último dejó con cuidado en el suelo dos cadáveres y una aguada maltrecha.

Rhys Hijoderhys soltó una palabrota al ver los cadáveres y el joven Simnel lloró, pero ya estaba entrada la mañana y el tiempo corría. Después de una deliberación rápida con el comandante Vimes y el Bajo Rey, se tomó la decisión de partir. Mientras todos los pasajeros regresaban al tren, Húmedo y Simnel se despidieron de los gnomos.

—Por favor, cuiden de este sitio y den a estos caballeros un entierro decente, con lápida —dijo Simnel con los ojos rojos—. Y si es posible, ¿podrán hacer algo con la aguada?

Topetón volvió a sonreír.

—Solo es metal. ¿No he mencionado que también somos caldereros? Se la podemos arreglar; claro que sí.

—Vale —dijo Húmedo—, desde ahora usted y los suyos trabajan para el ferrocarril, y eso significa que trabajan para Harry Rey, y a sir Harry no le gusta que a sus empleados les pase nada malo, no le gusta nada de nada. En el futuro verán pasar muchos trenes y me parece que descubrirán que sus vidas se vuelven bastante más ajetreadas. Enviaré un clac a sir Harry para hablar de remuneración.

—¿Qué es remuneración? —preguntó el pequeño calderero.

—Ya lo descubrirán —dijo Húmedo.

Mientras la Traviesa de Hierro partía hacia Slake, los gnomos se colocaron en fila y se despidieron agitando sus diminutos pañuelos hasta mucho después de que el tren se perdiera de vista.

\* \* \*

Mientras pescaba carpas en el lago Rebasado aquella tarde, Geoffrey Añil se llevó una leve sorpresa cuando el agua del lago desapareció sin más con un burbujeo y dejó peces boqueando, ranas pasmadas y una ninfa bastante atractiva, que estaba muy enfadada y le escupió como si fuera culpa suya. Pero el hombre que había escrito la célebre guía Salir con mis moscas llueve o truene mantuvo la calma y tomó nota de que debía mencionar ese fenómeno en la siguiente reunión de la Sociedad de Pesca de Rebasado.

Mientras limpiaba sus aparejos a conciencia y recogía en general, oyó un ruido líquido y se sorprendió por segunda vez al ver que el agujero en el paisaje empezaba a rellenarse de agua. Observó asombrado cómo la ninfa volvía a escupirle, lo que le hizo sentir un tanto agraviado. Y de camino a casa, chapoteando un poco, se preguntó si alguien le creería.

Cuando contó a su esposa el día extraño que había tenido, ella resopló.

—¡Geoffrey, esto te pasa por llevar la petaca de coñac!

—No la he cogido —protestó él—. ¡Sigue en el aparador, donde siempre!

—Entonces no se lo cuentes a nadie —concluyó su esposa—. La gente te tomaría por raro, y eso no nos conviene.

Geoffrey, la persona menos rara del mundo, con la posible excepción de cuando se ponía a hablar de peces, decidió no decir nada. A fin de cuentas, no quería convertirse en un hazmerreír…

\* \* \*

A Húmedo empezaban a preocuparle Dick Simnel y su pandilla de ingenieros con demasiado trabajo. Lo poco que dormían era en sacos de dormir o aovillados en los asientos de los vagones, y comían de cualquier manera, haciendo caso solo al reloj y a su deseo de mantener el tren en marcha. Si alguien coincidía con ellos fuera de la cabina, su conversación versaba sobre engranajes, ruedas y sincronizaciones, pero Húmedo veía claro que estaban reventados después de tantos días viviendo en la cabina y superando los diversos berrinches de sus locomotoras. Por lo tanto, decidió hablar con el señor Simnel.

—Digo yo que podemos permitirnos aflojar un poco el ritmo y dejar que tú y tus muchachos deis una cabezadita. Si no me equivoco, vamos bien de horario.

Y en los ojos de Dick detectó no locura sino algo más sutil, algo que sin duda no tenía nombre. Parecía una especie de codicia de cualquier novedad y, por encima de todo, de demostrar que algo podía refinarse hasta la perfección y mantenerse allí. Entre los trasgos era un mal endémico, aunque a ellos no parecía hacerles mucho daño. Los humanos, al parecer, eran harina de otro costal.

—Va a morir gente si la presionamos más —dijo a Dick—. ¡Vosotros preferís trabajar que dormir! Te lo juro, a veces pareces tan mecánico como la Traviesa de Hierro, y eso no está bien, tienes que… relajarte, tumbarte a descansar antes de que esto te tumbe y te deje tumbado para siempre.

Para asombro de Húmedo, Dick de pronto sacó las garras como un león. Casi se oía el gruñido.

—¿Y quién es usted para opinar, don Húmedo? ¿Qué ha fabricado o construido, qué le ha quitado el sueño a usted? Veo que no tiene ninguna uña rota y sabe hablar con un pico de oro, pero ¿qué ha hecho usted? ¿Qué es usted?

—¿Yo, Dick? Bueno, ahora que lo pienso soy el lubricante que gira las ruedas, cambia las mentes y mueve el mundo adelante. O podrías decir que soy una especie de cocinero, aunque el tipo de comida es muy particular. Es algo parecido a la regla de cálculo; se mueven las cosas en el momento adecuado y se obtiene la respuesta que se necesita. En pocas palabras, Dick, yo hago que pasen las cosas, y eso incluye tu ferrocarril.

El joven vaciló ante la réplica de Húmedo, que adoptó un tono más amable.

—Y ahora veo que parte de mi trabajo consiste en decirte que necesitáis un descanso. Se te está acabando el vapor, Dick. Mira, ya estamos más cerca de Uberwald, y de día y fuera de las montañas es cuando menos riesgo corremos funcionando con una tripulación mínima. Todos necesitaremos estar despejados cuando nos acerquemos al paso. No me digas que no puedes descansar un poco.

Simnel parpadeó como si no hubiera visto a Húmedo la primera vez y dijo:

—Sí, tiene razón.

Y Húmedo captó que el joven empezaba a arrastrar las palabras y lo agarró antes de que cayera al suelo. Lo arrastró hasta un compartimento dormitorio, lo metió en la cama y cayó en la cuenta de que el ingeniero, más que caer en el sueño, había fluido a él. Al terminar, fue hasta el furgón de cola y encontró a Vimes bebiendo café y repasando con atención el papeleo relativo a los cavadores capturados, que a la hora de la verdad habían cantado como canarios.

—Comandante Vimes, ¿puede ayudarme un momento?

—¿Algún problema, señor Mustachen?

—Los muchachos trabajan sin parar y parece que piensan que un hombre de verdad nunca duerme.

—Yo tengo que enseñárselo a los policías jóvenes. Una noche de descanso es un tesoro, les digo siempre. Echad una cabezadita siempre que podáis.

—Muy bien —dijo Húmedo—. Pues mire a estos de aquí. Siguen trabajando con sus reglas de cálculo y quemándose las pestañas porque han pasado demasiado tiempo intentando colársela al universo.

—Eso parece —corroboró Vimes mientras se levantaba.

Juntos recorrieron el tren obligando a los ingenieros a, por lo menos, echarse en sus literas si no querían incurrir en las iras de sir Harry Rey. En unos pocos casos, Húmedo sugirió que Del Crepúsculo la Oscuridad les administrara una dosis de sus inofensivas pocioncillas. No a todos, por supuesto, no fuera que surgiese una emergencia. Nunca se sabía cuándo haría falta un ingeniero.

\* \* \*

En su celda, Albrecht Hijodealbrecht había tenido tiempo de sobras para sopesar las tácticas de Ardiente, que no era más que un chiquillo pero ya se había revelado como un oportunista manipulador que buscaba medrar a cualquier precio y por cualquier medio que le pareciese necesario. Se colaba como un gusano en todos los asuntos, y la palabra más[[74]](#footnote-74) importante de esa frase a ojos de Albrecht era «gusano».

Ser prisionero de Ardiente era una indignidad. La comida era buena y la bebida también, aunque Albrecht habría preferido una cerveza algo menos floja. También le permitían tener varios de sus libros, siempre que Ardiente no los considerase «poco enanos», una expresión que decía mucho sobre la arrogancia de aquel advenedizo que aún iba en sus pañales de malla y sin duda ardía en deseos de echar la zarpa a todo Schmaltzberg, incluidas sus «poco enanas» minas de grasa.

Y en su pequeño calabozo Hijodealbrecht tenía que soportar las interesadas disquisiciones filosóficas de Ardiente sobre el cometido del Bajo Rey. ¡Qué insolencia! Darle lecciones a él, el más destacado erudito de la materia. Pero de nada servía enfadarse, por lo menos de momento. La ira era un arma que se debía afinar, mimar y utilizar solo en el momento en que ofreciese los mayores réditos. Y a ese pensamiento lo siguió el ruido que hacía en la escalera de piedra aquel memo pomposo, que regresaba para insistirle en que cambiase de idea.

Por supuesto, Ardiente empezaría como si fuese un viejo amigo que venía a charlar con él, sin rata encerrada, pero con cada nueva palabra Albrecht vería desenrollarse las vendas que ocultaban la indecencia. Al fin y al cabo, Ardiente se oponía a su soberano, algo que no se hacía a la ligera, si es que llegaba a hacerse. Por fuerza, Ardiente tenía que conocer la pena que sufrían quienes se levantaban en armas contra el Bajo Rey. A pesar de todo, en algún momento tuvo que haber un buen cerebro ahí dentro, que podría haber sido valioso para la enanidad en su conjunto y que aún podría serlo en el futuro, aunque en esos momentos no distinguiera la pirita del oro. No era ningún secreto que a veces las mentes más equilibradas… bueno, se sobreequilibraban.

La llave giró en la cerradura. Allí estaba Ardiente, y la expresión de su rostro espantó de verdad a su antiguo mentor. Había que ser maduro para percibir esa clase de cosas, pero en los ojos de una persona podía apreciarse si la impulsaba una idea. Adquirían un aspecto viscoso, como el de Ardiente en esos momentos.

Aun así, Hijodealbrecht soltó su pluma y dijo con voz muy tranquila:

—Eres muy amable por venir a verme. Tengo entendido que el rey llegará en breve, cortesía del tren. ¿No te parece buena noticia?

Un pequeño capullo de saliva floreció en un lado de la cara de Ardiente, que replicó con furia:

—¡Es imposible que sepas eso!

Hijodealbrecht se recostó en la silla con desenfado.

—Probablemente pueda decirse que te enseñé todo lo que sabes, joven enano, pero no te enseñé todo lo que sé yo. Tengo algunas habilidades que no impartí.

—Pues una de ellas debe de ser la conjetura. Yo soy quien tiene la llave de la información en Schmaltzberg. No queda de pie ni una torre de clacs.

—Ah, sí, algo había oído.

—Rhys Hijoderhys traiciona todo lo que es enano. Y por el bien de nuestra especie, sin duda entenderás que debo tomar el Bollo del Destino. Tengo detrás a la mayoría de los enanos de aquí.

Hijodealbrecht jugueteó con la pluma entre los dedos antes de responder.

—Puede que sea para no tener que mirarte a la cara, Ardiente. Pierdes terreno, y el coraje con que defiendes tus convicciones será también tu condena cuando el rey ponga un pie en Schmaltzberg. Por lo que sé de Rhys Hijoderhys, quizá sea misericordioso.

—Sí, ya me parecía que dirías algo así, pero ya está hecho.

Hijodealbrecht puso cara de anonadado.

—¿De verdad te has apropiado del Bollo?

Por un momento Ardiente pareció confundido.

—No exactamente… Todo está a punto. Solo falta que dé el paso final y Rhys Hijoderhys podrá jubilarse en algún lugar apartado, en su Nellofselek natal, por ejemplo.

—Pues hazlo ya. Adelante. No hay nada que te lo impida, ¿o sí? Pero el Bajo Rey se decide por votación, ¿verdad que sí? ¿Cuán seguro estás? ¿Estás muy seguro de que todos tus compañeros de viaje te son leales? Porque yo estoy totalmente seguro de que muchos no. Sí, claro, te adulan y se deshacen en promesas, pero cuando el tren se acerque y oigamos pitar el silbato del cambio, me parece que descubrirás que, de repente, tienen otros compromisos y recuerdan no haber hablado nunca contigo sobre el Bollo del Destino. Ya está pasando ahora, y tú no te enteras.

En realidad era casi demasiado fácil. Ardiente dijo:

—Te invito a que recuerdes que estás encerrado aquí y yo tengo la única llave.

—Sí. Y de los dos, el único que está sudando eres tú. Te sorprenderá lo que sé. ¿Cuántas torres de clacs han brotado otra vez del suelo como setas? Y sé lo que están diciendo los enanos de Ankh-Morpork. ¿Quieres saberlo? Dicen: «¿Por qué no trasladamos el Bollo del Destino aquí? Al fin y al cabo, hay más enanos en Ankh-Morpork que en Schmaltzberg».

—¿Aceptarías que trasladaran nuestro Bollo a ese lugar inmundo?

—Por supuesto que no. Pero tampoco te aceptaré a ti sentado en él. Tus grags están perdiendo seguidores, no solo por las torres de clacs y no solo por Ankh-Morpork, sino porque llegan las nuevas generaciones y piensan: ¿pero esto qué es? ¿Cómo pudieron ser tan idiotas nuestros padres? Y si no pudiste parar el tren, mucho menos pararás a la gente.

Hijodealbrecht casi se apiadaba de Ardiente a esas alturas. Se podía vivir mucho tiempo de espaldas a la realidad, pero es algo que, como una serpiente, acaba por replegarse y atacar.

—Tendrías que aceptar los hechos, Albrecht Hijodealbrecht. Te asombrará el apoyo que tengo. Los enanos deben seguir siendo enanos, no simulacros de humanos. Seguir a Rhys Hijoderhys es convertirse en d’rkza, medio enano, o menos incluso.

—No, las que empequeñecen a los enanos y los dejan absortos en sí mismos son mentalidades como la tuya: declarar que cualquier cambio minúsculo en lo que se considera propio de la enanidad supone una especie de sacrilegio. Recuerdo los tiempos en que idiotas como tú prohibían hasta hablar con los humanos. Y ahora tienes que entender que lo importante no son los enanos, los humanos o los trolls, sino las personas, y ahí es donde el molesto lord Vetinari gana la partida. En Ankh-Morpork puedes ser quien te apetezca, y a veces la gente ríe y a veces aplaude, y lo mejor, lo más bonito, es que a nadie le importa. ¿Eso lo entiendes? Los enanos ya han visto la libertad. Y esas cosas se suben a la cabeza.

A Ardiente solo le faltó escupir antes de replicar:

—¿Dices eso cuando se te tiene por uno de los mayores tradicionalistas de todas las minas?

—Y lo sigo siendo. La mayor parte de nuestras tradiciones tenían como objetivo mantenernos a salvo, del mismo modo en que los grags, con sus grandes y gruesas vestimentas, hacían explotar el grisú para que no nos quemáramos vivos. Las reglas de la mina. Nuestros antepasados las aprendieron por las malas y las tradiciones están ahí por algo, porque funcionan. Pero por algún motivo, tú y los demás no os dais cuenta de que, fuera de las cavernas, el mundo es diferente. Por supuesto que observo los días especiales, llamo dos veces sin falta a las puertas y sigo todos los preceptos de Tak. ¿Y por qué? Porque nos unen, como hacían las torres de clacs hasta que tus simpáticos cavadores empezaron a quemarlas. ¡Palabras en llamas, muriendo en el cielo! ¿Ese ha de ser el legado de los enanos?

Calló. Ardiente había palidecido y se diría que temblaba. Pero entonces sus ojos llamearon y habló con rictus de rabia:

—No cambiarás de postura, Albrecht, y yo tampoco. Con tren o sin él. Nunca llegará hasta aquí, de todas formas. El mundo no está preparado para la locomoción.

Fulminó con la mirada a Albrecht, que dijo:

—Ya, por supuesto que no lo está. Pero lo que no entiendes es que el mundo tampoco estaba preparado para los clacs y ahora chilla si alguien los incendia. Y creo que la locomoción todavía no nos ha dicho su última palabra.

La respuesta fue un portazo y una vuelta de llave. El muy tonto lo había dejado encerrado para toda la noche, justo donde él quería estar.

Había centinelas, Albrecht lo sabía, pero, como los centinelas de todo el mundo, tendían a adormecerse o ausentarse un momento para fumar una pipa durante las largas horas de la noche, y en cualquier caso muy pocos se acercaban a aquel calabozo en particular, ya que ningún guardia sensato quería molestar a alguien como Albrecht. Por mucho que uno creyera tener la razón de su parte, nunca se sabía con certeza quién sería el ganador, y en aquellas circunstancias los peces chicos tenían todas las de acabar en la sartén…

Al cabo de un rato, Albrecht cogió la cucharita con la que había comido y se oyó un sutil raspado de polvo de roca que condujo a la aparición de un trasgo, que le sonrió en la penumbra.

—Aquí tiene, jefe, aquí hojas de clacs, recién enviadas por comandante Vimes. Y una botella aceite para lámpara. Ah, y pasta de dientes que pide. Me dicen que diga usted que tren se mueve como tan campante. Seguro llegará en su hora.

Era una especie de terapia saber de la inevitable aproximación de la Traviesa de Hierro, día tras día.

El aroma de un trasgo, pensó Albrecht, parecía ser metafísico. Después del impacto inicial, uno empezaba a preguntarse si el olor a trasgo no llegaría de algún modo al interior de la cabeza, en la misma medida que por las fosas nasales. Ni siquiera era tan desagradable. Tenía un matiz a fregadero viejo y abrótano.

Cogió los paquetes y hojeó los clacs con la velocidad de un enano que había aprendido a asimilar con rapidez la palabra escrita. Luego habló con interés con el joven trasgo, una casta que hasta ese momento había desdeñado como un desperdicio de espacio en el mejor de los casos y una molestia en el peor, pero cuyos miembros parecían más juiciosos que la mayoría de sus congéneres enanos, sobre todo que aquel insensato de Ardiente. Además, era asombroso cómo podían desplazarse por la oscuridad de Schmaltzberg y aprovechar hasta el último agujero de rata antes de aprovechar la rata en sí.

Aquel trasgo en particular esperó pacientemente mientras Albrecht preparaba unos cuantos mensajes propios para que los llevara de vuelta a la locomotora. Y después el viejo enano se sorprendió a sí mismo de nuevo al preguntar:

—¿Cómo te llamas, joven trasgo? ¿Y aceptas mis disculpas por no habértelo preguntado antes? Te ruego que perdones a un enano viejo que se ha quedado anclado en el pasado.

El trasgo parecía atónito.

—Bueno, jefe, si no hace mal a nadie, yo soy El Traqueteo de las Ruedas. Amigos ferroviarios me llaman Traca porque más corto. Los viejos enfadan mucho por eso.

Albrecht tendió una mano. El Traqueteo de las Ruedas dio un paso atrás y luego se adelantó otra vez, avergonzado.

—Encantado de conocerte, Traqueteo de las Ruedas. ¿Tienes familia?

—Sí, celencia. Mi madre es De la Felicidad el Corazón, padre es Del Cielo el Confín y hermano pequeño es Del Agua la Grúa. —Y al cabo de un momento el trasgo añadió—: La verdad, señor, puede dejar de agarrarme la mano.

—Ay, sí. Supongo que mi nombre debería ser Del Momento el Estupefacto. Buena suerte a ti y a tu familia. Verás, en cierto modo me das envidia. Y ahora que ya he terminado mi trabajo por hoy, me gustaría que cogieras mis documentos, si pueden llamarse así, y los escondieras en algún sitio donde ningún enano vaya a mirar.

—Nosotros limpiamos retretes, señor. Sabemos más que muchos sitios que no hay visita. ¿Misma hora mañana?

Cumplido el apretón de manos, el trasgo desapareció por un agujero en el que hasta a una rata le costaría entrar. Y mientras el ruido del trasgo gateando por el túnel se volvía cada vez más tenue, Albrecht pensó: antes no habría hecho eso nunca. Qué tonto era.

\* \* \*

La señorita Gwendolyn Avery, de Schmarm, despertó en mitad de la noche porque las múltiples botellitas de ungüentos contra el envejecimiento de su tocador habían empezado a temblar y tintinear. Entonces se dio cuenta de que su casa entera se sacudía al compás de unos golpes rítmicos.

Cuando describió ese episodio en tonos melodramáticos a su amiga Daphne, a la mañana siguiente, dijo que sonaba como si desfilaran muchos hombres por delante de la casa. Lo achacó al coñac de cereza que se había tomado antes de acostarse, pero Daphne, conocedora de la triste condición de solterona de Gwendolyn, lo atribuyó a que su amiga se había hecho ilusiones.

\* \* \*

La pradera de Slake era mitad tundra y mitad desierto, casi siempre azotados por el viento. En pocas palabras, un paisaje fósil donde en general no crecía nada que no fuesen plantas tropezadoras y algún que otro pino gregario, cuyos piñones se consideraban un antídoto contra la melancolía.

Había agua, cómo no, pero la mayoría estaba bajo tierra y se decía que los prospectores y geólogos bajaban cubos par[[75]](#footnote-75)a extraerla de las profundidades de las cuevas.

Era un poco más fácil encontrar agua en las tierras altas que había en dirección Eje desde la tundra, donde existían muchos arroyos gélidos cortesía del glaciar Vientoeterno, lo que posibilitaba la cría de cabras en la región. Así pues, cabras eran lo que había criado, ordeñado y cuidado la familia del joven Knuto a lo largo de los siglos. Y mientras las cabras pacían lo que pasaba por hierba en aquellas tierras altas, él dormía y soñaba que no perseguía cabras por un paisaje casi yermo. Al principio le había gustado, pero se estaba haciendo mayor y algo le decía que existía una vida mejor que mirar a cabras almorzando… una, dos y hasta tres veces. En ocasiones, las caras que ponían eran un espectáculo y hasta se reía. Y aun así, un anhelo en su interior le decía que las cabras no eran suficiente.

Y por ese motivo, cuando retumbó el eco de aquel largo sonido en la tundra, corrió para ver qué era lo que emitía aquel ruido maravilloso y vio una cinta brillante que serpenteaba por el paisaje bajo la luz de la mañana y se dirigía hacia él. Se preguntó si tendría algo que ver con las extrañas barras de metal que habían colocado con detenimiento sobre el suelo de la tundra aquellas cuadrillas de hombres hacía unas semanas. Había hecho recados para ellos y les había vendido queso del que preparaba su madre, pero en realidad no había entendido lo que se proponían y, como las cabras tenían cuidado de evitar pisar las tiras metálicas y no se hacían daño, había renunciado a hacer cábalas. Por lo que había entendido de lo que aquellos hombres explicaban, todo estaba al servicio de un invento maravilloso capaz de dar la vuelta al mundo en un fogonazo de vapor, y ahora quería saber más sobre aquella bestia cantarina que se acercaba por la tundra, escupiendo fuego de vez en cuando.

Knuto dejó a las cabras y bajó a trompicones desde la ladera del monte hasta donde el aire era más cálido, y siguiendo el rastro del ruido llegó hasta una especie de cobertizo grande. Y justo cuando se acercaba, la criatura, que iba llena de personas, salió del cobertizo y se alejó a toda velocidad por encima de los raíles de metal. Knuto la observó hasta que desapareció del todo. Y más tarde, varios de sus paisanos le dijeron que aquello se llamaba «locomotora», y en su corazón nació un anhelo que empezó a crecer por etapas. Sí, en verdad había algo más que las cabras.

\* \* \*

Después de pasar una larga tarde montando guardia por si sucedía algo raro mientras Simnel y sus muchachos estaban muertos para el mundo, Húmedo a su vez había dormido como un tronco toda la noche y llevaba toda la mañana echando cabezaditas, mecido por el movimiento del tren, que cruzaba el valle del Smarl después de haber superado Slake, y soñando con el puente sobre el cañón del paso de Wilinus, que nunca era cosa de broma y los acechaba cada vez más cerca, como una inspección de hacienda.

Podía suceder cualquier cosa antes de que entraran en aquel peñascal reseco donde abundaban los despeñamientos, los corrimientos de peñas y, bueno, los peñascos llenos de bandidos de toda laya. Por acuñar una expresión apta para las circunstancias, era como correr sin zapatos por un circuito… cubierto de peñas. Y hasta los guijarros tenían mala actitud a esa altitud. Húmedo se estremecía con solo pensar en aquel lugar.

El tren recorría a toda velocidad el inmenso paisaje. Una cantidad enorme de espacio, sí, pero sin muchas poblaciones más allá de algún asentamiento disperso. Con todo el espacio que había, la Traviesa de Hierro lo devoraba como una tigresa, atacando el horizonte como si la hubiera agraviado, parando solo cuando sabían que había agua y carbón disponibles, porque de eso nunca sobraba.

Hacia el mediodía, las cordilleras de Uberwald empezaron a acercarse, el aire se enfrió y el ritmo de la Traviesa de Hierro se moderó para acometer el paulatino ascenso por las estribaciones montañosas que los llevaría a su destino.

A los lados de las vías se veían solitarios rebaños de cabras, y entre la gente que se paraba a mirar aquel nuevo invento se apreciaba un claro predominio de los vestidos dirndl. En todos los pueblos que atravesaban encontraban gente esperándolos con banderitas y, sobre todo, con bandas de música que se unían a golpe de tuba y clarinete a las muchedumbres que vitoreaban al paso de la Traviesa de Hierro. Y sí, cuando el tren pasaba, poco a poco y con cuidado, no había que perderse el espectáculo de los niños pequeños que salían corriendo detrás de él, en pos del sueño. Era una visión digna de un yodel épico.

Y en ese momento Húmedo reparó en que Simnel parecía cada vez más preocupado, y aprovechó una de las raras ocasiones en las que el ingeniero se alejaba de la cabina para hablar con él en privado.

—Dick, la Traviesa de Hierro es la mejor locomotora que has construido nunca, ¿verdad?

Simnel se limpió las manos con un trapo que ya había visto demasiadas manos grasientas.

—Claro que sí, señor Mustachen, eso lo sabemos todos, pero lo que me preocupa no es la Traviesa de Hierro, sino el puente del desfiladero. Hemos hecho todo lo posible, pero necesitamos más tiempo. No hay manera de que aguante todo el peso del tren.

—Bueno, bueno —dijo Húmedo—, tú tienes la loquística y el conocimiento de los pesos, las tensiones y esos asuntos que te traes con la regla de cálculo, y todo ello te dice una cosa, pero lo que te digo yo ahora es que, si el puente aún no es seguro cuando lleguemos allí, me propongo conseguir que la Traviesa de Hierro cruce el paso volando, contigo y conmigo en la cabina. Podrías llamarlo prestidigitación, o hasta trampa, pero créeme que volaremos.

El ingeniero parecía un hombre al que hubiesen retado a adivinar bajo qué dedal estaba la pelotita y supiera en el fondo de su corazón que el correcto nunca, jamás sería el que eligiese.

—Señor Mustachen, ¿estamos hablando de magia? Yo soy ingeniero. No queremos saber nada de la magia.

Y de pronto la voz de Húmedo adquirió la suavidad de la melaza.

—En realidad creo que en eso anda usted errado, señor Simnel. Tú crees en la luz del sol, aunque no sepas cómo funciona. Y ya que tocamos o rozamos el tema, ¿te has preguntado alguna vez en qué se apoya la Tortuga?

Dick estaba acorralado.

—Ejem, bueno, eso es diferente. Es como se supone que deben ser las cosas.

—Perdona, amigo mío, pero eso no lo sabes. Y aun así te acuestas por la noche con la feliz certeza de que el mundo seguirá en su sitio cuando te levantes por la mañana.

Una vez más, Dick intentó formarse una idea de lo que pasaba, sin perder aquella expresión de quien sabe que el dedal levantado en ningún caso será el suyo. Un resultado inevitable en el gran orden de las cosas.

—Entonces ¿estamos hablando de magos, señor Mustachen?

—Veamos… magia —dijo Húmedo—. Todo es magia cuando uno no sabe lo que es. Tu regla de cálculo es una varita mágica para casi todo el mundo. Y yo conozco algunas variedades de magia. O sea que te pregunto, Dick: ¿te he fallado alguna vez, de cualquier manera, durante el tiempo que llevamos haciendo negocios con Harry Rey?

—De ninguna manera, señor Mustachen —respondió Simnel, casi ofendido—. Siempre he pensado que tenía usted, como decía mi abuela, mucha chispa.

Húmedo cazó la chispa al vuelo y se puso a hacer malabares con ella.

—Pues ahí lo tienes, Dick. Yo te creo cuando dices que los números de la regla de cálculo te cuentan cosas. A cambio, querría un poco de confianza por tu parte. No, por favor, para esto no uses la regla de cálculo. No es la herramienta adecuada para la tarea. Sé algo… No es exactamente magia, pero sí muy sólido… y con lo que tengo en mente, para cuando lleguemos al puente, creerás que viajamos por el aire.

Simnel parecía una vez más al borde de las lágrimas.

—Pero ¿por qué no me lo explica?

—Podría —dijo Húmedo—, pero entonces lord Vetinari tendría que hacer que me matasen.

—¡Hala! Eso sí que no, señor Mustachen —exclamó Simnel, horrorizado.

Húmedo le pasó un brazo por los hombros.

—Dick, tú puedes obrar milagros, pero yo pretendo ofrecer al mundo un espectáculo que se recordará durante mucho tiempo.

—Venga, venga, señor Mustachen, que solo soy un ingeniero.

—Nada de solo un ingeniero, Dick: el ingeniero.

Y mientras Simnel paladeaba esa idea, sonrió con nerviosismo y dijo:

—Pero ¿cómo? No hay tiempo suficiente, ni tampoco hombres suficientes. Harry Rey ha movilizado a todos sus trabajadores de la ciudad y las llanuras, o sea que no sé dónde más va a conseguir apoyo.

—Bueno —replicó Húmedo—, tendré que hacer como la Traviesa de Hierro. Silbaré y a ver qué pasa.

Simnel soltó una risilla nerviosa.

—¡Vaya, señor Mustachen, es usted tremendo!

—Bien —dijo Húmedo, con una confianza que no acababa de sentir—. Tendríamos que estar listos para el anochecer.

Justo entonces la Traviesa de Hierro soltó un poco de vapor y Húmedo se preguntó si sería un buen presagio o quizá uno malo, pero presagio seguro que era, y con eso se conformaba.

\* \* \*

Esa tarde, en un intento de distraerse, Húmedo decidió abordar un problema que lo reconcomía desde que habían dejado Sto Lat. Y para eso necesitaba hablar con Aeron.

El secretario del rey era delgado para ser enano, casi ágil y rápido, y desde luego parecía omnipresente, con aquella barba larga que le seguía como un pendón mientras se ocupaba de los asuntos del rey. Llevaba espada, que no era un arma tradicional enana, y se había desempeñado bien durante el ataque al tren en los Pezones de Escilla.

Húmedo escogió un momento propicio y asaltó a Aeron en un lugar en el que pudieran hablar en privado.

—Señor secretario, debo preguntarle si en lo referente al Bajo Rey todo es lo que parece y nada más.

Aeron entrecerró los ojos y llevó la mano a la empuñadura de su espada.

—Por supuesto que sí. Qué pregunta tan ridícula. ¡Roza la traición!

Húmedo extendió la mano para aplacarlo.

—¡Venga, sabe que estoy de su lado! Tengo que preguntarlo por algo que vi en casa de la señora Simnel.

Eso pareció sobresaltar a Aeron, que dijo:

—Me parece que el lado del que está es el suyo propio, señor, y no sé qué creería ver, pero desde luego no es asunto suyo.

—Pues sí que lo es, amigo mío —replicó Húmedo—. Los dioses, por mis pecados, me dieron una nariz que detecta cuándo va a empezar a salpicar la metafórica mierda, y quiero estar preparado.

Aeron se quedó paralizado y, sin mirar a Húmedo a la cara, dijo:

—Su perspicacia le honra, señor Mustachen. ¡Su silencio más todavía!

—Venga ya, hombre. Aquí pasa algo y yo no estoy al corriente. No me obligue a sacar mis propias conclusiones. Tengo mucha imaginación.

Pero estaba claro que Aeron no tenía nada más que decir. La aparición de un par de ingenieros al final del vagón ofreció al enano la excusa que necesitaba para poner un brusco punto final a la conversación. Giró sobre sus talones y se alejó con paso marcial por el pasillo, dejando al suspicaz Húmedo con los nervios de punta.

\* \* \*

Al cabo de una hora, más o menos, una llamada a la puerta del furgón de cola precedió al secretario del rey, que en esa ocasión exhibió una extraña sonrisa y dijo:

—El rey desea concederle una audiencia, señor Mustachen. —Sonrió una vez más—. Y eso, como estoy seguro de que sabe, significa de inmediato.

El rey estaba sentado a una mesita firmando papeles cuando Húmedo llegó, y le señaló otra silla del vagón al tiempo que decía:

—Señor Mustachen, entiendo que a resultas de nuestra visita a la madre del señor Simnel, parece que tiene usted la impresión de que quizá… escondo algo. ¿Es así, colega?

El rey miró a Húmedo con expresión severa, casi como si le retara a verbalizar lo que pensaba.

—Bueno, es verdad que esa mujer tiene mucha… intuición femenina… —Húmedo dejó el resto de la frase en el aire y observó con atención.

El rey suspiró y miró a Aeron, que montaba guardia junto a la puerta. Rhys asintió y devolvió su atención a Húmedo.

—Señor Mustachen, estoy seguro de que sabe que el sexo de los enanos a menudo es un secreto muy bien guardado, y que ha habido épocas en las que hasta preguntar por él se consideraba un acto horrible. Soy el Bajo Rey de los enanos, pero también, por ir a lo que podríamos llamar el fondo del asunto, soy hembra.

Ahí estaba. Eso era lo que tenía revoloteando por detrás de la oreja desde que la señora Simnel había empezado a acomodar al rey —ahora la reina, se recordó— cuando estaban en Sto Lat. Húmedo carraspeó.

—Bueno, nadie es perfecto, majestad. Para seros sincero, creo que lo sé desde hace un tiempo. Se me da bien combinar rumores, sospechas e instinto para obtener el resultado correcto, porque soy un bribón. Supongo que lord Vetinari les habrá advertido sobre mí. Podría decirse que soy el bribón de lord Vetinari.

—¡Como si él necesitara uno!

—Los bribones ven a la gente de otra manera para poder tomarles la medida: su forma de caminar, su forma de sentarse, todas las omisiones en los lugares donde debería haber detalles…

La reina guardó silencio durante un instante y luego preguntó:

—¿Un bribón de verdad?

—Sí, milady, diría que uno de los mejores, si no el mejor —aseveró Húmedo—. Pero hoy en día podría decirse que estoy domado y acato las órdenes, lo que significa que soy un bribón muy de fiar.

—¿Las órdenes de Vetinari? Pobre chico. —Y entonces la reina puso cara de haberse quitado un peso de encima y añadió—: Debe saber, señor Mustachen, que solo hay un puñado de personas que estén al corriente de mi secreto y que todas son de confianza. Una de ellas es lady Margolotta y otra, por supuesto, lord Vetinari.

»Siempre me ha parecido que la actitud de los enanos en cuestiones de género nos anquilosa. Insistimos en que los enanos deben parecer varones, ¿y qué dice de una especie el hecho de que no puedan ver la cara a sus propias madres? Vivimos una mentira estúpida y jugamos a un juego estúpido, y no quiero que se prolongue ese estado de cosas. La verdad es que soy la Baja Reina, señor Mustachen, pero le agradecería que guardara silencio por el momento.

La reina parecía tan inocente como esas montañas que pasan años sin hacer mucho más que humear un poquito, hasta que un día acaban provocando que una civilización entera se convierta en una instalación artística.

—La señora Simnel es una buena mujer —continuó—, aunque quizá no tan discreta como ella cree… Por supuesto, sé que puedo confiar en que usted guarde mi secreto como si fuera suyo. Estoy segura de que lord Vetinari se disgustaría mucho en caso contrario.

Húmedo sacó brillo a su mejor sonrisa tranquilizadora hasta dejarla centelleante.

—Como le he dicho, señora, soy bribón de nacimiento, de modo que he aprendido a ser muy, muy discreto en aras de mantener mi pescuezo a salvo de personas que no ven la bribonería con buenos ojos. En cuanto a la señora Simnel, lo sabía todo sobre el secreto del vapor y nunca se lo reveló a nadie.

La reina se acarició la barba.

—Para una madre orgullosa eso debió de ser toda una prueba… Muy bien, señor Bribón, tendré fe en los dos. Y ahora veo que Aeron empieza a impacientarse, o sea que será mejor que vuelva a mis papeles. —Lanzó una miradita a su secretario que Húmedo habría jurado que era provocadora.

Húmedo, que de forma automática observaba y escuchaba con atención, sobre todo a lo que no se decía, sintió en ese momento que había descubierto otro secreto, un secreto aún no reconocido. La reina y su secretario eran, sin ninguna duda, amantes. Quizá hubiera que estar casado para darse cuenta, pero su lenguaje corporal lo anunciaba a los cuatro vientos.

Una expresiva tosecilla de Aeron lo devolvió a la realidad. El secretario le sostenía la puerta, en clara indicación de que la audiencia había terminado. Cuando Húmedo le pasó por delante, Aeron dijo:

—Gracias, señor Mustachen… De parte de los dos.

Antes de dirigirse hacia el furgón de cola, Húmedo se quedó un rato quieto para asimilar las revelaciones. Que el rey fuera reina le daba mucho que pensar. Sí, claro, todo el mundo sabía que las mujeres enanas se parecían mucho a los varones, barba incluida, como en el caso de Jovial Culopequeño, por mucho que fuera una enana de Ankh-Morpork hasta las cachas y feminista a ultranza. Culopequeño defendía a capa y espada que, detrás de las barbas, las hembras enanas no eran iguales que los varones. Y como había llegado muy alto, por así decirlo, en la Guardia, su insistencia en las faldas de cota de malla y los petos con sutiles alteraciones no importaba mucho, pero ¿la reina…? ¡La que se armaría si la reina lo declaraba! ¡Sería alea jacta est pero a lo bestia! Después de eso no habría vuelta atrás.

Aeron había entrado en el vagón blindado de la reina, y Húmedo se quedó escuchando el traqueteo del tren. El futuro, pensó, iba a ser… increíblemente interesante.

\* \* \*

La niebla eterna que llenaba el escarpado desfiladero creaba unas sombras profundas que se arremolinaban bajo la luz menguante a medida que se acercaban al último puente antes del paso de Wilinus. Y la propia niebla se movía y enroscaba como si estuviera viva, y provocaba en los pasajeros la sensación de que estaban asomados al borde del mundo.

El otro extremo del puente apenas se veía, y Simnel entabló una vehemente conversación con el ingeniero jefe que había dirigido la obra. Un retazo de oscuridad en la niebla cercano a Húmedo resultó ser un sonriente comandante Vimes.

—¿Un puente desvencijado, un tren pesado y una caída terrorífica a una muerte segura, con una fecha límite acuciante y sin plan de repuesto? —dijo—. Debe de estar en su salsa, señor Mustachen. Me cuentan que, según los ingenieros, no puede hacerse. ¿De verdad piensa arriesgar al Bajo Rey y la paz futura de esta región a una sola tirada de dados?

Detrás de ellos, un ingeniero dijo:

—No pasaría por ahí encima aunque me dieran una pensión.

Cuando se les unieron Rhys y Aeron, los crujidos y chirridos de la vetusta estructura del puente se intensificaron hasta parecer casi vivos, como si un demonio los retara a jugarse su destino. Los ingenieros menos fantasiosos hablaban de movimientos naturales ocasionados por el descenso de la temperatura al acercarse la noche, pero costaba desentenderse del ambiente ominoso de aquel lugar, que era casi… espeluznante.

En ese momento la Traviesa de Hierro empezó a dar resoplidos de vapor, jadeando como un perro listo para que lo soltasen. Húmedo respiró hondo, metió los dedos en la chaqueta y sonrió con una confianza que había florecido apenas un segundo antes, cuando por fin había oído el sutil sonido que llevaba un tiempo esperando.

—No mucha gente lo sabe, amigos míos, pero estas nieblas poseen una sorprendente solidez. Permitan que se lo demuestre.

Dio un paso más allá del borde del precipicio que caía a pico junto a la vía y se quedó allí plantado, con la niebla arremolinándose en torno a sus tobillos. Oyó gritos ahogados a su espalda. Se volvió hacia sus compañeros de viaje con una sonrisa de oreja a oreja y un silencioso suspiro de alivio antes de volver a lo que podría llamarse tierra firme.

—Ya lo ven. ¿Quieren que corra hasta el otro lado y luego vuelva mientras se prolonga este fenómeno místico, como creo que sucederá, o cruzamos ya, ahora que es buen momento?

—¿Le importa que pruebe yo? —dijo Vimes.

Se oyó el tintín que haría una chispilla y Húmedo dijo:

—Todo suyo, comandante.

Y Vimes se adentró hasta desaparecer en la niebla agitada mientras se encendía un puro.

—Igualito que una acera —dijo—. Asombroso. ¡Le sugiero que dé vapor, señor Simnel! Tengo ciertas dudas sobre cuánto tiempo durará un… fenómeno místico, creo que lo ha llamado, de esta naturaleza. Diría que la rapidez ha de convertirse en nuestro lema ahora mismo, caballeros.

Simnel, resistiendo la tentación natural del científico de examinar el fenómeno más de cerca, miró a su alrededor y dijo:

—Ah, sí. ¡Viajeros al tren! —Y al cabo de un momento, añadió—: Y rápido, por favor.

Húmedo miró a Simnel.

—¿Crees ahora, Dick?

—Sí, señor Mustachen.

—¿Pero crees de verdad?

—¡Claro, señor Mustachen! Creo en la regla de cálculo, el coseno y la tangente, y hasta cuando las cuaderáticas me tocan la moral, sí, sigo creyendo. La Traviesa de Hierro es mi máquina, yo la construí y forjé a mano hasta el último remache con todo el mimo. Y opino que, si pudiera clavar raíles en el cielo, la Traviesa de Hierro nos llevaría a la luna.

Húmedo silbó y oyó una señal desde abajo. Alzó la voz.

—¡Adelante, por favor, señor Simnel!

Y de inmediato sonó el familiar «chu-chú» de un tren ansioso por viajar y soltar vapor. Húmedo disfrutó del momento en que la potencia aumentaba poco a poco, por etapas, hasta que sonó un trueno que se hizo cargo del universo y empezaron a adentrarse en la traicionera niebla que cubría el puente.

Costaba distinguir nada desde la cabina, pero Húmedo entrevió la cara pálida de Simnel a medida que se intensificaban las vibraciones y el balanceo. A pesar de su teatral demostración, Húmedo notaba que Simnel y su equipo estaban aterrorizados, y hasta él empezó a dudar que el puente fuese a aguantar realmente bajo tanta presión. Y entonces las vibraciones cesaron de golpe y todos experimentaron una extraña sensación cuando la Traviesa de Hierro se despegó de los raíles y echó a volar.

Por debajo de ellos, la niebla se enroscó creando formas más extrañas si cabe, vórtices espirales agitados por el paso del tren, y al cabo de unos minutos breves pero agónicos se oyó un golpe de ruedas sobre raíles cuando la Traviesa de Hierro consintió en abandonar el vuelo a cambio de la sobria vía imperecedera, y entonces Dick tocó el silbato y siguió tocándolo sin parar, y la máquina continuó avanzando disparada como si no hubiera pasado nada extraño, místico o ni siquiera espeluznante.

\* \* \*

No fue hasta que Húmedo encontró un poco de tiempo para sí mismo, después de todas las palmaditas en la espalda, cuando le golpeó como un martillo neumático la enormidad de lo que acababa de hacer. ¡Un tren entero, en marcha, lleno de pasajeros! ¡Y un rey que parecía haber volado por los aires! Y luego sudó otra vez cuando su siguiente pensamiento dijo: «La de cosas que podrían haber salido mal». Y en verdad, muchas cosas podrían perfectamente haber salido mal, y empezó a convencerse de que la historia era muy capaz de dar marcha atrás para asegurarse de que así fuera. El sudor le corría por todo el cuerpo, pero no habría sido Húmedo si no pudiera recuperarse de esa clase de experiencias. Siempre que Vetinari no llegara a enterarse nunca. Pero nunca, nunca.

\* \* \*

Húmedo todavía intentaba quitarse a Vetinari de la cabeza más tarde, cuando por fin se acostó en el furgón de cola. Mientras el vaivén del tren lo arrullaba hasta sumirlo en una duermevela exhausta pero aliviada, una imagen del patricio flotó en su imaginación. Se estremeció al rememorar su encuentro más reciente. Vetinari estaba sentado a su escritorio, leyendo informes sobre lo que, a ojos de Húmedo, parecían sospechosamente mensajes de clacs ajenos. El patricio había arrugado la frente al ver a Húmedo y había dicho: «Bueno, señor Mustachen, ¿el tren ya tiene vía libre hasta Uberwald, por un casual?».

Húmedo había adoptado una expresión que no habría engañado n[[76]](#footnote-76)i a un niño, lo cual formaba, por supuesto, parte del juego.

«Aún no del todo, milord, pero creo que las perspectivas mejoran por momentos».

«Palabrería. Pura palabrería. Vaya al grano, si existe tal cosa, por favor. Al fin y al cabo, tengo cuestiones de estado que reclaman mi atención».

«Bueno, señor, como seguro que recordará, hemos enterrado dentro de los terrenos de la ciudad una serie de gólems muy antiguos, y usted juró que solo se recurriría a ellos en caso de amenaza para la seguridad nacional, y ahora mismo creo que me vendrían bien varias docenas de ellos, señor, siempre que no le parezca mal, por supuesto».

«Señor Mustachen, desde luego pone usted a prueba mi paciencia. Sé de sobras que tanto usted como su esposa disponen de las herramientas que les permitirían entrar en dicha cámara, y no solo eso, sino también dar instrucciones a dichos gólems, pero aun así le prohíbo terminantemente que intente algo parecido. Esto viene a cuento del ferrocarril, supongo».

«Sí, milord, un problemilla de nada en el tren al éxito, por decirlo así».

«Le hablaré con total claridad. Si encuentro alguna prueba de que ha retirado gólems propiedad de la ciudad de su legítimo lugar y además los ha llevado fuera de los límites municipales, lo echaré a los mininos. ¿Entendido?».

La expresión de Vetinari era impasible, impenetrable y plácida como un mar de brea. Húmedo había bajado la cabeza antes de responder:

«Le aseguro, señor, que no se encontrará nunca semejante prueba». En el aire flotaron las palabras «si encuentro» como una taimada invitación.

\* \* \*

Despabilado a su pesar, con el eco de la voz de Vetinari aún resonando en su cabeza, Húmedo sacó el clac sobre el avance de los gólems que había recibido de Adora Belle. Lo hizo pedazos y lanzó los fragmentos por la ventanilla más cercana, desde la que los observó desaparecer en la estela del maravilloso tren.

Desde la penumbra del furgón de cola, a su espalda, alguien carraspeó con gran expresividad. Vimes surgió de la oscuridad con una sonrisita y dijo:

—Negación plausible, ¿eh, señor Mustachen? Pero bien hecho, de todas formas. Así, entre nosotros: esos gólems que no se usarán nunca… ¿Qué cree que están haciendo ahora mismo?

Húmedo abrió la boca para negar todo conocimiento de los gólems, pero luego se lo pensó mejor. Algo en los ojos de Vimes le retaba a probarlo, si se atrevía.

—Cavando para volver a casa, espero —dijo—. Será bastante más fácil porque ya han llegado hasta aquí haciendo un túnel.

Y en la distancia, detrás del tren, el desvencijado puente caía pedazo a pedazo hasta el valle como en un curioso ballet mecánico. Pasaría un tiempo antes de que nadie pudiera volver a usarlo, pensó Húmedo. Pero ahora que hemos traído a Rhys hasta aquí, podemos dejarnos el dinero en reconstruir el condenado puente como es debido.

\* \* \*

Y al cabo de unas horas, cuando los gólems pasaron por debajo de su taberna, la Grosszügig Stein, herr Pringuenjaleen notó que el suelo bailaba y todos los vasos y las jarras del edificio se estremecían con rapidez. Aunque estaba rechoncho, cazó al vuelo con gran determinación todos los vasos y las jarras que se caían, hasta que el aire se calmó de golpe y la taberna quedó sumida en un inquietante silencio. Miró a herr Trasserel, su único cliente, que contempló el dedo escaso de Vieja Penca que le quedaba en la jarra, del nuevo barril que estaban catando, antes de susurrar con tono impresionado:

—Creo que tomaré otra de lo mismo.

\* \* \*

A medida que Jdienda se acercaba cada vez más y las montañas se iban comiendo el horizonte con sus contornos, las abruptas laderas se dibujaban sobre el cielo nocturno y reflejaban algún que otro rayo de luz de luna, el comandante Vimes convocó una reunión táctica en el furgón de cola, su centro de operaciones. Con la experiencia de los ataques en los Pezones y la destrucción de la Voladora, trazaron planes detallados para la defensa del tren y del rey.

—Muy bien, ahora echad todos un vistazo a vuestro alrededor. Lo que veis son cañones y árboles. Si yo fuera un grag, probablemente vería este próximo trecho como mi última oportunidad para hacer descarrilar a la Traviesa de Hierro.

Vimes expuso sus propuestas con gesto serio y Rhys asintió en señal de aprobación, con alguna que otra interrupción para aportar un detalle.

—También tenemos que defendernos de los ataques desde arriba —prosiguió el comandante—. Como hemos visto, la Traviesa de Hierro está bien protegida. Ahora lleva un buen corsé, gracias a la nueva aleación de Dick, pero es posible que tengamos que combatir encima de los vagones. Le veo sonreír, señor Mustachen. Si esas tenemos, listillo, llegado el caso le invito a unirse a mí y los demás en el tejado. ¿Contamos con usted, señor? Es probable que sea muy peligroso.

El Húmedo interno se dio una palmadita en la espalda al pensar en su ilícita aventura en lo alto de la Voladora. Podía bailar sobre el tren, saltar, girar y hacer piruetas, porque conocía a fondo los estados de ánimo de todas sus partes.

—He querido hacer algo así desde que vi mi primera locomotora, comandante —respondió a Vimes.

—Sí —dijo este—, eso es lo que me da miedo. De modo que debo decirle que o trabajamos como un equipo o nos convertiremos en cadáveres independientes. —Señaló los imponentes árboles que se elevaban por encima de la profunda zanja que recorrían—. En esta maldita zanja hay muy poco espacio. ¿Arboles? Solo son hierbajos, pero más rígidos. ¡Recordadlo!

—Estoy seguro de que nos apañaremos —dijo Húmedo—. ¿Por qué no subir arriba también a Detritus?

—No. Rinde bien en el suelo, pero no es ágil. En cualquier caso, con Detritus encima me temo que el techo muy pronto se convertiría en el suelo.

El comandante miró a su alrededor.

—El resto ya conocéis vuestros puestos. Recordad que, si estamos en este tren, es para llevar al rey de vuelta. ¡Protegedle! No os preocupéis por los que estamos arriba.

Cuando pudo hablar con Vimes sin que nadie más los oyera, Húmedo dijo:

—Conozco el ritmo del tren, pero no soy un luchador, comandante. ¿Por qué elegirme a mí?

—Porque, señor Mustachen, usted pagaría lo que fuera por decir que ha peleado en el tejado de un tren. Por eso y porque le he visto: en el cuerpo a cuerpo es un mal bicho, peor que Nobby, y eso que él tiende a morder las rodillas. Vi los cadáveres de los grags de aquel incidente en la cabecera de línea de Quirm. Sabe luchar, aunque solo sea cuando está aterrorizado, pero es cierto que el cobarde a menudo acaba siendo el mejor soldado.

\* \* \*

A medida que el cielo palidecía con la proximidad del alba, el ambiente del tren cambió. La tripulación entera sabía que se estaban adentrando a todo vapor en territorio hostil. En cada risco de las montañas de Uberwald se divisaban las luces de los Igors, que parpadeaban y se mecían en la oscuridad de los cañones, y relámpagos verdes que saltaban de gárgola a gárgola como espectros.

Húmedo había procurado mantenerse alejado de aquel sitio. En Ankh-Morpork uno se cruzaba de vez en cuando con un hombre lobo o un zombi, por supuesto, pero en Uberwald eran la norma. Aquel era su hogar, con sus reglas, y eso incluía a los crespones negros, los personajes algo estrambóticos que habían jurado resistir la tentación de beber sangre de persona y similares. Pero eso no los volvía menos raros, sino quizá incluso más, con eso de beber solo cacao y desfilar con pancartas y tambores cada dos por tres. Podía argumentarse que era preferible a que te llevaran al cruce y te atravesaran con una estaca… otra vez. La mano de lady Margolotta se dejaba ver en todas partes y Húmedo sabía que, allá donde se encontrara su mano, también se encontraría la de Vetinari.

Sin embargo, en esos momentos se respiraba un ambiente de amenaza. Aunque Húmedo en realidad llevaba bien las amenazas, sobre todo pesaba en su mente la idea de morir, y su diablillo interno gritaba: «¡Ja, ja, ja! ¡Recuerda que una vida sin peligro no vale la pena!». Y él, valiente, estaba dispuesto a mojarse por esos principios… aunque con toda sinceridad habría preferido mojarse en una playa de Quirm, a ser posible comiendo uno de esos helados tan ricos que hacían con un cucurucho fino como una oblea que crujía delicioso cada vez que le hincabas el diente. Con salsa de fresa. Y virutillas encima.

Húmedo se plantó en el centro del furgón de cola y dejó que su cuerpo entendiera los movimientos del tren. Iba cuando el vagón venía y se concentraba en mantenerse derecho. Razonó que a fin de cuentas, si iba a haber pelea, las piernas tenían que saber lo que les esperaba. Vimes estaba intrigado por sus acciones, pero cuando Húmedo intentó explicárselas, el comandante soltó un bufido desdeñoso.

—En general, señor Mustachen, yo intento incapacitar a quienes procuran hacerme lo mismo antes de que pueda. Es una filosofía modesta. No es muy complicada, pero me ayuda a seguir con vida… Eso y el saber que casi todo tiene una entrepierna y cualquier pie tiene una bota.

Los impactos de metal y roca contra los vagones fueron un alivio, como el trueno que se esperaba después del relámpago.

El tren avanzaba por una zanja que antaño habían empleado los carromatos, y la Traviesa de Hierro, que marchaba a menos de la mitad de su velocidad punta, casi tocaba las paredes de roca. El furgón de cola estaba bajo asedio y Húmedo no se enteró hasta más tarde de que un grupo de grags se había descolgado desde ambos lados de la zanja.

Unos cuantos enanos con poca suerte habían aterrizado en la batea de Bluejohn y, aunque el agente más corpulento de la Guardia de la Ciudad era tierno como un gatito, los dos grags que intentaban despedregarlo a hachazos estaban suponiéndole cierta contrariedad, por lo que el gatito empezó a luchar como un león. Los cubrió de maldiciones en lengua troll que dejaban un auténtico brillo rojo en el aire al salir de su boca.

Húmedo aplacó sus nervios, agarró una palanca y abrió la trampilla del tejado del furgón de cola, para asombro inicial del grag que estaba intentando forzarla para entrar. Pero cualquier sensación de victoria que el enano pudiera haber sentido quedó sacudida por la barra de cruel metal que le alcanzó en la mandíbula con una satisfactoria campanada.

A Húmedo no le sorprendió oír que el comandante Vimes trepaba detrás de él. Una vez arriba, rodeado de grags desorganizados, Vimes se arrancó la camisa y, mientras se le acercaban otros enanos, Húmedo vio cómo comprendían de repente que su futuro dependía del legendario delegado de clase. Una vez liberada, la luminosa cicatriz de la muñeca del comandante casi palpitó bajo la media luz. Los grags se la quedaron mirando y aquel fue el primero de sus muchos errores, porque el comandante se abalanzó sobre ellos hecho un bibliotecario, como decían en Ankh-Morpork.

Mientras Vimes cargaba hacia el extremo opuesto del furgón, apartó de un revés a un grag despistado y lo lanzó encima de otro, lo que hizo que sus contorsiones y posterior caída a las vías parecieran casi un número de ballet. En aquel momento los trasgos se unieron a la batalla para alegrar un poquito más el día a los grags, ya que tener trasgos dentro de la armadura no facilitaba en absoluto el combate.

Alguien había arrancado la trampilla y una plancha contigua de la cubierta del furgón de cola y, mientras se enfrentaba a un enano especialmente feroz, Húmedo vio que Detritus sacaba su enorme ballesta por el hueco y oyó que el troll gritaba: «¡Pedacificador!», una señal para que toda persona sensata dedicara todos sus esfuerzos a ponerse a cubierto de inmediato. Los[[77]](#footnote-77) virotes que disparaba el Pedacificador eran de madera noble y, por lo tanto, horriblemente peligrosos. Y si Detritus tenía el día bueno, el arma escupía la madera a tal velocidad que los proyectiles se incendiaban en el aire. No era metal, solo madera, pero la madera que viajaba a una velocidad tan increíble se astillaba y formaba otros mil dardos que surcaban el aire con espantosa celeridad.

Cuando el trueno remitió, Detritus le gritó desde abajo:

—¡Eh, señor Mustachen! ¡Este vagón va para atrás! ¡Esos chupapiedras sabían dónde desenganchar la máquina!

Húmedo se volvió y comprobó con horror que la Traviesa de Hierro se distanciaba a gran velocidad del furgón de cola, que había quedado separado. Miró hacia abajo buscando a Bluejohn, que tenía a un grag agarrado en cada mano y chillaba mientras hacía entrechocar sus cabezas, para luego arrojarlos a la oscuridad de las vías.

—¡Vamos hacia atrás, Bluejohn! —le gritó Húmedo—. ¡Llévanos hacia delante, anda!

Notaron una sacudida cuando el troll frenó en seco el furgón de cola, muy posiblemente con los pies, y Húmedo bajó de un salto a la batea, que aún se estremecía.

—Buen trabajo, señor Bluejohn. Ahora saque ese trasto que los muchachos del señor Simnel fabricaron para usted, por favor.

Bluejohn respondió, con su voz curiosamente infantil:

—Oh, sí, señor Mustachen, puedo hacerlo a la vez que remolco el furgón de cola.

Vimes se dejó caer desde el tejado, donde se había dedicado a complicar la vida a los grags de arriba, que en aquel momento venían a ser ya los de abajo, al grito de:

—¿Qué narices pasa aquí? ¿Por qué hemos parado y dónde está el resto del tren?

—¡Los muy cabrones nos han desacoplado! —gritó Húmedo—. Pero no pasa nada… hay una dresina en la batea de Bluejohn… para casos de emergencia. —Y en efecto, cuando los pedales de la dresina empezaron a girar, el furgón de cola aceleró y salió disparado hacia la ya casi invisible Traviesa de Hierro.

A Bluejohn se le puso la cara radiante mientras pedaleaba como, bueno, como Bluejohn, porque nadie más podría haber hecho volar esa batea por los raíles. Sonaban sacudidas, chirridos y protestas, pero los enormes pies del troll oscilaban arriba y abajo en un borrón de movimiento, y el diablillo interior de Húmedo von Mustachen susurró para sus adentros: «¿Una máquina a pedales para que la gente viaje más rápido? No sería mala idea recordarlo».

El silbato de la Traviesa de Hierro resonó entre los cañones, y Vimes gritó:

—¡Acérqueme a ese tren, agente!

Los trolls no sudan. En lugar de ello se produce una especie de florecimiento. Bluejohn gruñó.

—Me estoy quedando un poco sin fuelle, comandante… pero haré lo que pueda.

La dresina de Bluejohn, que todavía tiraba del furgón de cola, incluidos los grags postrados, chocó contra el último vagón y, antes de que rebotara hacia atrás, el troll estiró los brazos y agarró un tope con cada mano. Vimes salió disparado en el acto como un demonio, usó de puente la amplia espalda de Bluejohn y entró en el asediado vagón. Húmedo lo siguió tan bien como pudo. Había grags y cavadores por todas partes, que todavía intentaban entrar en el vagón blindado de delante, y a partir de entonces lo único importante pasó a ser distinguir amigos de enemigos, y como había muchos menos amigos, resultaba muy fácil identificar a los otros.

—¡Venga, venga! ¡Nada de discursos, hijos de madre! —gritó Vimes a los demás ocupantes del furgón de cola—. Ya sabéis quién es el enemigo y qué tenéis que hacer… ¡Dadles antes de que os den y no dejéis que se acerquen al rey! ¡Yo subo al techo!

Encaramado al tejado bamboleante del vagón blindado, Vimes enseguida empezó a pasar factura al enemigo, que se descolgaba desde las paredes del cañón sobre el tren en marcha. Por desgracia para los enanos atacantes, el problema de descolgarse era que el defensor del tren podía calcular con facilidad dónde iban a aterrizar, que era el punto exacto donde recibirían un fuerte golpe de palanca. Mientras Húmedo y Vimes, ya acostumbrados al movimiento del tren, podían mantener el equilibrio, los enanos, por bajo que fuese su centro de gravedad, eran sencillamente incapaces de combatir sobre aquellos vagones bamboleantes, y los dos hombres los derribaban como bolos. Húmedo no pudo evitar apiadarse de ellos. Idiotas con causa, pero qué causa más estúpida había sido desde el principio.

Y mientras veía a Vimes rechazar el ataque de dos de aquellos mamones, de la oscuridad salió un golpe que tumbó a Húmedo de espaldas y le cortó la respiración. Alzó la vista para contemplar el rostro de la locura, esa locura especial deformada por el idealismo. Era una locura que se regodeaba, lo cual, dadas las circunstancias, era mala idea. El grag blandió su hacha, pero, con reflejos nacidos del terror, Húmedo consiguió rodar mientras el arma golpeaba con fuerza el techo a su lado y arrancaba astillas de la sección donde momentos antes estaba su cabeza. El grag alzó el hacha una vez más y Húmedo pensó: en fin, pues se acabó… Una vida sin peligro no vale la pena… A lo mejor la siguiente será incluso mejor…

Y entonces la vio y sonrió: la boca de un túnel. Guiñó un ojo, como solo Húmedo von Mustachen sabía guiñarlo, y dijo:

—Adiós.

Le cayó encima una lluvia de chispas y tardó un momento en comprender lo que había pasado. O mejor dicho, lo que por desgracia no había pasado. El túnel era demasiado alto y el grag no había sufrido el recorte drástico que Húmedo esperaba, pero su hacha rozaba contra el techo y provocaba una fuente bastante impresionante de chispas que iluminaban la escena lo justo para que Húmedo pateara hacia arriba e hiciera diana, confiando su futuro a que aquel enano no fuera enana. La suerte estuvo de su parte y, por lo tanto, no de la del grag, que soltó el hacha, se agarró la entrepierna y cayó como un fardo del vagón a las vías.

Cuando el tren salió del túnel, se detuvo con un chirrido. Húmedo se puso en pie y bajó cruzando al otro lado de la batea para averiguar qué había sido del resto de su equipo. Le alegró descubrir que la tripulación del furgón de cola estaba más o menos indemne, incluidos Del Crepúsculo la Oscuridad y su tropa de trasgos, Fred Colon, Nobby Nobbs, Jovial Culopequeño, Detritus y Bluejohn, que seguía agarrado al último vagón para mantener unido el tren. También había unos cuantos ingenieros y maquinistas bastante desconcertados, a algunos de los cuales el ataque los había pillado recuperando horas de sueño, pero al parecer se habían defendido tan bien como habían podido.

Húmedo no había visto a Nobby y Colon en la refriega, pero decidió que no le sorprendería oír que habían sido unos combatientes de armas tomar y que, por supuesto, era una pena que resultase que todos los demás hubieran estado demasiado ocupados para ver cómo las tomaban. Aun así, echando un vistazo al puñado de grags que aún gemían en el tren, Húmedo concluyó que Nobby y Colon, si no quedaba alternativa, podían luchar como tigres, concretamente como tigres equipados con el desagradable armamento de la calle, donde todo valía y todo hacía mucho, mucho daño. Colon, en concreto, era un maestro del golpe bajo, y Húmedo reconoció algunos de aquellos gemidos como la famosa nana de Ankh-Morpork.

Él nunca se había considerado un líder, por lo que en circunstancias como aquella siempre delegaba. La tarea de dar órdenes recayó en Fred Colon, famoso en el mundo entero por su voz gritona, que le teñía la cara de una rara tonalidad de morado y se proyectaba con un volumen que hasta la Traviesa de Hierro habría envidiado.

Maniataron a los grags que quedaban vivos o cuya muerte no podía asegurarse antes de llevarlos al furgón de cola, donde Húmedo sospechaba que el comandante Vimes sostendría una pequeña charla con ellos sobre esto y lo de más allá, sobre nombres y lugares, sobre quién y cuándo y qué y sobre los malos modales que habían demostrado. Sería algo encantador.

Y entonces una figura asomó la cara desde el vagón blindado. Era Aeron.

—¡El rey está a salvo! ¡Gracias a todos! La Traviesa de Hierro se ha llevado una buena tunda, pero el fogonero Blake ha enseñado el camino al hogar a los grags que han conseguido llegar hasta la cabina.

Húmedo hizo una mueca al oírlo. Había estado cerca del hogar muchísimas veces cuando lo abría un fogonero, e implicaba un bronceado instantáneo, pero para quien se hallara en el lugar equivocado en el momento crítico, suponía una muerte instantánea por incineración.

Lo que quedaba del trayecto, con los enganches de nuevo en su sitio, fue un viaje en general sombrío, tanto para los vencedores como para los enanos supervivientes que esperaban su temida conversación con el delegado de clase, del que se decía que podía eliminar de la existencia a cualquier persona y a toda su familia. Borrados, por así decirlo, con una nube de polvo de tiza de la pizarra.

\* \* \*

Un poco más tarde, la Traviesa de Hierro besó con delicadeza los topes del final de línea en Jdienda, y la primera persona en bajar al improvisado andén fue Rhys Hijoderhys. Se adelantó a recibirlo un hombre alto y rechoncho, extremadamente agitado, que llevaba la palabra «burgomaestre» escrita con letras grandes en su vestimenta y su actitud. Estaba sudando a mares, y eso que un gordo es capaz de sudar tanto como una locomotora. Hizo una genuflexión ante el rey, toda una hazaña teniendo en cuenta que su constitución era, por no andarse con rodeos, la de un globo.

—Bienvenido de vuelta, mi señor —dijo jadeando—. Los humanos de Jdienda siempre hemos tenido una buena relación con vuestros paisanos, y de verdad espero que se prolongue esta cordial convivencia.

La propuesta se pronunció a gran velocidad, y Húmedo la vio como lo que era, una súplica que decía: «Por favor, no nos hagáis nada, somos unos tipos bastante decentes que siempre hemos reconocido el derecho de su alteza a ocupar el Bollo del Destino». El corolario implícito era: «Por favor, no nos hagáis daño y, sobre todo, no interfiráis en el funcionamiento de nuestras actividades mercantiles. Por favor. ¿Por favor?».

Rhys agarró con fuerza la mano algo sudorosa que le tendían y dijo:

—Lamento mucho cualquier molestia que os hayan causado los recientes contratiempos, Humphrey.

El gesto hizo que el burgomaestre se deshiciera en sonrisas.

—Ah, no ha sido para tanto, su majestad. Nos causó algunas molestias cuando empezasteis… quiero decir, cuando los otros empezaron a derribar los clacs y todo eso. Pero ya sabéis lo que pasa, es como una riña familiar en casa de los vecinos, que no es asunto tuyo y lo que haces es preparar el té y armarte de comprensión y quizá también de vendas y medicamentos. Y la siguiente vez que te cruzas con la pareja de al lado no miras demasiado y vas a lo tuyo, y así todos tan amigos.

»Además, la señora tomó cartas en el asunto y, en cuanto dio un par de escarmientos… Bueno, por suerte ya volvemos a tener los clacs. Lady Margolotta es firme pero justa, ya lo creo, y rápida a más no poder.

El sudoroso Humphrey sabía perfectamente que estaba hablando de la vampira más influyente del mundo, al mismo tiempo que la presentaba como una ancianita que solo tenía que golpear el suelo con el bastón para obtener un respeto absoluto.

—Está claro que todas las familias tienen sus más y sus menos —continuó Humphrey—, esos roces que empiezan como si nada y también se olvidan enseguida sin que pase nada grave.

Detrás del burgomaestre, el tren descargaba pasajeros mientras la Traviesa de Hierro silbaba o escupía de vez en cuando, como hacen las locomotoras para dejar claro que no están del todo inactivas.

Húmedo oyó cómo Vimes recibía el informe de la capitana Sally von Humpeding, la única vampira de la Guardia, transferida temporalmente a la Guardia de Jdienda. Se acercaron para dar parte.

—Sally me cuenta que, aunque se han interrumpido todas las comunicaciones desde el interior de Schmaltzberg, la Guardia ha recibido informes de que hay desavenencias entre los conspiradores —dijo Vimes, y miró a Sally para que lo confirmase.

—Sí —corroboró esta—, nuestras fuentes indican que el grag conocido como Ardiente…

La interrumpió un bufido colérico de Rhys y un tintineo de hachas de los compatriotas que lo acompañaban.

—¡Otra vez él! —exclamó Rhys entre dientes.

—Sí —dijo Sally—. Él y unos cuantos más cuyo paradero estábamos investigando desde la masacre de Quirm. En fin, parece que Ardiente y sus seguidores están perdiendo apoyos y ya no se salen con la suya en todo. Hay descontento…

—Bien —dijo Rhys—. Podemos explotarlo.

—¿Qué pasa con Hijodealbrecht? —preguntó Aeron.

—Está bien —respondió Sally con una sonrisa que dejaba entrever los colmillos, aprovechando que aquel era el mejor lugar del mundo para que les diera un poco el aire—. Bien. Y es leal a vos, mi señor.

Un mensajero trasgo bastante elegante se abrió paso entre la multitud y entregó una misiva a Sally, que la leyó.

—Ah —dijo—. Es un mensaje de Hijodealbrecht. Al parecer la oposición sabe que habéis llegado, mi señor. Hijodealbrecht quiere que sepáis que le tratan bien y que ha podido seguir el avance de la Traviesa de Hierro, gracias a los trasgos.

Rhys se volvió, miró a Simnel y Húmedo y dijo:

—Os doy las gracias, a vosotros y a sir Harry, por traerme hasta aquí sano y salvo. Y también a la Traviesa de Hierro. A su debido tiempo conoceréis mi generosidad y hablaremos con más calma, pero ahora os ruego que me disculpéis. Tengo un reino que reclamar. —Dirigiéndose al grupo de enanos reunidos en el andén y armados hasta los dientes, proclamó—: Hágase saber que el Bajo Rey ha llegado y pretende ocupar su lugar en el Bollo del Destino. Cualquiera que desee negarle ese placer insignificante debería prepararse para respaldar sus objeciones coherentes y fundadas con las armas. La verdad es que es así de sencillo. Llevará este mensaje a Schmaltzberg Tímiedo Hijodetímiedo, un enano muy respetado y culto al que todos conocen, acompañado por mi fiel secretario, Aeron. También deberíamos incluir al comandante Vimes, delegado de clase y antiguo embajador, para que actúe de observador. Recordemos que, en cualquier circunstancia, atentar contra los mensajeros del rey constituye traición. Tened presente que no pienso andarme con chiquitas en esta ocasión. Los enanos insurgentes recibirán su merecido.

El sonido de Vimes al encenderse un puro rompió el silencio.

—Que vayan los otros primero, yo les seguiré dentro de un minuto o dos —dijo.

Húmedo, por supuesto, no había estado en el valle del Koom, pero se preguntó si no estaría a punto de ver el fantasma de la segunda reencarnación de aquellos acontecimientos, solo que en ese caso se enfrentarían enano contra enano. Le dieron ganas de gritar: «¡Esto es una locura!», y cayó en la cuenta de que, en realidad, lo había dicho en voz alta.

Para su sorpresa, el rey replicó:

—Muy cierto, señor Mustachen. Escapa a toda razón, ¿no cree? Pero tarde o temprano llega un momento en el que hay que tomar nombres y partir cráneos. Lo siento, pero es algo que se sitúa en las antípodas del diálogo y es lo que pasa cuando deja de imperar la razón.

—Pero sois todos enanos. ¿Qué vais a lograr? —gimió Húmedo, que recordaría durante el resto de su vida el tono de voz del rey…

—Un mañana. Eso, señor Mustachen, es lo que podemos lograr. Un mañana.

\* \* \*

La llegada de los mensajeros había provocado un revuelo inmediato a lo largo y ancho de las múltiples cavernas de Schmaltzberg, que de algún modo eran el centro de la galaxia en lo relativo a alborotos de todos los tamaños y rumores con unas alas que serían la envidia de los mismos dioses. Las habladurías fluían como el mercurio. El fenómeno podría llamarse el clac de los enanos de no ser porque el clac no desordenaba los mensajes por capricho, pensó Húmedo mientras seguía a Rhys y la comitiva principal de enanos en su descenso por el laberinto de túneles que era Schmaltzberg. El sinfín de ruidos que llegaban desde abajo por todos los pasadizos y cuevas se fundía hasta formar una especie de bruma auditiva, o más bien niebla de pleno derecho, reflexionó Húmedo. Bullía a fuego lento en torno a los oídos. Eran los espantosos sonidos y confusiones de la guerra.

Sin embargo, empezaron a llegarles sonidos individuales. Voces, gritos y ruido de armas, acompañados por algún que otro chillido o palabrota enana, de las que se sabe que tienen vida propia. Más abajo, toparon con Aeron, que les esperaba con sangre goteando de su espada. Reparó en la mirada de Húmedo y se encogió de hombros.

—Había un grag. Ha luchado con empeño y no ha querido rendirse, porque prefería la muerte a la ignominia… de modo que he acatado sus deseos. —Esa última frase contenía más énfasis del que Húmedo había oído en mucho tiempo. Aeron se volvió hacia Rhys para informar—. Ha habido algunas diferencias de opinión, majestad —dijo señalando a varios enanos que estaban siendo atendidos en lo que habría sido un hospital de campaña improvisado si aquello hubiera sido una campaña.

Más abajo sonaban los martillos y las hachas mientras el rey seguía avanzando, hasta que llegaron a lo que debía de ser el gran salón, la caverna más grande de todas.

Cuando atravesaron el portal, Húmedo paró un momento para intentar asimilar aquel paisaje subterráneo, iluminado por gigantescas arañas de velas goteantes, faroles de aceite y grandes cubas de vusenos que se retorcían en las esquinas. Por tanto, había luz, pensó, pero era una luz tan extraña que de algún modo negociaba con los ojos. Servía para ver, pero lo que se veía era la oscuridad.

—Bueno, esto ya no es una guerra[[78]](#footnote-78) —dijo Vimes, que de pronto estaba a su lado—. Y tampoco ha habido consecuencias demasiado graves, salvo para los grags. Así son las guerras entre enanos: muchos gritos, acusaciones y escupitajos, en realidad como una pelea de gatos, pero así son ellos, qué le vamos a hacer. No son tan tontos. Bravuconadas y ruido de sables a puntapala, pero a la hora de la verdad nadie quiere salir herido. Combaten esperando llevarse una herida leve que puedan lucir más tarde, que puedan enseñar a sus nietos. Pero la verdad es que, en la práctica, las luchas entre enanos suelen calmarse. —Vimes dio una calada a su puro y continuó—. Ahora, si esto fuese un combate de enanos contra trolls, por aquí correrían ríos de sangre. Al final, es como las tabernas de Ankh-Morpork un sábado por la noche. Todo el mundo está hasta arriba de valor, bravuconería y cerveza. Demasiada cerveza. Y al terminar, todo son gemidos hasta que ven la luz.

En efecto, lo que Húmedo distinguía en las inmediaciones eran enanos formando grupitos, algunos de ellos vendados, en posiciones que sugerían que la guerra como tal, si no había acabado, por lo menos se había dejado de lado para tomarse un respiro y a lo mejor un buen trago. Otros enanos más jóvenes paseaban entre los heridos repartiendo grandes jarras. Y uno por uno los enanos se levantaban, estrechaban la mano de su compatriota más cercano y caminaban hacia el siguiente grupito, donde quizá se sentarían a conversar e inventar anécdotas en las que se salvaban por los pelos, paraban golpes con gran ingenio y otras batallitas de taberna. Poco a poco volvía a fluir en Schmaltzberg la normalidad enana.

—Borrachos como cubas —dijo Vimes—. Pero en el fondo no son malos, solo vulnerables a los agitadores. —Suspiró de nuevo—. A lo mejor esta vez han aprendido. ¡Y ese día Nobby Nobbs será un héroe de brillante armadura!

¿Y eso era todo?, se descubrió Húmedo preguntándose. Después de toda la adrenalina del viaje en tren, las emboscadas, los ataques… el puente… las noches en vela… esperando a cada momento oír un silbido de guadaña y descubrir que en esa ocasión la suerte sí que se había agotado… ¿y luego Rhys soltaba un buen discurso, entraba como si tal cosa y recuperaba el reino?

—Esperaba que dieran más guerra —dijo—. Ya sabe, más batallas gloriosas de las que luego nutren las leyendas.

—Es un comentario bastante estúpido, señor Mustachen —le reprendió Vimes—. Momentos como este no tienen nada de «glorioso»… Ha muerto gente, no necesariamente buena y no demasiada, pero aun así, al campo de batalla se va con la cara solemne hasta el momento en que toca limpiar y el mundo real vuelve a su sitio gota a gota.

Húmedo sintió que la vergüenza lo invadía de la cabeza a los pies y dijo:

—Comandante, estoy abochornado, no sé qué decir.

Al instante Vimes lo miró de arriba abajo y exclamó:

—¿En serio? ¡Parece que el ferrocarril no es lo único que ha hecho grandes progresos en este viaje!

Huérfano de réplicas ingeniosas por una vez, Húmedo se volvió para ver qué había sido de Rhys y sus acompañantes.

\* \* \*

Rhys Hijoderhys había entrado corriendo en la caverna. Se dirigió derecho al centro, donde se erguía el Bollo del Destino. Al llegar, miró a su alrededor y gritó:

—¿Dónde está Ardiente? Quiero que me lo traigan aquí, junto con todos los seguidores que le queden. Aunque sin duda la mayoría habrán huido, ya que este sitio está lleno de salidas.

Tímiedo Hijodetímiedo gritó:

—¡Tengo al sinvergüenza, mi señor!

Los enanos reunidos prorrumpieron en el característico y en apariencia interminable alboroto enano, seguido de un grito ahogado colectivo cuando llevaron a Ardiente ante el rey. Su expresión era indescifrable para Húmedo, pero como especialista en ambientes notaba que Ardiente ya se encontraba más allá de la cordura, mientras Rhys parecía tan calmado y compuesto como siempre, por mucho miedo que pudiera sentir por dentro. Y Húmedo se habría apostado la Casa de la Moneda a que el rey en realidad no sentía ningún miedo. Algo en su actitud sugería una absoluta confianza en que el triunfador de aquella jornada era él (o mejor dicho, ella, se corrigió al permitir por fin que ese dato regresara a su consciencia).

Tras sentarse en el santificado Bollo del Destino con Ardiente delante, Rhys dijo:

—Se te trató con misericordia después del Acuerdo del Valle del Koom, y aun así consideraste que era correcto intentar arrebatarme este reino. Animaste a quienes torturaban a familias a salirse con la suya. ¿Qué pensaría de mí la gente si sintiera la más mínima inclinación a tratarte con bondad? Eres inteligente y muchos enanos te tienen en alta estima, pero tu inteligencia ha sido utilizada para socavar mi autoridad y hacer que los enanos parezcan criminales sádicos y estúpidos a ojos de todas las otras especies. ¿Qué tienes que decir, ante mí y los tuyos?

Ardiente guardó silencio.

—Muy bien —dijo el rey—. No respondas. No me dejas elección. En tiempos pretéritos, un rey enano ejecutaría a alguien como tú sin pensárselo dos veces.

Se oyó un sonido metálico y el rey se puso en pie, con el hacha en la mano. Por fin la luz del terror cruzó las facciones de Ardiente.

—Ah, ya veo —dijo el rey—. Quizá entonces, como soy… ya sabes, un modernizador, como me llamas siempre con retintín, debería tratarte como corresponde a un modernizador. En consecuencia, serás sometido a juicio. Y me ocuparé de que entre el jurado estén las familias de aquellos a quienes los grags torturaron, junto con los invitados a la boda de Nellofselek que sobrevivieron y todos los demás cuya vida ha perturbado sin necesidad tu mera presencia en el mundo. Quizá se muestren piadosos, y yo aceptaré su veredicto.

Ardiente guardó silencio y el rey continuó:

—Lleváoslo cargado de cadenas pero mantenedlo vivo, aunque solo sea para recordarme que ser rey no es tarea fácil.

Mientras se llevaban a Ardiente entre fuertes aplausos, Rhys se dirigió a los enanos reunidos.

—Ahora sugiero que alguien vaya a traerme a mi amigo Albrecht Hijodealbrecht, que, para nuestra vergüenza, ha sido encadenado y encerrado en un calabozo. Después, las personas en las que recaiga la tarea de liberarlo quizá puedan entregarle una jarra de coñac y, si se ven capaces, salir corriendo. Tiene un sentido del humor muy cortante. —Rhys se sentó de nuevo en el Bollo del Destino y añadió, con un tono que arrancó ecos en toda la caverna—: Lo habitual en estos casos sería que dijese «mis compatriotas enanos»… —En el ambiente parecía flotar una respiración contenida en previsión de las siguientes palabras del rey—; pero hoy diré «enanos y enanas». No he venido solo a reclamar mi Bollo del Destino, que con el paso de los años ha visto sentados en él muchos traseros importantes y augustos. Me pregunto cuántos de esos traseros han sido femeninos a lo largo de los años.

La boqueada brusca de todos los presentes pareció consumir todo el aire de la sala, mientras el Bajo Rey proseguía:

—¡Escuchadme! Todo el mundo sabe que el sexo de un enano es un secreto que le pertenece en exclusiva a menos que decida lo contrario. Y recuerdo que en Ankh-Morpork, hace unos años, hubo un desfile de moda solo para enanos. Yo estuve presente, de incógnito, y reconocí a unos cuantos de vosotros, muy posiblemente comprando prendas para usarlas en la intimidad de vuestro hogar. Bruño aquel día ganó una fortuna, y tengo entendido que madame Sharn quiere abrir aquí una tienda nueva. ¡Aquí, en Schmaltzberg! ¿A alguien le asusta esa idea? Hoy en día, no lo creo. Y lo único que pretendo ahora, amigos míos, es presentaros algo importante: ¡la verdad! Ya sabéis, eso que queda cuando el fuego ha consumido todas las mentiras. ¡Y ahora os digo que he decidido dejar de ser vuestro rey!

Estalló un alboroto inmenso de gritos ahogados y elucubraciones a media voz entre la plebe, y todos los ojos estaban clavados en el rey. La magia se vio arruinada, o quizá embellecida, por el leve sonido de la cerilla que encendió el comandante Vimes. El grueso puro brilló como un faro. Vimes sonrió y asintió en dirección al rey, y en ese momento Húmedo comprendió que el comandante probablemente lo había sabido en todo momento, o por lo menos desde la famosa aventura que había tenido lugar años antes, cuando actuó de embajador en la elección de Rhys como Bajo Rey.

Se produjo un revuelo cuando la muchedumbre se apartó para dejar paso al venerable Albrecht Hijodealbrecht, que se situó junto al Bajo Rey y recibió su afectuoso saludo con el tradicional gesto enano de entrechocar cascos.

—Bienvenido, viejo amigo. Lamento que mi ausencia te haya causado… molestias. Los responsables lo pagarán caro —dijo en voz bien alta, con la mirada clavada en el gentío. Después bajó un poco el tono y se dirigió a Albrecht[[79]](#footnote-79)—: Llegas en buen momento. Me pillas en mitad de un anuncio público.

—Eso he oído —dijo Hijodealbrecht—. ¿Qué haces? No tienes por qué abdicar. Has ganado.

El Bajo Rey se rió.

—¿Abdicar? No, no es eso, colega. Ahora verás. —Volviéndose de nuevo hacia la multitud, Rhys respiró hondo y dijo—: Esta noticia sorprenderá a muchos de mis súbditos, pero soy hembra, igual que vuestras madres, ¡y por lo tanto, en realidad, lo que soy es vuestra reina!

Ahí estaba de nuevo. El famoso grito ahogado de los enanos. Incluso Hijodealbrecht parecía atónito. Húmedo miró a Aeron y reparó en que el guantelete del enano rozaba ligerísimamente, tanto que costaba apreciarlo, el puño de su espada. Hijodetímiedo se había colocado junto a Hijodealbrecht y lo observaba con atención. Al lado de Húmedo, Vimes dejó con cuidado su puro encendido en un saliente de piedra y tensó los músculos. Aquello podía ponerse muy interesante, pensó Húmedo.

—Y si creéis que una reina no es tan buen monarca como vuestro rey, ¿de verdad pensáis que vuestra madre era inferior a vuestro padre? —La reina se rió—. Veo la vergüenza entre todos vosotros. Eso está bien. Lo bueno de la vergüenza es que tarde o temprano se pasa, pero luego recordaréis que la sentisteis. —Se produjo un cambio perceptible en el ambiente mientras la reina seguía hablando—. He visto que en los pechos calientes hay una verdad que no puede negarse, pero al parecer nosotros los enanos somos capaces de negarlo todo, y construimos mundos pequeños dentro de uno grande. Y cabría preguntarse de qué intentamos escapar, si no es de nosotros mismos. Somos enanos, sí, pero podríamos ser mejores que nuestros antepasados enanos, que vivieron encerrados en sus agujeros.

Cuando hubo terminado, la reina paseó la mirada por los enanos reunidos y dijo:

—¿Y bien? ¿Ningún enano es lo bastante hombre para desafiarme?

Varios ojos se volvieron hacia Hijodealbrecht, que parecía pensativo pero no se movió. Hijodetímiedo relajó su postura.

De repente la reina apuntó con el dedo.

—Shod Rompemenas, siempre te he tenido por un enano sensato y con la cabeza bien amueblada, aunque quizá los muebles no conjunten.

Y Húmedo sintió el júbilo de todos los que no habían tenido que vérselas con ese dedo y el mal trago de Shod Rompemenas, y se preguntó: ¿había cambiado la voz de la Baja Reina o siempre había sido así? No había amenazado a nadie, pero flotaba en el aire un peligro perceptible. La reina los tenía en un puño, y estaba apretando. El enano dio un paso atrás mientras la reina seguía señalándolo y le preguntaba:

—¿Dónde están ahora tus grags, Shod Rompemenas?

El mencionado Shod era la viva imagen del pánico.

—¡No son mis grags, mi reina!

El posible motivo de aquel interrogatorio era que Aeron había entregado a la reina un grueso archivo. Rhys se lamió un dedo, hojeó las páginas, paró en una y dijo:

—¿De verdad? Entonces deben de haberme informado mal. —Se volvió hacia el resto de los enanos—. Me pregunto si me habrán informado mal sobre todos vosotros.

Pero los ocupantes de la sala estaban observando el movimiento de las páginas, intentando no estirar el cuello para mirar si su nombre figuraba en la lista… Era muy cómico. La reina los tenía bien agarrados, y siguió hablando:

—Qué curioso, ¿verdad? Cuando alguien cae, cae con todo el equipo. ¡Si alguien quiere oponerse a mi reinado, que dé un paso al frente ahora mismo!

Hubo murmullos y corros de enanos que se juntaban y generaban el tradicional y ya mencionado alboroto de estas ocasiones, y luego se hizo el silencio cuando habló Hijodealbrecht.

—Mi reina —dijo, y el alboroto arreció. Era el momento que nadie había esperado, aquel en que el gran defensor de todo cuanto era enano sometía sus ideas a revisión—. Mi reina, por azares del destino vivimos y, por tanto, deberíamos ver y aprender. Siempre me he considerado culto, un auténtico estudioso de las enseñanzas de Tak, pero estos últimos días me han demostrado que hasta yo tengo lecciones que aprender. En mi pequeño calabozo, oí cómo cambiaban mis ideas y entendí el sentido de la humildad. A decir verdad, estoy dispuesto a reconocer ante todos vosotros que varias de esas lecciones me las enseñó un trasgo mucho más joven que yo, al que me enorgullezco de llamar amigo. —Húmedo vio que el viejo enano lloraba. Hijodealbrecht vaciló, y luego gritó—: ¡Tak salve a la reina! Y lucharé contra cualquiera que diga lo contrario.

Y Húmedo pensó: mierda, ya estamos otra vez.

Pero los enanos reunidos no hicieron ningún ademán de responder al desafío de Hijodealbrecht. El mar de caras del salón parecía universalmente atónito, como si alguien hubiera anunciado que el oro, bien pensado, tampoco era para tanto.

La reina dio las gracias a Hijodealbrecht con gentileza y luego se puso muy derecha para decir:

—Soy muy consciente de que muchos de vosotros habéis financiado a los grags y sus secuaces, y conozco los nombres, sí, ya lo creo que conozco los nombres de quienes matarían por una tesis anquilosada. Cuando llegue el momento no habrá redención para ellos. Fuimos generosos después del estropicio del valle del Koom y aquello se ha demostrado un momento de estupidez, pero si los grags y sus amigos creen que pueden quitarme el Bollo, me conocerán como lo que soy. Vuestra reina. Creo que todos habréis oído hablar de la reina Ynci de Lancre, ¿verdad? Pues bueno, la considero mi inspiración, pero ahora mismo lo que busco es paz para todo el mundo y en concreto para mí y para mi hijo.

Y entre el murmullo atronador que siguió a esas palabras, un enano se plantó de repente junto a la reina. Era Aeron, que desenvainó su espada, no contra nadie en particular, pero aun así muy dispuesto a defender a su esposa y su bebé. Por encima del barullo, la reina dijo:

—¿Hay alguien, aquí y ahora, que dude que soy la legítima reina? A mí me parece que nuestros antepasados opinaban que sus madres eran inferiores. Pues bien, como digo, yo pronto seré madre, de modo que ¿cuál de los caballeros aquí presentes quiere intentar quitarme el Bollo?

Húmedo miró a su alrededor. No había candidatos. La reina parecía peligrosa y ni siquiera tenía un arma en las manos. Aquello tenía que ser juego, set, partido y una caja llena de campeonatos.

—Muy bien —concluyó la Baja Reina de los enanos—. Celebraremos un banquete para todo aquel que venga con buena voluntad, y habrá, por supuesto, bebida para que todos nos la echemos entre pecho y espalda. —Sonrió y añadió—: Eso incluye cócteles, para quienes les gusten. Creedme, el mundo está patas arriba, como tiene que ser. ¡Alabado sea Tak! Y alabada sea la Traviesa de Hierro y todos aquellos que la construyeron, alimentaron y abrillantaron.

\* \* \*

—Ardiente no tenía nada que hacer —dijo Albrecht más tarde, durante el banquete—. La gente se había escindido para evitar lo inevitable. Tenéis razón, majestad. Habíamos olvidado lo que era ser auténticos enanos, pero ¡luego empezó a haber heridos! Hubo demasiadas amenazas contra enanos decentes. Las gotitas de mercurio confluyen, y al final Ardiente perdió sus apoyos y demostró que tenía los pies de barro.

Vimes miró a su alrededor desde su asiento de huésped de honor a la mesa baja y dijo:

—Míralos; el mundo desde luego está patas arriba. Habrá quejas, pero ¿qué seríais los enanos sin vuestras quejas?

Albrecht resopló y dijo:

—Tendría que haberse impartido más justicia.

—¿Ah, sí? —replicó la reina—. No pretendo empezar mi nueva vida con un baño de sangre. Se hará justicia. Todo el mundo sabe quiénes han sido los principales responsables, siempre lo hemos sabido. Tenemos nombres, declaraciones. El mundo de los enanos es un pañuelo, no hay donde esconderse y, francamente, el trabajo está casi hecho. Los grags profundos que estaban detrás de este golpe han perdido a muchos de sus mejores soldados atacando la Traviesa de Hierro en su largo peregrinaje.

»¡Y qué travesía ha sido! ¡Y qué gran descubrimiento la loquística! El tren es el futuro; acerca a las personas. Pensad en eso. La gente corre para ver pasar el tren. ¿Por qué? Porque viaja hacia el futuro o viene del pasado. Yo, personalmente, tengo muchas ganas de ver el futuro, y quiero ocuparme de que los enanos formen parte de él, si no es demasiado tarde.

Vimes sonrió y dijo:

—Bueno, majestad, la ocasión la pintan calva. El joven Simnel me ha dado a entender que tardaremos varios meses en reparar y reforzar el puente de Wilinus para que soporte el peso de un tren cargado. Eso significa que la Traviesa de Hierro y sus vagones quedarán inmovilizados aquí hasta que se reconstruya la línea. —Miró hacia el otro lado de la mesa, donde Húmedo estaba enfrascado en una apasionada conversación con Hijodetímiedo—. Sin duda el señor Mustachen les asesorará encantado sobre las… oportunidades comerciales.

Rhys sonrió.

—Ah, sí, conozco la reputación del señor von Mustachen, y me han impresionado sus… esto, capacidades. Sin embargo, creo que sería recomendable llamar a nuestro abogado, el señor Rayo, para asegurarnos de que todo se haga como es debido, ya sabe.

Vimes se rió.

—Muy prudente.

—Y sin duda el ferrocarril necesitará trabajadores que ayuden en las obras, ¿no? —preguntó la reina—. Estaba pensando en nuestros jóvenes, en concreto, que quizá no sientan tanto interés por quedarse en las minas, pero aun así desean un trabajo de verdad, con mucho metal y muchos martillazos de por medio. Seguimos siendo enanos, al fin y al cabo.

Después, la reina bajó a codearse con sus muy probablemente leales súbditos, y fue un paseo majestuoso, en el que pudo entreverse alguna falda de malla y alguna barba muy repeinada entre ciertos de los enanos que se acercaron con timidez a hacerle voto de lealtad. Como Vimes diría luego, al menos ese día la reina había ganado de calle, sobre todo porque muchos de los enanos con los que departió también se confesaron enanas, enanas que llevaban mucho tiempo esperando aquel momento.

\* \* \*

La noche antes de su partida de Jdienda, Húmedo deambulaba ocioso por la cabecera de la línea, reflexionando sobre los acontecimientos recientes. Bueno, pensó, el mundo ha visto la cabina de la Traviesa de Hierro, la reina ha recuperado su corona y, según el comandante Vimes, los peores de los grags están muertos o entre rejas.

En la estación improvisada, la Traviesa de Hierro estaba vigilada por Nobby Nobbs y Fred Colon, ambos durmiendo a pierna suelta. La locomotora no dormía, sin embargo, aunque la caldera hervía a fuego muy lento después de una larga jornada paseando a los lugareños arriba y abajo por la única vía.

Húmedo se acercó de puntillas a la cabina vacía y susurró:

—¿Qué eres, Traviesa de Hierro?

Hubo un momento de silencio, seguido de una reverberación en el aire causada por las volutas de vapor que se elevaban hacia el cielo nocturno por encima de la máquina, y una voz tenue habló en su cerebro, suave, cálida y, de alguna manera, cargada de humedad.

—Vaya, vaya, señor Mustachen, ya dicen que el listo es usted. Yo soy yo. Soy la Traviesa de Hierro. Pero basta con que la gente crea para que deje de ser un mero artefacto ensamblado por unos ingenieros inteligentes. Soy una idea, un algo hecho de nada, cuyo momento ha llegado. Hasta hay quien me llama «diosa».

El pensamiento fugaz de Húmedo sobre las representaciones tradicionales de diosas vestidas con camisones transparentes, y a lo mejor una urna o dos por allí cerca, se esfumó cuando la voz siguió hablando con tono algo más irritado.

—¿Acaso no soy bella? ¡Y créame que mis hijos serán todavía mejores! ¡Más elegantes, estilizados y potentes! Ahora mismo el señor Simnel está engendrando a mis hijos por mí. Con el tiempo me volveré omnipresente, parte del paisaje que se ennoblece con mi paso fugaz. Oigo a diario las devociones que me dicen que soy el poder personificado, y quienes pretendan enfrentarse a mí y apagar mi fuego verán frustrados sus esfuerzos, y sin tardanza. Yo, señor Mustachen, yo gobernaré en la línea de ida y gobernaré en la línea de vuelta.

A la luz del crepúsculo, Húmedo vio que una figura escuálida se acercaba a la Traviesa de Hierro. Dick Simnel apagó uno de aquellos mecanismos siseantes y la voz, la hermosa voz, calló.

—¡Ya lo creo que es estupenda! Ha venido a verla por última vez antes de que volvamos a la ciudad, ¿eh? No le culpo. Todo el mundo ha querido verla, y no le mentiré, señor Mustachen, es una gaita dejarla atrás, por mucho que aquí vaya a hacer un buen trabajo. La Traviesa de Hierro ha demostrado que es una gran chica. Era el poder y fue domada, carajo. ¡Ya lo creo! ¡Domada por el seno y el coseno, y hasta la tangente ha puesto su granito de arena en alguna parte! Pero por encima de todo, la domó mi regla de cálculo. —Dick sonrió a Húmedo—. ¡La gente ve la Traviesa de Hierro y se queda pasmada con lo que puede lograrse con las matemáticas! No vaya usted a pensar que lo abrasará con su vapor vivo, porque no lo hará. Me he asegurado de que no vuelva a pasar. Siempre será mi locomotora favorita, señor Mustachen, la reina de todas ellas. Está viva. ¿Cómo puede negarlo nadie?

Húmedo miró a su alrededor y vio que estaban rodeados de trasgos sentados que formaban un gran círculo silencioso, como si rezaran en un santuario, y una vez más Dick Simnel dijo:

—Potencia, señor Mustachen, potencia bajo control.

Húmedo rara vez se quedaba sin habla, pero en aquella ocasión lo único que pudo decir fue:

—Buena suerte con eso, señor Simnel. Buena suerte.

Entonces el maquinista obró su magia y se abrió la caja de fuego, que derramó sombras rojas danzarinas por toda la cabina. Y entonces llegó el traqueteo y la sacudida, cuando la Traviesa de Hierro encajó la presión y respiró vapor para emprender una vuelta más al circuito mientras los trasgos vitoreaban, reían y se encaramaban por sus costados. Y entonces llegó el primer bufido, y luego el segundo, y después el cubo de los bufidos se desbordó cuando la Traviesa de Hierro se zafó de la fricción y la gravedad y voló a lo largo de los raíles.

Dick Simnel encendió su pipa con un carbón caliente y dijo a la noche:

—Sí, estupenda.

\* \* \*

Cuando Drumknott entró en el Despacho Oblongo unos días después, encontró un familiar silencio, interrumpido solo por el rascar de un lápiz cuando la austera figura sentada tras el escritorio escribió una palabra en el crucigrama del día. Drumknott carraspeó.

—¿Sí?

La cara del patricio intimidaba. Una ceja socarrona cambió de posición, un gesto característico que muchos conocían y temían. Drumknott sonrió.

—¡Muchas felicidades! La expresión le sale clavada y el acento no ha patinado ni una vez. ¡Y el ceño, no olvidemos el ceño! Siempre se le ha dado muy bien el ceño. Con toda franqueza, si los tuviera a los dos al lado, no sabría distinguir a uno de otro.

De repente la cara del patricio desapareció y dejó solo la de Charlie el payaso, vestido con la ropa de Vetinari y avergonzado.

—No ha sido muy difícil, señor Drumknott, con todas las indicaciones detalladas que me ha ido dando usted.

—No, no —replicó Drumknott—. Su actuación ha sido perfecta. ¡Se ha hecho pasar por su señoría durante dos semanas y no ha dado ni un paso en falso! Pero hablemos de negocios. La suma que acordamos se depositará en su cuenta especial del Banco Real mañana. —Drumknott sonrió otra vez y dijo, como un tío jovial a su sobrino—. ¿Cómo anda su mujer, Charlie?

—Oh, Henrietta está bien, señor Drumknott, gracias por preguntar.

—¿Y su pequeño, Rupert? Ya debe de haber acabado la escuela a estas alturas, ¿no?

Charlie rió con cierta timidez y respondió:

—No tan pequeño ya, señor, crece como una mala hierba y quiere ser maquinista.

—Bueno, Charlie —dijo Drumknott—, ya tiene dinero suficiente para meterlo de aprendiz en cualquier taller de la ciudad y darle a su hija una dote digna de una reina. Y por supuesto, ¿sigue viviendo en la misma casa? ¡Excelente!

—Ah, síseñor, y gracias a ustedes hemos hecho a los niños unos dormitorios mucho mejores, y estamos ahorrando para añadir una casa de invitados para cuando podamos permitirnos invitados. Además, Henrietta está eufórica con la cantidad de dinero que llevo a casa últimamente y hasta puede permitirse cortarse el pelo donde el señor Fornacita, como las damas de alto copete. Está que no pisa el suelo. —Gruñó—. Tampoco es que gane tanto con los espectáculos de marionetas y el trabajo de payaso.

En ese momento Drumknott volvió a sonreír de oreja a oreja y dijo:

—Estoy seguro de que su señoría se alegrará de saber que su familia está tan feliz y… tan viva. Que dure. Le recomendaré que se plantee ascenderle a tareas más ilustres, por decirlo de alguna manera. Y ahora, como espero el regreso de su señoría en menos de una hora, si no le importa le haré salir por la puerta de atrás. No queremos ver de ninguna manera a dos Vetinaris en el mismo sitio, ¿verdad?

Charlie se puso casi blanco y dijo:

—Huy, no, señor, no queremos.

—Bueno, pues mejor que no los veamos, ¿verdad? —dijo Drumknott—. Salga por allí y yo cerraré la puerta.

Cuando Charlie hubo desaparecido, feliz pero con prisas, Drumknott reflexionó y le dijo al secretario oscuro Ishmael:

—Estoy seguro de que su señoría querrá saber que hemos comprobado la dirección de la peluquería de ese tal señor Fornacita y la escuela a la que van los hijos de nuestro amigo. ¿Es la misma del año pasado?

—Sí que lo es, señor —respondió el secretario—. Lo volví a comprobar el otro día.

—Así me gusta.

Como había señalado su señoría, «si se toman suficientes precauciones, nunca hace falta tomar precauciones». Tan solo había que asegurarse de que Charlie no se volviera… bueno, creativo acerca de su futuro.

\* \* \*

Húmedo nunca se había alegrado tanto de ver su puerta delantera como cuando llegó a casa y su esposa la abrió antes que él, diciendo:

—Anda, eres tú. ¿No estás muerto? Bien. ¿Cómo ha ido?

—Bastante bien. Los gólems estuvieron increíbles. Es una pena que tuviéramos que dejar atrás a la Traviesa de Hierro hasta que reparen el puente. Aun así, tenemos a tantos de los gólems y los obreros de Harry trabajando en ello que Vetinari no tardará mucho en poder tener su propio tren especial, si es lo que quiere.

—Para asegurarse de que las relaciones entre Uberwald y Ankh-Morpork transcurren de manera… cordial, sin duda —dijo su esposa con una sonrisa.

Detrás de él, Del Crepúsculo la Oscuridad dijo:

—Los trasgos de Uberwald ya se ponen nombres de ferrocarril. Hablan raro, esos, pero rápidos listos, como todos trasgos.

—Sí —respondió Adora Belle—, eso me recuerda… Cuando no estabas llegaron informes de claqueros que trabajan por la carretera de las Comarcas, en los que comentaban varios sucesos bastante extraños. Temblores inexplicables, vapor saliendo de las toperas… No sabrás nada de eso, ¿verdad?

Del Crepúsculo la Oscuridad recompuso sus facciones en lo más parecido a la inocencia que podía expresar un trasgo.

—Ni ideas, señora. ¿Topera con vapor? A lo mejor vaca come hierba mala. Claro, muuuuchos trasgos interesan por cosas vaporíferas. Algunos hasta practican con propia máquina pequeñita. ¡Educativa! Listos trasgos.

Era a todas luces una conversación para otro día. Húmedo se dirigió hacia las mullidas almohadas con un suspiro agradecido.

—Descansaré un poco y mañana me pasaré por el banco. Seguro que hay papeleo para que lo firme. Sería agradable tener un trabajo sencillo durante una temporada.

Adora Belle resopló.

—¿Cuánto durará esa temporada?

Húmedo vaciló.

—¿Dos semanas, a lo mejor? Es posible que haya un montón de papeleo.

—Sí, y tú no te ocuparás de él —dijo Adora Belle—. Sabes que el señor Doblado lo lleva todo al día. Lo único que tienes que hacer es pasearte y ser simpático con todo el mundo.

—Y ahora mismo nadie intenta matarme, Púa.

Y Adora Belle replicó:

—A ver cuánto dura.

\* \* \*

A la hora del desayuno, lady Sybil dijo a su marido:

—Suena como toda una aventura, Sam. Dicen que la reina se ha cambiado el nombre por el de Blodwen. Significa «bella flor» en Nellofselek. ¿No es entrañable? Tengo que escribirle una carta.

—Le hará ilusión —dijo Vimes. La capacidad de su esposa para mantenerse en contacto con todo aquel con quien había coincidido alguna vez era bien conocida y en ocasiones muy útil. Sobre todo en circunstancias políticas. El comandante contempló su muesli y añadió—: ¿Sabes? Ese Mustachen no es tan malo como pensaba. Actúa como un sinvergüenza, pero a la hora de la verdad nos ayudó bastante. Eso sí, no pienso decírselo. —Trazó círculos en el cuenco con la saludable fibra, recordando con nostalgia las fritangas de los fogoneros—. Pero sí que le encanta ser el centro de atención, eso está claro.

—Sí, algunos hombres son así, querido. —Lady Sybil guardó silencio durante unos instantes y luego añadió—: Sam, sé que estarás ocupado con el papeleo atrasado y todo eso, pero ¿puedo pedirte un favor?

—Lo que quieras, querida.

—Cuando inauguren la línea de Uberwald, me encantaría ir a visitar a la reina, y sobre todo me apetecen unas vacaciones en el tren. Además, al joven Sam le chiflan, ¿sabes? Ya casi ha llenado su primer cuadernillo.

—Bueno —dijo Vimes—, sabes que, si me cojo vacaciones, acabo topando con algún delito.

Lady Sybil se acabó su huevo y replicó:

—Magnífico, querido, así te lo pasarás bien.

\* \* \*

Harry Rey no se sorprendió mucho cuando Drumknott llegó al complejo al día siguiente y dijo:

—Su señoría les ordena a usted y a lady Rey que se presenten ante él en menos de una hora. —El secretario guiñó un ojo a Harry, un gesto poco característico en él. Cuando Harry explicó la noticia a su mujer, a esta casi le dio, en sus propias palabras, un soponcio.

—¡Al palacio en una hora! ¿Cómo voy a arreglarme como es debido en menos de una hora?

—Venga, Duquesa —dijo Harry—. Estás guapísima como siempre, y cada día más joven.

—¡Ay, qué adulador eres, Harry Rey!

Pero Harry dijo:

—El carruaje está aquí, limpio como una patena, y su señoría cree que la puntualidad es la educación de los príncipes, y eso va para ti también, Emily. Supongo que tu mozo no querrá que llegues tarde. No es propio del ferrocarril.

Harry no había puesto en antecedentes a su esposa, porque prefería que fuera una sorpresa, y así, cuando el carruaje llegó a palacio, su esposa casi tuvo que vérselas con otro soponcio, porque allí se había reunido lo más selecto de Ankh-Morpork y cabía suponer que también parte de lo más infecto, para ver cómo conferían el título de lord a Harry Rey. Lord Rey de la Vía Imperecedera. Y en la maravillosa ceremonia que siguió al nombramiento, la media naranja de lord Harry se convirtió en una auténtica duquesa.

Dick Simnel fue nombrado caballero, y maestro ingeniero también, por mediación de la ingeniera jefe de minas en persona, y todo ello lo aceptó cogido de la mano de la radiante Emily. El comandante Vimes, resplandeciente con sus calzones de gala, que parecía aborrecer, ya apechugaba con todos los títulos que su señoría tenía a bien otorgar, pero recibió otra medalla de todas formas, acuñada en sorortanio y con un grabado de la mismísima Traviesa de Hierro. En realidad, hubo medallas para todos los guardias que habían viajado en el tren, y todos los tripulantes, incluidos los trasgos.

\* \* \*

Más tarde llegó la inevitable entrevista en el Despacho Oblongo, con Drumknott en una mesa aparte tomando notas.

—Tengo entendido, señor Mustachen —dijo el patricio mientras observaba la ciudad que se extendía por debajo de su ventana— que durante el trayecto se produjeron varios sucesos extraordinarios.

Húmedo no cambió de cara, pero sintió en torno al cuello el hormigueo de un nudo corredizo fantasmal. El patricio prosiguió.

—Una niebla que se volvió sólida de forma muy oportuna, un tren que en apariencia cruzó volando un desfiladero, y sigo recibiendo informes sobre fenómenos subterráneos que han tenido lugar desde la ciudad hasta Jdienda. El archicanciller me ha asegurado que en ninguno de estos sucesos ha habido magia de por medio. Estoy seguro de que recordará, señor von Mustachen, que prohibí expresamente el uso de los gólems enterrados para la empresa del ferrocarril, y que cualquier prueba de su uso daría con usted en los mininos.

Se movió hacia el fuego, que empezaba a perder fuerza en la chimenea, y lo avivó con el atizador, dando una estocada demasiado hostil para gusto de Húmedo.

—Disculpe, milord, pero ¿ha encontrado tal prueba?

Vetinari se volvió hacia su secretario.

—¿Hemos encontrado pruebas, Drumknott?

El secretario miró a Húmedo.

—No, señor, ninguna.

—Bueno, entonces no hay nada más que decir —concluyó el patricio—. Después de todo, por aquí aparecen fenómenos extraños e inexplicables casi todas las semanas.

Drumknott carraspeó.

—Sí, señor. La semana pasada tuvimos aquella lluvia de pianos en la Lonja del Pescado. Forma parte de la vida en Ankh-Morpork.

—Cierto, no nos es extraño lo extraño. Y la verdad, hay cosas que pueden descartarse como fenómenos indefinidos, sin causa ni trascendencia —dijo Vetinari, aparentando toda la benevolencia que era posible con un atizador al rojo en la mano y sin dejar de ser Vetinari—. ¡Por cierto, señor Mustachen, su arrojo en aquel combate sobre el tren fue encomiable! Por supuesto, necesitó un poquito de ayuda.

Húmedo miró al patricio, recortado en silueta por las llamas que tenía a la espalda, y dentro de su cabeza sintió el horrible tirón de los cabos que se ataban. Tragó saliva.

—¡Usted! ¡Usted era el fogonero Blake! ¡Es imposible!

—¿De verdad? —preguntó el patricio—. ¿Tan imposible como que un tren viajara por los aires? ¿No me cree capaz de introducir carbón en la caja de fuego? Al fin y al cabo, ¿qué es eso comparado con la gestión de Ankh-Morpork y su retahíla diaria de problemas acuciantes? Le aseguro, señor Mustachen, que soy un hombre de muchos talentos y algunos le conviene no conocerlos nunca. Comparado con ellos, el fogonero Blake era un mero niño de pecho.

—¿Un niño? —dijo Húmedo—. ¿Peleando con palas?

—Vaya, vaya, señor Mustachen, sí que es usted fácil de impresionar. Sin duda recordará que me formé en el Gremio de Asesinos. Después de esa experiencia, mi predecesor en la cabina, John Bailopalo el Matarife, por comparación me pareció un medianena, como suele decirse. La verdad es que disfruté de mi vida como señor Blake y todas las habilidades nuevas que me enseñó. La pala es un instrumento excelente. En cuanto a los demás fogoneros, creo que hice amigos allí, sí, y reinaba cierta camaradería entre nosotros. En resumen, unas pequeñas vacaciones lejos de los onerosos asuntos de la ciudad, y me atrevo a decir que podría sentir la inclinación a viajar de nuevo en la cabina cuando me entre el gusanillo.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué, señor Mustachen? ¿Y usted, precisamente usted, me lo pregunta? ¿El hombre que bailó sobre el techo del tren, el hombre que busca problemas si parece que puedan ir asociados con la expresión «de armas tomar»? Aunque en su caso sería mejor que no se tomaran tan a menudo. A veces, señor Mustachen, el joven yo que perdimos hace muchos años regresa, nos da un toquecito en el hombro y nos dice: «Este es el momento en que la civilización deja de importar, en que ya no rigen las reglas. Le has dado al mundo todo lo que podías darle y ahora este momento es solo para ti, la oportunidad de jugarse el todo por el todo con un último hurra. ¡Hurra!».

Vetinari golpeó la rejilla de la chimenea con el atizador, lo que causó una lluvia de chispas en la chimenea. Contempló las centellas y se volvió hacia Húmedo con un movimiento brusco.

—Y si usted, señor Mustachen, le cuenta esto a alguien alguna vez, el señor Dispuesto estará encantado de volver a verle. ¿Nos entendemos? Excelente.

¡Como si alguien fuera a creerle en caso de que se le escapase una palabra al respecto! A Húmedo ya le costaba esfuerzo creer la historia de labios del propio protagonista. Entonces, mientras intentaba procesar lo que le habían contado, las palabras del patricio sobre su propio arrojo desencadenaron una sensación redoblada de agravio.

—Ha concedido medallas a todos los demás ocupantes de aquel tren, incluido Nobby Nobbs. ¿No hay nada para mí, entonces, milord?

Hubo una pausa, hasta que Vetinari dijo:

—Oh, sí que lo hay, señor Mustachen, lo hay y es algo maravilloso: el precioso don de seguir con vida.

Y más tarde, cuando lo meditó con detenimiento, Húmedo concluyó que, en fin, tampoco era tan mal arreglo porque, al fin y al cabo, había bailado sobre la locomotora a toda velocidad. ¡Eso sí que era vida!

\* \* \*

Unas semanas más tarde, Drumknott convenció a lord Vetinari de que lo acompañase a la zona de detrás del palacio, donde desaguaba una jungla de bajantes y varios cobertizos, lavaderos y casetas desparejados albergaban parte de las funciones necesarias sin las cuales no podría funcionar un palacio moderno.

Allí les esperaba un joven trasgo, bastante nervioso, que sostenía lo que parecían dos ruedas unidas por muy poca cosa. Las ruedas giraban.

Drumknott carraspeó.

—Enséñele a su señoría su nuevo invento, señor De la Rueda el Ray[[80]](#footnote-80)o.

Vetinari observó impasible cómo el trasgo pasaba una pierna por encima de su creación y, pedaleando sobre su pequeña máquina, daba vueltas alrededor de las lavanderas, que levantaban los brazos con exclamaciones como:

—¡Cielos! ¡Qué será lo siguiente!

Y la lavandera más mayor de todas dijo:

—A mí me parece que podría llevar a una señorita detrás, en el asiento.

Lord Vetinari preguntó:

—Va a querer una de estas, ¿verdad, Drumknott?

—Bueno, señor —respondió el secretario—, esto no es un mecanismo, en realidad. Lo único que hace es extender las partes del cuerpo, y fíjese, nada de vapor ni carbonilla, solo sudor.

—Interesante —dijo el patricio—. El hombre como su propio motor.

Cuando el trasgo por fin paró delante de lord Vetinari, miró con gesto de súplica a Drumknott, que esperó con paciencia a que su señor se pronunciase.

Vetinari al final sonrió y dijo:

—Un velocípedo extraordinario, señor De la Rueda el Rayo. Creo que Leonardo de Quirm tuvo una idea parecida, pero ahora que vivimos en un mundo de movimiento, no veo ningún problema en ella. Parece que todo hombre podría ser su propio caballo. Le felicito. ¿Puedo sugerirle, joven trasgo, que enseñe su prototipo al comandante Vimes? Un instrumento que dobla la velocidad del usuario debería resultar muy útil a un guardia con prisas, o también a uno que no tenga la prisa suficiente. Señor Drumknott, le ruego que escriba una nota al comandante para que yo la firme. A fin de cuentas, a algunos de ellos no les vendría mal hacer algo de ejercicio. Y yo de usted, señor —dijo al trasgo—, concertaría una cita con cierto abogado troll llamado Rayo y haría todo lo que me dijese.

»El mundo está cambiando y necesita sus pastores y a veces sus carniceros. Y en este caso, yo soy su pastor. Tomo nota de su empresa. Y lo único que puede decirse ahora es: ¿Qué será lo siguiente? ¿Qué pequeña novedad cambiará el mundo porque los pequeños trasteadores siguieron trasteando?

1. Corrieron varios comentarios obscenos al respecto, pero al parecer, para desgracia de las chicas locales casaderas, Hierro Loco Simnel y sus hombres habían encontrado algo más interesante que las mujeres, y en apariencia estaba hecho de acero. [↑](#footnote-ref-1)
2. Que se pronuncia «Jidaenda». [↑](#footnote-ref-2)
3. Traducción literal: «Ingeniero jefe de minas». [↑](#footnote-ref-3)
4. Un humano quizá hubiera dicho «cabree» en ese momento, pero las cabras no son muy populares entre los enanos, mientras que en las ratas se puede confiar siempre. [↑](#footnote-ref-4)
5. Las agrupaciones de exploradores mixtas para trolls, enanos y humanos se crearon poco después de la firma del Acuerdo del Valle del Koom, a instancias de lord Vetinari, para permitir que los jóvenes de las tres especies dominantes coincidieran y, con un poco de suerte, se entendieran. Por supuesto, los jóvenes de todas las especies, una vez aglutinados, en lugar de volverse unos contra otros hicieron causa común contra el verdadero enemigo, es decir, sus padres, sus profesores y las diversas autoridades que estaban tan anticuadas. Y hasta cierto punto, por sorprendente que pareciera, el invento había funcionado; cosas de Ankh-Morpork. En líneas generales, a nadie le importaba la forma del prójimo, aunque quizá sintieran un vivo interés por saber cuánto dinero llevaba encima. [↑](#footnote-ref-5)
6. Además de ser de la dinastía McSweeney y por tanto desorbitadamente caro. Aunque, al ver los pedazos de porcelana en el suelo, pensó que así no parecían tan, tan caros. [↑](#footnote-ref-6)
7. Un término técnico que hace referencia a los excrementos de perro, muy buscados por las tenerías. [↑](#footnote-ref-7)
8. A menos que fuese un gólem. En los tiempos aciagos en que unos hombres de negocios, nada menos, habían usurpado la empresa familiar de clacs, Adora Belle había volcado sus energías en la emancipación de los gólems. Seguía implicada en la Fundación del Gólem, pero la complacía observar que el ritmo al que cambiaba Ankh-Morpork significaba que los gólems ya se fundaban ellos solos sin problemas. [↑](#footnote-ref-8)
9. Adora Belle era, como sabía hasta ella misma, una cocinera creativamente mala, más que nada porque opinaba que la cocina era una pérdida de tiempo para cualquier mujer con dos dedos de frente; como Húmedo adoptaba la misma postura en lo relativo al trabajo manual, el arreglo parecía satisfacer a todas las partes. [↑](#footnote-ref-9)
10. Que no era un mote, sino su único nombre. [↑](#footnote-ref-10)
11. Porque unos baños separados eran, por supuesto, la clave de un matrimonio feliz. [↑](#footnote-ref-11)
12. «Púa» para su amante esposo. El hermano de Adora la había llamado «Mortífera», pero lo decía en plan amable. [↑](#footnote-ref-12)
13. Nombre colectivo oficial para referirse a un puñado de trasgos. [↑](#footnote-ref-13)
14. El maravilloso colorido de la madera de roble del bosque de los Tojones estaba muy solicitado para la carpintería de alta gama. [↑](#footnote-ref-14)
15. Conocido por los asiduos como el Tigre Pegajoso. [↑](#footnote-ref-15)
16. Si podía llamarse así a alguien que a diario debía enfrentarse con formularios que firmar, ir a un sinfín de reuniones sobre reuniones y ocuparse de la correspondencia más insignificante. [↑](#footnote-ref-16)
17. Este compuesto cristalino negro era muy usado por las mujeres trolls como crema antienvejecimiento. Dick Simnel había sido concienzudo en sus investigaciones y la sustancia era, al parecer, un lubricante muy eficaz. [↑](#footnote-ref-17)
18. El hombre fuerte del banco era, hablando con propiedad, un perro fuerte: Don Tiquismiquis. [↑](#footnote-ref-18)
19. Expresión que significa que el constructor del inmueble especula sobre lo lejos que podrá estar, y con cuánto dinero, antes de que el comprador descubra que los cimientos son más bien vencimientos, que la fosa séptica tiene treinta centímetros de profundidad y tendencia al reflujo y que los ladrillos deben mucho al más orgánico y venerable de los materiales de construcción, la mierda de vaca. La tradición dicta que el proceso empiece con un trabajo de trama, en todos los sentidos. Se estaban construyendo urbanizaciones enteras con nombres tan sugerentes como Valle de los Ruiseñores y Jardines Girasol que jamás habían oído a un ruiseñor o visto un girasol en flor, pero aun así estaban en el mercado, donde Premoniciones Inmobiliarias Y.V.A.L.R. Escurridizo y Asociados estaba haciendo su agosto. [↑](#footnote-ref-19)
20. Oi Dong no era muy distinto de Shangri-La. [↑](#footnote-ref-20)
21. «Adorno de jardín». [↑](#footnote-ref-21)
22. No confundir con los legendarios Caballeros de Nougat, célebres en la mitología enana por ser los ancestros que, en el principio del mundo, crearon las minas de melaza y otros dulces subterráneos. [↑](#footnote-ref-22)
23. Húmedo se preguntó si se tendría que decir «ciempieses», pero enseguida pensó que qué más daba. [↑](#footnote-ref-23)
24. El término «aliciente» exige que la persona que lo pide se frote el índice y el pulgar con picardía, usted ya me entiende, jefe. [↑](#footnote-ref-24)
25. Nada más oír el nombre, Húmedo tiró de diccionario y descubrió con gran alivio que la fornacita era un raro mineral hidroxiarsenato y cromato de plomo y cobre. El troll tenía un precioso color verde azulado. [↑](#footnote-ref-25)
26. Una humana habría dicho: «Que se las metan donde el sol no brilla». [↑](#footnote-ref-26)
27. La palabra «higiénicos» había provocado cierto debate, y Húmedo había perdido. Todos los demás opinaban que «higiénico» daba al proyecto un cierto tono, una suerte de je ne sais quoi. Lo dijo la mismísima lady Rey, y ¿quién iba a discutir con la Duquesa? [↑](#footnote-ref-27)
28. Aunque a ojos de su marido siempre había sido la Duquesa, un apodo que reservaba solo para ella. [↑](#footnote-ref-28)
29. La temida tortura de los gatitos en realidad la había inventado Húmedo, y a Vetinari le había impresionado. En los calabozos del palacio había una gran dama de hierro, que rara vez se utilizaba. En aquellos tiempos modernos, el régimen gatuno de tortura era el mejor castigo para que el malhechor se lo pensara dos veces antes de hacer nada que volviera a llevarlo al calabozo. Cedric se ocupaba del mecanismo y de los gatitos; no era un hombre inteligente, pero agradecía la paga todos los meses y era muy amigo de los gatos, que en las calles de Ankh-Morpork sobraban. Se colocaba un buen número de gatitos dentro de la dama de hierro, junto con el malhechor, al que apenas quedaba sitio para sentarse. Abajo había una pequeña compuerta, del tamaño justo para que cupiera un buen plato de leche. Cada vez que un gatito se alteraba y manifestaba ese malestar, Cedric abría la dama y atizaba a la víctima con su garrote; la intensidad del garrotazo iba en función del grado de malestar del minino en cuestión. A algunos idiotas les daba risa el sistema, pero funcionaba y, pasada cierta cantidad de garrotazos, se decía que los visitantes salían asombrados por el ambiente general de felicidad que se respiraba dentro de la dama de hierro, donde el ronroneo era tan sonoro que su eco se dejaba oír por todo el calabozo. [↑](#footnote-ref-29)
30. Una disciplina en la que las manos se mueven en el tiempo además de en el espacio, para lo cual el practicante debe retorcer el espacio que tiene a la espalda. [↑](#footnote-ref-30)
31. El dominio de la cocina atasca-arterias de Todo le había granjeado una serie de amistades en lugares interesantes. El intercambio de fuentes de comida por fuentes de información se había demostrado una práctica empresarial muy provechosa. [↑](#footnote-ref-31)
32. Un horror compartido por muchos de los periodistas, preocupados por la posibilidad de mancharse de barro los zapatos y ser atacados por faisanes. [↑](#footnote-ref-32)
33. Protectora de los Ocho Protectorados y Emperatriz del Largamente Debatido Trozo hacia el Eje de Sto Kerrig. [↑](#footnote-ref-33)
34. En realidad había dos salas de espera, una para hombres y familias y una segunda para solteras. No sorprendió a nadie que Efi insistiera en que todos los aspectos del ferrocarril debían ser limpios y sanos, y por supuesto higiénicos, algo sobre lo que no estaba dispuesta a dar el brazo a torcer. [↑](#footnote-ref-34)
35. El titular que salió publicado al final fue «Un tren de carga y descarga». Al parecer el señor de Worde y su mujer quedaron muy impresionados con las instalaciones sanitarias. [↑](#footnote-ref-35)
36. Y cuando un troll anuncia, sus oyentes quedan anunciados de verdad. [↑](#footnote-ref-36)
37. Incluso el profesor Rincewind, que pasó casi todo el trayecto escondido bajo su asiento, convencido de que la locomoción era la clase exacta de actividad que en general conducía a una muerte segura, reconoció que los trenes podían resultar muy útiles cuando uno quería viajar a alguna parte o, lo que era más importante, desde alguna parte con prisas. [↑](#footnote-ref-37)
38. Que cabe señalar que incluía cierta cantidad de terreno definible como «quinto pino», al igual que la mayoría de las ciudades-estado. [↑](#footnote-ref-38)
39. Los carceleros no entendieron cómo había escapado hasta que descubrieron que no iban a recuperar la colada. [↑](#footnote-ref-39)
40. Sabía que no podía usar aquel término coloquial estando allí, por supuesto, pero a fin de cuentas la gente de Quirm llamaba a la de Ankh-Morpork esfínteres, casi siempre con ánimo jocoso. Casi siempre. [↑](#footnote-ref-40)
41. Los humanos dirían que había metido la pata hasta el fondo. Hasta el fondo de verdad. [↑](#footnote-ref-41)
42. Un ciudadano de Ankh-Morpork jamás se dejará convencer de que hay otras ciudades por lo menos igual de buenas que la suya, y tratará el concepto mismo con humoroso desdén. La expresión tuvo su origen cuando enseñaron a un ciudadano de Ankh-Morpork la estatua de un cerdo enorme en Pseudópolis y, al ver el animal, comentó su tamaño diciendo: «Será puerco soy morporkiano», incidente que dio lugar a una popular canción de taberna. [↑](#footnote-ref-42)
43. Que en vez de enmascarar el omnipresente olor a trasgo se limitaba a conferirle un toque especial. [↑](#footnote-ref-43)
44. Las vasijas de unggue, como las llamaban, desempeñaban un papel crucial y secreto en la sociedad trasga. En Ankh-Morpork, los trasgos más sensatos fabricaban unas vasijas de imitación para la venta que eran igualitas a las originales, según Adora Belle, pero quitando la magia y dejando aquel brillo maravilloso. Sin embargo, era conveniente no prestar demasiada atención a lo que tradicionalmente contenían las vasijas… [↑](#footnote-ref-44)
45. No convenía especular sobre qué otra cosa podían tener. La mera idea revolvía el estómago de Húmedo. [↑](#footnote-ref-45)
46. A cualquier trasgo joven se le considera una ramita. [↑](#footnote-ref-46)
47. Que consiste en un troll equipado con un cómodo par de alforjas, una a cada lado, con capacidad para hasta cuatro personas. [↑](#footnote-ref-47)
48. Aparte de visitar con algún que otro cliente el Club Conejito Rosa para aparentar que se lo pasaba bien y meter dinero por la liga de las jóvenes giratorias, lo que bien pensado apenas tenía nada de malvado para los estándares de la madurez adelantada; solo era bastante triste, aunque supusiera un gran placer hacerlo y una muerte segura si Adora Belle llegaba a enterarse. [↑](#footnote-ref-48)
49. Colon y Nobby habían sobrevivido mucho tiempo en una profesión peligrosa y sabían cómo no estar muertos. Más que nada, llegando cuando los malos ya habían huido. [↑](#footnote-ref-49)
50. Sería de mala educación preguntar a Otto cómo llegaba tan deprisa a los sitios. Por supuesto, todo el mundo sabía que era un vampiro, pero como era un ferviente Crespón Negro, cualquier cosa que la gente creyera saber de él se la callaba. [↑](#footnote-ref-50)
51. Una novedad que se demostró letal para la Compañía Crucífera de Carruajes, que había optado por construir sus locomotoras y raíles con un ancho de vía basado en los carros de caballos con los que se hacía el reparto de coles. [↑](#footnote-ref-51)
52. Y aun así Harry no dejaba de ser un Titán, apelativo humorístico que hacía referencia a los bolsillos largos y los dedos cortos, y que se debía a su tendencia a contemplar el desembolso de dinero con el mismo entusiasmo que una endodoncia practicada por un dentista troll. [↑](#footnote-ref-52)
53. Feeney era un privilegiado. Para un trasgo, el nombre siempre es el nombre, intocable y parte del propio trasgo. [↑](#footnote-ref-53)
54. O mejor dicho, los fruits de mer de su trabajo. [↑](#footnote-ref-54)
55. Húmedo sospechaba que Vetinari había tenido algo que ver con ese último nombre, ya que Pseudópolis nunca había tenido rey y padecía la maldición de la democracia, un trastorno que el patricio no podía soportar. [↑](#footnote-ref-55)
56. En las llanuras Sto, como en otros sitios, hizo falta algún tiempo para que la gente de pueblo aceptara las… instalaciones interiores. Un retrete en el jardín, rodeado de aire puro, se consideraba mucho más higiénico y, con un mínimo de cuidado, los tomates que se cultivaran saldrían buenísimos\*\*.

    \*\* Si no sabes por qué, tus abuelos te lo explicarán. [↑](#footnote-ref-56)
57. En la línea de Quirm, Harry había tenido que impedirle que instalara bidets. [↑](#footnote-ref-57)
58. Esa fortuna habría sido más grande todavía si Rayo no hubiera tomado minuciosas medidas para que la Compañía de Ferrocarriles Higiénicos se llevara su tajada. [↑](#footnote-ref-58)
59. Harry estaba emocionado. Había intentado quitar importancia al asunto, pero, cuando oyó la sugerencia de que debía formar parte de un ferrocarril de juguete, sonrió de oreja a oreja, aunque Efi se quejó de que lo habían sacado demasiado gordo. [↑](#footnote-ref-59)
60. Todos los trasgos, en especial los varones, transmitían una sensación general de tendones, pero en su mayor parte estaban hechos de tendones atados con otros tendones. La mente argumentaba que sin duda tenía que haber músculos ahí dentro, en alguna parte, pero era muy posible que tuvieran que luchar para abrirse algo de espacio entre tanto maldito tendón. [↑](#footnote-ref-60)
61. Es un hecho bien conocido que se puede escalar Cori Celesti. Muchos atletas han intentado coronarlo y la mayoría de ellos ha fracasado, aunque la historia reconoce que un grupo de ancianos caballeros artríticos y patizambos lograron tal hazaña, pero a renglón seguido murieron como héroes, que era de lo que se trataba, al fin y al cabo. Otros atletas aspirantes, y también perspirantes, habían conseguido al menos escalar cierto trecho empleando lo que se conoce como Senda de las Luces, de la que debe resaltarse que no ayuda a nadie que no sea un auténtico héroe. Pese a todo, muchos siguen intentando escalar Cori Celesti o por lo menos dejarse el fémur en el intento. [↑](#footnote-ref-61)
62. La señorita Daisy Snapes fue oficialmente la primera persona que nació en un tren en movimiento, gracias a la comadrona que llevó corriendo a la madre al furgón de cola. La joven Daisy nació a cincuenta kilómetros por hora y sus embelesados padres le pusieron Locomoción Snapes, hasta que el incidente llegó a oídos de Húmedo y regaló a la recién ampliada familia un pase estacional gratuito para el tren, acompañado por la sugerencia de que Locomoción quizá quedaría mejor como segundo nombre. [↑](#footnote-ref-62)
63. Los pantanos de esa parte del mundo son famosos por su avifauna, pero también tienen mala reputación porque se mueven sin tregua y con rapidez. Cuesta encontrar tierra firme. Sus habitantes humanos viven en grandes balsas que actúan de refugios al tiempo que de jardines. Las generaciones más ancianas tienen los pies palmeados, un rasgo que intentan fomentar en sus descendientes porque las membranas demuestran que su poseedor es un gran cazador de los pantanos. No tienen enemigos conocidos, probablemente porque a la mayoría de las personas no se les ha perdido nada en un pantano. En realidad ayudan a los viajeros, y destilan unos fármacos de enorme utilidad a partir de la fauna y la flora flotante de la marisma, por ejemplo el melón retorcido y la cruel atrapamoscas, cuyo veneno puede usarse para la elaboración de delicados grabados sobre hierro y a la que hay que acercarse con extremo cuidado, ya que puede escupir el veneno a varios metros.

    No cabe duda de que la magia ha tenido gran influencia en los Tremendales, y el profesor Rincewind de la Universidad Invisible está investigando su futuro como farmacopea del mundo. Un comunicado suyo revela que el jugo exprimido de cierta flor amarilla insufla convencimiento en el paciente durante períodos que alcanzan los quince minutos. No se convencen de algo específico, sino que el paciente adquiere, durante ese breve lapso, una seguridad absoluta acerca de todo. Posteriores investigaciones han desvelado que un jacinto acuático flotante transmite con sus jugos una incertidumbre total durante media hora. Los filósofos especulan emocionados sobre los usos de esas pociones, mientras continúa la búsqueda de una planta que combine las cualidades de ambas y que, en consecuencia, sería de gran utilidad para los teólogos. [↑](#footnote-ref-63)
64. Por lo menos a sus ojos, aunque debe decirse que habían sido demasiado cautos para intentar derrocar al Bajo Rey hasta tenerlo bien lejos, en Quirm. [↑](#footnote-ref-64)
65. Por lo menos, de ahí era de donde Húmedo supuso que había salido. Vetinari era uno de los más insignes estudiosos de la ocultación que los Asesinos habían formado nunca, de modo que quizá fuera simplemente un estado de ánimo sombrío. [↑](#footnote-ref-65)
66. Los únicos vagones que estaban expuestos a las inclemencias eran los destinados a pasajeros extragrandes (trolls sobre todo) que no cabían dentro de ningún otro, y eso se debía a que en realidad se trataba de los ténders del carbón. Nadie salía perdiendo: los trolls no sufrían bajo la lluvia, que además les ayudaba a criar un liquen de mejor calidad, y el carbón cumplía una función añadida como apetitoso tentempié durante el trayecto. [↑](#footnote-ref-66)
67. Puesto que contradecía todos los instintos del ankh-morporkiano de pura cepa. [↑](#footnote-ref-67)
68. Unos meses antes, don Reg Shoe, que viajaba solo en un compartimento, se había pillado los dedos cuando la ventanilla del vagón había subido con una velocidad inesperada, y para cuando el tren llegó a la terminal había perdido la última falange de un dedo. Al señor Shoe, que era un zombi, el accidente le indignó aunque no le supuso más que una mera molestia, pero Simnel había ideado el cordón de comunicación a instancias de Efi. Era una pequeña cuerda que recorría el tren de punta a punta, con una campanilla atada a cada extremo. Si surgía un problema, cualquier pasajero podía tirar del cordón para que el maquinista o el revisor, alarmados por la campanilla, activase los frenos. [↑](#footnote-ref-68)
69. Húmedo había visto antes las Cataratas y eso era exactamente lo que eran: cataratas. No estaban mal, dentro de lo que eran las cataratas, pero cuando ya llevabas unos minutos mirando, alguien preguntaba sin falta: «¿Dónde podemos tomar un café por aquí?». [↑](#footnote-ref-69)
70. Y quien supiera dónde preguntar encontraría la legendaria trufa marismeña migratoria klatchiana, que a pesar de parecerse al sapo marismeño klatchiano tanto en sabor como en apariencia, era sumamente escasa y, por lo tanto, una exquisitez. [↑](#footnote-ref-70)
71. En idioma enano, «mi señor». [↑](#footnote-ref-71)
72. Entre los que no se contaban el cabo Nobby Nobbs ni el sargento Colon, que no eran lo que se dice especiales pero que, como Húmedo sabía, tenían una curiosa utilidad, motivo por el cual los toleraba Vimes. [↑](#footnote-ref-72)
73. Por lo menos decían ser vírgenes. Pétalos sí hubo, eso seguro. [↑](#footnote-ref-73)
74. Un enano no se considera joven hasta que cumple los cincuenta. [↑](#footnote-ref-74)
75. Las plantas tropezadoras eran como las plantas rodadoras, solo que menos atléticas. Ese dato contiene todo lo que hace falta saber acerca de Slake. [↑](#footnote-ref-75)
76. Aunque nadie había proferido jamás semejante acusación contra su señoría, o al menos nunca se había encontrado a nadie. [↑](#footnote-ref-76)
77. El estilo de combate de Húmedo era errático, ya que opinaba que si él no sabía lo que iba a hacer a continuación, mucho menos lo sabría el enemigo. Al fin y al cabo, aquello era una melé y la melé no es de nadie. Sería como intentar controlar un huracán. [↑](#footnote-ref-77)
78. Los vusenos son criaturas parecidas a la luciérnaga, pero que emiten una peste luminosa. Se los encuentra en lugares profundos y oscuros, donde subsisten a base de los efluvios de cualquier criatura que pueda llegar hasta allí. Son muy útiles para asaltadores de tumbas y otros del mismo pelaje… quienes a su vez, a menudo, son muy útiles para los vusenos, pelaje incluido. [↑](#footnote-ref-78)
79. El choque de cascos es una parte de la etiqueta enana que los forasteros encuentran casi imposible de dominar, un poco menos brusca que la maniobra conocida en las calles más duras de Ankh-Morpork como el «Beso de la Pierna de Pega», aunque tampoco debe ser tan suave que dé a entender que el emisor o el receptor es un nenaza. [↑](#footnote-ref-79)
80. La verdad es que la mayoría de los palacios son así. Por detrás hacen daño a la vista. [↑](#footnote-ref-80)